Cartas marcadas

Cartas marcadas es un libro envuelto en niebla. La cerrazón que cubre las calles de Flores se tiende también sobre los capítulos de la novela provocando confusiones y obligándonos a marchar despacio. Por otra parte, la acción perversa de los Conspiradores ha llenado el texto de tachaduras, episodios falsos y agregados fraudulentos, para no hablar de páginas y capítulos enteros que han sido robados.

La niebla no sólo dificulta la percepción, sino que tiene, como los vapores oraculares, un efecto alucinatorio. Vemos poco y lo poco que vemos es dudoso. Los muertos se pasean por el barrio, las pesadillas se hacen realidad y los sujetos se vuelven inconstantes. El lector anda a tientas entre personajes que tratan de ocultar un secreto. El humo le inspira al principio una fe poética que lo convence de que debe dejarse guiar por las intuiciones del amor y del arte. Hasta que comprende, en medio de la oscuridad, que las manos de Virgilio y Beatriz, que han venido orientandolo, no son más que otro engaño, el más perfecto, de un universo que es ausencia pura.

Alejandro Dolina

Cartas marcadas

ePub r1.1

Ariblack 12.12.13

Título original: *Cartas marcadas*
Alejandro Dolina, 2012
Diseño de portada: Juan Marcos Ventura

Editor digital: Ariblack
Corrección de erratas: r1.1 Lihuen
ePub base r1.0

Capítulo 1

El disfraz en Chang An
Relato chino a manera de prólogo

La dinastía Han favoreció el estudio de la magia, la metalurgia, la sismología y el arte de las adivinanzas.

En la pequeña ciudad de Po, no lejos de la capital imperial de Chang An, las personas se adiestraban desde la infancia en todos los procedimientos del disfraz. Los sastres, escultores y constructores de figuras de papel eran capaces de reproducir con la mayor perfección cualquier planta, animal u objeto de la naturaleza. Asimismo, los bailarines, actores, ministros, y aún los campesinos, imitaban con prodigiosa exactitud los movimientos, las palabras y los sonidos de los diez mil seres del mundo. Durante las fiestas del Sol Cercano, en la mitad del año, había una jornada en la que todos pretendían ser otro. El gobernador adoptaba el aspecto del humilde barquero, las princesas se hacían pasar por prostitutas, el vendedor de limones era el director de la escuela de funcionario, el viejo mendigo era el vigoroso acróbata.

Todos aprovechaban su paso momentáneo por otras identidades para cometer excesos y atropellos que no podrían luego serles imputados. Es que los disfraces no eran meras caricaturas sino representaciones del más minucioso realismo. Además, el regreso a las personalidades primigenias se cumplía en soledad y en la alta noche, de modo que nadie sabía quién había sido quién durante aquellas fiestas.

Con los años, vino a suceder que los disfrazados prolongaban su impostura más allá de los días establecidos y se entretenían en ocupar ajenos destinos en cualquier momento del año. Poco a poco, el ser alguien con un nombre y una ubicación previsible dejó de tener importancia. Al fin y al cabo, cualquiera podía ser cualquiera y fue creciendo una idea de noble inspiración filosófica: no es necesario cargar con el pasado. En una comunidad de identidades mutables el pasado no es personal

sino colectivo. Los sujetos son inconstantes y no puede caer sobre ellos ni el castigo, ni las deudas, ni las herencias, ni la nobleza, ni la lealtad.

Tal como cabía esperar, la ausencia de responsabilidades produjo la degradación de las costumbres. Algunos funcionarios y militares advirtieron que la ciudad, y aún el imperio, estaban en peligro si se persistía en aquella insujeción. Pero cuando quisieron prohibir los disfraces, o imponer leyes severas, observaron que su autoridad era cuestionada y descubrieron que la mayoría de los funcionarios y militares eran en realidad personas de otros oficios y clases que se encontraban casualmente usurpando la autoridad.

Famoso es el poema del general Li, o acaso del trovador Po Chang.

Yo, el general Li, que he sido enviado
Por el Hijo del Cielo a estas regiones
A restituir áureas jerarquías.
Quise volver al premio y al castigo
Y al regreso de idénticas caricias
Al lecho persistente y respetado.

Pero cuando avanzaba enarbolando
El bastón de la Ley de esta provincia
A la luz repentina de un recuerdo
Vi que no era un bastón sino una flauta

Lo que mi mano joven sostenía
Y vi que no era yo, Li el delegado,
Sino Po Chang, el trovador borracho
Que se burla del Cielo y de la Vida.

Volví entonces al vacío y al pecado
Y mientras vomitaba en la taberna
Otro general Li y otros soldados
Me encerraron en una oscura celda
Que al rato fue jardín y después campo
Y calle, y río, y cielo, y lecho, y nada.

Durante el esplendor de la ciudad de Po, actores piadosos se propusieron tomar el lugar de personas que habían muerto. Al principio sustituían a los fallecidos resientes, con tanta premura que los familiares del finado ni se enteraban. Más tarde intentaron el regreso de los antepasados. Padres, abuelos y tíos volvían a las casas familiares con el esplendor de su edad más gloriosa. Como podrá entenderse, la emoción de los parientes no era mucha, o en todo caso era fingida, ya que el lugar de los deudos estaba ocupado por personas extrañas.

Un día, las autoridades de la capital, resolvieron emplear todo el rigor del poder en la ciudad de Po.

El príncipe Wu, heredero del trono, al mando de cinco mil soldados, se presentó con gran aparato

de tambores y estandartes.

Todos se alojaron en un lujoso palacio. Las puertas estaban rigurosamente vigiladas para impedir que se filtraran disfrazados locales en la delegación de Chang An. Sin embargo, a los pocos días, el príncipe ordenó a sus mayordomos que condujeran ante su presencia a la mujer más hermosa de la ciudad de Po, con el fin de saciar su lujuria. Muy pronto los servidores arrastraron hasta sus aposentos a Ta-Sing, una joven aristócrata a la que todos consideraban la más bella. Una vez cumplidos los trámites amorosos ella le juró que era la única persona en la ciudad que nunca se había disfrazado, pues creía que cada ser era único e irremplazable y que hasta el más humilde tiene una función precisa en el plan de los dioses. El príncipe le creyó y le prometió que al día siguiente ordenaría a todos los habitantes de la ciudad que regresaran a su entidad original, con sus correspondientes nombres, domicilios y oficios.

Hay que decir que aquella orden casi no pudo cumplirse: nadie recordaba el turno de las distintas personas que había sido. ¿Cómo saber si el comerciante precedió al bombero o si el adiestrador de peces vino después del orfebre?

Pero además del olvido, el pueblo no deseaba interrumpir la serie de sus disfraces. Y hubo una conspiración. Una noche, mientras el príncipe honraba el delicioso cuerpo de Ta-Sing, un grupo de rebeldes tomó la apariencia de su guardia personal y lo tomó prisionero. Enseguida, uno de los sediciosos ocupó su lugar. Se trataba del joven capitán Ho-Chi, o tal vez de su padre el coronel Hi-Chi, aunque algunos prefirieron creer que era Li Chan Po, un marino del Yang Tzé. Este hombre revocó las órdenes, dispuso la ejecución de los soldados de Chang An y marchó el mismo a la capital escoltado por una muchedumbre de disfrazados.

Allí nadie advirtió la impostura, ni siquiera el propio Hijo del Cielo, cuya sagacidad es ley de la naturaleza. El falso príncipe Wu y sus secuaces informaron que la ciudad de Po había retomado la vieja regularidad de un destino por persona y sugirieron que —a modo de premio— se eximiera a aquella población de todo tributo o impuesto imperial. El emperador accedió a tales solicitudes sin objeción alguna.

Mientras tanto en la ciudad de Po, quien fuera antes el príncipe Wu era ahora un sirviente, casi un esclavo, que cumplía las más deshonrosas comisiones. A menudo lo azotaban, especialmente cuando trataba de dar órdenes a los oficiales que lo cruzaban en la calle. Así pasaron años, hasta que un día, ya como mendigo, se encontró con la hermosísima Ta-Sing.

—Oh, tú, que viviste noches memorables desordenando mi lecho de príncipe. Reconóceme en virtud de tu amor y dile a todos que cada uno es lo que es y que la Máscara sólo engaña a la percepción banal de los necios.

Ella le respondió con desdén.

—Aléjate, oh, tú habitante de esta ciudad de gentes fugaces. El príncipe cuya fogosidad aún conmemoran mis entrañas está en la capital y pronto volverá para cumplir los designios de los dioses.

El mendigo tomó la mano de Ta-Sing y le dijo:

—Ahora sentirás la energía que sólo prospera al contacto con la persona amada. ¿Sientes mi amor? ¿Oyes el rumor de mi sangre torrentosa?

—No. No siento nada.

Pasaron los años. El emperador murió. Ho-Chi, o su padre Hi-Chi, o el marinero Li Chan Po se

sentaron al trono del celeste imperio. La dinastía Han extendió su poder a través de gobernadores y funcionarios disfrazados hasta que toda la China fue territorio de imposturas. Una tarde, Ta-Sing llegó hasta Chang An y pidió ser llevada ante el Hijo del Cielo. Luego de meses de antesalas fue conducida a los salones privados del emperador y, después de las prosternaciones legales, dijo:

—Soy Ta-Sing, la que te amó en Po. La que cree como tú que no se puede ser otro. ¿Me reconoces?

El emperador respondió:

—No. Nadie recuerda lo que sucedió hace tanto tiempo. El universo es creado cada cinco minutos.

Ta-Sing regresó a Po y, ya perdida su fe, dejó que el tiempo y el destino la convirtieran en otras personas.

Capítulo 2

Advertencia de los editores acerca del *Libro de Raziel*

Sirvan estas cautelosas palabras para señalar al lector sensato la conveniencia de desconfiar de los libros que revelan secretos mágicos. Por lo general, tales obras resultan más satisfactorias para el honesto rastreador de desatinos que para el aspirante a la Gran Sabiduría. El tedio llega mucho antes de que cualquier asombro y poca o ninguna ciencia se vislumbre tras la fronda de intimidaciones, alegorías y afectaciones del discurso. Con toda frecuencia, se incluyen amenazas y maldiciones para indicar enfáticamente que la lectura de tales páginas esta rigurosamente prohibida.

Siempre se hallan cerca de esta biblioteca sujetos como Cagliostro, el conde de Saint Germain, San Alberto magno, Nicolás Flamel y otros falsos profetas.

En esta novela se habla con frecuencia del *Libro de los 10.000 Sabios* o *Libro de Raziel*. Al principio de nuestro trabajo dimos en sospechar que tal libro no existía y que su fortaleza residía precisamente en la imposibilidad de someterlo a cualquier refutación. Unas pocas páginas que llegaron a nuestras manos bajo la forma de fragmentos rescatados de una supuesta catástrofe hicieron retroceder un paso nuestro escepticismo.

Según los escritos, Raziel, el más temible de los arcángeles, es el autor del *Sefer Raziel HaMalach*. Allí esta anotado todo el conocimiento celestial y terrestre. Se dice que Raziel estaba cerca del trono de Dios y escuchaba todo lo que allí se decía.

Cuando Adán y Eva fueron expulsados del jardín del Edén, Raziel les dio su libro para que pudieran comprender mejor a Dios. Se dice que algunos ángeles escandalizados robaron el libro y lo tiraron al mar. Sin embargo, Rahab, el demonio primordial de las profundidades, lo devolvió a Adán y Eva.

De ellos pasó a su hijo Set. Él mismo agregó textos al libro original y luego lo entrego al arcángel

Rafael. Tiempo después el *Sefer Raziel* fue facilitado a Noé para que aprendiera las ciencias indispensables para construir el arca. Más tarde, el libro pasó a Salomón, quien obtuvo de allí sus extraños conocimientos. Después desapareció por largo tiempo.

El *Zohar*, la obra principal del misticismo judío, asegura que en medio del *Libro de Raziel* hay una escritura secreta donde se explican las mil quinientas claves para revelar el misterio del mundo. Parece que los textos estaban escritos en un código secreto, ni siquiera comprendido por los ángeles más importantes.

Hay que decir que, según la tradición precristiana, Dios entregó al arcángel no uno, sino dos libros. El primero era el *Sefer Raziel*. El otro era la Torah, o *Ley de Dios*, o *Pentateuco*, el mismo que después recibió Moisés en el monte Sinaí.

Es relativamente sencillo conseguir copias en hebreo y arameo, o las traducciones al latín que fueron encargadas por Alfonso, el sabio.

El libro que Raziel entregó a Adán explica los secretos del ser humano, las claves de la astrología, el significado de los planetas en el sistema solar y su influencia sobre la Tierra. También enseña a aprovechar la energía que se encuentra en el cuarto mundo espiritual. Se explica asimismo la cuestión de la vida eterna, la reencarnación de las almas, la naturaleza de los ángeles temporales (que tal vez son pájaros) y otros muchos asuntos.

Pero el *Sefer Raziel* siguió recibiendo agregados después de las primeras anotaciones de Set, o de Enoc, o del propio Caín. Poco a poco fue convirtiéndose en un tratado de magia, muchas veces degradado con fórmulas caseras y vanos grimorios.

El docto Lope de Barrientos en su *Tractado del divinar* recomienda quemar el libro, y muchos afirman que esa recomendación fue cumplida.

¿Es este libro el que buscan los personajes de nuestro relato? Tal vez no. O tal vez el libro original ha sido sepultado por una nueva sabiduría sobreviviente y cruel que tiende al palimpsesto y que no vacila en escribir signos toscos sobre antiguas delicadezas filigranadas.

Para los adeptos a la alquimia y a la magia, la ciencia no progresa sino que es un fuego en extinción que ardió intensamente en la Antigüedad y va encontrando, poco a poco, con fatalidad termodinámica, el equilibrio de la ignorancia. El *Libro de los Secretos* no participa de estas nostalgias. Unos de sus rasgos principales es que se está escribiendo continuamente e incluso permite la tardía incorporación a su cuerpo de fragmentos de otros libros ilustres y antiguos. Los pretendidos exegetas dicen haber reconocido el olor del *Libro de Coth*, de los oráculos que la Sibila de Cumas quemó frente al rey Tarquino, de seis pergaminos nórdicos enterrados en Groenlandia, del catálogo de la biblioteca de Nínive y de más doscientos rollos provenientes de casi todas las bibliotecas incendiadas de la historia de la humanidad.

Enseguida nos sale al paso la idea de un crecimiento ilimitado de la obra, lo que, si bien se mira, conduce también a un desorden entrópico que debe entenderse como un fracaso final.

Anotaremos otros datos:

El *Libro* se ha perdido y recobrado varias veces. Se cree que fue robado al sacristán de Santa Sofía en el año 776 y que no apareció hasta 1307 en París. También estuvo extraviado durante todo el siglo XVII hasta que alguien lo salvó de la inundación en Florencia. Cada extravío y cada recuperación están

prolijamente consignados en agregados posteriores. Pero algunos sospechan que no siempre se recupera el mismo volumen que se pierde. Así, la casualidad interviene en el crecimiento del libro.

Esto contradice abiertamente unas solemnes declaraciones del capítulo primero en el que se advierte, en perfecto latín, que cada palabra ha sido elegida por altas inteligencias. Los comentaristas han despejado esta aparente incongruencia prometiendo que hasta el poeta más calculador deja que el azar construya algún verso.[1]

Se sabe que el libro transmite poder pero involucra a los sucesivos poseedores en una intriga a través de los siglos. Por tratarse de una obra aún no terminada nadie puede compadrear hasta que no haya sido escrita la última letra, hasta que no haya sido realizado el último procedimiento, el último gesto, la última corrección.

Debemos comunicar ya mismo que hay quienes conspiran y trabajan en la sombra para evitar que el *Libro* alcance su plenitud. Algunos hablan de una antigua hermandad de membresía hereditaria que tiene por objeto la degradación de la obra. Estos enemigos sombríos han destruido capítulos enteros, pero también han falsificado, han tachado, han agregado incisos perversos y han hecho burla de revelaciones solemnes con supuestas refutaciones escritas en los márgenes.

Los conspiradores están en permanente actividad. Cada tanto roban, sustituyen o interpolan.[2]

A falta de una descripción satisfactoria de este libro que no poseemos, nos limitamos a anotar los asuntos tratados en capítulos que no son centrales y que evidentemente han sido agregados a favor de la hospitalidad temática de la colección:

- Explicación del huang-ching-pu-nao, la célebre técnica sexual taoísta que permitió al emperador Amarillo complacer mil doscientas concubinas sin resentir su salud.
- Relato del poeta celta muerto durante sus pruebas de iniciación.
- Dificultades jurídicas de la resurrección. Anulación de herencias y restitución de los bienes del finado.
- Instrucciones para convertirse en pájaro.
- Localización exacta del punto denominado píng-i, en la cercanía del pezón derecho, cuya manipulación conduce a la mujer al goce y al hombre a la inmortalidad.
- Censo de inmortales de Europa en 1604 y actualización de 1701.
- Secretos de la equitación erótica.
- Dificultades en la aplicación del ch'ang-sheng pu zsu o *Vida perdurable sin muerte*
- Fuentes de la juventud en la ciudad Barcelona.
- Filtros mágicos suaves para mujeres fáciles.
- Historia de las expediciones navales ordenadas por Shi Huang Ti en busca de los duraznos de la inmortalidad en el siglo III antes de Cristo.
- Trampas para cazar al Ave Fénix.
- Textos escritos por Virgilio en 1530: la decadencia de un poeta después de muerto.
- Magia sexual: el beso de la inmortalidad
- Instrucciones para cruzar el puente de Chinvat, que pasa sobre los abismos infernales y es ancho para los piadosos pero estrecho para los malvados.
- Consejo para resucitados. Los momentos más convenientes para resucitar: no demasiado cerca ni demasiado lejos de la muerte.

- Ilustraciones y explicación de ciento cuarenta y siete juegos sexuales.
- El culto de Mitra y su ventaja con respecto al cristianismo.

Al terminar nuestro trabajo, los editores hemos sentido la fuerte tentación de creer que el libro es alguna otra cosa: una prerrogativa, un vínculo de familia, un proceso de la naturaleza, una estructura de poder, un mapa de los destinos humanos. El alquimista Marco Ferenzky se burla expresamente de esta clase de intuiciones y sostiene que todos los libros son esas cosas y también muchas otras. Acaso el *Sefer Raziel*, o como quieran llamarlo, aspira, por acumulación de argumentos, a demostrar que vivir tiene sentido, que hay conductas preferibles a otras, que hay un Plan Noble y que es venturoso su cumplimiento.

Capítulo 3

La muerte de Artola

En la madrugada oscura y brumosa, una jovencita con un bolso de marinero recorría los muelles del *Vieux Port* y miraba los nombres de los barcos. Casi nunca alcanzaba a leerlos a causa de la cerrazón. A veces, las moles vislumbradas no eran barcos sino grúas o fardos, y hasta llegó a ocurrirle que la orilla dejó de ser tal y se convirtió en una calle interior, estrecha y desierta.

~~Cartas~~ Cuando encontraba una pared tentadora, escribía palabras sin sentido con una tiza azul.

Si se cruzaba con algún caminante, le preguntaba dónde estaba anclado el *Coite d'Ivoire*. Pero ellos no lo sabían, o eran extranjeros que no hablaban el idioma, o estaban borrachos o al hallarse frente a una adolescente hermosa se sentían obligados a mostrarse galantes, fastidiosos y obscenos.

Un hombre pelado alcanzó a decirle que le parecía haber visto aquella embarcación al final de los muelles, en dirección al viejo boulevard du Pharo.

—Tenga cuidado —dijo el hombre pensando en su propia tentación.

—Esos lugares son peligrosos.

La niebla se hizo más cerrada. Ella se detuvo frente a una pared amarilla y con un pedazo de carbón escribió el nombre: ROMÁN.

Después de un rato, se detuvo junto a un canal cerca de la antigua Bassin de Carenage. En la puerta de un tugurio había un grupo de marineros oyendo a un acordeonista ciego. El nombre de un barco en boca de la chica fue una provocación para aquellos hombres. Pronto la rodearon y empezaron a gritarle palabrotas. En el borde de la dársena, unos muchachos meaban y formaban aguas danzantes en su honor.

Los marinos fueron ganando confianza.

—Acérquese, *madame La Derriére*… Tome un trago con nosotros y podrá decir que es nuestra amiga… Todos queremos conocerla.

Uno de ellos le habló casi rozándole la boca.

—¿Le gustan los juegos de prendas? Es muy fácil: usted se quita la ropa y nosotros la manoseamos.

Ella trató de apartarse pero los hombres volvieron a rodearla.

—Si usted no quiere jugar, la cosa se complica… Es posible que nos veamos obligados a

violentarla un poco. Habrá desorden y tumulto… Quizás salga lastimada… Hasta podría caer al agua… No le conviene rehusarse.

De repente, todos soltaron las risotadas de opereta y se metieron en el bodegón. El último le tocó las nalgas como despidiéndose. El acordeonista empezó un tango. Ella volvió a escribir en la pared, pero esta vez con un pedazo de carbón que recogió del suelo: CÔTE D'IVOIRE. MUERE.

Caminó unos pocos pasos y vio frente a ella, entre unos velos de neblina, la embarcación que había estado buscando. Se arrimó con pasos de silencio y se encontró con un joven atlético que custodiaba la planchada. Era Totó, uno de los sujetos más temibles de Marsella.

La chica no se alteró y avanzó hacia él.

Totó la saludó con ampulosos homenajes. Parecía un mimo, con su pantalón blanco y su tricota rayada.

—Oh, pero si es mi pequeña princesa… ¿Qué hace por aquí? Hace tiempo que no la vemos… Si me permite, llevaré su bolso.

—Estoy bien. Quiero ver a Artola.

El *Coite d'Ivoire* era un pequeño yate que usualmente servía para llevar pasajeros ilustres desde Niza o Cannes hasta las aguas sin vigilancia donde solía anclar el enorme casino flotante del célebre pistolero Marcel Artola.

Totó acompaño a la muchacha hasta la cubierta. La bruma se hizo más densa. Por un momento sintió miedo de que descubrieran el contenido de su bolso de mano: dos bombas incendiarias de la guerra de Indochina y una granada que había sobrado de los últimos días de Dien Bien Puh. Su padre coleccionaba aquellos armatostes.

Artola la saludó con afecto, pero con la cautela del que sabe que no es correspondido.

—Es raro verte por aquí. ¿Cómo andan tus estudios de botánica?

—Como la mierda. No me gusta que se interese por mí. Sin embargo, debo hablarle un minuto a solas.

—¡Fuera del barco todos! —rugió Artola y acompañó a la chica hasta una pequeña sala.

—Permitirás, al menos, que te sirva champagne…

—Sirva, si quiere. Confío en que ya sabe que las cortesías burguesas no modificarán mi opinión sobre usted.

—No aspiro a tanto.

Se sentaron juntos en un sillón y bebieron. Ella dejó su bolso en el piso.

—Vengo a buscar un libro que era de mi padre… Entiendo que usted se lo llevó aquella noche.

En el cafetín de enfrente un grupo de prostitutas recién llegadas bailaban valses en la vereda con los marineros borrachos. La niebla los cubrió por algunos segundos.

—No me llevé nada. Cuando murió tu padre hubo mucha confusión.

La niebla se hizo más tenue y dejó ver que ahora los que bailaban con las prostitutas eran unos chinos. Los borrachos desalojados protestaban y daban ridículos tirones a las ropas de las muchachas.

Una cerrazón, que más parecía una nube derrumbada, volvió a ocultarlo todo. El acordeón se oía despejado y brillante con un nuevo vals.

Artola volvió a llenar las copas. Ella empezó a insultarlo entre sorbo y sorbo hasta que —un poco mareada— reemplazó las palabrotas por la risa y el sarcasmo.

Los chinos reaparecieron victoriosos. Las chicas los abrazaban ya sin bailar. El bando en derrota se hallaba disperso. Algunos bebían en el interior del café. Otros yacían inconscientes en el empedrado. Se oyó una canción y una voz sufrida canturreó sin apuro:

Oh, je voudrais tant que tu te souviennes
Des tours heureux oú nous étions amis…

Marcel Artola bebía en silencio. Ella no podía contener la risa que le provocaban sus propias obscenidades. De pronto se acostó en el piso y escribió una palabra con tiza azul: SEXO.

En el café todos se habían marchado. Uno de los chinos se revolcaba con la más bella de las prostitutas sobre un revoltijo de sogas sucias de alquitrán. El acordeonista, entusiasmado por el silencio de un público implacable. La adolescente desnuda besaba a Artola y seguía gritándole insultos que ahora eran hijos del placer. Se amaron de un modo breve y feroz. Él murmuró unas frases de ternura y de disculpa. Después se durmió. Ella revisó entre los papeles del escritorio. En el espejo del baño descubrió que estaba llorando. Entonces, lo empaño con su aliento y escribió con el dedo: FUEGO.

La neblina se había ido. En el ojo de buey apareció una estrella. La chica se vistió y abrió su bolso de marinero. Sacó una alcuza y roció los sillones. Acto seguido bajó por la planchada, tomó las bombas incendiarias fabricadas en los talleres franceses de Saigón y las arrojó hacia la cubierta.

El acordeonista ciego apenas si tocaba notas sueltas que no significaban nada. Ella pasó lentamente frente a él, mientras el *Coite d'Ivoire*, envuelto en llamas, empezaba a hundirse.

Capitulo 4

El mozo

En el barrio de Flores la niebla es verde. Hay quienes, por el gusto de enfatizar, le atribuyen un brillo lunar parecido al de los relojes luminosos. ~~Marcadas~~ También se exagera la nitidez de sus límites dando por sentado que el fenómeno se interrumpe dramáticamente al llegar a las calles determinadas: Nazca, Gaona, Boyacá, Juan Bautista Alberdi.

Los taxistas se niegan a internarse en el barrio y dejan a sus pasajeros en el límite verdoso de la bruma.

Una madrugada de septiembre, Silvano Mansilla, el mozo de El Popular de Boedo, tuvo que hacer a pie las últimas cuadras para llegar a su casa de la calle Artigas. A Mansilla no le hacían falta cerrazones para perderse. No se orientaba en ninguna parte y no reconocía esquinas ni barrios, ni edificios. Los nombres de las calles se le olvidaban y casi siempre regresaba a su casa acompañado por algún conocido.

La primera cuadra la recorrió con cierta tranquilidad pero después tuvo miedo. No era un temor originado por las circunstancias de soledad y penumbra: según los farmacéuticos del barrio, la niebla contenía en sí misma vaya a saber qué sustancias de mierda que aceleraban el corazón, o tal vez lo paralizaban.

Mansilla oyó gritos y lamentos. Corrió para alejarse de ellos hasta que comprendió que provenían de su propio miedo.

Cuando ya estaba desorientado, por completo, tuvo la suerte de cruzarse con Fineo, el ciego inconsolable, que precedido por un perro en llamas, profetizaba en voz alta.

—El fin del mundo se acerca… Pero a nadie le importa… Colaboren con el ciego…

Mansilla lo consultó:

—¿Voy bien para Artigas y Aranguren? Yo vivo al lado del Satori, frente a la verdulería de Lamensa.

—Esta es Aranguren. Siga adelante. La segunda calle es Artigas. La reconocerá por la reja que hay en la ochava. Doble a la derecha, cuente ocho árboles y acérquese a la pared. Si hay una persiana metálica, esa es la verdulería, que a esta hora esta cerrada. ¿No quiere que lo acompañe para guiarlo?

—No gracias, creo que llegaré.

Mansilla trató de poner una limosna en la lata del ciego pero la moneda cayó al suelo. Fineo la recogió inmediatamente.

El mozo cruzó la calle Fray Cayetano, dobló en Artigas y pasó frente a su casa sin advertirla. Siguió caminando hacia el sur y al rato ya se había perdido otra vez. Se arrojo al suelo y permaneció en silencio. A su lado se abrió una alcantarilla y una cabeza apareció desde las profundidades.

El mozo reconoció con alivio la figura familiar de Hades Pérez, el hombre de las cloacas.

—No se asuste, mozo, soy yo.

—Me perdí —dijo Mansilla.

Hades lo agarró de un zapato y lo hizo descender a los túneles.

—Si me permite, lo voy a acompañar hasta su casa. Por abajo es más cerca. Además no hay niebla. Cuando quiera, yo puedo sacarlo a la avenida por lo caños. Usted me golpea aquí en la tapa de fierro y listo. A no ser que también le tenga miedo a los túneles. No le voy a negar que las cloacas son un poco hediondas. Pero con las cosas que están pasando ya casi no salgo de aquí. ¿Para que voy a andar entre el humo?… ¿Para que me peguen con un palo en la cabeza? Dígame si no tengo razón, mozo.

Mansilla le dijo que sus palabras eran muy sensatas y prometió solicitar su ayuda, llegado el caso.

Hades Pérez lo acercó hasta la puerta de su edificio. Cuando estaba por entrar oyó risas de mujeres y adivinó unas sombras que saltaban con paso de murga: una comparsa de putas llevaba en andas a su vecino Marcos Ferenzky, propietario del cabaret Satori. Entre besos y caricias lo sentaron en la vereda y se fueron cantando estribillos obscenos.

El hombre empezó a toser y reír.

—¿Es usted Mansilla? ¿Se perdió otra vez?

El mozo no le contestó. Ferenzky siguió recitando con voz de borracho de sainete. Oculto por la neblina parecía una nube de palabras.

—¡Cuántos ancianos nacen cada hora a nuestras espaldas mientras miramos las vidrieras de los bazares! ¡Oh, cuánta ausencia bajo tu bruma, barrio querido! ¡Cuanto niño encerrado en cofres de decrepitud! Ay, de las inteligencias empantanadas en charcos de desmemoria. Acérquese, Mansilla, que anda suelto el olvido, el olvido más profundo y más oscuro. El que borra a los que murieron sin que lo supiéramos, a los que para nosotros murieron antes de morir. ¡Ah, la vergüenza de las putas envejecidas! La niebla verde, por suerte, no nos deja ver la derrota de las tetas de nuestra juventud. Pero tampoco nos deja conocer nuestro propio rostro. ¿Usted me oye, Mansilla? ¡Porque yo ya ni siquiera percibo maldita, condenada a comprender su mala estrella! Solo una cosa hay en el mundo: la juventud.

Mansilla se fue ausentando de a poco hasta llegar a su departamento.

Cuando encendió las luces, lo saludó un griterío enloquecedor.

—¡Mozo!… ¡Mozo!

—¡Aquí, mozo, aquí!

Eran los loros que lo acompañaban desde la niñez. Mansilla había quedado huérfano a los 6 años y le gustaba creer que aquellos pájaros habían pertenecido a su madre. Muchas veces trataba de reconocer la voz amada en los chillidos de los loros más viejos, pero siempre aparecía algún anacronismo que destruía la ilusión. Los loros viven más que los padres y en la infancia terrible del

mozo fueron la única presencia constante.

Mansilla se complacía en dar por cierto que uno de los pájaros, un yaco verdirrojo de cola larga, había sido el preferido de su madre. Lo llama Bachicha y era el único que tenía nombre, salvo otro grisáceo y taciturno que no hablaba nunca y tal vez ni siquiera era un loro. Mansilla le decía el Mudo.

Ah, pájaros ingratos que insultan a quien los alimenta.

—¿Cómo saben que soy mozo? —les gritaba indignado—. ¿De donde sacaron esa palabra?

En verdad, los pocos conocidos de Mansilla que se atrevían a visitarlo le llamaban mozo. Algunos sospechaban que el padre, aquel hombre inconcebible que desató la tragedia, también había sido mozo.

Ah, pájaros implacables de la conciencia.

—¿Cómo saben que no soy joven? ¿Cómo saben que no soy feliz?

—¡Mozo, mozo! —insistieron los loros.

Mansilla buscó un sifón en la heladera y les echó soda. Los gritos se acallaron.

A los parroquianos de El Popular les parecía que, con los años la voz de Mansilla se volvía cada vez más parecida a la de un loro. También hacían notar su costumbre de repetir en un murmullo todo lo que oía, sin señalar —para no estropear la calumnia— que este es un viejo recurso nemotécnico de la profesión para no equivocar los pedidos.

Antes de acostarse, Mansilla abrió un baúl que se escondía bajo la ropa sucia. Adentro había algunas joyas modestas, unos cuantos fajos de billetes de cien, fotos, diarios viejos, unos cuchillos, un revólver reluciente y una trompeta. El mozo acomodó el dinero arrugado que saco del bolsillo, cerró el baúl y se metió en la cama.

Tal como hacía todas las noches se puse a pensar del modo más ordenado en Bella Poniatowsky, la vecina de enfrente. Dispuso en su mente unas imágenes que la presentaban mirándolo a los ojos. Tal cosa no había ocurrido nunca. O tal vez sí, por casualidad, en El Popular de Boedo, donde ella solía ir a cenar con su marido, el doctor Abel Poniatowsky.

Mansilla insistía en recordar ese segundo, esa intersección azarosa de dos líneas causales para convertirla en el centro de su vida. También solía evocar una frase dulcísima que en la voz grave de Bella parecía una declaración de amor.

—Usted ~~es un~~ es tan amable, mozo.

La palabra *mozo* estropeaba el inciso.

En los primeros años de su oficio había intentado promover entre los parroquianos la costumbre de llamarlo por su nombre. Pero todos se olvidaban enseguida y regresaban a la comodidad primigenia.

Mansilla decidió pensar en el escote del vestido verde. Era su evocación preferida. Bella aparecía en el jardín de su casa agachándose a recoger la correspondencia. Ya casi en el umbral del sueño agregó un beso, unos manoseos y unos suspiros que formaban parte de un vasto arsenal de fantasías. Tal vez murmuró el nombre de la mujer amada.

—¡Bella! ¡Bella! —gritaron los loros.

Mansilla se durmió pero despertó enseguida. Siempre dormía así, de a ratos. Casi estaba acostumbrado a los despertares múltiples y súbitos de cada noche. Él culpaba a los loros. Pero casi siempre eran chispas de pesadillas, relámpagos de angustia que lo hacían gritar aunque muchas veces los gritos también eran soñados.

Se levantó, miró por la ventana con la esperanza de divisar milagrosamente a Bella pero solo vio el resplandor verde. Después recordó un jarabe que le había obsequiado el viejo Marco Ferenzky. Era, según prometió el alquimista, un somnífero implacable. Mansilla tomó un trago y espero. Uno de los loros se aparto de sus compañeros y le dijo:

—Creemos que lo desconocido se parece a lo que conocemos. Imaginamos la Luna no diferente a San Luis. Pensamos que la muerte se va a parecer a la vida. Esa idea nos impide salir de nuestro ~~libro~~ encierro mental. Creemos que lo desconocido se parece a lo que conocemos.

Silvano Mansilla volvió a dormirse, esta vez por un largo rato, y las pesadillas fueron mucho peores porque no pudo despertarse.

Capitulo 5

Marco Ferenzky

El Satori era un lánguido cabaret que del modo más impertinente funcionaba en la calle Artigas, justo frente a la verdulería de Lamensa. Ocupaba un salón que era en verdad la planta baja de un caserón sombrío y descuidado.

Su dueño, el viejo Marco Ferenzky, aseguraba que cada detalle de la arquitectura de aquel establecimiento tenía un significado alquímico, mágico o poético.

Las columnas de la entrada, que él llamaba Joaquín y Boaz, simbolizaban los principios duales del pensamiento y hallaban su antecedente en el Templo de Salomón.

En la pared del frente había cuatro pequeñas ventanas que representaban el Tetragrama, cuya repetida pronunciación hacía surgir los cuatro mundos: Aziluth, Beriah, Yezirah y Assiya. También podían ser el uno más la Trinidad y, si era necesario, eran el fuego devorador del Padre, el trueno del Hijo y el rayo del Espíritu Santo. En ese mismo frente, había dos puertas, una roja y una negra, que conducían a las dependencias privadas del caserón. La negra simbolizaba la verdad y por ella entraban las personas amistosas. La roja era la puerta de la mentira y era utilizada por los farsantes.

Ferenzky abría al mismo tiempo ambas puertas y dejaba que el visitante eligiera. Gracias a tal prodigio el alquimista reconocía de modo infalible a sus enemigos.

En el interior del cabaret se amontonaban sillones de la India, lámparas japonesas, cuadros eróticos de la Chin, cortinas del Once y unas palanganas de loza salvadas del incendio del palacio de Correos en la ciudad de Khartoun.

Para bajar al sótano de los reservados se utilizaba una escalera de siete peldaños, que eran los siete grados de la iniciación del alquimista y también los siete peldaños del Templo. Cada grada tenía su nombre: Caltination, Sublimination, Solution, Putrefaction, Distillation, Coagulation, Tinctyr.

Atrás de la casa había un jardín conquistado por los yuyos y también algunos árboles que, en la opinión de Ferenzky, poseían virtudes oculares.

A la tardecita el viejo sacaba un banquito a la vereda y se sentaba a tomar aire fresco. Pasaba largas horas trenzando relaciones de saludo y ejercitando el arte de la conversación al paso.

Algunos vecinos no lo tomaban muy en serio. Lo saludaban con sonrisas de superioridad y con toda malevolencia se referían a el como el Viejo Pulastro, el Anciano Tragasables o el Venerable

Marcha Atrás. Pero las viejas lo adoraban y creían que el hombre tenía algunos poderes poco comunes. Él fomentaba tales presunciones y cada vez que se le presentaba una oportunidad se señalaba como mago y alquimista, y se confesaba discípulo de Michael Maier, Jacob Bohéme, Alistair Crowley y Cátulo Castillo.

Ferenzky era capaz de algunos modestos logros terapéuticos. Gracias a un tónico que el mismo elaboraba logró que le creciera el pelo al verdulero Lamensa. Poco después, con el mismo preparado, o tal vez con otro, le devolvió el entusiasmo viril al marido de la señora del fondo, un ferroviario de apellido Maghetti.

En virtud de estas hazañas, Ferenzky obtuvo cierta fama de curandero, manosanta y adivino. En sus ratos libres atendía las consultas de los vecinos, a veces en al vereda y en los casos más complejos en su oficina del cabaret. Allí tenía una serie de aparatos de magia que —según las malas lenguas— permitían realizar engaños de ilusionista. También se decía que el viejo hacía arder sustancias exóticas y que por las bocas de las estatuas salían vapores que atontaban a quienes los respiraban. Si ha de creerse a los maldicientes, detrás de los cortinados se ocultaban unos ayudantes que, atendiendo a oportunas señales, recitaban frases misteriosas, gritaban o imitaban a diferentes animales.

El vecino de al lado, Silvano Mansilla, creía firmemente en los poderes de Ferenzky. Muchas veces, de puro comedido ayudaba al anciano ~~envuelto en~~ en su taller de alquimia. Encendía los atanores, limpiaba los mecheros, disponía las retortas y se estremecía de asombro cada vez que Ferenzky hablaba de sus amigos, lo Brujos de Chiclana. Cuando se atrevía, le pedía que destilara para él algún filtro amoroso que pudiera ayudarlo en su ardor por Bella. El viejo se negaba, diciendo que uno mismo debía convertir su cuerpo y su alma en un instrumento de captación y que el entendimiento era la magia indicada para apropiarse tanto de los arcanos de la metalurgia como de las gestas amorosas con señoras mal dispuestas.

Mansilla era uno de los tantos que Ferenzky usaba para difundir chismes inventados por él mismo. Fue el mozo el primero en contar que el anciano tenía ciento setenta años, que era hijo de un conde polaco, que era ingeniero y que era homosexual.

Ferenzky se expresaba de un modo extraño. Su entonación y su acento tenían un carácter viable. En ciertos días se daba a entender con extrema dificultad, equivocando los géneros y las inflexiones verbales. Otras veces hablaba como un criollo viejo y se ayudaba con muchedumbre de refranes. Menos frecuente era la entonación inglesa, excepcional el cerrado portugués que solo utilizaba en la panadería La Segunda de San Lorenzo.

El viejo se jactaba en distintos idiomas su don de lenguas. Decía ser el último hombre capaz de hablar el etrusco. Afirmaba dominar el ramasí, la lengua utilizada por los asesinos rituales de la diosa Parvati.

También prometía conocer el cantonés, el georgiano, el sumerio y el pelasgo. El verdulero Lamensa, sin embargo, juraba que habiéndole hablado en dialecto napolitano no obtuvo otra respuesta que el silencio absoluto.

Ferenzky era muy aficionado a las malas palabras y particularmente a los versos puercos y a los retruques de prostíbulo. Se complacía en hacer rimas con el apellido de sus conocidos y cada acierto le producía violentos ataques de risa e incluso tosas, ahogos y desmayos que hacían temer por su vida.

Gastaba grandes sumas solventando al batallón de correveidiles que se infiltraban en todos los foros del barrio de Flores y revelaban, con fingido asombro y aire confidencial, las fábulas que el viejo estaba interesado en divulgar. Decían, por ejemplo, que Ferenzky sufría ataques de locura en el transcurso de los cuales solía tirar a la marchanta kilos de monedas de oro. También afirmaban —y era cierto— que sentía de tanto en tanto el impulso irrefrenable de hacer regalos insólitos por su naturaleza y por sus destinatarios. En algunas reuniones, el viejo se rodeaba de un coro de aduladores que le festejaban las gracias y tomaban partido a su favor en caso de controversia.

En el primer piso del caserón habitaban unas adolescentes hermosas que eran adiestradas en los secretos de las artes del amor.

Los agentes del viejo juraban que ellos mismos recorrían la ciudad buscando niñas prometedoras que fueran dignas de recibir iniciaciones superiores.

Algunos vecinos, acaso también al servicio de Ferenzky, decían haber visto a través de agujeros en la ligustrina del fondo, las penosas rutinas de danza, las gimnasias interminables, las abluciones lácteas, las clases de ciencia y las contorsiones lujuriosas que se practicaban en el patio del caserón.

Si alguno lo consultaba, el viejo, con fingida reserva, admitía que estas muchachas tocaban instrumentos, cantaban, componían poemas y resolvían ecuaciones cúbicas. En virtud de estas astucias, el Satori se llenaba todas las noches de curiosos, de putañeros, de místicos y de locos.

Una noche, muy tarde, alguien toco el timbre de la casa del alquimista. El viejo espió por la ventana y reconoció en medio de la niebla a las hermanas Marta, Mirtha, y Mabel Bevilacqua, tres mujeres mayores con aspecto de amas de casa que presumían ser sacerdotisas en los aquelarres organizados por los Brujos de Chiclana.

Ferenzky se metió un revólver en el bolsillo y abrió las dos puertas de su casa. Las Bevilacqua entraron al caserón. Mabel por la puerta negra, las otras por la roja. El viejo tembló. Las hizo pasar a su despacho y les ofreció un licor. Las señoras se negaron.

Mirtha se acomodó en un sillón inglés y mirándose las manos murmuro:

—Usted debe saber que están sucediendo cosas muy extrañas.

—Para supersticiosos todas las cosas son extrañas.

—¿Que me dice de la niebla?… Límites precisos, cerrazón absoluta, encuentros misteriosos. Además, el humo no solo oscurece, también produce alucinaciones.

Mirtha Bevilacqua se acercó a Ferenzky y le habló casi rozándole la nariz con los labios.

—Por a.C. anda una turba iracunda que rompe vidrios y golpea a las viejas.

Mabel abrió los brazos y entro en trance.

—Allá vienen las sombras destructoras
Gritando con voz de oleaje
Las verdades y las amenazas de la tempestad.

—Los vi. Son violentos y fanáticos. Pero el mundo esta lleno de personas así y también de neblinas y cerrazones.

—Según el ciego Fineo, estas son las señales del fin del mundo.

Mabel se puso detrás del viejo y empezó a lamer sus oídos. Después susurró con aliento de bruja.

—Las parcas han decidido la desgracia
Pero el futuro se deja convencer

Tal vez tú saliva dulce

Venga a apagar todos los incendios.

Ferenzky se apartó de las brujas y tanteó el revólver.

—Señoras… díganme, por favor, qué se les frunce…

—Por casualidad… ¿Usted conoce a Román Stéfano?

—No.

—Dicen que ese hombre esta en la Argentina y que vino a buscar el libro… O que él mismo lo tiene en su poder.

—¿Qué libro?

—No se haga el imbécil. El *Libro de Raziel*, el *Libro dorado*, el *Libro de los 10.000 Sabios*, el *Libro de Las Páginas Infinitas*, como quiera llamarlo.

—El libro no existe. Solamente hay copias, citas y falsificaciones que dicen porvenir de un texto que nunca fue escrito.

Marta Bevilacqua besó en la boca al alquimista. Después se limpió con la manga de su traje sastre y dijo:

—El *Libro* existe y se dice que usted lo anduvo manoseando. Vimos en Internet una copia de un capítulo cuyas notas al margen tienen el sello de su estilo.

Mirtha sacó unas hojas arrugadas de su cartera de charol y leyó con postura docente:

—*Aquel castillo, construido por Luis II de Baviera tan solo por el gusto de generar ~~niebla~~ belleza, se había convertido en una fortaleza, en una mazmorra cruel de la que solo podía egresarse con el culo roto*… ¿Quién si no usted pudo haber agregado este inciso?

El viejo Ferenzky lanzó una risotada y después cayó al suelo tosiendo y resoplando.

—Yo no escribí nada —alcanzo a decir entre lágrimas.

—*Si el libro arde, el universo también arderá* —gritó Mabel tocando el culo del alquimista—. *Pronto sonará la campana negra de la venganza.*

Ferenzky sacó el revólver.

—No me gusta que me toquen.

Mirtha Bevilacqua mostró unos calzones del tiempo de la inundación.

—Anote lo que voy a decirle viejo tragasables… En Chiclana hemos consultado el caldero de Cerridwen. Allí vimos las señales. La primera es la niebla. Después los perros en llamas.

—*Algunas casas se fugarán* —dijo Mabel abrazando las piernas de Ferenzky.

—Todos tendrán mala suerte.

—*Los muertos beberán nuestro vino*

—Lloverán peces.

—*Cabezas sin cuerpo volarán sobre los árboles.*

—La gente se mudará a otro barrio.

—*Un hombre sin pasado pagará los precios justos.*

—Son señales de que el libro anda por aquí y corre el riesgo de ser destruido.

—Si el libro esta en peligro, el mundo también.

—No le conviene meterse con los Brujos. Si por casualidad sabe algo de Román Stéfano será mejor que nos lo diga.

El viejo apuntó con el chumbo a las hermanas Bevilacqua.

—Nunca vi ese libro y no se quien lo tiene.

—Sabe muy bien que podríamos hacerle mucho daño.

Ferenzky sacó de un cajón una estrella de plata y la mostró triunfalmente.

—No olviden que también soy un brujo de Chiclana.

—*Tú también eres nosotros*
tu aliento sale de nuestras bocas
tu muerte es nuestra muerte
todos los que buscamos el Simurg
somos el Simurg.

—Esa estrella es falsa o esta vencida —dijo Mirtha—. Usted no cree en nada, no sé como pudo colarse en nuestro círculo. Cuídese, Ferenzky. Ya ha muerto mucha gente por culpa de ese libro. Si todavía tiene dudas, podemos mostrarle el caldero.

—*La olla mágica de la inspiración poética*.

—Mi interés por la hechicería es solo antropológico. Por lo demás, ya no puedo ver milagros sin presentir el fraude.

Mabel se acercó al alquimista y le escupió en la boca.

—*Ahora he borrado todo lo que te enseñamos.*
Si alguna magia tenía, ya te la quité.

—Váyanse y déjense de joder. Las voy a acompañar hasta la puerta.

—Ya nos veremos.

Las viejas ganaron la calle y desde la vereda de enfrente con voz aguda de brujas injuriaron al alquimista.

—¡Pederasta provecto!… ¡Anciano manflora!… ¡Invertido senil!…

—¡*Puto Viejo*…!

Capitulo 6

Los Fantasmas del palacio Bender

Manuel Mandeb y el ruso Salzman caminaban en la noche silenciosa de Palermo rumbo a la casa del músico Ives Castagnino. Estaban invitados a una especie de fiesta. Años y años de aburrimientos mundanos habían dejado en ellos un sólido pesimismo respecto de cualquier clase de reuniones.

—Disfrutemos —dijo Mandeb—. Esta ansiedad por llegar tal vez sea el momento más intenso de la noche.

—No estoy de acuerdo. El punto cúlmine ha sucedido. Tal vez antes de salir, al elegir un calzoncillo o al cerrar la puerta.

Al pasar bajo el puente del ferrocarril, Mandeb padeció un efímero ataque de entusiasmo leve.

—Los vecinos de Castagnino son artistas bastante buenos. Quizá sean tan bien un poco indecentes. Esa cantante, Karina Warren, marca uno treinta y seis la milla.

~~La cerrazón~~ Salzman pensó que él ya había estado con Karina Warren y su paso se hizo más lento.

Un rato más tarde llegaron ante la ruinosa fachada del palacio Bender.

—Aquí me gustaría vivir, Salzman.

En realidad, era un edificio de departamentos cuyo antiguo lujo ya se había derrumbado. Fue construido en 1874 por los ingleses del Central Argentino para alojar a sus principales funcionarios. Después fue adquirido por una familia de alemanes. Era una construcción extraña: abajo había salones grandes como galpones. En el primer piso, unas terrazas enormes daban directamente al parque. Las plantas superiores eran más anodinas, salvo el quinto y último piso, que tenía una azotea y un mirador.

Después de 1910 se puso de moda entre los cajetillas, los artistas de fama y los visitantes ilustres. No vivían allí de forma permanente, pero les gustaba el lugar como escenario de sus citas galantes, o como estudio de música o de pintura.

Dicen que el payaso Frank Brown alquilaba las habitaciones del frente. Luis Ángel Firpo se entrenaba allí. Bing Crosby y Xavier Cugat estuvieron en el Bender con todos sus músicos. Los vecinos más viejos contaban que las bailarinas del Folies Bergeré se paseaban en pelotas por el jardín

del fondo.

También pasaron por allí Nijinsky, García Lorca, Josephine Baker, Miguel de Molina y el conde de Keyserling.

El palacio contaba con una leyenda de mala sombra, que sin embargo resultaba atractiva para sus ocupantes. Allí se habían suicidado siete personas, entre ellas el jerarca ruso Sergei Medvedev, dos toreros mexicanos y el novio de Carmen Miranda. La desgracia alcanzó otros inquilinos ilustres, aunque fuera del palacio: Jorge Newbery había reservado todo el cuarto piso antes de perderse con el globo Pampero. Parravicini, Gardel, Lugones y el príncipe Bira tuvieron en el Bender sus refugios secretos.

El edificio se fue deteriorando y se convirtió en un lugar sucio y ruinoso. Los servicios fueron suprimidos. No había encargados ni mucamos, ni personal de limpieza. Pero los alquileres seguían siendo altísimos. A pesar de la mugre, prevalecía la idea de que un alojamiento en el Bender significaba heterodoxia artística, sexualidad desaforada y un desprecio por la sociedad industrial que no implicaba renuncia a la fortuna o a la fama.

El músico Ives Castagnino se había ofrecido a cuidar los salones del bandoneonísta Anselmo Graciani, que se había echo rico en el Japón y andaba siempre de gira.

Manuel Mandeb y Bernardo Salzman entraron mientras un saxofonista improvisaba escalas de vértigo sobre un uroboros de acordes del piano. Les costaba avanzar entre los invitados. Casi todos se acomodaban en el piso y preferían desplazamientos reptiles. Por fin pudieron sentarse en un rincón, cerca de dos adolescentes que acostadas boca arriba miraban al techo y reían. Mandeb tomó la mano de una de ellas y le dijo:

—Quisiera conversar un rato, pero no tengo absolutamente nada que decir…

—No importa. Hablemos igual —ella se acercó arrastrándose.

—Podríamos usar solo la música del lenguaje sin preocuparnos del sentido.

—Ya entiendo. Entonaciones… Variaciones de intensidad…

—Un burro… Dos burro… Tres burros… —insinuó Mandeb. Ella prefirió mantener una distancia.

—Siete palabras bastan para dar color al guiso.

Mandeb acercó su boca al oído de la chica.

—El hijo del espartero se quiere meter a fraile.

—Devoto, Villa del Parque, la Paternal.

Ella lo abrazó. Su compañera quiso participar.

—Chacarita…

—Ellos no la escucharon y siguieron en su mundo de susurros cada vez más audaces.

—¿La señorita ya ha nacido? Podríamos nacer juntos…

—Ya llegan por el Egeo las velas de Ayolas…

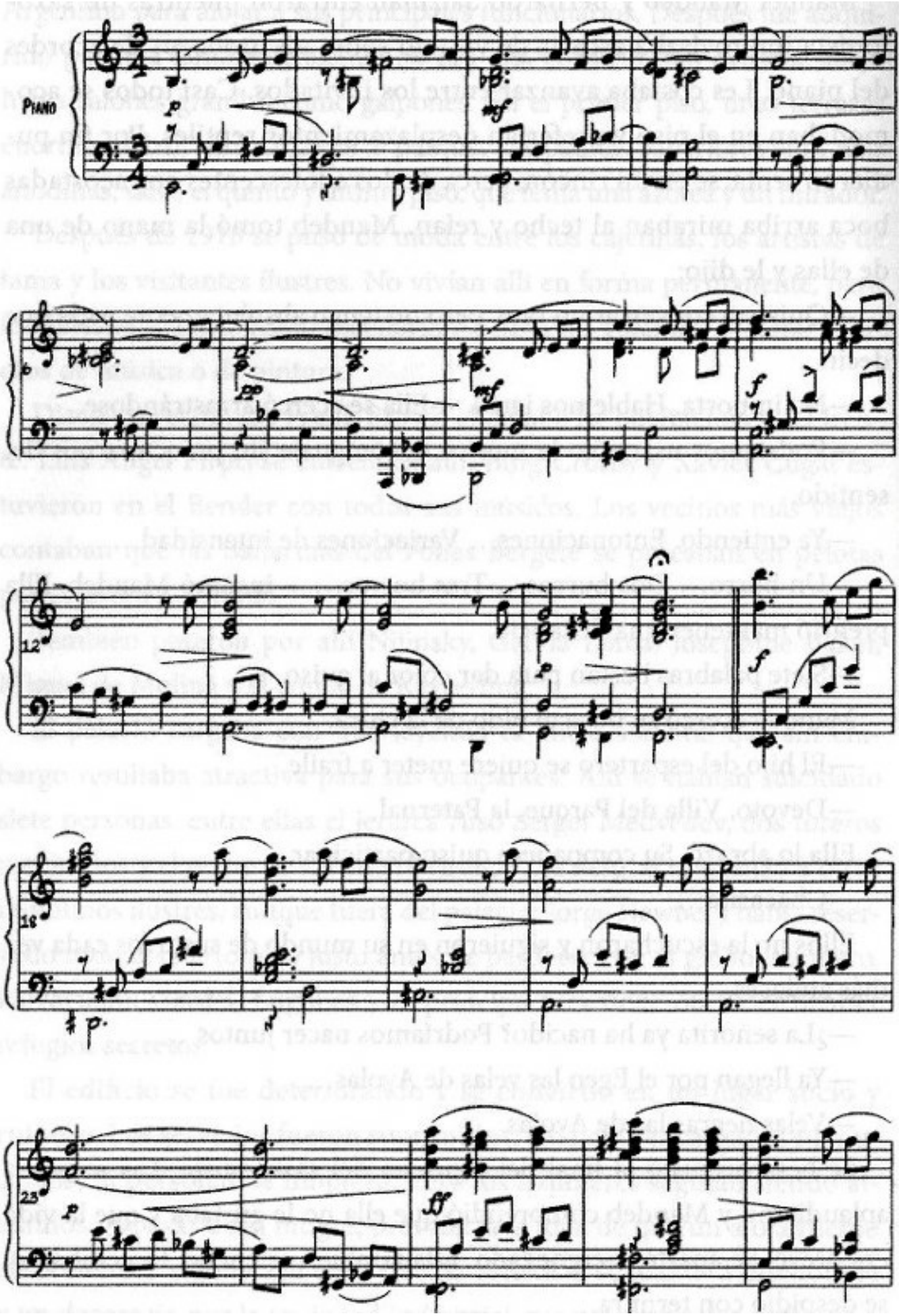
—Velas negras las de Ayolas.

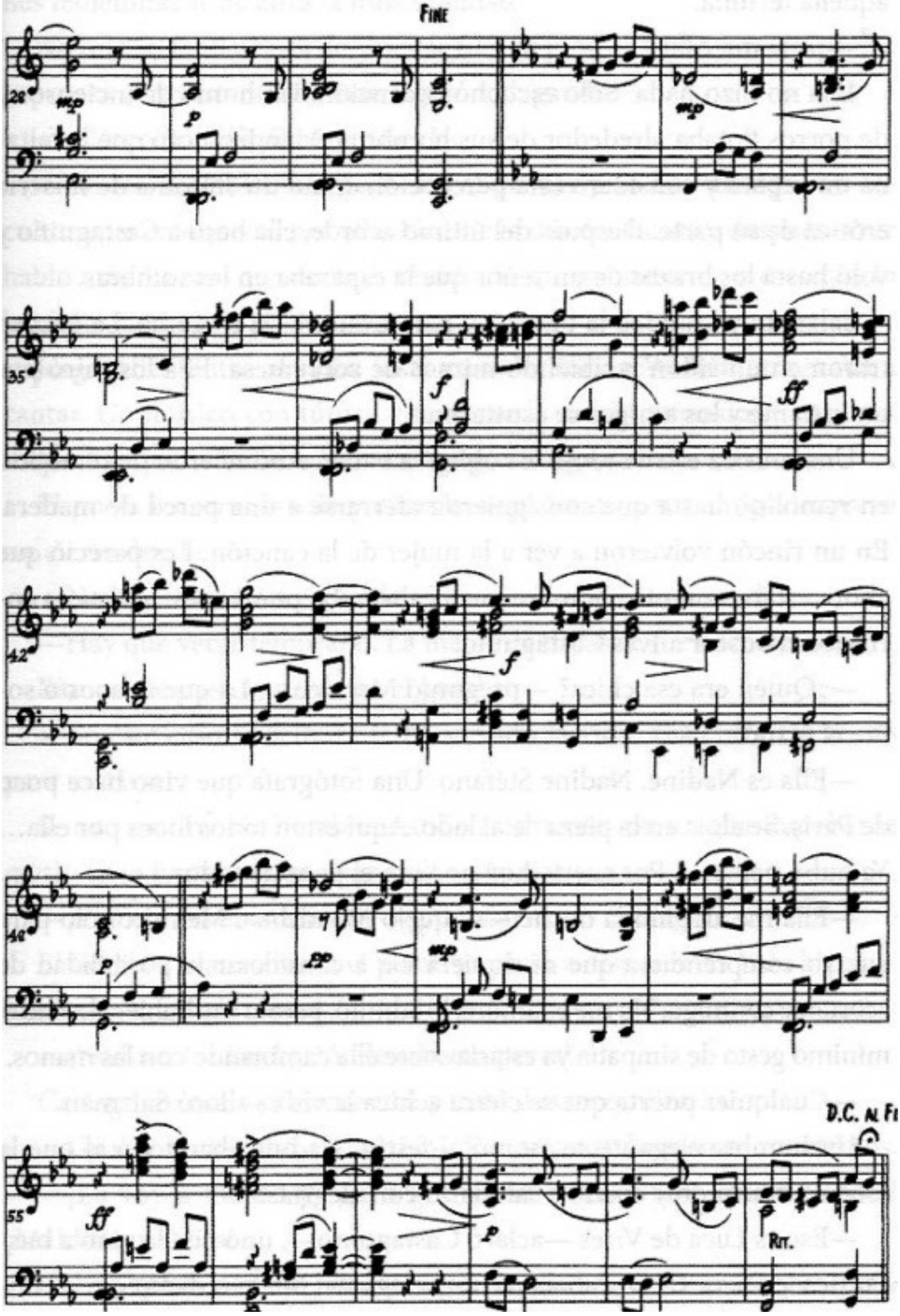
Se besaron justo al final del capricho del saxofonista. Las sombras aplaudieron y Mandeb compendió que ella no le gustaba y que la vida era breve. Se apartó avergonzado. Ella también se enfrió. Sin embargo, se despidió con ternura.

—Enfermedades eran las de antes.

—Merecidas —dijo Mandeb y se levantó de un salto.

Ives Castagnino empezó a tocar un aire melancólico.
—¿Dónde estas Nadine? Esta es tu canción…


PIANO
p
mf
f
12
16
23
ff


FINE
28
mp
p
mp
35
f
ff
42
f
48
p
pp
mp
D.C. AL FI
55
ff
p
RIT.

Mientras sonaba la música, surgió de entre unos almohadones y unos besos una muchacha hermosa. Casi desnuda, con unas transparencias de compromiso, se extendió sobre el piano y sonrió. Los faroles del parque se encendieron de repente. Salzman dijo sus primeras palabras en aquella tertulia.

—¡A la mierda!

Ella no hizo nada. Solo escuchó la canción. Un humo de incienso y de porros flotaba alrededor de sus hombros. Mandeb notó que le faltaba un zapato y consideró esta percepción como un síntoma de miseria erótica de su parte. Después del último acorde, ella besó a Castagnino y voló a los brazos de un señor que la esperaba en las sombras.

Salzman y Mandeb la buscaron para examinarla de cerca. La encontraron en un sillón recibiendo unos mimos de sobremesa. Ella los miró por un instante y los amigos se asustaron.

Una música estruendosa los obligó a bailar. Anduvieron de remolino en remolino hasta que consiguieron aferrarse a una pared de madera. En un rincón volvieron a ver a la mujer de la canción. Les pareció que ahora estaba con otro hombre que la abrazaba por detrás. Entonces corrieron a buscar a Ives Castagnino.

—¿Quién era esa chica? —preguntó Mandeb—. La que se acostó sobre el piano.

—Ella es Nadine, Nadine Stéfano. Una fotógrafa que vino hace poco de París. Se aloja en la pieza de al lado. Aquí están todos locos por ella… Ya hubo peleas… Por suerte hoy no vino el peor de todos.

—Ella me arruinó la noche —se quejo Mandeb—. Me miró sólo para que yo comprendiera que ni siquiera iba a considerar la posibilidad de acostarse conmigo. No me enamoré, lo admito, pero si me hubiera hecho el mínimo gesto de simpatía ya estaría sobre ella caminando en las manos.

—Cualquier puerta que se cierra achica la vida —lloró Salzman.

Un hombre elegante se asomó al festín. Nadine abandonó al que la estaba abrazando y corrió a saludarlo con alegría.

—Ese es Luca de Vries —aclaró Castagnino—, uno que la vino a buscar desde París. Es un caballero muy elegante. Me han dicho que es budista.

—Los budistas conocen técnicas milenarias para complacer a mil trescientas mujeres, una tras de la otra.

—Esos son los taoístas, que conocen le huang-chi-pu-nao —protestó Mandeb—. Según parece a fuerza de retenciones masculinas y explosiones femeninas se alcanza la inmortalidad.

Nadine Stéfano y Luca de Vries se fueron juntos. Todos miraron hacia la puerta con tristeza. Salzman siguió indagando.

—¿Cómo es ella? ¿Es simpática?

—No lo sé. Habla muy poco. En el primer piso hay un tipo, un escultor, que enloqueció por ella. Nadine le dio dos besos y después no le habló más. Es raro que no haya venido. Se quiere matar… yo creo que lo hará del modo más publico y molesto.

Jorge Allen entró al salón justo cuando Karina Warren empezaba a cantar. Un músico con túnica y turbante la seguía tañendo el sitar, sin sospechar que se hallaba frente al tango «El aguacero».

El poeta recorrió la sala y cuando llegó frente a sus amigos expresó cierto desaliento.

—No hay ninguna muy linda.

—Hay que venir temprano. La mejor de todas se fue hace un rato.

Mandeb le puso la mano en el hombro.

—En este caso la demora te ha salvado la vida. Esa chica era como para matarse.

Se oyó un tiro. Un hombre vestido solamente con un guardapolvo se metió en la fiesta con un viejo Colt en la mano.

—¡El loco! ¡El enamorado! —gritó alarmado Castagnino.

El hombre avanzó hasta el piano y volvió a disparar. La bala hizo estallar una araña de cristal.

—¡Nadine, Nadine! ¿Dónde esta esa perra?

Castagnino fue a su encuentro y trató de tranquilizarlo.

—Guarde el chumbo, Calvani. Nadine se retiró hace unos momentos.

—¡La voy a matar! ¡Seguro que ya se revolcó con todos ustedes! ¡Maldita, maldita!

Calvani pasó la mano libre sobre el hombro de Castagnino y empezó a hablarle con aire de confidencialidad, pero a los gritos.

—Usted no sabe lo que es para mí esa mujer. Usted no sabe, amigo, hasta que punto llega mi adoración.

El músico del sitar empezó a bordonear la introducción de «Tomo y obligo». Calvani rompió a llorar.

—¿A ella no le importa arrastrar mi nombre por el suelo, me comprende?

Alguien le ofreció una copa de champagne y Calvani guardó el revólver en el bolsillo del guardapolvo. Pronto su discurso perdió interés y la fiesta recobró su intensidad. Karina Warren empezó a cantar *The lady is a tramp*.

Calvani parecía una estatua ~~que cubre las calles~~ sentado en el suelo con la mirada fija y vacía. Jorge Allen, impresionado, declaró que se necesitaba mucha belleza para producir un efecto semejante.

—Era hermosa de verdad —murmuró Salzman, que también se estaba pareciendo a una estatua.

—Vamonos —gritó Allen—, por suerte he llegado a tiempo para irme.

Castagnino le hizo notar la presencia de unas bailarinas que vivían al fondo y que eran bastante deseables.

—Me hubieran gustado mucho, pero ahora ya sé que había otra más linda.

Salzman golpeó las manos.

—Hace más de media hora que estamos aquí… Es demasiado.

Mientras tanto, Karina Warren, parada sobre le piano, miraba al ruso y hacía gestos supuestamente destinados a enfatizar la música pero que en verdad, no eran más que anuncios desvergonzados de su firme decisión de acostarse con él.

La adolescente que había besado a Mandeb apareció por sorpresa y le puso un dedo en la boca.

—Tensión, distensión, tensión, distensión…

Mandeb se apartó bruscamente.

—Quítame de allí esas pajas —se disculpó y ganó la puerta. Salzman y Allen lo siguieron al trote.

Caminaron en silencio bordeando el terraplén del ferrocarril. Todavía llegaba hasta ellos el ruido de la fiesta. De pronto oyeron un tiro y unos gritos.

Salzman miró a las estrellas.

—De verdad, era muy linda…

4
♣

Capitulo 7

Fiesta en el Satori

Al llegar al puente Pacífico, Manuel Mandeb miró hacia atrás y dijo con melancolía:

—Me parece que tendríamos que habernos quedado.

—Es demasiado temprano. Siempre es demasiado temprano —contestó Allen.

Siguieron caminando en silencio. En algún momento, se dieron cuenta de que estaban yendo rumbo al Taormina, un salón de billares de mala muerte que les pareció atrayente porque hacía mucho que no iban.

—Disfrutemos —dijo Mandeb—. Esta ansiedad por llegar tal vez sea el momento más intenso de la noche.

Ya desde la esquina, la ausencia del establecimiento se les hizo patente. El Taormina no estaba. Revisaron toda la cuadra con el mayor escrúpulo para ver si encontraban rastros de una clausura o un cambio de dueños. Fue inútil.

El ruso Salzman le preguntó a un vecino:

—Buscamos el bar Taormina que antes estaba en esta cuadra. ¿Lo cerraron?

—Aquí nunca hubo ningún bar.

Unas viejas que pasaban avalaron ese dictamen. Los amigos intentaron en la cuadra siguiente y en las calles transversales ~~de Flores~~ sin encontrar la más mínima señal.

El Taormina se había esfumado.

Jorge Allen recordó con alarma que unas semanas atrás no había podido hallar la farmacia Berenstein en la calle Condarco.

Cansados y desengañados, caminaron en la niebla de Flores, que era también el aburrimiento. Mandeb decidió abandonar oficialmente toda esperanza.

—Ya es demasiado tarde para que aparezca alguna aventura.

—Siempre es demasiado tarde.

—Tengo miedo —gruñó Salzman—, esta no es una buena noche.

Una sombra robusta pasó junto a ellos y se esfumó enseguida. Allen se sobresaltó.

—¿Ese no es el finado Menéndez?

Salzman gritó su desacuerdo.

—¡Basta de supersticiones! Desde que el ciego empezó a anunciar que los muertos se pasearían por el barrio, cada desconocido es un difunto que regresa.

Se oyó la voz de Mandeb, unos pasos más atrás.

—La niebla de Flores no solo dificulta la visión. En cierto modo, también nubla el entendimiento. La cerrazón y la oscuridad son el mejor escenario para los aparecidos. El miedo dibuja sus espantos en las sombras. ¿Pero quien sabe?… Tal vez este humito verde tiene alguna propiedad alucinatoria que les abre las puertas a todas las criaturas del infierno.

—No todos son espejismos —dijo Allen—. Los perros en llamas, la turba indignada, las casas que desaparecen, las palomas azules, los asaltos de la Máscara… Son sucesos reales.

Salzman caminaba tanteando la pared.

—La culpa es de las viejas, que no se conforman con el horror verdadero que es la vida y le agregan muñecos de tren fantasma para asustarse entre ellas.

En la calle Artigas oyeron música y vieron brillar las luces rojas y azules del cabaret Satori.

Alguien les dijo que había una fiesta para celebrar el cumpleaños del viejo Ferenzky o de alguna otra persona.

Como no estaban invitados les pareció que tenían la obligación de entrar.

—Disfrutemos —dijo Mandeb—. Esta ansiedad por llegar tal vez sea el momento más intenso de la noche.

Se colaron sin ninguna dificultad. Entre la muchedumbre, encontraron algunos conocidos: el canillita Luciano, las mellizas Garcerón, el pintor Lucio Cantini, el cafiolo Vidalita y Héctor Scarpa, frustrado organizador de la Silbatina Universal Contra todo. En un rincón, el poseído Basaldúa toqueteaba a las muchachas y le echaba la culpa a Igalfagor, el demonio que lo sojuzgaba. Por momentos, el espíritu inquilino dejaba oír su voz ronca declamando maldiciones del protocolo infernal que interrumpían el discurso inofensivo del usurpado.

—¡Vayan putas a cagar!…

Virgilio, el cantinero servía a todos unos tragos experimentales que nadie rechazaba, acaso porque aquella noche eran gratis. Mandeb le preguntó al verdulero Lamensa que podía esperarse de la fiesta.

—Habrá que ver —respondió Lamensa—, las señales son buenas: casi todos están borrachos y las mujeres se hallan a punto de declararse irresponsables de sus actos. Les falta solamente un buen pretexto.

Se oyó el sonido de un gong y en la cúspide de la escalera aparecieron las muchachas legendarias que Ferenzky adiestraba para el placer: las afroditas de Flores.

Eran nueve. Iban oscuras, dudosas, conjetúrales. Velada su desnudez por tules, sombras o vapores de incienso.

Con voces misteriosas recitaron:

—*El que es bello es amado, el que no es bello no es amado*.

Dicho esto, dieron media vuelta y desaparecieron. La farra siguió adelante.

Tal como certificó Lamensa, todos estaban al borde del delirio.

Los vapores estimulantes que salían del culo de un ciervo de bronce habían puesto a la concurrencia en ostensible disposición erótica. Los más exaltados bailaban sobre el mostrador y gritaban con toda su fuerza. No articulaban ninguna palabra, solo emitían un sonido animal y grosero, cuyo significado fue traducido por Allen como *degradación, degradación*.

Mandeb examinó los adornos de papel y las guirnaldas. Cuando buscaba un escarbadientes para reventar algunos globos, Marco Ferenzky se acercó con ademán amistoso. El viejo conocía bien la reputación de los recién llegados y sospechaba de sus intenciones. Sabía que tenían por costumbre colarse en las reuniones con el propósito de boicotearlas. Con la mayor diplomacia, inició una conversación banal, pero erudita.

Espero que un experto como el señor Mandeb pueda captar que cada detalle ~~se tiende también~~ de esta humilde saturnalia es un símbolo, un emblema. Cada uno de los objetos que decora este salón alude a alguna idea relacionada con la magia, la poesía o la ciencia hermética. Los globos rojos que usted iba a hacerme el honor de reventar, son el sol pero también la estrella gigantesca y tenue de la constelación de Orión que, de paso, es también el símbolo del amor esclavo.

Salzman se comió tres masas de crema de un solo bocado.

—Las arañas de ocho luces sirven para recordar a los invitados que el ocho es el número de la abundancia: ocho luces son muchas luces o acaso incontables luces. Las guirnaldas de papel, que he mandado a colgar a lo largo de dos piolínes, son las serpientes que producen energía cósmica enroscando sus cuerpos. O si uno quiere son la mismísima Nehustan, la culebra de bronce que Moisés clavó en una cruz y que según Abraham Eleazar, impide la peste y simboliza la fuerza curativa del elixir mercurial. También habrá podido advertir multitud de sentidos en las copas, en la disposición de los músicos, en los vestidos de las mujeres y en las etiquetas de las botellas de vermut Cinzano con cuanto más avancemos en la escalera de la comprensión, donde cada peldaño resignifica al anterior.

Mandeb señaló una serpentina sucia que colgaba de un clavo y preguntó:

—¿El señor elige los significados y luego cuelga las cosas que los sugieren o, por el contrario, cuelga lo que tiene y después le inventa significados?

Ferenzky sonrió.

—Soy un hombre más rico en pensamiento que en objetos que lo evoquen. Ni usted ni yo necesitamos ríos corriendo bajo nuestros pies para decir que somos procesos y no personas. Nos basta la palabra creadora que es más fuerte que mil cascadas.

—Es verdad —dijo Mandeb—, pero me dan miedo las serpientes que se muerden la cola. Espero que usted no juegue con collares de metáforas: el sol es Cristo, Cristo es el león, el león es la realeza, la realeza es la estrella fugaz, la estrella fugaz es el goce, el goce es el fuego, el fuego es el sol, el sol es Cristo…

—Usted es muy astuto. Pero no desmerezca el valor del dibujo. El que entiende el diseño lo entiende todo.

La orquesta abandonó la música tropical. Apareció un nuevo pianista y desde las sombras surgió una mujer misteriosa.

Ferenzky le puso la mano en el hombro a Mandeb.

—Le voy a presentar a una gran cantante que acaba de llegar. Se llama Karina Warren. Cada canción tiene en su voz la propiedad oracular, los pájaros le inyectaron en su oído la saliva dulce que permite conocer el futuro.

Cuando el pianista compadreó con el preludio vieron que no era otro que Ives Castagnino. Ferenzky se entusiasmaba más con cada palabra.

—Yo los convido a conocer el arcano… Solo dígame que tango les gustaría escuchar.

Como Mandeb demoraba en su elección, Salzman intervino con fastidio.

—«¡Después del carnaval!».

—¡Te rompieron el culo! —retrucó Ferenzky e inmediatamente se disculpó—. Lo lamento, señor Salzman… Es una pulsión irrefrenable. Cada vez que alguien nombra un tango o una película o una obra de teatro que justifique la respuesta que acabo de darle no tengo más remedio que soltar la frase. Usted sabrá comprenderme…[3] Y ahora, con el permiso de ustedes, antes de la canción, brindaré a mi propia salud.

Ferenzky bebió de una copa de plata y luego, del modo más solemne, declaró:

—¡Bebamos y gocemos! Aprovechemos para fornicar tanto como podamos por si mañana lo perdemos todo. El ciego Fineo anda diciendo que se viene el fin del mundo. Tal vez tenga razón. Brindemos por la vida, por el placer, por la belleza, por el arte.

Ferenzky obligó a la cantante a beber de su copa.

—Bebe, Karina, y luego canta. Este licor hará que tu voz sea reveladora. Canta lo que el corazón te ordene. Yo he convocado a los dioses de la belleza. Ellos te dirán cuál es la música y cual es el verbo. Entonces nosotros sabremos lo que podemos esperar del futuro.

Karina bebió y canto el vals «Penas que matan», que era lo que cantaba casi siempre.

La fiesta siguió adelante. Las mujeres, vestidas de humo y de penumbra, con los ojos brillando de deseo ajeno, cargadas de leyendas, de promesas, de falsos milagros, parecían diferentes a cada minuto y se transformaban en cada giro de la danza. Pasaban de la entrega al rechazo, de la lágrima a la risa, del placer al dolor y eran, antes que ninguna otra cosa, fugitivas, inconstantes, efímeras.

Los límites del cabaret parecían imprecisos. Cortinas pesadas, velas temblorosas y pebeteros fabricados en Quilmes producían en los más inocentes el miedo banal de los parques de diversiones.

Manuel Mandeb, desprotegido ante el avance del caos, se escondió en un armario. Allí se quedó largo rato mirando por una rendija. Jorge Allen bailaba con las mellizas Garcerón, mientras el poseído Basaldúa, siguiendo órdenes de Igalfagor, vomitaba aceitunas en los escotes.

Bernardo Salzman, una vez más, se aburría. Cuando bailaba con una mujer le parecía comprender que había elegido mal y miraba a todas las otras con deseo. Pero al cambiar de pareja se repetía el suceso. Cada tantos minutos sentía el impulso irrefrenable de marcharse. Cualquier conversación le resultaba imposible de sostener. Sin embargo, algo había en el desinterés universal del ruso que se parecía engañosamente a la comprensión amistosa. Todos lo abordaban para hacerle confidencias, creyendo que su silencio denotaba concentración.

La señora de Maghetti le explicó ~~sobre los capítulos de~~ durante media hora como su marido, recobraba la virilidad, había resuelto ejercerla con la mayor desvergüenza en cualquier foro. En cierto momento, el señor Maghetti pasó junto a ellos a la velocidad de pasodoble empujando lujuriosamente a una morocha de enormes tetas. La visión de esta escena impulsó a la señora a besar a Salzman mientras ponía los ojos en blanco. El ruso ensayó unas interjecciones y toses con el propósito de interrumpir el episodio, pero la mujer las interpretó como estallidos de deseo incontenible y se sentó en sus rodillas. El juego de señales mal leídas continuó hasta que la pareja comprendió que el acto amoroso era —aunque por razones bien distintas para cada uno— inevitable. Se unieron detrás de unos cortinados y Salzman no tuvo más remedio que jurarle a la señora de Maghetti que acaso la amaba y que la iba a llamar muy pronto. No había terminado de hacer la promesa cuando el propio Maghetti le salió al paso y le recomendó durante quince minutos el tónico de Ferenzky para encender

los fuegos de Venus.

Casi al borde del alba, volvieron las nueve adolescentes doradas. Otra vez se quedaron en el ápice de la escalera, lejos del corazón de la fiesta. La música se detuvo y ellas recitaron:

—El goce es tal porque tiene fin. Solo nos complace lo finito. Lo perpetuo es más adecuado para las condenas que para los disfrutes. La fiesta ha terminado.

Mandeb salió del armario para objetar el dictamen.

—¡La fiesta recién empieza! ¡Bajen chicas!

Pero las chicas huyeron. Una claridad usurpadora empezó a contaminar el salón. Los músicos guardaron sus instrumentos. La mayoría de los invitados arrió sus banderas y preparó la retirada. Unas parejas laxas y pálidas en su desnudez salieron desde atrás de los biombos.

Los borrachos rebeldes intentaron forzar la prolongación del festín:

—¡Cantemos! ¡Bebamos! ¡Bailemos!

—¡Esto recién empieza!

Un rayo iluminó un vaso, en cuyo resto de cerveza flotaba un pucho. Se oyeron ruidos en la puerta. Un instante después entro en el local un ejército de vecinos indignados. Llevaban palos, horquillas antorchas. Con mecánica furia repetían un grito de guerra:

—¡Destrucción! ¡Destrucción!

Rompieron vidrios, copas, espejos, sillones, cuadros y adornos. Cada tanto, algún inspirado vociferaba una consigna.

—¡Castigo indiscriminado!

—¡Viva la turba iracunda!

—¡Rompamos todo!

Las mujeres gritaban de miedo. Algunos borrachos festejaron el tumulto y se sumaron al coro de los invasores creyendo que formaban parte de la fiesta.

—¡Destrucción! ¡Destrucción!

Los vecinos, ya en el ápice de su arrebato, empezaron a golpear a los invitados y hasta llegaron a pinchar los globos que simbolizaban la constelación de Orión. Cada uno escapó por donde pudo.

Salzman, Allen y Mandeb tomaron unas fuentes de sándwiches de miga y huyeron por el patio de atrás. A paso de estampida cruzaron la calle Aranguren y se metieron en la casa del ruso. Se quedaron resoplando a oscuras, sin decir nada. Desde afuera llegaba el grito unánime de la turba.

—¡Destrucción! ¡Destrucción!

Capítulo 8

Marcel Artola

El hombre que todos conocieron como Marcel Artola era en verdad un impostor. El verdadero Marcel murió a los once años durante unas vacaciones en Polonia. Su abuela, una anciana ciega que vivía en Udine, jamás se enteró de aquella desgracia. Un compañero de ~~la novela~~ campamento lo sustituyó y regresó sin que la señora Artola advirtiera el engaño.

Nada se sabe acerca de los primeros años del usurpador. Conviene imaginar un niño aficionado a la victimización, las alucinaciones, las acusaciones falsas y los amigos imaginarios.

Algunos vecinos insistían en que antes de morir, la señora Artola le dijo a Marcel que sabía perfectamente que él no era su nieto. Cuesta creer este detalle literario ya que los pocos bienes de la anciana quedaron en manos del muchacho.

El joven vendió todo y se embarcó en un carguero liberiano. No se conoce el itinerario de sus viajes, pero él siempre hablaba de la India, la China y Egipto.

Años después apareció en Marsella. Tal vez, su primera ocupación fue el contrabando. Hizo carrera como mandadero al servicio de los sucesores de Pepe Le Moko. Daba palizas por encargo y, de tanto en tanto, lo contrataban como testigo falso.

Esta biografía hecha de testimonios vagos se bifurca en 1949 y sigue dos avenidas divergentes. La primera línea causal lo presenta vendiendo medicamentos vencidos en Lyon y luego extorsionando prostitutas en Niza. La segunda, lo ubica en París como miembro de una banda de asaltantes y más tarde en Toulouse traficando influencias. Pero tanto un Artola como el otro son el que estuvo preso en Nantes por abuso de confianza.

Sus viajes, reales o imaginarios, le dejaron un gusto por lo que a él le parecía oriental. Empezó a interesarse por el taoísmo y por los objetos de arte. Sus asaltos tomaron esa dirección y siempre que podía robaba a los importadores o a los anticuarios, aún resignándose a ganancias modestas. También se jactaba de conocer muchos idiomas. Saludaba a los pasteleros del barrio Latino según la lengua de cada uno y hablaba de Lao Tsé con los mozos chinos de los restaurantes de los Champs Élysées. Sin embargo, la profesión lo alejó del Tao. Un pistolero huyendo de la acción y de los bienes materiales está condenado al fracaso. Tuvo que condescender el asesinato para construirse una fama de desalmado que le permitiera dormir tranquilo.

Con sorpresa, advirtió que la crueldad le abría innumerables puertas. Hiroyuki Saito, hijo de uno de los jefes de la legendaria mafia Yakuza, conoció a Artola en París y lo declaro su amigo. Le enseñó a jugar al hanafuda y al oicho-kabu, que se juega sin camisa, mostrando los tatuajes secretos. Le regaló además un mazo de barajas Kabufuda. Sin embargo, aquella amistad iba a terminar de un modo trágico.

Una noche, Hiroyuki Saito invitó a Marcel Artola a su apartamento del Ritz para celebrar quién sabe qué fecha tradicional. Estaban presentes sus subalternos, con sus clásicos atavíos oscuros, y algunas damas orientales de sumiso talante. Todos bebían nihonshu caliente de la más alta calidad. Casi al amanecer, Hiroyuki, completamente borracho, entró en un delirio de omnipotencia y empezóa dar órdenes a todos los presentes. Según parece, Artola respondió a una de aquellas voces de mando con una rima irónica o acaso mandando a Saito a la mismísima mierda. El joven mafioso enloqueció de furor, tomó una espada de samurai y lo atacó. Artola esquivó como pudo los dos primeros hachazos y después lo bajo de un tiro en la frente.

El pistolero huyó por las escaleras que conocía él solo y consiguió dejar atrás a los ayudantes de Saito. Pero la mafia Yakuza lo condenó a muerte y lo persiguió durante años y años.

La noche del 11 de diciembre de 1951, Artola parecía una nota solitaria en un pentagrama infinito, aunque era un hombre caminando en la nieve junto a las rejas de los jardines de Luxemburgo.

Iba ~~provocando~~ soportando el peso de un enorme sobretodo ruso. Creía que ya había llegado al boulevard Saint Michel pero todavía andaba por Gay Lussac. Casi en los portones del jardín, una rama seca cayó frente a el pero se convirtió enseguida en un mendigo andrajoso con una cicatriz en la cara. Sin detenerse, Artola le dio un billete nuevo de cincuenta francos.

—No crea que va a humillarme con su generosidad —crujió la rama—. ¿Sabe quien soy?… Me llamo Anton Lustig, soy sobrino de Victor Lustig, el falsificador más famoso de todos los tiempos, el hombre que vendió dos veces la torre Eiffel, el amigo de Al Capone.

Artola siguió caminando en silencio. El pordiosero empezó a seguirlo a los tropezones, como si el viento lo arrastrara.

—Mi tío murió en la cárcel de Alcatraz en 1947. Aquí donde me ve, soy su heredero. Lamentablemente, el gobierno de los Estados Unidos confiscó casi todos sus bienes. Él era un hombre muy rico. Llegó a falsificar ciento sesenta millones de dólares. Es mucho dinero.

—No es ningún dinero.

—No perdamos más tiempo. Sé quien es usted. Hace días que lo estoy buscando.

Artola se detuvo en seco.

—¿Qué quiere?

Un alazán al galope pasó junto a ellos como si fuera un remolino de hojas secas. Anton Lustig se aferró a las rejas y tosió una pregunta.

—¿Oyó hablar alguna vez de la Caja Rumana?

—Si, era una falsa máquina para falsificar.

—Exacto. Mi tío la vendió varias veces y no servía para nada. Pero la verdadera caja está en mi poder. No es una máquina. Son solo unos conocimientos, unas técnicas para duplicar billetes de banco, acciones, títulos, etiquetas de vino… Lo que se le ocurra. Ahora bien: soy un hombre débil y solitario. No tengo dinero para financiar mi propio enriquecimiento. Me hace falta organización, el desarrollo, la gestión, la protección y los contactos que sólo puede proporcionarme un canalla como

usted.

El hombre siguió hablando pero el tránsito de la avenida y el ruido de las ráfagas y los truenos se mezclaban con ~~confusiones y~~ sus palabras. Artola cerró los ojos y jugó a interesarse en aquél Heráclitoroñoso al que se le hacían añicos los argumentos.

—Caja Rumana, *borobombóm*, ferroprusiato, *tracatén tracatén*, falsificaciones legítimas, *piribinchinpúm*, ¿Quien decide lo que es falso y lo que es verdadero?… El poder… El poder, *borobombómborobombóm*.

Artola se canso.

—¿Dónde está la maquina?

—Aquí. —El mendigo se tocó la frente. —En un mes podrá reconstruir la Caja Rumana, es decir, el taller. Los detalles de nuestra sociedad no me interesan. El cinco por ciento de una riqueza infinita es otra riqueza infinita.

Por un momento, ambos guardaron silencio y se separaron un poco. No les gustaba el aspecto de un grupo de hombres vestidos de negro que se acercaban desde el Odeón. Un relámpago los convirtió en monjas.

Anton Lustig quiso seguir hablando, pero se desmayó de frío y de hambre. Artola le hizo tomar unas sopas en un café del boulevard Saint Germain. El mendigo reanudó su discurso.

—¿Usted se da cuenta de que le estoy mintiendo?

—Si.

—Lo sabía. No conviene presentarse con verdades. El buen estafador recubre una mentira con otra. Las personas que se creen astutas desbaratan en la primera capa y al encontrarse con el segundo pavimento se creen seguros y dan por cierto todo lo que se les dice.

—¿Y donde coloca usted la verdad última?

—En ninguna parte. Pero vaya sabiendo que no soy Anton el sobrino de Victor Lustig.

—¿Y entonces quien es usted?

—Soy mi tío. Yo soy Victor Lustig. En realidad no he muerto. Pude huir de Alcatraz, así como antes me fugué de la cárcel de Oklahoma y de la Federal House of Detention Center en Nueva York. ¿Ve esta cicatriz? Es mi tarjeta de identidad… Aunque durante todos estos años he utilizado cuarenta y cinco nombres diferentes, para qué lo voy a engañar.

—¿Por qué me eligió a mi? ¿Le parezco un imbécil?

—Casualmente no necesito un imbécil. Necesito un desalmado que tenga contactos. Además, según me han dicho, usted falsifica un poco.

—Soy solamente un aficionado. Pero me gusta el arte y he vendido algunos cuadros falsos, más bien como pasatiempo.

—Instáleme el taller. Y si le engaño, máteme.

Lustig cayó de la silla y se desparramo en el suelo. Un mozo trató de ayudarlo pero Artola lo detuvo con la mirada. Bebió una taza de café, fumó un cigarrillo y esperó a que el mendigo volviera en sí.

—Era hora —protestó—, pensé que se había muerto.

—Yo también, pero ya estoy acostumbrado.

Un acordeonista empezó a tocar una melodía que parecía el tango «Lorenzo» pero que resultó ser al final, la célebre «*C'est si bon*», de Henri Betti.

Artola como si recitara sobre la música, le dijo que lo llevaría a Marsella y le instalaría un taller siguiendo sus indicaciones.

Lustig le contó historias de los buenos tiempos, de su sociedad con William Watts, de sus juergas en Viena y del feite que lucía por cortejar mujer ajena.

A media noche ~~obligándonos a marchar~~ una florista los vio salir del café con paso vacilante y cantando una canción obscena. Pero cuando pasaron a su lado, no eran ellos, sino dos estudiantes de la Sorbona que discutían sobre la existencia del lenguaje poético.

Capítulo 9

Algunos prodigios chinos[4]
Libro de Raziel salvado del incendio.

Ya en tiempos de la dinastía Qin existía en el sur del imperio, un pueblo cuyos habitantes tenían el poder de desprenderse la cabeza a voluntad. En las noches claras, las cabezas volaban hacia lo alto y formaban pequeñas constelaciones mientras conversaban alegremente.

Algunas veces ~~despacio~~ al regresar del cielo, por torpeza o por apuro, las cabezas se unían al cuerpo equivocado. Por lo general, estos errores eran corregidos de inmediato y los habitantes del pueblo restablecían las correspondencias adecuadas. Pero en algunos casos, cabezas ancianas y pobres usurpaban cuerpos jóvenes de familias prósperas y se negaban a bajar de tales ventajas.

Se ha informado a este departamento el siguiente y desafortunado hecho: el gobernador de la prefectura de Bohai obtuvo promesa de casamiento de familia noble. Como pasaba el tiempo y ella se negaba a cumplir lo pactado, el gobernador procedió a decapitarla. Al día siguiente, la cabeza de la dama se presentó en el despacho de funcionario para asentar la correspondiente queja. Acto seguido, se retiró y voló a reunirse con otra cabeza que la esperaba en la puerta y que pertenecía a un joven decapitado años atrás en le pueblo de Lo.

El general Hia Yong, prefecto de Yu Zangh, era un hombre muy orgulloso. Durante una expedición militar contra los bárbaros del norte fue decapitado en batalla. Sin detenerse a recoger su cabeza, montó en su caballo y marchó al galope rumbo al palacio imperial. Eran tiempos de la dinastía Han y gobernaba Wu.

Cuando llegó, los cortesanos se aglomeraron para verlo. Hia Yong se prosternó ante el Hijo del Cielo. De su pecho salió una voz profunda que dijo: *He fracasado y estoy mal herido. Pero lo que deseo saber es si me veo mejor con cabeza o sin ella.*

Todos los funcionarios y el propio emperador estuvieron de acuerdo en que el general era mucho más elegante con la cabeza en su lugar. Al oír este dictamen Hia Yong cayó muerto.

Exactamente en el primer día del séptimo año de esta dinastía (Han), en la subprefectura de Jiaxing, un perro se presentó ante el comisario y pronunció las siguientes palabras:

—Se avecina una hambruna general.

Al poco tiempo unas tribus extranjeras atacaron la región y la dejaron sin alimentos.

Este secretario escribiente cree estar anotando dos prodigios: locuacidad del perro y exactitud de sus profecías.

Se informa que en el otoño del cuarto año de gobierno del emperador Cheng llovieron peces en Xindú. Al ser interrogado uno de ellos acerca de los motivos del fenómeno, respondió que los dioses estaban enojados. Al comentársele a este pez (todo un atún) la impertinencia de este acto divino, no supo que contestar.

Para asegurar su longevidad, los hombres de Hang-Cheu piden a las muchachas más hermosas que corten y cosan su ropa. Es esa región se cree que la juventud de las costureras se transmite a las telas y luego a las personas.

Estos *vestidos de la larga vida* son siempre de seda y de color azul oscuro. Obsequiar esta clase de prendas a padres y abuelos es considerado un acto de piedad filial. Los hombres mayores no cambian jamás su indumentaria y no se desvisten ni para tomar un baño. Temen que la muerte pueda aprovechar cualquier breve intervalo de desnudez. Con los años, las prendas se convierten en andrajos y las personas mayores caminan por las calles vivas pero indignas.

Debe consignarse que la eficacia de este procedimiento es de alcance limitado, ya que después de cierto tiempo los hombres de Hang-Cheu mueren.

Capítulo 10

Sueña Salzman

Una vez por semana Bernardo Salzman soportaba la misma pesadilla. Era un sueño que se instalaba por prepotencia, aún interrumpiendo otros sueños. Si Salzman soñaba con la calle de su infancia, unas sombras policiales despejaban el lugar e instalaban con la mayor eficacia una mesa de juego, un salón oscuro y un ambiente de miedo y desazón.

~~Por otra parte,~~ Unas presencias misteriosas empezaban a jugar con él y lo obligaban a realizar apuestas fortísimas. Casi siempre el que daba las órdenes era el Tallador.

—La siguiente mano es por dos años de vida.

El ruso recibía dos cartas, o tres, o cinco. A veces eran barajas españolas, a veces francesas. Pero en ocasiones se veía obligado a tirar los dados, a llenar extraños cartones de lotería o a apostar en tapetes de ruleta.

Nadie aclaraba jamás cuál era el juego y tampoco se explicaba ninguna regla. Cuando Salzman preguntaba, el tallador parecía especialmente molesto.

—Usted juegue. Llegado el caso, se le dirá si ha ganado o ha perdido.

El hombre de Flores conocía todos los juegos de este mundo. Era diestro en el tres sietes, la brisca, el chinchón, el tute, el mus, el truco, el siete y medio, el nueve, el póquer, el gofo, el perro colorado, la escoba, el chorizo, el chincuin, el rummy, el bridge, la canasta, el whist, el punto y banca, el treinta y cuarenta, el desconfío, el culo sucio, el chancho, la casita robada, el correquetecagas, el peludo, el monte criollo, el monte inglés, el ladrón y policía, la guerra y el codillo. También tenía experiencia en la generala, el pase inglés, la montaña, el unito, el diez mil, el muchas gracias, el bidú, la carrerita, la obligada, el ciento diez y el no te rías nunca. Sin embargo, jamás conseguía adivinar que estaba jugando.

Si recibía cuatro ases, trataba de redoblar las apuestas. Si el tallador anunciaba que se estaban jugando un amor, el ruso se agrandaba.

—Subo a cinco amores.

Después se enteraba de que los cuatro ases no servían de nada en aquella mano.

—Gana la casa con un cuatro de copas.

Sin embargo, de tanto soñar, había aprendido a calcular ciertas regularidades. Algunas cartas eran

seguidas de un sueño invasor, siempre inquietante. Detrás del siete de bastos venían las imágenes de una casita lenta y desierta. Solo un niño triste giraba aferrado a un caballo de madera. No había música. A veces el niño era Salzman. El seis de oro anunciaba la presencia de un muerto conocido que se paraba detrás de la silla de Salzman y le transmitía malos pálpitos. La sota de espadas era una mujer querida pero ajena, distante, imposible.

Las pocas veces que Salzman ganaba, el Tallador, o a veces alguna de las otras presencias, le soltaba un discurso.

—El juego es metáfora o sinécdoque o metonimia pedazo de imbécil. Y también es el triunfo de la organización. El juego consiste solo en prohibiciones. Aprender a jugar es tener en claro lo que esta prohibido. Ahora bien, aquí cambiamos las prohibiciones cuando se nos antoja.

La máxima rebeldía de Salzman era despertarse. Pero las sombras tironeaban y le disputaban la vigilia. A veces, seguían amenazando con el ruso bien despierto.

—Tenemos anotadas todas sus deudas de juego. Le queda poco resto.

Salzman se lavaba la cara con agua fría y volvía a sus penas reales, pero sin alivio.

Capítulo 11

Alicia, la colorada

Alicia, la colorada, estaba enamorada desde niña, del poeta Jorge Allen. Todas las tardecitas salía a mirarlo un rato y a esperar que un milagro o una calamidad los acercara un poco. Le gustaba imaginar que una banda de delincuentes los secuestraba y los encerraba en el mismo cuarto, bajo una misma manta.

Pero Allen tenía muchas novias ¿Por qué iba a perder su tiempo en una niña tan joven e insípida? Se limitaba a saludarla con indiferencia de vecino y jamás se detenía para decirle nada.

Cuando Alicia creció, se dio cuenta de que la belleza también seguiría de largo.

Indignada por ~~la acción perversa~~ la escasez de sus dones. Tomó la resolución de torcer el rumbo injusto de su destino. Se juró a si misma que no descansaría hasta acostarse con Jorge Allen.

Sus primeros esfuerzos fueron tiros en la noche: escribía anónimos amorosos, pintaba corazones en las paredes del barrio o llamaba por teléfono y se quedaba escuchando en silencio. Tal vez su idea era despertar la curiosidad del poeta. Pero Allen odiaba los misterios. Había aprendido que la solución de cada enigma era un desengaño, una revelación banal y patética, una parodia humillante del objeto de su deseo.

En la calle Condarco existía un oscuro caserón por el que desfilaban cada día centenares de personas amargadas por la desdicha de ser fea.

Allí atendía Daniel Rilli, el cirujano. Médicos legendarios de la Europa central le habían comunicado conocimientos secretos y superiores. Rilli modificaba los rostros y los cuerpos. Músculos, tendones, venas y capilares eran arcilla en sus manos. Pero además de su competencia quirúrgica, el hombre sabía reconocer lo hermoso, tenía el don de conmoverse ante las repeticiones, las simetrías y las fractalidades a las que llamamos belleza.

Los vecinos, con tal de enfatizar su genio, inventaban historias y exageraban sus logros. Cuando veían una mujer demasiado hermosa enseguida decían:

—Ahí metió mano Daniel.

La leyenda dice que no dormía jamás. Odiaba el descanso y se sometía a una actividad constante y enloquecida. Según parece atendía a los pacientes con una enorme lámpara de minero en la frente y unas lupas implacables que le servían para detectar la mínima imperfección de cada rostro.

El día que cumplía veintidós años, la colorada se presentó en el consultorio. Antes de preguntarle qué quería, el cirujano le explicó que el universo había sido hecho con un descuido alarmante y que su misión en la vida era corregir al demiurgo. Después, se subió a una silla y gritó que todos tenían derecho a la belleza y que el Estado, tal como lo hacía con la salud, debía asegurar a cada ciudadano un aspecto pasable. Cuando Alicia ya estaba por salir corriendo, Rilli encendió la lámpara que tenía en la frente, se acercó brutalmente y le dijo:

Sus ojos son hermosos. Habrá que ocuparse de todo lo demás.

Alicia le explicó que sólo quería ser bonita para enamorar a Jorge Allen. También dijo que tenía poco dinero y sugirió que las tetas grandes solían, paradójicamente, allanar el camino. Rilli se acostó en la camilla boca abajo y golpeó la pared con los puños:

—No me importa el dinero —bramó—. Estoy aquí para cumplir con mi deber… ¿Cree que hago todo esto por plata?… Mire lo que hago con la plata…

Buscó en sus bolsillos trabajosamente hasta que encontró un billete de cinco pesos y lo tiró al piso. Después se tranquilizó, volvió a examinar a Alicia y murmuró:

—Esta bien, empezaremos por las tetas.

Al mes siguiente, Alicia tenía un escote que era un abismo. Empezó a pasearse por la vereda del poeta con una blusa escandalosa. Preparó horarios e hizo reservas en lugares elegantes, calculando que el poeta ardería antes ella y la arrastraría sin dilaciones a una noche inolvidable de amor y de locura…

Cuando Alicia ya llevaba algunas horas de ronda, Allen pasó a su lado, la miró y dijo dos palabras que la chica no olvidaría nunca:

—Buenas noches.

Después apuró el paso y se alejó sin mirar atrás.

Al día siguiente, ella volvió al caserón de la calle Condarco. Entró llorando al consultorio ~~de los Conspiradores~~ y dijo que las cumbres de su pecho no habían servido para nada.

Rilli le aconsejó ir directamente a la cara:

—Sacaremos las pecas, bajaremos el volumen de las mejillas, agradaremos la boca, podaremos las cejas, afilaremos la nariz, reformaremos la frente y guardaremos las orejas. Avise a sus familiares que ya no volverán a verla.

Fue un trabajo doloroso pero genial.

Se le acercaron muchísimos hombres atraídos por su nuevo rostro y por las tetas, que habían ganado autoridad como si hubieran estado siempre allí.

Jorge Allen no la reconoció. Se la cruzó en la verdulería de Lamensa y pasó frente a ella sin saludarla.

Alicia tuvo que buscar a un vecino que volviera a presentarle a Jorge Allen.

El poeta, sin asociarla con su estado anterior, la trató como a una muchacha nueva y se mostró amable y sonriente.

Ella volvió a esperar su paso pensando que se abría un camino nuevo de reconocimientos venturosos, de dulces disculpas por los desencuentros pretéritos, de burlas mundanas ante la pereza de un amor que había demorado tanto en salir del sueño.

Pero no sucedió nada. Jorge Allen pasó cien veces junto a ella con su saludo de hielo.

—Buenas noches.

Consultando nuevamente, Rilli aconsejó afinar los muslos, levantar los glúteos, derogar el abdomen y extirpar del cuerpo las pecas, cuyo número calculó en dos mil setecientas.

Finalmente, la colorada Alicia fue hermosa sin objeción posible. Pero Allen no se enamoraba.

Daniel Rilli todavía tenía mucho que decir:

—Ahora viene la parte más importante. ¿De que sirve un cuerpo hermoso si no podemos sostenerlo con el espíritu, o con la gracia, o con la inteligencia? Mañana empezaran sus clases. De música, de danza, de matemáticas, de poesía, de alquimia, de pintura, de ocultismo.

Fueron meses o años de intenso trabajo para Alicia. Al cabo de sus estudios bailaba como un ángel, tocaba el piano con maestría, era una aceptable sonetista y preparaba recetas de farmacia con total precisión.

Una noche, toco el timbre de Jorge Allen, abrió su vestido y desnuda bajo la luz de la luna recitó:

—*Llegará el fin de los tiempos*

Y aún estará sin cumplir la acción divina

Que venga a justificarnos ante el Señor.

Jorge Allen le abrió la puerta y se revolcaron hasta el amanecer. Pero fue inútil.

Allen retomó su gélida conducta. Dos meses después, en plena calle, se atrevió a una confesión humillante:

—No te amo. Solo me acosté contigo por respeto a tu belleza y a tu inteligencia.

Daniel Rilli volvió a atender a Alicia en el caserón de la calle Condarco.

—El amor sucede sin respetar silogismos. Por eso es preferible el erotismo, que es seguro y predecible: ante la belleza, el cuerpo reacciona y se prepara para el placer.

—Pero yo quería ser hermosa sólo para gustarle a él.

Rilli se colgó de la araña, agitó las piernas y con las venas congestionadas aulló:

—Ser hermoso es un deber, me caigo y me levanto… El barrio es un lugar mejor ahora que usted es linda… Anatema sobre quienes pretendan sacar rédito de su armonía…

Alicia lloró suavemente. Rilli encendió su lámpara, examinó cuidadosamente el rostro de Alicia y sonrió.

—Es perfecto.

—¿No podemos hacer nada más?

Rilli se acostó sobre un diván y mirando el cielo raso murmuró:

—El sufrimiento suele ser el detalle final.

Capítulo 12

Nadine Stéfano

Algunos años atrás, cuando todavía la niebla verde no perturbaba las noche de Flores, Nadine Stéfano, la fotógrafa, la mujer más hermosa, vivía en París, en un piso lujoso del boulevard Haussmann.

Su única compañía era Wang, un secretario chino, ansioso de morir por ella. Su madre, Kristine, y su padre argentino, Román, vivían en una mansión campestre cerca de Chantilly y no la visitaban casi nunca. Nadine se complacía en hacer notar que los odiaba y que estaba avergonzada de ellos.

En aquel tiempo, ella tenía un novio peligroso y obsceno. Era probablemente ruso o, cuando mucho, búlgaro. Nadie sabía en que idioma hablaba y en general ~~ha llenado~~ se desconocía su nombre.

Ella lo presentaba sin entusiasmo, como quien muestra un sillón. Él era hosco y desconfiado. Cuando bebía, decía cosas incomprensibles y se reía hasta el desmayo. No le importaba manosear desvergonzadamente a su novia en presencia de las personas más respetables. Se hacía dar dinero ante testigos y era evidente que ella le compraba la ropa. Sin embargo, siempre había un detalle de pésimo gusto que, según se calculaba, era solventado por el mismo: un echarpe de piel, unas botas rojas, un collar de piedras relucientes.

Una tarde Nadine Stéfano caminaba por la orilla del canal Saint Martín. Un muchacho italiano empezó a seguirla y a insinuarse ampulosamente. El ruso que estaba esperando a Nadine, vio todo el desarrollo de la escena.

Cuando el italiano estuvo a su alcance, lo golpeó durante veinte minutos y luego lo arrojó al canal. Parece que el muchacho se ahogó. Nadine no dijo nada.

Poco a poco, el hombre fue revelando la verdadera dirección de sus deseos. La pasión de los otros hombres por Nadine le provocaba una indignación violenta y gozosa. Alcanzar este estado se convirtió en el propósito final de todas sus maniobras amorosas.

Obligaba a Nadine a vestirse del modo más llamativo, a pasearse por fiestas lujosas o bailes de mala muerte para que todos la desearan. Él solía esconderse y, llegado el momento, aparecía para asestar los golpes definitivos, como en un espasmo.

Las fotos que se conservan de este hombre lo muestran de muy distintos modos. En una se lo ve robusto y barbudo, con una casaca de seda abrochada al costado. Otra lo revela lampiño y saludable,

casi desnudo, con un calzoncillo de piel de leopardo, como el comodín de los naipes Victoria. De poco sirven estas referencias, ya que las fotos tomadas por Nadine son inconstantes, mutables, dudosa. Los supersticiosos han hablado de retratos embrujados que anticipaban destinos, revelaban secretos, condenaban o redimían.

¿Por qué Nadine Stéfano estaba con aquél hombre? Otros, muchos más meritorios, hubieran echo cualquier cosa por ella. Su maestro, el artista sueco Eric Johannsen. O el joven budista Luca de Vries, que con el pretexto ~~el texto~~ de que le miraba el culo procuraba convertirla. O el pintor alemán Otto Hermann, que estaba obsesionado por pintarla desnuda.

En realidad, eran docenas de postulantes que tal vez por falta de respuesta erótica convirtieron su interés sexual en vocación religiosa. Ellos profesaron la fe en Nadine y difundieron sus supuestos milagros. Decían que llevaba sobre su cabeza un pequeño cielo personal, siempre despejado y sin lluvia que le permitía andar sin paraguas aun medio de las mayores tormentas. Que florecían las fresias cuando ella sonreía. Que la saludaban las estatuas en el Parque de Luxemburgo. Que devolvía la vista a los ciegos mostrándole las tetas.

También hubo heresiarcas que, por despecho, acuñaron la leyenda oscura, conforme a la cual Nadine hacía temblar multitud de camas y entraba en disposición venérea ante la más mínima señal. Las amigas envidiosas engordaban los rumores con su lengua y decían que por su piso del boulevard Haussmann desfilaban amantes a razón de uno por hora.

Una tarde, el novio, entusiasmado de pernod y de cocaína, encontró su placer dándole una paliza. Ella no dijo nada. Pero resolvió no verlo más.

El ruso se encapricho. Todas las noches se paraba en la vereda del boulevard, sacaba un revólver y empezaba a llorar a gritos.

Nadine huyó. Clausuró su casa y se escondió por un tiempo en un pequeño hotel de la *rue Napoleón*. Allí recibió una oscura llamada de la señora Kristine. Su padre había tenido que partir urgentemente a la Argentina para cumplir unos deberes ineludibles. Nadine no dijo nada. Se guardó el desprecio que sentía por los vínculos de su familia con magos y criminales.

Ausente el ruso, todos calcularon que Nadine iba a recibir propuestas de todos sus enamorados. No fue así.

Algunos hombres tienen una extraña idea de su propio merecimiento y no se permiten aspiraciones que consideran excesivas. Se instalan en una cómoda inferioridad que no admite apuestas fuertes ni mujeres como Nadine.

Eso sí, sus pretendientes más cercanos contaron episodios más o menos fantásticos en los cuales ellos tomaban valiente iniciativa.

Otto Hermann les mostró a todos un cuadro a medio terminar en el que Nadine Stéfano, como una nueva Fornarina, asomaba las tetas por encima de un repasador. Después de la exhibición, el pintor construyó un silencio reservado, como para que sus amigos pudieran completar con su imaginación malevolente ~~de tachaduras~~ lo que sucedía cuando él dejaba de pintar.

Lucas de Vries informó confidencialmente que el cuadro era un fraude y que Nadine desnuda era bien diferente a lo que mostraba la obra de Hermann.

—Ella es mucho más hermosa. Y no es que Otto incompetente. Ocurre que Nadine nunca posó para él.

Todos preguntaron si él se había acostado con ella. Luca aprovechó para hacerse el misterioso y

convertirse en el centro de atención general.

—No debería contestar a esa pregunta. Pero la verdad es que ella me amó. Una tarde, con la mirada, me dijo que en el fondo era budista y para demostrármelo se acostó conmigo. Después no volvió a hacerlo. Los budistas somos más bien castos. Pero les diré una cosa: todos creen que Nadine no habla nunca. Pues bien, el amor la torna locuaz. Todavía recuerdo unas palabras que me dijo en el instante cúlmine, o tal vez un poco antes:

> *Tengo la certeza de que el supremo acto de la razón, aquel en que esta comprende la totalidad de las ideas, es un estético y que verdad y bondad están íntimamente fundidas tan sólo en la belleza.*

—¡Y que lo diga ella! —suspiró el profesor Johannsen.

—Luca, con los ojos húmedos, siguió confesándose.

—El ruso debe haber sospechado algo. A él le gustaba humillarme. Una noche en casa de Florian Karas, me escupió un buche de granadina en la cara. Después empezó a gritar, tomó un cuchillo y me acorraló en la cocina. Ella me salvó, se interpuso suavemente, besó al monstruo en la boca y él cayó a sus pies. Se puso a gemir de un modo repugnante mientras lamía las pantorrillas de Nadine con la lengua roja de granadina Ricard.

El profesor Johannsen decía haber sido testigo de algunos de los incendios de lujuria de Nadine. Una tarde contó que ella se enamoró súbitamente de un chino en el metro y lo obligó a tener sexo apretujados entre la muchedumbre. Como detalle memorable, Johannsen aseguró que un pie de Nadine descansaba sobre su hombro. El profesor, después de afectar una lucha con su discreción, declaró haberla poseído en un cine de los *Champ Élysées* mientras proyectaban la película *El muelle de las brumas*.

El ruso la encontró una tarde en el Bois de Boulogne y con sonidos y gestos le hizo saber que si no volvía con él, la mataría.

Ese mismo día, la señora Kristine volvió a llamar desde Chantilly y le dijo que no tenía noticias de su padre. Ella suponía que algo muy grave debía de haberle pasado, pues Román no daba las señales que habían pactado antes del viaje. Después, Kristine recitó con entonación hueca unas frases que Nadine aborrecía y que no escuchaba desde hacía mucho tiempo.

—Debes saber que tu padre se marchó a cumplir una obligación de honor. No somos una familia cualquiera.

Nadine le dio a entender que ella también viajaría a la Argentina para esconderse de todos y especialmente de ella.

Al día siguiente, en Montmartre, Nadine se dejó adivinar la suerte por dos gitanas que venían acompañadas de un señor alto.

Los zíngaros leyeron en su mano izquierda que su padre se hallaba en la Argentina, corriendo un grave peligro. También le juraron que si ella viajaba a Buenos Aires encontraría una sabia pasión de brutal intensidad.

Un día de marzo, sin despedirse de nadie, con veinte baúles a cuestas, ella voló a la punta de rieles del mundo, al país más lejano.

Cuando dejaron de verla, sus amigos creyeron que el ruso la había matado. De Vries tenía miedo.

—Quien quiera encontrar a Nadine deberá buscar a su amante bochornoso. Él la mató, estoy seguro. Y nosotros deberíamos cuidarnos. Según me han dicho, se trata de un asesino muy competente, alumno de Lavrenti Beria y experto en tormentos caseros. ¿Por qué ella estaba con un hombre así? Por temor. Yo mismo pude oír las horribles amenazas que él le formulaba, aunque, debo admitirlo, no alcancé a entender lo que decía. Ella, como artista, no hacía otra cosa que pedir auxilio.

Wang, el pequeño ayudante chino, puso fin a todas las dudas. Cuando le preguntaron si sabía algo, él declaró casi con felicidad…

—Les diré lo que ocurrió. Yo mismo lo vi. Ella cruzaba el puente del Alma y levantó vuelo. Se elevó en el aire y desapareció entre las nubes.

La muerte y la belleza son dos cosas profundas que contienen tanto azul y tanto negro que parecen dos hermanas terribles y fecundas con un mismo enigma y un mismo misterio.

5 ♠

Capítulo 13

Hugo Lenoir en 1828

Hugo Lenoir cruzó la plaza en medio de la noche lluviosa. Caminó bajo las interminables arcadas del Cabildo y saltando charcos y sombras buscó por el oeste por la calle de La Plata.

Ay, los ojos de Felicitas Huerta. Lenoir la había conocido esa misma tarde en la tertulia del caserón de los Escalada.

Ay, cielito y cielo, la boca de Felicitas. ¡Qué difícil era acercarse a ella, tan rodeada de amigas, tan virtuosa, tan casada!

Con la paciencia de los pobres, Lenoir la siguió de grupo en grupo. En cada conversación simulaba hablar para todos, pero en verdad le hablaba a ella. Contó historias de ~~episodios falsos~~ otros países, de otros tiempos, de otras gentes. Felicitas escuchaba con los ojos muy abiertos. Pero Lenoir fue comprobando con fastidio que otras muchachas estaban más interesadas que ella. Ay, la cintura de Felicitas Huerta.

A Hugo Lenoir le apareció un rival. Sobre el final de la tarde llegó el general Juan Lavalle. Era muy difícil competir con aquel hombre que, según todos sabían, era un seductor feroz e inescrupuloso. Lenoir ya se daba por perdido. Pero Lavalle se fue.

Un rato más tarde en el corredor, aprovechando un relámpago de soledad, Lenoir tomó la mano de Felicitas.

—¿Y cual es la causa de su desesperación?

—Usted. ¿Ha calculado acaso cuánto tiempo estaremos juntos en todas nuestras vidas? La respuesta es nada. En cambio, tendremos siglos de separación. Es injusto: anotemos aunque sea una hora de proximidad. Quiero verla. Y tiene que ser hoy. A medianoche estaré frente a su casa. Ábrame cuando los sirvientes se hayan dormido. Sé que su marido no está en la ciudad.

Ay, el marido de Felicitas. El coronel Felipe Huerta era un hombre acostumbrado a matar.

Bajo la lluvia, se oyeron las campanas de la medianoche. Lenoir dobló por la calle de San José hasta alcanzar la de Corrientes. Avanzó por veredones de ladrillo hasta que llegó frente a la casa de Felicitas Huerta, no lejos de la iglesia de San Nicolás.

Esperó enfrente, bajo la lluvia, cerca de un rancho.

De puro mojado se volvió pesimista. Pensó que nadie le abriría aquella noche. Se avergonzó de su

propia insensatez. Dos veces empezó a caminar como para irse y dos veces volvió. Pasó un largo rato. Dejó de llover.

Ya habían dado la una cuando la puerta de la casa se abrió. Un hombre salió y con paso apurado marchó hacia el este. Era el general Juan Lavalle.

Lenoir era un hombre sin principios. No le importaban en absoluto los federales ni los unitarios. Solo era capaz del odio circunstancial, el más cerril que existe, el que sentimos por las personas que impiden que nuestros deseos se cumplan. Maldijo a Lavalle, pero no se fue. Permaneció en su hueco, humillado. La puerta volvió a abrirse. Ella se asomó.

Lenoir entró con el mayor sigilo. Ella lo tomó de la mano y lo llevó en silencio a su dormitorio.

Se amaron en la oscuridad, sin preámbulo y sin palabras. Después jugaron a los reproches.

—Vi salir a Lavalle. Pensaba que eras una mujer virtuosa.

—En esta ciudad no hay otra posibilidad que la virtud. Las mujeres estamos acorraladas. No tenemos espacio ni tiempo para la desvergüenza. Ahora mismo, mi marido está regresando de la villa de Luján. Se supone que llegará al amanecer.

—No creo que venga —dijo Lenoir con tono de desengaño—, nadie sale con esta lluvia.

—Te juro que vendrá. Te lo juro.

Él sintió renacer su deseo y comprendió que estaba repitiendo el juego de siempre. Tal vez el peligro le gustaba más que Felicitas Huerta.

Ella le habló al oído de visitantes imprevistos, de sirvientes en vela, de amigas infidentes.

—Él lo descubrirá… Tratará de matarte. Felipe es cruel, valiente y estúpido.

Volvieron a amarse, esta vez con estrépito. Gritaron, rieron, corretearon por el piso de madera. Después se quedaron dormidos, desparramados ~~y agregados~~ entre las cobijas. Los despertó el gris amanecer. Lenoir tal vez planeaba el insensato estímulo de su cuerpo saciado cuando llegó el coronel Felipe Huerta.

El amante se vistió a las corridas. Antes de que saltara por la ventana, ella lo abrazó y le exigió una promesa.

—Quiero verte de nuevo. Júrame que vendrás.

Él ganó el patio trasero y se escapó por el fondo. Los perros ladraron enloquecidos. Hugo Lenoir oyó unos tiros ~~fraudulentos~~ de pistola. Ay, los tiros del coronel Felipe Huerta.

Embarrado y arrepentido, el amante llegó hasta la calle La Plata, dobló hacia el Oeste y con la misma tristeza de siempre emprendió el largo camino hasta su casa, más allá de las quintas.

Capítulo 14

Los Brujos de Chiclana

Fragmento agregado con tinta china al *Libro de Raziel*

Los brujos de Chiclana trabajan para el mal. Su especialidad es la magia negra, la que produce daño, la que destruye el amor y la fe.

Cada miembro del grupo mantiene en secreto su condición. Por lo general tienen una apariencia respetable y siguen una falsa rutina de empleos burgueses y conductas inofensivas. Pero el mayor secreto, en el lugar que llaman la Cueva de Chiclana, preparan filtros abominables, causan la desgracia al mundo entero y se aseguran de que siempre ocurra lo catastrófico, lo horrible, lo injusto, lo deforme.

Fragmento del libro de Gilbert Medoux
La verdad sobre los Brujos de Montparnasse

Los Brujos de Montparnasse pretenden que su origen es milenario. Buscan relacionarse con el saber de todos los magos de la historia, entre los que no vacilan en incluir a hombres ilustres como Platón, Paracelso, Cristóbal Colón, Galileo, Isaac Newton, Blas Pascal, el conde de Saint Germain, Leonardo Da Vinci y una lista interminable de supuestos miembros de una hermandad antiquísima.

Sin embargo, los primeros indicios de su existencia los muestran como integrantes secundarios de la Golden Dwan, la célebre Orden Hermética del Alba Dorada. Esta sociedad secreta se decía depositaria del saber hermético, cabalístico, alquímico y teúrgico, así como el gnosticismo cristiano y la traducción rosacruz.

Fue creada en Inglaterra a finales del siglo XIX por Samuel Lidell Mcgregor Mathers, William Wynn Westcot y William Woodman. De acuerdo con la tradición, Westcot encontró un manuscrito codificado que, según parece, había pertenecido a Keneth Mackenzie, un masón de los grados

superiores. El libro estaba escrito con un sistema criptográfico similar al usado por el abate Tritemio en el siglo XV. Se descubrió que contenía una serie de rituales que se incorporaron al bagaje de la Golden Dawn. Pero algunos dicen que aquel manuscrito era mucho más extenso.

Sybil Leek, aquella bruja hereditaria que había nacido con la marca del demonio en su libro Arte completo de la brujería sugiere que aquellos papeles no eran otra cosa que el libro escrito por los primeros sabios del mundo y del que todas las religiones guardan recuerdo. Los egipcios lo atribuyeron al dio Thot. Los hebreos a Enoch o al ángel Raziel. Los griegos a Cadmo. Era el resumen simbólico de la tradición primitiva, llamada después de Qabalah.

Y vi en la mano derecha
De Aquel que está sentado en el Trono
Un libro sellado con Siete Sellos.
Y vi un fuerte ángel proclamando con un grito,
¿Quién es digno de abrir los Libros y aflojar sus sellos?

Estamos hablando del viejo libro que, según Athanasius Kircher, estaba en el fondo del Nilo, guardado en una caja de oro que a su vez reposaba dentro de una caja de plata. Venían después sucesivos cofres de marfil, de cobre, de bronce y de hierro.

Las reminiscencias de aquellos textos dieron lugar al tarot egipcio, un reflejo pictórico del que los buenos magos son capaces de inferir las verdades primigenias.

Mcgregor Mathers, el líder de la Golden Dawn, sabía leer y traducir varios idiomas, incluyendo inglés, francés, latín, griego, hebreo, gaélico y copto. Tradujo El Libro de la magia sagrada de Abramelin el mago. La Kabbalah develada. Las clavículas del rey Salomón. La llave menor de Salomón y otros textos que tal vez formaban parte del manuscrito encontrado por Westcot.

Mcgregor Mathers fue criticado por dejar que las personas comunes pudieran acceder a unas materias que era preferible mantener en la oscuridad. Moia Mathers, su esposa, hermana del filósofo Henry Bergson, era una gran diseñadora y también clarividente. Ella fabricó los mobiliarios de la orden y los diagramas para las cartas del tarot especial de la Golden Dawn.

La sociedad se convirtió en una extensión de la Societas Rosicruciana in America con una acentuación en magia ritual y ceremonial, cábala y alquimia. Funcionaba en Londres y su local principal era el famoso templo Isis-Urania. Algunos de sus miembros más renombrados fueron: Dion Fortune, Arthur Machen, William Butler Yeats, Algernon Blackwood, Florence Farr, Annie Horniman, Bram Stoker, Austin Osman Spare, Gustav Meyrink y A. E. Waite, aunque el más reconocido fue Aleister Crowley, quien fue expulsado rápidamente de la Orden.

Como sabemos, Crowley era un maniático sexual, drogadicto, violento y problemático, con todos los vicios imaginables. Se había iniciado en la magia dentro del coven del masón George Pickingill, famoso por su odio visceral al cristianismo y por su vinculación con agrupaciones satánicas. Al ser expulsado de la Aurora Dorada inició una guerra mágica contra sus ex-colegas. Después visitó Egipto, donde un espíritu llamado Aiwass, supuestamente un antiguo sacerdote, le dictó el Libro de la Ley y le sugirió la fundación de la Thelema, considerada una religión neopagana por su culto a Horus y Pan.

Además de Crowley, otros hechiceros menores se fueron de la Golden Dawn. Uno de ellos,

Francois Boileau formó un coven en París en el que el mismo operaba como miembro consorte de la suma sacerdotisa, una bruja hermosa experta en nigromancia llamada Mimi con la que tuvo tres hijas.

El dato más interesante de este cisma es que, según se dice, Boileau se robó el manuscrito de Westcot. El libro pasó a ser de la propiedad más valiosa de este grupo. También se destacaron por su audacia, su falta de escrúpulos y sus relaciones con empresarios y delincuentes. Aleister Crowley y, especialmente su secretario, Israel Regardie, solían encargarles trabajos sucios y riesgosos. A cambio de esas comisiones les permitían asistir a sus ceremonias de Fulham Road donde los devotos de Thelema celebraban los misterios de l abestia con orgías indescriptibles. Suele afirmarse que los amigos de Boileau proporcionaban a Crowley las enormes cantidades de heroína y cocaína que consumía. [5] *[...]*

El grupo de Francois Boileau tuvo relaciones muy difíciles con casi todos los magos de la Wicca, empezando por su fundador Gerald Gardner, a quienes solían definir como un desnudista aficionado a los latigazos. Anduvieron a los tiros con los de Stella Matutina, e intercambiaron hechizos y maldiciones con Annie Besant, Alice Bailey, la fundadora de la New Age, el obispo Charles W. Leadbetter y hasta con el rey de los brujos Alex Sanders, el creado de la tradición alejandrina. [...]

Durante la ocupación alemana Boileau desapareció sin dejar rastros. Ante el peligro, Mimi ordenó la formación de un coven en Buenos Aires. Con ese fin envió a sus hijas y a algunos hechiceros de grados inferiores para que viajaran y llevaran consigo todos los documentos que corrían el riesgo de caer en manos de los Nazis. Pero alguien les robó el libro [...]

Hoy funcionan en la Argentina con el nombre de Brujos de Chiclana y son sospechosos de ejercer la magia negra y de resolver sus litigios mediante la violencia. [...]

Las descripciones teatrales acerca de los brujos son sin duda metáforas y alegorías.

En realidad, existe un grupo de banqueros sin escrúpulos, responsables de las crisis mundiales. Su verdadera magia consiste en convocar a los fantasmas del dinero y en dominar viejos trucos del pagadiós financiero. Tal vez, como suele ocurrir con muchos poderosos, les resulta útil, o acaso indispensable, el establecimiento de unas jerarquías esotéricas y de unos foros de iniciación a una supuesta sabiduría prohibida.

Desde un evemerismo más riguroso podría irse todavía más lejos y dar por inexistentes cualquier fachada ocultista considerándola como perteneciente al más vulgar discurso de la leyenda urbana. [...]

Los jefes secretos están en París. Pero la burocracia visible se ha instalado en la Argentina. Los Brujos, como tantas otras logias que defienden privilegios, buscan inspiración en movimientos populares del pasado, como la Revolución Francesa, y proclaman, en fingido secreto, la lucha en pos de los ideales que ya han sido alcanzados y que son ahora banderas de las clases dominantes. [...]

Es difícil ser aceptado como miembro. Las pruebas iniciáticas son imposibles de cumplir. Y acaso duran varias generaciones, de suerte que el aspirante definitivo debe acreditar hazañas propias y trabajos cumplidos por sus antepasados, a veces durante toda su vida. El rédito de tanta fatiga no es desdeñable: todo miembro tiene asegurada la prosperidad y el poder. [...]

Los brujos muestran al público un rostro prosaico de hechiceros menores. Ciertos folletos los

muestran vendiendo amuletos, gestionando el regreso de amores fugitivos o impidiendo los conjuros negativos de otros magos. Pero las gestiones importantes no están destinadas a complacer a jóvenes enamorados sino a los ocultos dueños del mundo, a los adictos al poder, a los seres indestructibles que se alimentan con ajenas desdichas.[6]

Hace mucho tiempo, cuando aún no había niebla en el barrio de Flores, se presentó en el galpón de Chiclana el señor Marco Ferenzky. Le costó mucho ser atendido y tuvo que apelar a multitud de contraseñas y formulas misteriosas. Por fin mostró un trébol de plata que, de acuerdo con su opinión, certificaba plenamente su condición de miembro activo de los Brujos. Recorrió entonces un último tramo de humillaciones burocráticas hasta que lo sentaron frente a un hombre alto que cubría su rostro con un antifaz.

Ferenzky explicó que había estado algunos años viajando por el mundo y que deseaba recuperar sus privilegios de adepto. El hombre consultó unos ficheros durante largo rato.

—Problemas. Ausencia de su nombre en el fichero. Disculpas de tono empresario. Palabras amables, pero inflexibles. Señalar la proximidad del fin de la entrevista.

El señor Marco Ferenzky ~~para no hablar~~ con súbito acento ruso, si es que no polaco, habló acerca de unos puteríos de la magia sexual que solamente podría conocer un iniciado de los grados superiores. Al ver que el enmascarado seguía sin conmoverse, sacó del bolsillo un papel y lo puso sobre el escritorio.

—¿Conoce esto, *tovarich*?

El hombre alto lo examinó con atención.

—Comentarios de sorpresa. Preguntas sobre el origen de la página. Oraciones que enmascaran las palabras *Libro de Raziel*. Interjecciones en cada pausa.

—Usted lo ha dicho, *bratja*… Es una página del libro que ustedes están buscando desde hace años.

—Preguntas casuales ¿Lo tiene usted? Siguen otras preguntas.

Marco Ferenzky empezó a reírse y a toser casi hasta el desmayo. Cuando terminó de escupir habló como un gaucho del circo criollo.

—¡Difícil que el chancho chifle! ¡*Velay* si lo tuviera! Gracias que tengo esta hojita que me la dio un gitano sotreta allá donde Judas perdió el poncho. Se lo muestro de puro criollazo que soy. Pero le prevengo que es falsa. No hay tal libro, aparcero. Ahora, si usted es insistidor como el burro y quiere encontrar ni en que sea una imitación, tal vez yo le muestre unos dibujos de luces malas que le harían fruncir el upite al más cojudo.

Lo que sí, me va a tener que apuntar en el fichero.

El brujo hizo sonar un timbre y aparecieron las hermanas Bevilacqua.

—Referencia a las Normas, las Horas, las Parcas, Las Grayas y las Gorgonas. Fórmulas de despedida urgente.

Las tres señoras acompañaron a Ferenzky hasta la puerta. El viejo preguntó si podía considerarse admitido.

—No es tan fácil —dijo Mirtha Bevilacqua—, tenemos que consultar a las Altas Jerarquías de Europa.

—A lo mejor yo soy de las Altas Jerarquías de Europa…

—Usted es un viejo tragasables —gritó Marta—, vaya a lavarse el culo, Mabel hizo los siete gestos obscenos de Moloch y luego recitó:

El que realiza las sagradas nupcias
No morirá ni a caballo ni de a pie,
Ni en el agua ni en la tierra,
Ni en el suelo ni en el aire,
Ni calzado ni descalzo,
Ni vestido ni desnudo.
Pero el intruso será ajusticiado
Por los herreros del dios cornudo.

Las viejas saltaron y bailaron alrededor de Ferenzky. Ya en la vereda el alquimista se dio vuelta y les gritó un antiguo conjuro de las brujas inglesas:

Entraré en una liebre
Suspirando y con mucha inquietud
Y entraré en nombre del diablo.

Cuando Mirtha Bevilacqua se disponía a vaciar sobre el anciano un balde de mierda, apareció corriendo un señor calvo y barbudo vestido con una túnica verde.

—¡Alto! Los maestres del Consejo quieren hablar con este caballero.

Ferenzky reingresó al galpón con aire triunfal, mientras silbaba entre dientes el tango «La guitarrita». Las Bevilacqua ni lo miraron.

Hubo una reunión en el Sancta Sanctorum de la Cueva. Nunca se supo con quienes habló Ferenzky, ni cual fue el resultado de aquella conversación. El anciano trajo consigo, eso sí, una vieja flor roja que en otros tiempos aseguraba el amor de cualquier mujer, pero ahora apenas servía para evitar la maledicencia. También le dieron una estrella de plata que sólo poseían los hechiceros de mayor poder.

Aquella misma noche, al llegar al Satori, consultó el sitio web de los brujos: **brujosdechiclana.com**

Permaneció leyendo ~~de páginas~~ un largo rato hasta que le sobrevino un estallido de risa tan violento que se cayó de la silla.

Capítulo 15

El hombre de la cornisa

El suicida apareció por primera vez una tarde de verano en la cornisa del quinto piso del espantoso edificio que hay en Avellaneda y Artigas.

Al principio parecía un albañil o un pintor, pero cuando algunas personas se detuvieron en la esquina para mirarlo, el individuo manifestó a los gritos su intención de saltar al vació.

—¡Me tiro, me tiro!

Corrió la voz y los vecinos del barrio se apuraron para no perderse un suceso tan inusual. Al rato había allí una pequeña muchedumbre.

Sin embargo, el hombre no se tiraba. Esto produjo un cierto descontento entre los mirones. Algunos, francamente desengañados, se marcharon con gesto desdeñoso, pero un grupo pertinaz quedó allí y trató de iniciar un diálogo.

—Bájese, bájese.

El suicida no contestaba. Era un hombre vestido de negro y pelado. Casi no se movía, pero cada tanto agitaba sus brazos con una estética de trampolín.

Allá por las seis de la tarde apareció una señora. Cuando vio al hombre de la cornisa empezó a gritar, a llorar y a toser.

—Hijo mío. Soy tu madre… No hagas otra locura, por favor…

Unos comedidos fueron a buscar un vaso de agua, mientras otras madres consolaban a la pobre mujer y le aseguraban que ellas también conocían el sufrimiento. La señora seguía gritando:

—Hijo qué va a pensar toda esta gente, te lo dimos todo. ¿Qué te faltó?… ¿Qué te faltó?

El suicida no parecía entender lo que sucedía. Y como vio que la vieja cobraba demasiado protagonismo, se acercó al borde de la cornisa y dejó colgando una pierna en el vacío.

Media hora después, a la salida de un breve desmayo, la mujer observó detenidamente al hombre de la cornisa. En cierto momento se tapó la cara con las manos, descargó un último sollozo y cayó de rodillas mientras murmuraba:

—Qué vergüenza, qué vergüenza.

Una madre le ofreció otro vaso de agua y le juró que los padres no eran responsables del suicidio de sus hijos.

—Él no es mi hijo… Qué vergüenza, me confundí porque él siempre hace estas cosas. No estudia, no trabaja, se la pasa emborrachándose, casándose o suicidándose.

Algunas personas al oír estas revelaciones se indignaron con el suicida y lo desafiaron a que se tirara.

—Mal hijo… Usted no merece vivir. Tírese.

En ese momento aparecieron en la esquina Manuel Mandeb, el poeta de Flores, y Bernardo Salzman, el jugador de dados. Luciano, el canillita, les explicó la situación.

—El tipo se quiere tirar por culpa de la madre, que es esa vieja que está ahí a los gritos.

En seguida, Luciano explicó que había leído en una revista que las personas amenazaban con suicidarse son precisamente las que no se suicidan. Salzman observó que él también había leído esa revista y que le parecía recordar la versión opuesta de esa fórmula: los que no dicen que se van a suicidar se suicidan irremediablemente.

Manuel Mandeb se acercó a unos vecinos veteranos y sugirió que se formara una comisión para subir al quinto piso e influir en la decisión de aquel hombre. Uno de estos señores, un poco molesto, le preguntó al filósofo por qué no iba él.

—Mi poder de convicción es muy pobre. Al contrario, soy fácil de convencer. Le aseguro que si subiera yo tendríamos dos suicidas.

Salzman, que enseguida se aburría, empezó a tomar apuestas.

—Doy tres a dos a que no se tira.

Uno estudiantes que salían del instituto de la otra cuadra empezaron a burlarse del pobre hombre. Una profesora que pasaba por ahí les exigió respeto.

—Ya vamos a ver cuando estén por suicidarse si les hace gracia que les tomen el pelo.

El gentío interrumpía el tránsito. Los automovilistas hacían sonar sus bocinas y al enterarse del motivo del atascamiento bajaban de sus autos e insultaban al pelado. Mandeb tocó el timbre de todos los apartamentos del edificio. Algunos vecinos bajaron y entonces se supo que el suicida no vivía allí y que no sabían como había llegado hasta la cornisa.

A las siete y media paso por allí el doctor Abel Poniatowsky. Una señora le salió al paso y le pidió que interviniera.

—Haga algo doctor. Usted sabe cómo hablarle a las personas.

Al rato todos sabían que había llegado un médico para hacerse cargo del asunto.

—Hagamos silencio para que el doctor pueda hablar con este hombre.

La multitud se replegó unos metros para dejar solo a Poniatowsky en medio de la vereda. Atrapado por el silencio y la expectativa, el médico se creyó en el caso de improvisar unas palabras.

—Soy el doctor Poniatowsky.

El suicida se inclinó un poco.

—Mucho gusto.

—Vea, como profesional me siento en la obligación de decirle que el suicidio no resuelve nada. ¿Por qué no baja a conversar en la vereda, así no tengo que andar a los gritos?

El suicida se inclinó un poco más.

—No le oigo doctor.

—Le decía que el suicidio no le va a servir de nada.

Poniatowsky comprendió la ineficacia de su discurso y como en un aparte teatral comentó a la

muchedumbre.

—Me parece que la medicina poco puede hacer en estos casos.

Y se fue.

Se hizo de noche y empezó a levantarse la ominosa niebla verde. La silueta del hombre de la cornisa se fue desdibujando hasta que no fue posible verlo desde la calle. Por un rato todos siguieron mirando hacia arriba esperando que cayera desde el cielo, atravesando la cerrazón aquel pájaro negro y desesperado. Viendo que tal cosa no sucedía la muchedumbre se dispersó. El suicida quedó más solo que nunca en las alturas, rodeado de niebla, abandonado por la gente y sin poder ver ni una estrella.

Capítulo 16

Bella

Bella Poniatowsky cenaba con su esposo en El Popular de Boedo. Al recorrer el estrecho menú pudo sentir que los horizontes ~~y capítulos~~ de su vida estaban patéticamente cerca. Cenar en El Popular, aceptar los trámites venéreos con su esposo, encontrarse con algún amante, despertar en vano el deseo de sus conocidos, pasear, leer, salir de vacaciones. Poco para una persona como ella. ¿Pasiones inolvidables? Tampoco. ¿Triunfos? ¿Suicidios por su causa? ¿Aventuras del cuerpo y del espíritu?

Se decidió por una suprema con salsa curry y, mientras su marido le contaba sus diálogos con el suicida de la avenida Avellaneda, cerró sus oídos y se puso a recordar el pasado. Se levantó un poco la pollerita tableada para llamar la atención del profesor Ayestarán. Se sentía hermosa e invencible en aquella clase de Historia. Sus compañeros varones la odiaban de tanto desearla. Pero Ayestarán no aflojaba en su pertinacia de docente incorruptible. Ella levantó la mano y entró en estado de pregunta incesante: ¿Hasta qué página tenemos que estudiar? ¿Quién fue el último de la lista en el día de los tres gobernadores? ¿Cuántas heridas tenía Aráoz de Lamadrid? ¿Cómo se llamaba el caballo de Facundo Quiroga? ¿Cuál es la fecha del próximo parcial? ¿Es posible hacer el amor entre personas relacionadas jerárquicamente? ¿Tiene novia? ¿Le gustan mis piernas? ¿Quiere acostarse conmigo? ¿Cómo se llamaba el asistente de Artigas? ¿La suprema viene con papas?

—Les dije que la medicina poco podía hacer en esos casos y me fui —dijo el doctor Poniatowsky.

Bella se levantó y marchó hacia el escritorio. Se paró detrás del profesor Ayestarán y le apoyó las tetas en el hombro mientras le preguntaba si la próxima evaluación iba a ser escrita u oral. El profesor sintió que la palabra oral le llenaba el oído de aliento. Le pareció también que la ele se prolongaba en efluvios ~~enteros~~ de menta hasta convertirse en un mal pensamiento sonante y consonante. No se resistió más: la miró fijamente a los ojos para que supiera cuánto la deseaba. Buscó en su voz el acento más insinuante y le preguntó:

—¿La suprema es para usted señora?

Bella no se molestó en contestar. El mozo esperó durante un largo instante para ver si advertía en ella algún indicio de atracción, un mensaje secreto o alguna involuntaria exhibición de lujuria

incontenible. Sonó el timbre indicando el final de la clase. Los alumnos rodearon al profesor Ayestarán y también a Bella. El petiso Rebeca le tocó el culo aprovechando el tumulto. Ella, sin mirarlo le dijo con desprecio:

—No me gustó.

—La vida es tan hermosa —dijo Poniatowsky—, pero estas cosas no pueden decirse a los gritos. Y menos a un suicida.

El petiso Rebecca trató de disculparse.

—Fue sin querer. Te lo juro.

A la salida la esperaban unos atorrantes para empujarla y decirle porquerías. Bella los insultaba a los gritos, pero en el fondo disfrutaba.

En la esquina se encontró con su novio. Ah… Qué hermoso era… Ah… Cómo la envidiaban sus compañeras por salir con aquel muchacho… Ah… Si pudiera recordar su nombre…

—Mansilla… —Poniatowsky buscó al mozo con la mirada.

Bella saltó a otras esquinas, corrió por veredas oscuras, revivió el sabor de antiguos besos, sólo para comprobar que había perdido para siempre el nombre de un enamorado. Vio la cara del mozo y se llenó de ira. Bella odiaba a Mansilla como se odian los regalos equivocados. Regresaron tarde a la casa de la calle Artigas. El doctor Poniatowsky empezó a acariciar a Bella. Después, mientras se revolcaban en la cama, ella volvió a pensar en el profesor Ayestarán, pero también en el novio sin nombre, en actores de cine y en Enrique Argenti, hasta que un mecanismo malvado trajo a su imaginación a una caterva de intrusos indeseables ~~que han sido~~: el verdulero Lamenta, el petiso Rebecca, Silvano Mansilla… Bruscamente se levantó de la cama. Poniatowsky no dijo nada. Ella, totalmente desnuda, se asomó al balcón a dejarse envolver por la niebla. Permaneció allí durante horas a medio llorar, mientras su marido dormía.

El aire se despejó un poco y Bella pudo ver en la ventana de enfrente la cabeza aborrecible de Mansilla asomada entre las cortinas. Sintió la tentación de insultarlo a los gritos, o de llamar a su esposo, o de provocarlo con desprecio mostrándose desnuda e inalcanzable. Pero tuvo miedo. Al rato apareció en la esquina la figura sombría del ruso Salzman. Bella lo acomodó en su pensamiento al lado de Ayestarán y otros sujetos deseables. Sin embargo, Salzman era un hombre difícil de embrujar. Apenas si saludaba a los vecinos. Ella se asomó como para que el ruso pudiera verla. Pero él siguió con la vista clavada en la vereda, pensando con tristeza en sucesos venturosos ocurridos en otros tiempos ~~robados~~ y a otras personas.

Ya había empezado a amanecer cuando Bella tomó su diario íntimo. Realizó su anotación con molesta prolijidad.

Abel duerme. Ese Salzman está convencido de que yo lo miro. Imbécil. Algunas personas deberían enterarse de lo poco que me importan. Hoy cenamos en el Hotel Alvear, después fuimos a bailar y más tarde hicimos el amor en el balcón, entre la niebla. Soy dichosa, desde luego.

5♣

Capítulo 17

Conversaciones en la vereda del Satori

—Soy un hombre tan desgraciado que el fin del mundo no me importa ni poco ni mucho.

~~La niebla~~ Silvano Mansilla dijo estas palabras con entonación insegura, pues no sabía si estaba solo o si alguien lo escuchaba.

Casi todas las noches, al volver de El Popular se sentaba en la vereda del Satori a dialogar con su vecino, Marco Ferenzky. La niebla y la costumbre del viejo alquimista de no contestarle lo hacían dudar entre la modulación tenue del soliloquio y la inflexión amistosa de la confidencia.

Cuando ya estaba casi seguro de su soledad, el mozo oyó que Ferenzky —también él dudando— menospreciaba su angustia, dándola por unánime.

—Todos nos creemos desgraciados.

Mansilla pidió permiso para contar un episodio íntimo. Ya lo había contado muchas veces pero lo repetía con aires inaugurales.

—Mi padre y mi madre murieron cuando yo tenía cinco años. ¿Ella tenía un amante, sabe?… Cuando mi padre se iba a trabajar aparecía aquel hombre… A mi me encerraban en la cocina y ellos se quedaban en la habitación. Puede imaginarse los peores detalles. Un día mi padre regresó temprano y los encontró. Era un hombre muy violento, andaba siempre armado. A ella, la mató… A él, apenas si pudo herirlo. Yo lo vi cuando huía dejando un reguero de sangre en el corredor. Después, mi padre se sentó en la cama y se pego un tiro en la cabeza. Ahí tiene mi bagatela, señor Ferenzky. Qué me importa si mañana se acaba el mundo. Pero me gustaría encontrar al amante de mi madre para matarlo bien.

Ferenzky no dijo nada o tal vez se fue. Mansilla vio en la niebla destellos de tragedia: una mancha de sangre, un llanto solitario, un traje inconcebible, casi violeta. Después, como solía ocurrir, otros recuerdos usurparon la escena. El payaso Nicoleta hablándole al oído con alientos de Nebiolo; Evelyn, la trapecista, muriendo entre fardos de pasto y un Mansilla adolescente tocando la trompeta, desnudo a la luz de la luna.

La niebla se despejó. En la vereda de enfrente le pareció ver a Bella Poniatowsky besando con pasión a un desconocido. El hombre empezó a desnudarla. Un nuevo banco de cerrazón ~~no sólo~~ ocultó la escena.

Desde atrás de un árbol apareció el ciego Fineo:

—¡Tiemblen porque el fin del mundo esta cerca! Algunas señales ya están a la vista… Todo tiende a degradarse… A un estado cualquiera sucede otro más caótico… La suerte es siempre mala suerte: el azar destruye. A todos nos va peor cada vez. Pero hay más. ¿No han visto los perros en llamas? ¿No ven esta niebla del infierno? Escuchen bien: hay gente que se está mudando. El barrio está lleno de casas abandonadas y algunos edificios directamente desaparecieron. Pronto los muertos caminarán por el barrio. ¡Tiemblen porque nadie habrá de juzgarnos!… El fin será ridículamente banal. Pronto llegará un hombre sin memoria y ese será el principio de la destrucción. Solo puede salvarnos la mujer, la mujer más hermosa del mundo. Si ella se enamora, el mundo se salvará.

El ciego saco un tarrito de lata.

—Ahora por favor, colaboren con una moneda. Pero no crean que la generosidad evitará la catástrofe. Ser bueno es perfectamente inútil.

Desde atrás de un árbol apareció Jorge Allen. El viejo Ferenzky sacó del bolsillo un pistolón de la guerra de los boers.

—No dispare que soy una pobre anciana… —dijo el poeta.

El alquimista guardó el arma.

—Disculpe… Este barrio se está poniendo muy peligroso.

—El único peligro es la desgracia. Tiene razón el ciego… Aquí nada sale bien. Siempre ocurre lo que uno no desea.

—Ahí le doy la razón —dijo Mansilla—, pero el destino es ingrato en todas partes.

Jorge Allen declaró que el número de sus novias había disminuido de un modo tan drástico que sólo podía explicarse como el resultado de un plan siniestro del destino.

En ese momento se oyó la voz de Manuel Mandeb.

—¡El destino no tiene planes!

El pensador, que estaba escondido en la camioneta del verdulero Lamensa, saltó a la vereda y siguió argumentando a los gritos.

—¡Nadie se molesta en conspirar contra nosotros! ¡Somos desdichados sin que nuestra desdicha sirva para nada!

Ferenzky empezó a rascarse la espalda contra la pared.

—Veo que el señor ha escuchado nuestra conversación con la mayor claridad. Es cierto, no hay planes celestiales ni infernales. Pero cuando uno está enamorado busca explicar el rechazo en términos de intriga. El amor es fatal para el pensamiento. La gente empieza a creer en gualichos, en maldiciones, en conexiones mágicas. Siga un consejo: no se enamore.

El viejo mostró un anillo enorme que llevaba en su dedo meñique.

—¿Ve este anillo? Pertenecía al rey Jacobo de Inglaterra, el hijo de María Estuardo.

El acento de Ferenzky se volvió ingles.

—James Stuart era un muchacho un poco raro, de apariencia ridícula. *The man was a real berk*, pasaba las tardes cayéndose del caballo. Hablaba como un gangoso, nadie podía entender lo que decía. Un día se enamoró de Lucy Strathfield, una muchacha plebeya. Los nombres y los ministros sintieron que el futuro de la dinastía estaba en peligro y lo casaron *before you know it* con una princesa que se llamaba Ana, con ella tuvo a quien luego fue Carlos I. Además lo obligaron a abandonar a Lucy. El pobre James no podía olvidarla y andaba llorando por los rincones. Un día, el

rey supo que unos hechiceros vendían *an Oblivion ring*… ¿Cómo se dice?… Un anillo para olvidar. Bastaba ponérselo en el dedo meñique para ahuyentar cualquier pena de amor, *if you know wath I mean*. Más aún: uno ni siquiera recordaba el nombre y el aspecto de la persona amada. Jacobo ordenó que le consiguieran uno de esos anillos. Le trajeron este que ahora tengo puesto. *Take a look*… Los resultados fueron estupendos. El rey dejó de sufrir. Hasta que sucedió un hermoso milagro. Una noche, Lucy Strathfield apareció en una fiesta del palacio. James la vio como si fuera la primera vez. Volvió a gustarle, y volvió a enamorarse de ella. Se acercó a los mismos cortesanos que le habían obligado a abandonarla y les preguntó: *who's that beatiful stranger?* Bueno, bailó con ella y fueron amantes *for a long, long time. It's certainly a wonderful story*. ¿Ahora bien, es este anillo realmente poderoso? *Who knows?... Maybe*. Jacobo fingió su olvido para vengarse de los que habían destruido su amor. Yo prefiero creer que es la demostración poética de una verdad que muchos se resisten a admitir. Siempre andamos detrás de la misma mujer y la buscamos, y la encontramos en muchas mujeres distintas. Si quieren les presto el anillo un rato para que dejen de joder con tanto desencuentro.

—Yo no me lo pongo —dijo Mansilla—, me gusta una mujer casada, es cierto, pero no pierdo las esperanzas. Mire si ella viene a buscarme y yo por culpa del anillo ni le abro la puerta.

Manuel Mandeb, casi invisible en el cordón de la vereda, expresó su desacuerdo a los gritos.

—Todos mienten… Jacobo engañó a los cortesanos haciéndose el desmemoriado… El anillo no servía para nada… Usted, Ferenzky, no muestra una sortija de cinco pesos que compró en el Trust Joyero… El ciego quiere convencernos de que se viene el fin del mundo… Las viejas dicen que la niebla es una maldición divina… ¡Mentiras! ¡Mentiras!… Pero yo también puedo agregar una falsedad nueva: debajo de todos estos cuentos chinos palpita la verdad, como diciendo: *Búscame, estoy aquí haciendo guiños simétricos*.

Unos gritos de mujer llegaron desde la esquina y enseguida apareció ante ellos una mujer desnuda.

—¡La Máscara! ¡Me asaltó la Máscara!… ¡Dios mío! ¡Es espantoso!

La chica se iba cubriendo con retazos de niebla. Ferenzky entró al cabaret y le trajo un vestido rojo adornado de lentejuelas.

—Gracias. Estoy muy asustada.

—¿Quién es la Máscara? —preguntó Jorge Allen.

Ferenzky lo miró asombrado.

—Usted, querido amigo, como los sueños, anda siempre atrasado de novedades. La Máscara es un asaltante que anda en la niebla. Obliga a sus víctimas a desnudarse, después se lleva la ropa y el dinero.

El ciego Fineo completó la explicación.

—¡Tiemblen porque la Máscara está en todas partes! El que no quiere desnudarse, muere. No hace falta que les diga que este es otro indicio del desorden maligno que precede al fin del mundo… Las colaboraciones son a voluntad.

Jorge Allen empezó a consolar a la muchacha con palabras tiernas y algunas caricias. Ella le pidió que la acompañara hasta su casa, en Ciudadela.

—Estoy muy asustada. No pude verlo, pero era horrible. Me dijo unas palabras que no alcancé a escuchar, pero que no olvidaré en toda la vida.

Por la esquina de Aranguren aparecieron los Hermanos de la Destrucción. Iban rompiendo lo que

podían: un cartel, una ventana, una lámpara del alumbrado público. Cuando llegaron a la puerta del Satori, el viejo Ferenzky los ahuyentó con dos tiros al aire. Las vándalos corrieron hacia el norte y aprovecharon para darle unos cachetazos de pasada al poseído Basaldúa que venía caminando por el medio de la calle.

—¡Sinvergüenzas! —les gritó.

—¡Hijos de puta! —bramó Igalfagor.

El hombre pidió a Mandeb que lo fuera empujando hasta la casa, pues el demonio invasor trataba de arrastrarlo al interior del Satori y él quería acostarse temprano.

Allen se marchó con la joven asaltada. Mansilla empezó otra confidencia:

—A mi no me asusta la Máscara. He sufrido tanto que no hay manera de espantarme. Después de la muerte de mis padres, fui a parar a un circo. Allí me eduqué. ¡Qué me van a hablar de la Máscara! Yo podría contar cosas espeluznantes…

Ferenzky con paso silencioso, se metió en el Satori.

—Si me prometen no comentarlo, les voy a confesar que aquel circo estaba lleno de depravados… El payaso Nicoleta me pegaba y se reía. En realidad, todos se reían… Él era muy gracioso y le festejaban cualquier cosa. Después, cuando crecí, fue peor… No quiero ni acordarme… Yo estaba enamorado de Tamara, la *écuyére*. Ella siempre me ayudaba a reaccionar cuando me desmayaba.

La niebla se hizo más densa. El mozo siguió hablando solo. Sus confesiones eran cada vez más íntimas.

—Por eso ahora no me gusta que me toquen. Pero tal vez lo peor eran las bromas… una noche me encerraron junto con los tigres y me desgracié del susto. Todos aplaudían…

La voz fue creciendo en la oscuridad.

—Como equilibrista siempre fui bastante bueno. Pero mi especialidad eran los cuchillos. Un día, para que vean, les voy a mostrar. Puedo matar una mosca a diez metros. Mi maestro fue Mullhousen…Él era el mejor de todos, pero también era un borracho. Cada tanto fallaba. Además, me duele decirlo, se volteaba a Tamara. Nicoleta me obligaba a robar. Le robé a Rinaldi, el dueño del circo… Le robé unos anillos a los enanos… Robé monedas de los teléfonos públicos… Después se lo deba todo a Nicoleta. Él me amenazaba, me decía que si no lo obedecía, iba a contar todo. Hasta que un día me cansé. Un hombre honesto no puede ser arrastrado por el camino del delito. Yo les pido perdón, pero es un alivio poder contar estas cosas. Uno se siente acompañado, comprendido por los amigos.

El ruso Salzman, que venía del casamiento de un desconocido, pasó justo frente a Mansilla.

—Así que gracias por prestarme atención. Necesitaba confesarme…

Salzman estrechó la mano del mozo.

—Usted me ha conmovido. Su historia casi me hace llorar.

Y se alejó al mismo paso mientras Silvano Mansilla seguía agradeciendo en la calle desierta.

Capitulo 18

Amores en la noche

Jorge Allen trotaba por la niebla a paso fugitivo. Una vez más, estaba acorralado por la pluralidad de complicaciones amorosas. Acababa de dejar en su casa a Pilar Barrientos, una estudiante de Farmacia cuya hermosura ya no le entusiasmaba tanto. Ahora, marchaba muy atrasado a encontrarse con Irene, una maestra que se complacía en darle órdenes escolares.

Al saltar un charco, se sintió un poco avergonzado. Ya era un hombre grande y todo seguía igual. Veinte años antes, tal vez mientras corría de un romance a otro, había conjeturado que la suya era una búsqueda, una peregrinación que iba a detenerse únicamente al encontrar a una mujer señalada e insustituible. Con el tiempo, vino a darse cuenta de que todas eran señaladas e insustituibles y que no deseaba renunciar a ningún amor, a ninguna emoción, a ninguna entrega.

Llegó a la plaza demasiado tarde. Irene ya se había ido. Lamentó no haber calculado adecuadamente sus tardanzas. Caminó en dirección a su casa y dejó que unos pensamientos melancólicos bailaran en su cabeza y se combinaran a su antojo. Enseguida pudo ver que su suerte con las mujeres iba decayendo. Aún conservaba una gran eficacia, pero ya no era el mismo que, en temporadas no lejanas, tenía la absoluta certeza de conseguir el amor de cualquier mujer que se le antojara. Sintió un escalofrío mientras imaginaba un futuro de invariable rechazo, de humillación constante.

La niebla se hizo muy espesa. Le pareció que desde el interior de las casa, voces de sabihonda entonación le susurraban frases consagradas.

—El que busca tantas mujeres es porque en realidad no puede amar a ninguna.

—Es temor al compromiso. Cuando una relación se hace profunda uno se escapa.

—Es falta de madurez. Propia de alguien que no puede proyectar, ni afrontar las consecuencias de sus acciones.

Allen empezó a correr para dejar atrás aquellas voces. Pasaba frente a las ventanas como una flecha, más rápido que los consejos, dejando a los fantasmas con la palabra en la boca.

—Llegará una mujer que…

—Cuando ninguna te haga caso…

—Si uno no se entrega…

—Una compañera para siempre…

En la última cuadra oyó invocaciones que surgían desde todos los rincones del barrio y gritaban nombres de mujer.

—¡Adriana!

—¡Ana!

—¡Cecilia!

—¡Valeria!

—¡Mabel!

Allen entró por el pasillo a toda la velocidad, se metió en su casa y se escondió bajo las cobijas de su cama resoplando de cansancio y de terror. Sintió un dolor en el cuello y vio las piernas de Wanda, su compañera de oficina que, sentada sobre sus hombros, buscaba unas carpetas en los estantes más altos del archivo. La chica descendió lentamente y empezó a besarlo.

Allen comprendió que ya estaba en el día siguiente o quizás más adelante todavía. Le pasaba con mucha frecuencia. Era como si su conciencia saltearan algunos fragmentos de su vida y lo instalara, súbitamente, en otro momento cualquiera.

Horas, y a veces días enteros, se arrancaban de su registro mental como páginas de un cuaderno desprolijo. Podría decirse que el poeta llegaba tarde a muchos episodios de su existencia, cuando las cosas ya habían empezado e incluso cuando él mismo ya había echo las jugadas decisivas.

Wanda y Allen regresaron a sus escritorios. Al rato se presentó Florencia, la directora de la empresa. Ella empezó a hablarle en el oído pero Jorge Allen ya estaba en su casa, en la noche de otro día, soñando varias pesadillas al mismo tiempo.

A esa misma hora, cuando el doctor Poniatowsky ya dormía profundamente, Bella se levantó de la cama, se vistió con el mayor sigilo y salió a la calle. Como todos los martes, iba al encuentro de su amante, el director teatral Enrique Argenti. Estos paseos clandestinos la llenaban de humillación. Él la llevaba a lugares tan indignos como autos abandonados, terrenos baldíos o vagones de ferrocarril, poniendo como pretexto la necesidad de ocultar sus amores de las indiscretas miradas. Ella había aceptado acostarse con él calculando brillar entre actores, pintores y músicos. Pero Argenti jamás le había presentado a ninguno de sus amigos y, a decir verdad, nunca se había mostrado con ella ante persona alguna.

Aquella noche, él esperaba en la puerta de la casa del rubio Zampallo, un actor que vivía en los altos de una fiambrería y que le había prestado el zaguán y la escalera para que recibiera a su amante en la madrugada.

ARGENTI (*poniendo el índice en su boca*): Entremos y no hagamos ningún ruido. Zampallo duerme arriba con su mujer. Ella no sabe de nosotros. Si se despertara, haría un escándalo.

BELLA: Cada lugar de nuestros encuentros es peor que el anterior.

ARGENTI: Sos una mujer casada. Te estoy cuidando.

BELLA: Tranquilamente podríamos ir a un buen hotel.

ARGENTI: No hace falta que te diga que no tengo un centavo. Es más: le estoy debiendo mucho dinero a Silvano Mansilla. Estaba pensando en pedirte un préstamo. Él se está poniendo agresivo.

BELLA (*sacándose la ropa*): No te daré nada.

ARGENTI: (*la toma entre sus brazos y la besa*): Me darás todo.

BELLA (*apasionadamente*): Te odio Argenti, te odio…

ARGENTI: no grites que vas a despertar a todos.

Bella y Argenti se aman en la escalera. Cada tanto, suspiran, sueltan exclamaciones y se desbarrancan tres o cuatro peldaños. Se encienden las luces de arriba. Aparece la mujer de Zampallo.

DELIA ZAMPALLO: ¿Quién está allí?… ¡Rubio, Rubio! Levantate que entraron ladrones…

ARGENTI (*levantándose los pantalones*): No somos ladrones, señora. Enseguida nos vamos.

ZAMPALLO (*asomándose en calzoncillos*): Andá a la cama Delia, después te explico.

BELLA (*buscando su ropa interior*): Somos personas de bien.

DELIA: ¡Degenerados de mierda! ¡Voy a buscar el revólver!

ZAMPALLO (*con aire protocolar*): Delia, te presento a mi amigo, el director teatral Enrique Argenti. Enrique, ella es Delia, mi señora.

ARGENTI (*con los pantalones por las rodillas*): Encantado. Les presento a mi pareja circunstancial. No puedo decir su nombre.

BELLA: Por mí, váyanse todos a la puta que los parió. (*Toma su ropa y sale*)

Ya en la calle, Bella Poniatowsky empezó a vestirse mientras caminaba. En cada tropezón miraba hacia atrás por si Argenti salía a perseguirla para pedirle perdón. Al llegar a la esquina, viendo que su amante no aparecía, se detuvo para darle un poco más de tiempo. Al cabo de un rato, vio una sombra que se acercaba entre la niebla. Preparó algunas frases de desprecio mientras lo esperaba. Cuando estaba a punto de recitar su parlamento, reconoció el rostro aborrecido de Silvano Mansilla. Con brusco fastidio cambió su rumbo y aceleró el paso.

Más tarde, ya en su casa, tomó su diario y escribió: *Ah, la alegría y el bullicio del mundo de los artistas. Como me envidiarían algunas si supieran lo que estoy viviendo.*

Una lágrima borroneó la última frase.

7
♦

Capítulo 19

El fin del mundo entre los esquimales del estrecho de Bering
Fragmento del *Libro de Raziel* salvado del incendio.

En la isla de Gareloi, en las cercanías del estrecho de Bering, los escasos pobladores creían que el fin del mundo ya había sucedido, que la humanidad ya había sido aniquilada y que ellos mismos no eran sino restos insignificantes de la gloriosa raza humana. El clima implacable y las míseras condiciones de vida auspiciaban esta idea. Era imposible no creer que aquel infierno blanco era lo que quedaba después de haberlo restado todo.

En aquellos parajes, el espíritu se resistía a inclinarse hacia el futuro. Nadie ~~dificulta~~ realiza maniobras previsoras. Los pobladores comían lo que podían y no guardaban nada. Las mujeres habían dejado de engendrar y los ancianos no enseñaban ni referían historias edificantes.

Cuando el capitán Cook se detuvo brevemente en la isla, todos pensaron que se trataba de un fantasma, y esta circunstancia reforzó su convicciones. Una mujer, con el mayor desgano, aconsejo a Cook que no persistiera en sus hechizos, pues el mundo había sido destruido por el hielo. El capitán preguntó entonces cómo era el universo antes del fin. La mujer le habló de caras gigantescas, de peces abundantes, de guerreros veloces y de hogueras perpetuas.

Capítulo 20

El fin del mundo como resultado de la inconducta de los gobernantes Fragmento del *Libro de Raziel* salvado del incendio

En el reino de Japón se entendía que el príncipe era símbolo y emblema del universo. Por lo tanto, calculaban que sus conductas y movimientos influirían en el mundo y podían modificarlo y perturbarlo. Sir James Frazer ha explicado que el emperador, como encarnación de la diosa Sol, era el centro dinámico del cosmos e irradiaba su fuerza en todas direcciones. Un gesto inadecuado de ~~la percepción~~ la persona real podía alterar la naturaleza y ser origen de desgracias y catástrofes. Así cuidaban que sus pies desnudos no tocaran el suelo. Cualquier infracción a esta regla podía producir un terremoto.

En algunas islas al sur de Birmania se tomaban minuciosas precauciones para que el sol no diera jamás directamente en la cabeza del rey. Si tal cosa ocurría, la inundación era inevitable.

En el año séptimo del reinado de U Sebul, sus astrólogos le recomendaron que mantuviera la más absoluta castidad. Al parecer, las estrellas habían revelado que cualquier concupiscencia real sería suficiente para que el universo se extinguiera. El rey aniquiló sus deseos durante dos años. Una noche, sin poder controlarse, cayó sobre la inocente I Tun, hija de un consejero, y la amó salvajemente. Sólo se detuvo ante la intervención de los sacerdotes del palacio que echaron agua helada sobre la pareja. Al conocerse la noticia, el pueblo se horrorizó y lloró.

Pero al ver que pasaban las horas y el mundo no desaparecía, las personas abandonaron las creencias de sus mayores, destituyeron al príncipe y murieron en inexplicables guerras civiles.

Capítulo 21

Instrucciones de la señora Kristine

Pocas horas antes de partir rumbo a la Argentina, Nadine Stéfano recibió una carta de su madre. No la leyó enseguida. En realidad recién la abrió en Buenos Aires muchos días después.

Querida Nadine:

Cuando tu padre se marchó a la Argentina, yo sabía que era muy difícil que volviera a verlo. Él me advirtió que quizás lo mataran y yo adiviné que, aún cuando no lo hicieran, tal vez se vería obligado a vivir oculto, o preso, o sujeto a reglas de silencio, o cubierto por una falsa identidad.

Él es un hombre extraño, hija mía. Conoce el secreto de los árboles. Puede hablar con ellos y recibir revelaciones misteriosas. Ha conversado con pinos sagrados en los bosques del Volga. Ha visitado la foresta divina de Upsala, donde cada árbol es un dios. Ha sido invitado a un casamiento entre un mango y un tamarindo, celebrado con la mayor pompa en la India.

En el Japón, solía trepar a las ramas más altas de los nogales para amenazarlo si no daban frutos suficientes. Él me contó una tarde que en los árboles viven espíritus poderosos y muchas veces las almas de los muertos.

Como no quise creerle, me obligó a acompañarlo a Londres para honrar un abeto del barrio de Hampstead en el que, según dijo, residía el fantasma de su maestro, el venerable Harold Truck. Román pronunció unas palabras rituales y las ramas empezaron a sacudirse como en una danza. Se desató una tormenta y yo pedí perdón a los gritos por mi vano escepticismo. Él, para calmas mis temores, sacó del bolsillo una fruta roja de mangostán, que es la más deliciosa del mundo, y mi boca se endulzó para siempre.

Román Stéfano no es un hombre como los demás, hija mía. Cuando paseábamos por el Bois de Boulogne, él me dejaba sola por unos minutos y se marchaba a secretear con unos castaños amigos. Pero su árbol preferido es el manzano, el árbol de la sabiduría; aquél cuyas ramas son el talismán que permite entrar al país de la juventud; aquel cuyo fruto partido al medio muestra la estrella de cinco puntas, símbolo de la inmortalidad.

Los árboles te ayudarán. Cuando estés en peligro, acércate a ellos. En Buenos Aires hay un jacarandá que puede silbar canciones y que le prometió a tu padre protección para él y sus amigos.

En el sobre encontrarás cuatro talismanes: una estrella que te permitirá entrar a todas partes, un filtro que desenamora, un reloj de arena que convoca recuerdos y una cadena con un pez de oro que deberás ponerte en el cuello cuando te falten fuerzas.

Hija mía: comprendo tu deseo de soledad y reserva. Pero tu decisión de ocultarte de nosotros me parece un desatino. Quiero saber tu dirección en Buenos Aires. Soy tu madre.

Nadine leyó la carta varias veces y después la quemó. Dio vuelta el reloj de arena y mientras miraba escurrirse el tiempo, recordó detalles de su encuentro con los gitanos del puente del Alma.

—Tu padre vive —dijo una de las zíngaras.

—*Él voló a encontrarse con un eclipse*

—Él te espera.

—*Debes encontrarlo antes de que la luna se oscurezca.*

—El gitano alto la miró a los ojos.

—Idea general: reencuentro. Señalar aspecto perentorio. Los plazos se agotan. Son diez euros.

Nadine sacudió el reloj y se sintió borracha. Recuerdos caóticos bailaban en su cabeza: los secretos de la familia, un tobogán, el miedo a la risa, los novios, los paseos, los dolores, los goces. Y luego los recuerdos no nacidos: una niebla verde, un vals nunca escuchado, un anciano, un hombre triste que la besaba.

Capítulo 22

Visita a los Brujos de Chiclana

Después de la visita de las hermanas Bevilacqua, Marco Ferenzky decidió presentarse en la Cueva de Chiclana para ver si los Brujos lo autorizaban a asomarse al Caldero Mágico que permitía ver el futuro. Para no ir solo, se hizo acompañar por su vecino Mansilla.

Cuando esperaban un taxi en la avenida Avellaneda, vieron pasar a Jorge Allen y a Manuel Mandeb, Ferenzky los llamó con chistidos y los convidó a participar de la excursión. Mandeb se negó:

—Disculpe mi falta de entusiasmo pero ya no necesito que me adivinen la suerte. Además, Chiclana es un barrio lejano… perderíamos todo el día.

Ferenzky insistió y les habló del Caldero de Cerridwen, que era también la olla del renacimiento y la reiluminación. Les prometió que, si tenían suerte, tal vez unas gotas del guiso mágico los volvería más jóvenes y más sabios. Allen y Mandeb aceptaron solamente para no seguir oyendo las explicaciones del alquimista.

Ya estaba anocheciendo cuando llegaron a la Cueva. En realidad se traba de un viejo galpón lleno de ratas y de maquinarias herrumbradas. Los recibió un hombre canoso y malhumorado.

—Aquí no hay nadie —les dijo—, váyanse por donde vinieron.

Ferenzky se dio a conocer y mostró la misma estrella de plata que había exhibido ante las hermanas Bevilacqua. El canoso no aflojó.

—Esta credencial está vencida. Tomenselas.

Silvano Mansilla le ofreció dinero. Fue inútil.

—Yo no me llamo cincuenta pesos. Aquí no entra nadie.

Manuel Mandeb aceptó aquel dictamen con cierto alivio.

—Lo dicho. Hemos venido al pedo.

Entonces Ferenzky recitó una especie de santo y seña.

—*Como un cabrito he caído en la leche.*

El hombre canoso les permitió pasar y los acompañó hasta el fondo. Allí los dejo esperando por un largo rato. Mandeb consultó al alquimista.

—Me parece que conozco esa contraseña.

—Eso es mucho conocer.

—Cualquier iniciado en los ritos órficos se la sabe de memoria. Cuando se llega al infierno y aparecen los guardianes de los difuntos, estas palabras sirven para abrir cualquier puerta.

—La cabra es Dionisio, y ante él todos se inclinan.

Una hora más tarde apareció un señor alto y delgado, vestido con una túnica negra. Los hizo subir por una pequeña escalera hasta que llegaron a una plataforma circular. Sobre ella se alzaba una cacerola gigantesca, en cuyo interior hervía una mezcla pardusca. Ferenzky y sus amigos se instalaron a la orilla del caldo. El hombre alto subió a un estrado de madera y dio comienzo a una especie de ceremonia.

—Tuvimos mala suerte —dijo Ferenzky—, nos tocó el peor. Lo llaman Boceto. Ya van a ver.

Boceto empezó a hablar a velocidad de rezo.

—Palabras liminares… Recordar importancia del acto… Caldera de Cerridwen… Asunto de los hijos.

Ferenzky aclaró por lo bajo:

—Cerridwen, la diosa cerda, vivía en una isla en el lago Tegid. Tenía dos hijos: una niña bellísima llamada creirwy y un varón de nombre Afagddú, que era más feo que pisar mierda.

Boceto continuaba:

—Madre afligida ~~sino que tiene~~ por fealdad de hijo. Lo quiere volver inteligente. Contar lo que hace. Cerridwen hizo hervir en una caldera la inspiración y el conocimiento. El hervor duraba un año y medio y la olla era calentada por el aliento de nueve mujeres. Gwion, el pequeño Gwion, era el encargado de revolver el puchero. Ya por el final del año, tres gotas le salpicaron el dedo. Él se lo llevo hasta la boca e inmediatamente fue sabio. Gracias a tal condición pudo entender que Cerridwen pretendía matarlo al terminar su trabajo. Entonces salió corriendo. La bruja lo persiguió, pero Gwion había adquirido poderes mágicos y se convirtió en liebre. Cerridwen tomó entonces forma de perro. Él se metió en un río; ella se volvió pez. Él voló como una paloma; ella se transformo en halcón. Él tomo la forma de un grano de trigo y se ocultó en un granero. Cerridwen se hizo gallina y se lo comió. Cuando volvió a su forma usual de mujer notó que estaba embarazada. Nueve meses después dio a luz al propio Gwion. No pudo matarlo porque era muy hermoso. Al final lo abandonó flotando en el mar, envuelto en unos cueros. Bueno, esta que ven aquí es la misma olla, o acaso otra parecida.

—Quien vio una cacerola, las vio todas —dijo Allen.

Mientras Boceto seguía embalado.

—Recordar Medea, recordar a Esón. Episodio de las hijas de Pelias. Castillo giratorio. No confundir con caldero que resucitaba soldados. ¿O era el mismo?

La mezcla empezó a soltar vapor oloroso.

—Respiren hondo —murmuró el anciano—, es *awen*, el humo de la inspiración.

Manuel Mandeb llenó sus pulmones y recitó:

—La diosa no escribe
Pero susurra
Escondida en el corazón del poeta.
El poeta esta hechizado
Pero será libre
Al terminar su juventud.

El hombre alto siguió con sus borradores.

—Recordar las emanaciones de Delfos. Plantas Inspiradoras. Las bellotas, la acacia, el membrillo, la nuez. Viento del norte. Los robledales, Sangre de toro. Miel. Eléboro. Laurel. La paloma negra.

Jorge Allen se subió al borde de la olla hirviente y haciendo visajes de volatinero cantó:

—*La diosa es la mujer amada*,

Sólo ella conoce la rima.
Ven, tú, que eres tantas
A contarme el final del poema.

—El monte Helicón. El silbido que desata los vientos. La zarza ardiente. Las doncellas cantoras de Colerdige. La reina de Elfland. Las tres damas que vienen de Oriente:

El viejo Ferenzky metió un dedo en el caldero, se quemó, gritó y finalmente entre risas y toses declamó este poema:

—*Así me gusta paisano*:

Que abra la boca y no grite
Y le retumbe el upite
Como tormenta 'e verano.

Silvano Mansilla pensó que era su turno y enrojecido de vergüenza se atrevió a pronunciar un nombre:

—*Bella Poniatowsky…*

El hombre alto anunció:

—Mirar fondo del caldero. Verán el pasado, el futuro, etcétera.

Los amigos se asomaron y observaron el caldo durante un largo rato. Cada uno empezó a percibir cosas diferentes.

—Estoy viendo mi infancia —gritó Ferenzky—. Miren, miren, ese soy yo, el que juega con un palo.

—No veo nada —dijo Mandeb.

—Allá, se distingue claramente… Pero… Un momento… ¡Estoy en el Partenón! ¡Y yo no conocí Atenas hasta los treinta años! ¿Qué es lo que esta pasando aquí?

Ferenzky encaró con enojo al hombre de la tarima:

—Maestro, estas alucinaciones están completamente equivocadas.

—Yo veo el pasado. —Gritó Mandeb—, pero es un pasado muy cercano.

El señor Ferenzky está diciendo que conoció Atenas a los treinta años. Allen, sin mirar el caldero murmuró:

—Yo veo el futuro, pero un futuro muy lejano. Casi todos los soles se han apagado. Las estrellas se han alejado tanto unas de otras que es como si el cielo estuviera desierto.

Mansilla hizo su aporte:

—Yo veo el presente. Estamos todos aquí en Chiclana, asomándonos a una olla.

Boceto les pidió concentración:

—Enfatizo episodio siguiente. Belleza explica el mundo. Dolor paga placer. Efímero pero gozoso, etcétera. Veremos mujer más hermosa.

Ferenzky se emocionó.

—Esto es lo que hemos venido a buscar. Se viene el fin del mundo pero ninguna profecía es fatal para el poeta. Siempre puede escribirse otro verso distinto al que habíamos pensado. Pero debe ser un verso superior. Yo sé que hay una mujer tan hermosa que puede salvar al mundo de su aniquilación.

—Bella Poniatowsky —gritó el mozo.

Una figura de mujer apareció en el fondo del caldero, o quizás en la imaginación de los amigos. Las descripciones posteriores fueron discrepantes. Pero el carácter interpretativo de su hermosura ya había sido anunciado por Boceto:

—Es pálida pero trigueña. Ojos claros pero negros. Rubia pero morena. Callada pero locuaz. Ideal banal: cada uno la ve como quiere.

La mujer del caldero se hizo más nítida y sus acciones más precisas. Todos la vieron acercarse desde el fondo de una calle, menos Mandeb, que la veía desde atrás.

Un sol radiante iluminaba y el caldero empezó a brillar. La aparición era silenciosa pero todos supieron que la mujer era sobrevolada por bandadas de pájaros cantores. Después, en una esquina, cayeron redondos a su paso todos los poetas del mundo. Un ejército de seductores empezó a seguirla y a decirle galanterías en las lenguas confundidas de la torre de Babel. Ella siguió adelante. Un hombre le salió al encuentro. Se hizo de noche y desaparecieron las muchedumbres. Los faroles se apagaron. A la luz de estrellas y luciérnagas ella lo besó.

—Soy yo —dijo Allen—. El tipo que la está besando soy yo.

Nadie estuvo de acuerdo. Podría ser cualquiera. Allen insistió.

—Tengo que ser yo. Si no soy ese hombre, no soy nadie.

—Quione, Artemis, Tetis, Medea, Aletea, Side (mujer de Orión), Hera, Lisipe, Ifianasa, e Ifinoe (las hijas de Preto), Afrodita, Ishtar, Ashtarté, Helena, Creirwy, Friné, Frigg. Todas son la misma.

—Les dije que nunca olvidarían esta noche —dijo Ferenzky—. Miren bien a esa mujer. Hay que encontrarla.

En el caldero la mujer empezó a desnudarse, pero antes de revelarse enteramente pinchó una burbuja del caldo con sus uñas y desapareció.

—¿Qué sucede? —gritó Ferenzky indignado—. ¡Queremos seguir viendo!

—Función terminada. Retirada general. Nombrar demonios con propósito intimidatorio. Azazel, Belial, Lucifer, Baal, Mefistófeles, Astaroth, Belcebú, Belfegor, Asmodeo, Luzbel, Fósforo, Abadon, Mamón, Leviatan, Samuel y todos esos pelotudos.

—¿Cómo se llama esa mujer? —gritó Jorge Allen mientras avanzaba hacia la tarima.

En ese momento aparecieron unos Brujos subalternos pero fornidos que a patadas y empellones condujeron a los visitantes hasta la salida. Cuando pisaron la calle, todavía podían oír la voz de Boceto:

—Amenazas triviales. Rajen de aquí. Váyanse manga de atorrantes, etcétera. Idea central: expulsión del que recibió un don inmerecido.

Ferenzky, Mandeb, Allen y Mansilla corrieron en dirección a la avenida Jujuy. Algo rezagado, el alquimista tosía y reía.

—¡Esperen, esperen!… ¿Qué les dije? Ella puede detener el fin del mundo.
—Corramos… Ella es el fin del mundo.

Capítulo 23

Las cenizas de Bugallo

El ruso Salzman, en tiempos de decadencia profesional, solía levantar quiniela en el bar Quitapenas. La principal característica de este café era el aburrimiento. Su clientela estaba integrada por señores mayores, taciturnos, mezquinos, que encontraban cierta serenidad en la repetición de acciones. No había vínculos de amistad entre ellos. Ni siquiera compartían una diversión o un vicio: los unía un horario, un hábito banal. A pesar de estas frialdades, existía la costumbre de conversar de mesa a mesa. A nadie le importaba mucho lo que se decía, más bien se trataba de ir construyendo un discurso hecho de entonaciones que hacían sospechar alguna clase de significado: a una enunciación sucedía una queja enfática. Después venía una risa burlona que indicaba que el mundo era una insensatez y que los parroquianos del Quitapenas lo habían descubierto. La charla solía rubricarse con un filosófico *es al pedo*, inciso taoísta que parecía propugnar la inacción como respuesta beligerante.

Salzman odiaba aquella gente, acaso porque le hacía notar que sus propios actos eran ~~como los vapores oraculares~~ insignificantes, tan luego él, que había soñado vivir todas las vidas.

Entre tanta multitud sobresalía Bugallo, un italiano jubilado del ferrocarril. Casi nadie le prestaba atención. Hablaba poco: se limitaba a mover la cabeza enfatizando los decires ajenos. A veces, se animaba a comenzar una frase, pero nunca la terminaba.

—Hay que tener cuidado porque si no…

Bugallo había nacido en Lucca y su sueño era regresar al pueblo antes de morir. Esto se fue sabiendo de a poco, tal vez en el transcurso de un año.

Salzman solía sentarse con aquel hombre solo para divertirse con las frases truncas, las cuales acostumbraba a provocar y aún a contabilizar. Bugallo interpretó aquella proximidad como una señal amistosa y se atrevió a entrar cuidadosamente en terrenos confidenciales:

—A mi me gustaría mucho volver a Lucca pero…

Salzman, que era optimista con los destinos ajenos, le juraba que la vida es simétrica, que las citas se cumplen, que los círculos se cierran, que uno muere después de decirlo todo. Bugallo aceptaba aquellos juicios, no sin un vislumbre de discrepancia.

—Usted tiene razón, pero a veces…

Una noche de invierno Bugallo le contó a Salzman que estaba gravemente enfermo. El médico le daba pocos meses de vida. Ya no volvería jamás a Lucca.

No sabiendo que decir, Salzman apeló al repertorio de entonaciones y lanzó un chistido resoplante que denotaba la finitud de la especia humana. Entonces Bugallo le tomó la muñeca y lo miró a los ojos.

—Tengo que pedirle algo que para mí…

—Pídame lo que quiera —dijo Salzman, que estaba desesperado por terminar aquella conversación.

—Cuando muera quiero ser cremado. Y quiero que mis cenizas sean desparramadas en mi pueblo para que… Usted será mi heredero… Recibirá una plata. Yo calculo como… Pero también recibirá mis cenizas… Lo único que tiene que hacer es ir a Lucca y…

Salzman vio el futuro. Percibió su padecimiento en horrorosos trámites judiciales. Captó cada detalle: un insuficiente dinero, la firma de unos compromisos, la presencia obscena de las cenizas de Bugallo a los pies de su cama, la burla de sus amistades. Cuando abandonó su estado oracular, ya le había prometido a aquel hombre cumplir con su voluntad de moribundo.

Capítulo 24

El curita Moreau

El padre Moreau caminaba en la madrugada por los oscuros pasillos del colegio de las carmelitas de Santa Ana. El joven era muy supersticioso y tenía miedo de irse al infierno. Los años durísimos pasados en el seminario le habían echo concebir la idea de una justicia divina parecida a la que ejercían sus crueles maestros: el mundo era un engañoso bosque de tentaciones y trampas destinadas a capturar a los pecadores pero también a los incautos, negligentes, perezosos o desafortunados. No bastaba con ser bueno. Dios había establecido ~~un efecto~~ reglas que la razón no siempre comprendía, tal vez para que la salvación fuera un asunto engorroso, impreciso, caprichoso y frágil.

Moreau trataba de no pensar. Nombrar nuestras pasiones o integrarlas en un discurso era construir culpa. Para él, el pecado no existía hasta que uno no lo ponía en palabras, como si los hechos fueran sólo un producto del lenguaje. La crueldad o la lujuria podían disimularse entre la danza indescifrable de las partículas del universo. Sólo adquirían verdadera entidad cuando una frase las fijaba, las resumía o las subrayaba.

Por eso, su mente se había adiestrado en apagarse ni bien aparecían las cosas, antes de que se convirtieran en hechos. Su cabeza estaba llena de sustantivos pero no de oraciones. Ante el peligro, su conciencia saltaba por la ventana y escapaba hacia territorios de fe.

Durante su adolescencia le resultaba muy cómodo refugiarse en la plegaria. Ahora no podía hacerlo. El padre Moreau se olvidaba de los rezos. Confundía el Credo con el Gloria o con el Ave María. Esto le producía terrores adicionales, ya que recordaba las astucias de la Inquisición, que reconocía a los brujos y agentes del diablo porque no podían rezar el padrenuestro sin equivocarse. También sabía que cuando los sospechosos oraban sin errores, el Santo Oficio conjeturaba que era porque habían recibido ayuda de los demonios a quienes servían.

La llama de la vela temblaba con los vientos traicioneros de los corredores. Moreau se persignaba y después, para tranquilizarse, contaba sus propios pasos dándole a la sucesión de números naturales el valor de una jaculatoria.

Moreau era laborioso y tenaz. Con grandes dificultades había conseguido que lo nombraran encargado interino de aquel colegio de monjas en las afueras de Marsella. Era un destino de mala

muerte. Allí estudiaban unas niñas grises que llegaban a las siete de la mañana y se marchaban a las tres de la tarde. Resultaba muy difícil progresar en aquel foro.

La tercera parte del edificio estaba en ruinas por una bomba que había estallado en 1912. A nadie se le había ocurrido reconstruirlo, tal vez porque aquellos escombros conmemoraban un hecho prodigioso ocurrido el día anterior a la explosión.

Según cuentan, el Cristo de la capilla amaneció con lágrimas de sangre inundando sus ojos y sus mejillas. Hubo un cierto revuelo porque examinada por unos médicos, la sangre resultó ser verdadera.

Pero la mayor conmoción ocurrió al día siguiente cuando el colegio voló por los aires. Entonces todos entendieron que el llanto del Cristo tenía una causa y que la causa era posterior al efecto. En verdad, los milagros eran dos…

Moreau avanzaba a pasos cortos. Casi todas las noches cumplía con el mismo recorrido. Según la madre superiora, las monjas habían visto a un hombre misterioso rondando por los claustros. El curita prometió vigilar y tranquilizó a la anciana diciéndole que era imposible atravesar tantas rejas y candados.

Pronto llegó hasta el ala donde dormían las monjas, que eran también el único cuerpo docente del colegio Santa Ana. Las modestas habitaciones no estaban lejos del sector ruinoso. Se detuvo un instante frente a la puerta de Hortensia, una monjita joven, profesora de Botánica, con la que solía conversar. A veces le escuchaba en confesión. Ella, tal vez para escandalizarlo, le hablaba de sus malos pensamientos. Al parecer la invadían a cada rato, aun durante los momentos más sagrados de la liturgia.

Hortensia no era una monja por propia voluntad ni por vocación, sino más bien por odio a su familia. Eligió una vida desdichada para poder culpar de ella a los demás. El curita tal vez la deseaba, pero era difícil para el saberlo con certeza.

Le pareció oír un ruido en el interior del cuarto. Se imaginó a la jovencita moviéndose en su cama. Casi llegó a pensar en su improbable desnudez, pero se detuvo al borde del abismo. Siguió a paso de hormiga caminando y rezando mal. Entró a la capilla apenas iluminada por dos o tres cirios mezquinos. Miró al altar con temor.

El Cristo de las lágrimas era muy antiguo. Su gran tamaño resultaba incongruente con la cruz que lo atormentaba, demasiado pequeña y endeble, tal vez reemplazada de apuro ante alguna emergencia.

Moreau se arrodilló y murmuró una plegaria muy interrumpida por relámpagos de Hortensia. En el más intenso, ella le tomó la mano. Cuando ya empezaba a acercarla a su boca, el cura siguió la oración a los gritos. Después caminó hasta el altar, lleno de culpa y de temor. Vio entonces que los ojos de Cristo estaban llenos de sangre.

Cuando la madre superiora vio las lágrimas del Cristo de la capilla de Santa Ana, dispuso que una vez más se analizara su composición. Los técnicos de un laboratorio de Marsella aseguraron que se trataba de sangre humana. Las monjas resolvieron ser discretas. No informaron nada y mandaron a las alumnas a sus casas. Sin embargo, la noticia corrió velozmente. Llegó un obispo de París y tras él, los periodistas. El curita Moreau les dijo a los redactores de una revista católica que había que ser cauto respecto de los milagros, pero que no era necesario ser muy agudo para advertir que el Cristo lloraba por las víctimas de la guerra, o por los pobres de la región, o por la maldad de la raza humana.

El caso despertó el interés de mucha gente y la capilla del colegio fue visitada por infinidad de curiosos. Hubo también quienes anotaron a sus hijas en aquel colegio, calculando las ventajas de

estudiar en claustros milagrosos.

El curita Moreau se encargó de divulgar lo que había ocurrido. Lo hacía con fingida indiferencia, en un estilo casi policial. Sin embargo, a veces, su entusiasmo le dictaba un relámpago y un trueno que enfatizaban la historia en el momento más dramático.

La noticia se conoció en todo el mundo. El curita gestionó ante las autoridades del Vaticano el reconocimiento oficial de que un milagro se había producido. Su nombre resonó en las altas jerarquías de la Iglesia y muy pronto lo confirmaron en su cargo interino.

El padre Moreau decía que su fe se había fortalecido después de aquellos sucesos. Tal vez no era así y apenas si estaba poseído por una soberbia optimista: bastaba desear para conseguir, creer para confirmar, proyectar para realizar. El resultado de esta clase de superstición es casi siempre un descuido general, una audacia irresponsable, la falsa convicción de ser genial.

El Cristo volvió a llorar dos o tres veces más. Por las dudas, la madre superiora resolvió cerrar la capilla bajo llave durante la noche.

Las visitas de Moreau a Hortensia se hicieron más frecuentes. El curita le llevaba libros piadosos o textos de botánica. Ella se sentía en deuda y decidió, no sin malicia, demostrarle su confianza contándole sus emociones y deseos más secretos.

Moreau interpretó aquellas confidencias como un coqueteo o quizás como una provocación. Al mismo tiempo se encendieron en su alma dos fuegos voraces: el amor y el miedo.

Trató de ocultar su lujuria bajo gruesas cortinas de oraciones incompletas. A la noche soñaba que estaba en el infierno, ardiendo, bebiendo lágrimas o recibiendo los azotes de Satán. Pero, a espaldas de su propio escándalo, iba acercándose a su presa con patéticas maniobras de cazador inexperto.

Cada día se ponía más inquisidor. Cuando descubría alguna falta por mínima que fuese, la enfatizaba con una especie de dolorosa indignación. Tal vez calculaba que si lograba convencer a Hortensia de que ya había caído en el abismo, ella accedería más fácilmente a cometer pecados nuevos.

Una tarde, la muchacha se quebró y confesó que estaba enamorada de un hombre. Alcanzó a decir, entre sollozos, que muchas veces pensaba en dejar los hábitos para escaparse con su amado.

Moreau no tardó en razonar que ese hombre era él.

Al día siguiente, cuando ella estaba leyendo en voz alta una oración en latín, trató de besarla y la tocó con manos desorientadas mientras le declaraba su amor. Hortensia lo rechazó, y con una voz aguda que no parecía propia, recitó los deberes que ambos tenían con la santa religión.

Moreau salió corriendo para huir de la vergüenza. Pero después eligió pensar que aquel rechazo no era más que un trámite indispensable en la seducción de una monja.

7 ♠

Capítulo 25

El hombre de la cornisa II

El ruso Salzman llegó a la esquina de Artigas y Avellaneda y avanzó con fastidio entre los curiosos que miraban al hombre de la cornisa. Ya hacía tres días que el suicida calvo permanecía en las alturas y los vecinos del barrio se instalaban allí cada vez que tenían un rato libre. Salzman no estaba interesado en aquel asunto y lamentó no haber tomado otro camino. Justo en la ochava, unas señoras que habían sido sus clientas cuando levantaba quiniela se le colgaron del cuello.

—Menos mal que vino, señor Salzman.

—Usted va a hablarle. ¿No es cierto?

El ruso trató de liberarse.

—Oh, no, señora. Yo pasaba por pura casualidad.

—Venga Salzman… Lo estábamos esperando. Usted es muy persuasivo. Hágale entender a este hombre que la vida es maravillosa. Además yo vivo aquí, en el edificio y le juro que estamos cansados de todo este amontonamiento.

—Usted no se acuerda de mí —dijo otra señora aferrándole las muñecas—, una tarde estuvimos conversando. Yo estaba enyesada… Usted me aconsejó que le jugara al 56 y yo no le hice caso. Bueno, de todos modos salió el 39. A veces parece que el juego no tuviera ningún sentido.

Se acercaron otras viejas del edificio que lo confundieron con Jorge Allen e iniciaron una conversación acerca de la rapidez con que las muchachas del barrio aceptaban lances venéreos con cualquiera.

—Voy a subir —dijo Salzman. Al rato, sin saber cómo había llegado hasta allí, se vio a si mismo asomado a una ventana, a dos metros escasos del hombre de la cornisa.

—Buenas tardes —dijo.

El suicida lo miró con extrañeza.

—Si viene a decirme que no me tire, le garanto que ya estoy harto de oírlo.

Salzman no dijo nada.

—¿Quiere saber por qué hago esto? ¿Cree que estoy loco?… Pues no. ¿Dígame, cuantos años cree que tengo?

Salzman hizo un gesto de negación.

—Cuarenta y tres. Soy soltero, no tengo familiares, no tengo dinero, no tengo casa, no tengo trabajo. Usted dirá: al menos es libre… Pero no. La semana pasada fui al médico… Oh, es horrible. Para no hacerle perder el tiempo: me diagnosticó una enfermedad incurable que ahora no puedo recordar.

El suicida empezó a buscar una receta en sus bolsillos. Abajo, la muchedumbre creyó que se disponía a arrojarse. Hubo un murmullo de emoción. El suicida hizo un gesto tranquilizador. Luego se volvió hacia Salzman.

—Dos meses me quedan. Ahora no me duele nada pero el médico me anticipó que iba a sufrir mucho. ¿Para que vivir dos meses de porquerías? ¿Para volverme loco con los dolores? No, señor. Me tiro ahora y ya está. Le digo más: me parece que me está empezando a doler. ¿Usted cree que tengo alguna razón para seguir viviendo?

Salzman no contestó. El pelado dio un paseito frente al abismo. Luego se volvió a Salzman.

—La verdad es que si yo fuera otro no me suicidaría. Pero nadie es otro. Las personas que yo conozco también desean salir de sí mismo pero no lo logran. La única forma de no ser quien uno es, es saltar al vacío, mi querido amigo. ¿El amor? ¿La riqueza? ¿El poder? ¿La sabiduría? Son cosas de otros y nadie es otro. Entonces dígame si no hago bien en matarme. Le juro, si estuviera sano me tiraba con más razón.

Salzman se asomó un poco al vació ~~alucinatorio~~. Abajo pensaron que el también quería matarse y gritaron de miedo. Pero el ruso volvió a la ventana y se despidió.

—Hasta luego.

El pelado lo detuvo.

—No se vaya todavía. Debo pedirle algo. Usted parece ser una persona comprensiva. ¿Cuál es su nombre? Yo me llamo Luis, Luis Cúneo.

—Salzman.

—Escúcheme, Salzman: le voy a anotar una dirección…

El suicida tardó largos minutos en buscar papel y lápiz. No tenía ninguna de las dos cosas. A Salzman cada segundo se le hacía insoportable. Necesitaba irse de allí. Juró que recordaría cualquier dirección por complicada que fuera.

—Morón 4065, al fondo. Allí vive la señora Julia C. de Barraza, mi maestra de quinto. La única persona que tuvo fe en mí. Ella creía que yo iba a llegar lejos. Hágame el favor, dígale… Bueno, en fin, estoy seguro de que usted sabrá que decirle. Visítela en mi nombre, eso es todo. Y ahora si me permite…

Salzman volvió a la calle. Las viejas lo apretujaron.

—¿Y? ¿Se tira o no se tira?

Salzman no dijo nada.

Capítulo 26

Sueña Salzman

Algunas noches Bugallo, asistía al cabaret Satori. Salzman lo veía cada vez peor. Para animarlo a continuar con su vida solía saludarlo con frases optimistas que no surtían el menor efecto.

—~~Vemos poco~~ Lo veo bien Bugallo.

—Bien jodido. Le juro que…

Cada vez que se despedían, el italiano se encargaba de recordar a Salzman su compromiso.

—Y no se me olvide, Salzman, de…

El ruso intentó en una ocasión disolver el acuerdo.

—Vea Bugallo, respecto de aquel asunto de las cenizas… Yo estoy muy agradecido por su confianza, pero no creo ser la persona más adecuada para desparramarlo a usted por la ciudad de Lucca.

El anciano ferroviario se levantó furioso.

—¿Pero usted cree que yo?… Una promesa que se le hace a un moribundo es como… Me extraña mucho, Salzman, que a usted, un hombre tan honesto, se deje llevar por… No, no. A mi nadie me…

Salzman no soportó más. Golpeó la mesa con el puño, renovó sus juramentos y se fue. Aquella noche se apostó muy fuerte en la timba del sueño del ruso Salzman. El tallador se presentó solo en la mesa.

—Ya que le gustan los juegos conocidos, prepárese para un truco.

Con banal despliegue de prestímano, el Tallador barajó unos naipes que parecían de oro. Luego le cedió el mazo a Salzman.

—Reparta usted.

Cuando examinó sus cartas, Salzman notó que no tenían dibujo alguno. Sin embargo, como un espejo, pudo ver en ellas su cara y entonces le pareció que comprendía las reglas.

El Tallador jugó una baraja cualquiera. Al instante empezó a llover. Natalia Liberman se paró junto a Salzman, desconsolada. Casi no podía oírse su voz de flauta entre tantos truenos y refucilos.

—Ya no te quiero, ruso. No pidas explicaciones. Es cierto que sufrí tus engaños, tus mentiras, tu desinterés, pero no es por eso. Una no deja de querer como quien imparte justicia.

Natalia empezó a irse para siempre, pero interrumpió el procedimiento y regresó para enfatizar.

—Todos tenemos nuestros defectos, ruso. Eso puedo entenderlo. Pero no es el desacierto el que mata el deseo, es la saciedad. Si hubieras hecho todo lo que te pedí, tal vez te hubiera dejado antes. Ningún amor termina bien.

Natalia Liberman inició una segunda retirada. A los pocos pasos se detuvo a preguntar.

—¿No tenés nada que decirme?

Salzman volvió a mirar sus cartas. Tenía juego como para matar pero resolvió dejar pasar aquella baza y se descartó de la menos valiosa de sus barajas. Una morocha pasó a su lado y le sonrió.

El tallador cumplió su turno volando bajito. A Salzman empezó a dolerle la cabeza.

Mató fácilmente silbando el delicioso tango «El apache argentino».

—Truco —dijo el ruso desafiante.

—Quiero.

El ruso puso sobre la mesa su última carta, la mejor que tenía. Peló un caramelo, volvió a sentarse sobre las rodillas de su madre y esperó.

—Quiero retruco —dijo el Tallador.

Salzman miró a su madre como consultando. Ella le dio un beso.

—Quiero.

El Tallador, implacable, hizo su jugada. Y apareció el presente, la verdad, el desengaño, el despertar.

Capítulo 27

Una noche en la niebla

Jorge Allen estaba cenando con sus compañeros de oficina. Era horrible. La angustia le impedía seguir las conversaciones. A veces, todos reían sin que él supiera por qué. Sin embargo, se había resignado a acompañar las carcajadas con la mayor obediencia. Un gerente cualquiera propuso un brindis. Allen buscó su copa pero no pudo encontrarla porque ya estaba solo, mucho más tarde, en Flores, avanzando a través de la niebla.

Iba tanteando la pared con la mano derecha. Los dedos se raspaban con los revoques gruesos o se pinchaban con los alambrados y las ligustrinas. Cada tanto oía gritos o suspiros o disparos. En Carrasco y Aranguren pudo percibir en la lejanía las mecánicas consignas de los Destructores.

—Violencia, violencia… Aniquilación.

Una llama petisita le pasó entre las piernas.

—¡Fuera! —gritó Allen, que odiaba a los perros ardientes.

En la esquina siguiente se llevó por delante una sombra de mujer.

—Llega tarde —dijo ella.

—Me confunde con otra persona.

—No. Quien quiera usted sea, llega tarde.

—De eso puede estar segura. Llegar es llegar tarde. Lamento tener que hacer esta pregunta, pero no quiero halagarla en vano: ¿Estoy ante una mujer hermosa?

—Podría decirle que sí. ¿Y usted como es?

—Como usted quiera.

La sombra lo besó intensamente. Allen eligió creer que se trataba de la mujer más bella del mundo. Mientras la acariciaba tiernamente, le dijo:

—Cuéntame algo de mí…

Ella le habló al oído.

—Usted es el que esperé siempre, el que jamás me va a decepcionar.

—Que suerte que no hay estrellas —dijo Allen desabrochándole la blusa—. Son como un público indiferente que no festeja ninguna ocurrencia. Yo, en las noches claras, sobreactúo.

—A mí me molesta la lluvia. Distrae a los amantes ~~y lo poco que vemos~~ y convierte la furia del

deseo en sentimentalismo.

Se fueron arrastrando hasta un umbral y allí se besaron y acaso se amaron durante un largo rato.

—Júreme que siempre estaremos juntos.

—Se lo juro. Debo irme.

Se separaron por un momento. Una tercera sombra tomó a la mujer por la cintura y le susurró:

—Dígame que me ama.

—¿Todavía no se lo dije?

Las sombras se alejaron. Jorge Allen se quedó solo en el umbral. Por un momento sintió algo parecido al dolor del abandono. Después la mente se le oscureció. Se oyeron unos gritos de terror.

—¡Es la Mascara! Huyamos…

Una voz grave se instaló frente a Jorge Allen.

—Danzan en el castillo de mi cuerpo
Jaurías de pensamientos zainos.
Llevo en el país de los anillos de oro
El querido alimentador de los lobos.
Dame ya la nieve de la cartera,
El fuego del mar, el bronce de las discordias.
O sino limpia de nubes el refugio del alma.
Descubre ante mí la casa del aliento.
Deja que las piedras de mi cara se paseen
Por los guardianes velados del deseo.

—Decídase… ¿Le doy mi dinero o me desnudo?

—Sosiega la espada de la boca, si no quieres ser avena de águilas.

—Usted es la Máscara.

—La manzana de tu pecho no te ha engañado,
Y ahora haz público lo privado.
Yo que soy el más vestido,
Propicio la desnudez a punta de hacha.

—¿Para qué quiere que me desnude? La niebla es tan cerrada que no podrá verme.

—Sabré que estás ahí. Descúbrete o muere.

—¿Usted está realmente vestido?

—Vestido y revestido. Llevo mil antifaces.

—¿Por qué quiere ocultarse?

—Nada oculto
Solo tapo la mentira de mis entrañas
Con la verdad de mis caretas.
Mi alma esta afuera.
Por dentro soy solo fingimiento.

Jorge Allen se desnudó enteramente.

—Ya está —dijo con voz avergonzada.

—No puedo verte, pero ya soy mi deseo. Mezcla sabia de lo que es y lo que no es. De lo que está y de lo que se ha ido. Ah… Las delicias presentes encienden a las ausentes. Ese es el secreto.

La Máscara lanzó una carcajada y se fue. Jorge Allen tanteó el piso buscando sus ropas. Solo pudo encontrar una media en la oscuridad de su barrio y de su mente. Una sombra familiar le acarició el pecho.

—Oh… Vuelva a decirme esas palabras.

—¿Que palabras?

—Lo que me dijo recién mientras saciaba su lujuria y la mía.

—No recuerdo… Creo que lo de siempre… Tal vez… El que nada en la abundancia suele ahogarse en tormentas de culpa.

—No era eso, pero hizo bien en decírmelo ahora. ¿Qué le parece si volvemos a vestirnos?

—No encuentro mi ropa.

—Hay tantos árboles.

—No importa, en la niebla son todos el mismo.

Jorge Allen y la sombra tocaron los plátanos de la calle Carrasco. La mujer encontró finalmente una cuarta sombra envuelta en un abrigo.

—Oh, mi amor, ya se vistió. Bésame otra vez.

Allen se quedó solo y poco a poco fue recobrando sus prendas. Se estaba poniendo el último zapato cuando oyó el estrépito de los vándalos de traje gris que marchaban a paso redoblado escupiendo gritos de guerra.

—Destrucción… ¡Destrucción!

Enajenados de furia, los hombres calvos pisotearon las flores del jardín del escribano Saccone. También arrancaron yuyos y ortigas de mala muerte y rompieron algunos vidrios. La oscuridad salvó unos enanos de terracota que el escribano había congregado en un rincón.

—¡La belleza debe morir!

—¡Que el cielo no lo permita! —gritó Jorge Allen desde la vereda de enfrente.

Se oyeron ladridos feroces y el fuego rasante indicó la presencia de una jauría en llamas. Desde el interior de las casas salieron perros apagados que se les unieron y se frotaron contra ellos para encenderse.

Los Destructores corrieron hacia la avenida Avellaneda. Allen camino unos metros pegado a la pared. Oyó pasos. Un dedo le rozó la boca.

—No me diga nada —susurró alguien—, no arruine esta noche con la banalidad de la burocracia amorosa.

—Se es banal o se es impertinente. Yo prefiero lo segundo: después del último rugido o aún cabalgando sobre usted, decir que los vientos del océano Pacífico soplan en una sola dirección y que los veleros jamás regresan.

—Eso no es del todo impertinente. Los buenos burgueses prefieren los incisos consagrados.

—Siempre creí que X hasta que hoy comprobé que, en realidad, Y.

—Todas fueron para mí Q, menos tú que eres mi P.

—Quisiera recorrer tu Z con mi Z’. Se amaron una vez más. Después se sentaron juntos a descansar en el cordón de la vereda. Cuando disipó la niebla el sol estaba alto y Jorge Allen estaba solo.

Capítulo 28

La refutación del milagro

El padre Moreau recorre los pasillos del colegio con su vela temblorosa. En las últimas semanas Hortensia ha vuelto a hablarle del hombre al que ama. El joven sacerdote sabe que ese hombre es él. Pero la monja habla de una persona corpulenta, cuenta episodios que Moreau no ha vivido, da a entender que su amante vive fuera del convento.

El curita calcula que estas contradicciones no son más que una última y frágil barrera que Hortensia coloca entre ellos antes de dar el paso que los conducirá a territorios de goce y condenación. Mientras Moreau camina en la oscuridad, un hombre y una mujer se aman furiosamente en la capilla.

Ambos están desnudos. El hombre ha insistido en encender una multitud de velas. Las llamas bailan con el viento y parecen siempre a punto de apagarse.

Ella, emergiendo de un beso abismal, acaricia el pelo de su amante, como en un pequeño oasis de ternura.

—¿Es necesario el sacrilegio?

—Es indispensable.

La mujer comienza a rezar y a murmurar frases de arrepentimiento. El hombre se enfurece ante aquellas palabras y redobla su malevolencia y su lujuria. La persigue entre los bancos de madera hasta que la arrincona en un confesionario. Parece sentir más placer cuanto más evidente resulta la profanación. Ella lo abraza y trata de tranquilizarlo.

—Te amo. Sácame de aquí. Ya no quiero ser monja. Iré contigo a donde quieras.

—Pronto nos iremos y entonces sabrás lo que es vivir fuera de este antro. ¡Esta es la verdadera maldad! ¿Por qué nos dan tanto miedo estas oscuras estatuas de santos? ¡Porque son malos! Yo te llevaré a un mundo de luz, de belleza, de pensamiento y de goce, lejos de estas rejas de mierda…

El curita llega a la capilla, ve la puerta abierta y los cirios encendidos. Andando en cuatro paras alcanza a ocultarse entre los bancos, se pone a espiar y ve todo lo que está sucediendo.

La muchacha se arrodilla justo frente al escondite de Moreau.

—Estamos en pecado mortal y tus palabras son peores que nuestros besos. Vamos a ir directamente al infierno.

—¡Volvió la monja! Recién no pensabas lo mismo.

El hombre mira de pronto al Cristo de la capilla. Toma a la muchacha de la mano y la obliga a pasear desnuda ante el altar.

—Me parece que mañana habrá otro milagro.

Un espasmo de risa lo hace caer al suelo. Luego, enloquecido, se hace un tajo con su navaja sevillana, se moja los dedos con su propia sangre y trepa en calzoncillos hasta la cimera de la cruz. Allí embadurna los ojos y las mejillas de la imagen y baja a las risotadas.

—Parece que lloraste sangre otra vez… ¡Milagro! ¡Milagro!

Moreau sale de su escondite y camina hacia el altar con pasos cortos y rápidos.

—¡Sacrilegio! ¡Sacrilegio!

La monja se viste y solloza llena de vergüenza.

—¡Sacrilegio! ¡Sacrilegio! —sigue gritando el cura con los ojos muy abiertos.

—Creo que tiene razón, padre. Si esto no es un sacrilegio, la religión está perdida.

Moreau se planta frente al hombre. No le llega ni a los hombros.

—Usted pagará por sus iniquidades. En esta vida o en la otra, se lo juro.

—Es posible.

—Y tu… Hortensia… Ya estás en el infierno. Pensar que creí que…

—Usted creyó que podía abusar de mí, padre. Su pecado es tan grave como el nuestro.

—No lo creo —objeta el curita—, haré que los castiguen a los dos por esta profanación.

—Váyase a la mierda —contesta el hombre—, usted es un imbécil.

La monja corre hasta su amante y lo abraza.

—¿Me llevarás contigo?

—Si. Vámonos de aquí.

El hombre empieza a ponerse los pantalones. Moreau, llorando de rabia, lanza una última amenaza.

—No olvidaré su cara.

—Ya que está, recuerde mi nombre ~~es dudoso~~: me llamo Marcel Artola.

Los amantes corren tomados de la mano, llegan al jardín, ganan la calle y no vuelven nunca más al colegio de las carmelitas de Santa Ana.

A la mañana siguiente, la madre superiora informó a Moreau que el Cristo había vuelto a llorar, que la capilla estaba abierta y que la monja Hortensia había desaparecido. El padre la miró fijamente y dijo:

—Es la voluntad de Dios.

3♣

Capítulo 29

Artola, Hortensia y Lustig

En 1917, el misionero británico William Pakenham-Walsh, que vivía en China, leyó una biografía acerca de Ana Bolena y concibió la idea de comunicarse con el fantasma de su esposo el rey Enrique VIII, quien la había mandado a decapitar en 1506 por adúltera.

El propósito del misionero era lograr el arrepentimiento de Enrique y perdonarlo post mortem.

Pakenham consultó a miss Clegg, una médium que lo acompaño a lo largo de muchísimas sesiones de espiritismo. Durante años se registraron infinidad de manifestaciones, pero ninguna de ellas tenía nada que ver con Enrique VIII y sus esposas.

En una oportunidad, se pareció ante sus ojos un espectro canoso al que Pakenham resolvió reconocer como el padre de Ana Bolena. El espíritu se entretuvo en describir a su hija y declaró que era más bien regordeta y que tenía manos muy hermosas. El misionero comprendió que estaba frente a un espíritu impostor, ya que, como erudito, sabía que Ana no podía tener manos bellas: en una de ellas tenía seis dedos.

El espíritu, antes de esfumarse, intentó la siguiente disculpa: dijo que en vida se había dedicado a la impostura, y que en la muerte no podía evitar esa condición y estaba condenado por la eternidad a presentarse como quien no era.

El refugio de Lustig en Marsella parecía una gomería pero era el taller de falsificación más perfecto del mundo.

Han pasado tantos años que ya no es posible establecer dónde estaba.

Para algunos era un viejo galpón cercano al puerto. Otros prefieren creer que estaba en las colinas, rodeado de solares desiertos. Allí, disimulados entre llantas y neumáticos inservibles, se hallaban aparatos únicos que habían costado fortunas.

No es seguro que Victor Lustig haya falsificado algo en aquellos años.

El periodista Gilbert Medoux, en su *Diccionario de delincuentes franceses*, hablaba de los recursos ilimitados de Marcel Artola y conjetura que únicamente podían provenir de una máquina de hacer dinero. Por otra parte, después de 1952, los delitos del pistolero fueron cada vez menos frecuentes y casi ninguno originó beneficios materiales de importancia.

Medoux sospecha que Artola había resuelto disimular su actividad de falsificador bajo una falsa

apariencia de asaltante y de mafioso.

La forma más adecuada de ocultar una carrera de falsificador —dice el diccionario— consiste en hacer duplicaciones perfectas. Por eso la ley prevé penas más severas cuanto mejores sean las falsificaciones.

Sus antiguos compañeros siempre negaron todo. Fieles a los códigos del hampa, juraban que Artola era un hombre de negocios capaz de defenderse cuando lo atacaban.

La leyenda recuerda unos billetes de cincuenta dólares tan buenos como los que había en los bancos. Los aceptaban en cualquier parte, no hacía falta perder el tiempo en complicadas cadenas de distribución clandestina.

Ya es demasiado tarde para conocer la verdad. Los que sabían algo se han muerto o han envejecido tanto que olvidaron todo.

Sin embargo, es seguro que Hortensia Lagos, liberada ya de las rejas del convento, vivía con lujo en un piso del boulevard Haussmann que Artola había comprado para ella. Cuando él estaba en París, Hortensia le enseñaba a bailar tangos y lo obligaba a adiestrarla en toda clase de asuntos oscuros. Ella deseaba prostituirse y disfrutar de placeres innombrables. Le pedía a su amante que la hiciera participar de sus orgías. Se hacía preparar las famosas tortas de luz de Alistair Crowley cuya receta incluía harina, miel, aceite de oliva y vino tinto, pero también ingredientes viles y repugnantes. Vestía de un modo indecoroso y se asomaba a las ventanas casi desnuda para que la vieran desde la calle. Tantos esfuerzos no alcanzaban para convertirla, como ella deseaba, en una mujer disoluta. Siempre había algo que la sujetaba a último momento. Siempre se detenía antes del abismo definitivo.

Una noche fueron invitados a una reunión organizada por un grupo de flagelómanos en el boulevard de los italianos. Se encontraron con una muchedumbre de pervertidos que bailaban semidesnudos y que se azotaban con varas de mimbre hasta que el culo se les enrojecía. Un señor les explicó que aquel cambio de color era precisamente lo que encendía su lujuria. Marcel y Hortensia se marcharon al trote cuando vieron ingresar a un contingente de mendigos y tullidos que, según se les dijo, serían el plato fuerte de la noche.

Mientras volvían a casa de Hortensia, Artola le contó que cuando él era niño, muchos flagelantes se sentían atraídos por la profesión de maestro, ya que les permitía ocultar ante los demás y ante ellos mismos su gusto por los escarmientos. Los castigos podían administrarse en un entorno profesional sin que nadie los condenara.

Más tarde, en la cama, ella le dijo, casi como un reproche, que al fin de cuentas él también tenía un límite.

Artola corrió hasta la cocina, regresó con un viejo cucharón de madera y empezó a azotarse con fuerza brutal mientras se reía como un loco.

—Quiero que nos casemos —gritó Hortensia.

—Artola la besó pero no contestó nada. Cuando ella se durmió, él se vistió y se fue sin hacer ruido.

Después de algunos años, Victor Lustig abandonó el taller de Marsella y ya nadie volvió a verlo. Algunos dicen que, antes de irse, imprimió toneladas de papel moneda que dejó en el galpón y que aseguraron para siempre la prosperidad de Artola.

El fiel Totó, que vivió un tiempo en ese lugar, solía quejarse de las pilas y pilas de dólares que ocupaban todo el espacio, atraían a las ratas y se volaban cuando el viento entraba por las ventanas

rotas.

Sin embargo, conviene desconfiar del testimonio de Totó. Es muy probable que aquella montaña de dinero falso no sea más que la metáfora de un recurso infinito. En la ciudad de Thiers se cuenta que Marcel Artola había comprado a Jean Marie Simón la fábrica Grimaud o tal vez había sobornado a los diseñadores para que incorporaran a los naipes Ducale unas señales inventadas por Lustig. Se trataba de unos pequeños puntos, invisibles para el ojo humano, pero nítidos para el que usara unos lentes específicos que sólo poseían los íntimos del pistolero. De este modo, todas las barajas de esa fábrica, que abastecía a caso todos los casinos de Francia, estaban marcadas para la gente de Artola desde que las imprimían. Miembros subalternos de la banda jugaban todos los días en centenares de mesas de punto y banca, baccarat, black jack, póquer y otros juegos donde resultara ventajoso conocer una carta por el lomo.

El señor Simón, sus descendientes y los actuales propietarios del Groupe France Cartes han desmentido mil veces estos rumores y hasta han cambiado los diseños para que nadie desconfíe de la imparcialidad de sus productos.

Una noche de verano, Marcel Artola jugaba al punto y banca en una mesa del casino de Montecarlo. Tal vez llevaba puestos los lentes que permitían conocer la carta de la boca.

En determinado momento se sentó frente a él un japonés. Al terminar una mano, el hombre miró al pistolero y le mostró tres cartas. Artola sabía que aquellas bajaras formaban la peor mano posible en el juego del oichokabu: el ocho, el nueve, el tres. O dicho en japonés clásico: ya-ku-za.

Una voz con acento le sopló al oído.

—Por favor, señor Artola, acompáñenos. Como usted comprenderá, le estamos apuntando con veinte pistolas. Venimos de parte del señor Saito. A matarlo, desde luego.

Artola saltó sobre la mesa de juego y empezó a guardarse fichas en los bolsillos. En un segundo, los guardias más pesados del casino cayeron sobre él y se lo levaron del salón entre patadas, golpes y empellones. Los japoneses, sorprendidos, tuvieron que marcharse sin cumplir las órdenes de su jefe.

El *Diccionario de delincuentes franceses* dice, sin dar muchos detalles, que Artola se escondió durante un año. La información no es exacta. La verdad es que estuvo viajando sin planes, siguiendo sólo caprichos del momento. Se sabe que anduvo por el norte de África, por Buenos Aires y que estuvo largos meses en Montevideo.

Hortensia permaneció todo ese tiempo sin verlo. Ni siquiera recibió cartas o llamados. Cuando se enteró de que había vuelto a su casa de Marsella, le mandó un telegrama.

Marcel Artola: ¿Dónde está tu deseo?

Hortensia.

Él no le contestó.

En diciembre de 1922, tres médiums de Londres: Eleanor Kelly, Frederick Bligh Bond y miss Hester Dowden se comunicaron con William Pakenham. Le prometieron conectarlo con el rey Enrique VII a través de la escritura automática, un método que transformaba al médium en una especie de amanuense del finado.

Se realizó la primera sesión en la casa de miss Dowden, en el barrio de Chelsea. Parece que el lápiz de esta señora bailó sobre un cuaderno y dejó escritas las siguientes palabras: Estoy aquí. Enrique.

El rey declaró su pesar por estar muerto. Se negó a creer que su hija Isabel había sido una gran reina. Los espíritus, como los personajes de los sueños, suelen andar atrasados en las noticias. Pakenham le pidió que se arrepintiera de sus crímenes y argumentó que en el Juicio Final de poco servían los privilegios de los reyes. El lápiz escribió:

Usted es un estúpido, un bribón de taberna que se divierte a mis expensas, porque estoy muerto. Me gustaría mandarlo a ejecutar.

Las reuniones continuaron durante largo tiempo. Cada vez que hacían contacto con Enrique VII, el monarca aparecía insultante, no deseaba salir de la oscuridad ni reivindicar a la figura de Ana Bolena, ni pedir ninguna clase de perdón.

Una tarde consiguieron reunir al espíritu del rey con los fantasmas de sus seis esposas, del ministro Wolsey y con el de su amigo Tomás Moro.

Los lápices levantaban polvareda. Pero también se oían voces extrañas y ruidos del más allá. Al terminar la sesión, los médiums informaron a Pakenham que Enrique VIII se había arrepentido públicamente. El canónigo, con gran emoción, perdonó a aquella alma en pena y dio por cerrado el episodio.

Más tarde, pagó a los espiritistas el alto precio que habían estipulado y se fue a su casa a escribir un libro sobre todos estos hechos. Lo publicó al cabo de unos años bajo el título. La historia de los Tudor. Casi nadie lo leyó.

Capítulo 30

El mago Leblanc

El mago Jean Leblanc ponía su vida en riesgo al menos una vez por semana. Es cierto que su profesión de ilusionista lo situaba con frecuencia ante la necesidad de sumergirse encadenado o de introducirse en canastos llenos de serpientes. Pero los principales peligros los buscaba el mismo en sus andanzas privadas.

Todas las noches se peleaba con alguien en los tugurios más tenebroso de París. No eran riñas hijas de la controversia. En aquellos ambientes se razonaba que quien necesitaba un motivo para matar era una especie de cobarde.

Por puro gusto saltaba al Sena desde todos los puentes de París, se instalaba en las vías del ferrocarril y se apartaba un segundo antes del paso del tren, o caminaba por las cornisas para escandalizar a sus vecinas.

También tenía una motocicleta Royal Endfield con la que atravesaba los bulevares a ciento cincuenta kilómetros por hora. A las mujeres que andaban con él las obligaba a compartir sus paseos. Las que no aceptaban eran expulsadas con el mayor desprecio.

Con mucha frecuencia se rompía huesos o recibía heridas que solían dejarlo al borde de la muerte. Le gustaba contar a sus amigos cómo, al entrar en la dignidad de moribundo, su memoria le mostraba velozmente la clásica sucesión de imágenes retrospectivas de las que tanto se habla. Sostenía que, a fuerza de repeticiones, la serie era cada vez más rápida y más descuidada, hasta el punto de incluir episodios banales o acaso ajenos.

Leblanc tenía mucho éxito en su profesión. El público del teatro Odeón se aterrorizaba cuando el mago ardía en el interior de un recipiente de vidrio hasta quedar reducido a cenizas. Después, una ayudante escotada ocultaba los restos con un mantón de Manila. Al final Leblanc, intacto, resurgía entre los rescoldos de sí mismo. El truco era una mera sustitución, pero la gente se maravillaba.

Después de las funciones se iba a jugar al póquer a un tugurio del barrio Latino. Sus destrezas de mago lo hacían ganar siempre. La única emoción consistía en jugar con sujetos capaces de matarlo si descubrían alguna trampa.

Una noche apareció un anciano demasiado entusiasta. Se arriesgaba en todas las manos. Enseguida lo desplumaron. Entonces puso sobre la mesa una pequeña maleta de cartón y dijo:

—Dentro de esta valija está el libro más precioso del mundo. ¿Vale algo para alguno de ustedes?

Leblanc quiso hacerles sentir su desprecio y realizó una oferta vil.

—Doscientos francos.

El viejo aceptó y en un minuto volvió a perder. Antes de irse, se creyó en el caso de formular una advertencia.

—No les mentí con respecto del libro. Quien lo lee se vuelve sabio, pero también desdichado. No abran la valija aquí. Conviene no mostrárselo a nadie.

Leblanc siguió jugando. Al llegar a su casa guardó el maletín en un armario y, sin mirarlo, se fue a dormir.

Al otro día, Jean Leblanc se estaba emborrachando con ajenjo Ricard en un tugurio de Saint Germain.

Cuando estaba a punto de desmayarse, se le acercó un hombre de aspecto insignificante que llevaba consigo un carretón rebosante de papeles viejos. Leblanc creyó reconocer al anciano de la noche anterior, pero enseguida advirtió que este era mucho más joven.

El hombre le propuso asociarse a un círculo cuyo fin principal era el cumplimiento de venganzas. Los miembros de aquella hermandad se prestaban mutuo socorro para perjudicar del modo que fuere a los enemigos de cada uno.

~~Los muertos~~ Leblanc alcanzó a entender que el ingreso al circuito de sangre implicaba estar dispuesto a cometer un crimen y también el riesgo de ser asesinado en cualquier instante. Como contrapartida, cada miembro podía solicitar los servicios del círculo cuando sintiera necesidad de escarmentar a alguien.

Leblanc aceptó. El hombre de la carpeta le advirtió que en el momento adecuado recibiría instrucciones. La clave para reconocer la legitimidad de las órdenes era una carta de la baraja francesa: el diez de trébol.

Capítulo 31

Salzman y Bella

El ruso Salzman caminaba a tientas por la calle Artigas. Aquella noche la niebla tenía un brillo propio, parecido al de los relojes fosforescentes. Oyó la voz del ciego Fineo.

—El mundo se acaba, señores. Apenas nos quedan unos pocos días. Pronto habrá un eclipse de luna y en el momento de mayor oscuridad ocurrirá una catástrofe. No perdamos tiempo en arrepentirnos. No hagamos nada. El mundo terminará sin moraleja. Eso sí, el que quiera colaborar con algún dinero, que lo deposite en el interior de este tarro que llevo en la mano. Apúrense porque me gustaría gastármelo antes del final.

Al pasar frente al edificio donde vivía el doctor Poniatowsky, Salzman se llevó por delante a una sombra perfumada.

—Ahorremos prolegómenos —dijo Bella—, sé que usted me desea.

Salzman no dijo nada. Ella acercó su boca al oído del ruso.

—La dilación es un trámite inútil. Béseme de una vez, antes de que el mundo estalle.

—¡Son las últimas noches! —gritó el ciego—. ¿Qué podemos hacer?… Nada. Ninguna conducta es adecuada el día antes de nuestra aniquilación.

Salzman la besó. Ella lo arrastró hasta el ruinoso zaguán de los Fenoglio. La puerta estaba rota. Allí también había niebla. Bella Poniatowsky se desnudó.

—No lo niegue. Usted esta desesperado por mí.

Salzman condescendió a la lujuria y muy pronto se hallaba enfervorizado. Vinieron a interrumpirlo pensamientos melancólicos: la persona que somos hoy ha sustituido a la de ayer y su turno será reemplazada por la de mañana.

—Prométame algo —pidió ella.

Salzman habló por primera vez.

—Le juro que nada es eterno.

—¡Se acaba! ¡Se acaba! ¡Se acaba! Las colaboraciones son a voluntad.

Un rato después oyeron que alguien se aproximaba por el pasillo.

—Viene gente —dijo Salzman y buscó sus pantalones.

Bella lo detuvo.

—Podemos salir a la calle sin vestirnos. La niebla nos cubrirá.

Caminaron unos pocos pasos, se detuvieron bajo un árbol y volvieron a abrazarse. Ya estaban casi en llamas cuando los asaltó la Máscara.

—*Arriba el país de los anillos*.

Entréguenme el fuego del mar

Y despójense del sudor de tela.

—¿Qué dice?

—Que nos desnudemos y le demos la guita —explicó Salzman.

—Pero ya estamos desnudos.

La Máscara sacó un revolver.

—*Si no quieren que derrame*

La cerveza tibia de los cuervos,

Hagan lo que ordena

La espada de mi boca.

Soy la Máscara, soy el miedo.

Cada día me crece una nueva cara.

La de hoy oculta a la de ayer.

No sé quien fui.

—Tome el dinero y váyase —gritó Bella con indignación.

—*Adiós. La niebla cubrirá*

El mástil de las nupcias

Y las nubes del pecho.

Soy el miedo, soy la Máscara.

El asaltante se borró en la niebla. Salzman y Bella caminaron desnudos, tomados de la mano. Al llegar a la esquina oyeron una voz que salía de las profundidades.

—Venga, Salzman. Aquí estarán a salvo.

Bella Poniatowsky y Bernardo Salzman se amaron nuevamente. Un poco antes del amanecer ella dio por terminadas las maniobras de aquella noche.

—Vamos. No sé que le diré a mi marido.

Bella fue la primera en salir. Apenas se asomó, oyó unos pasos que se acercaban. Quiso regresar a las cloacas pero ya era tarde. Silvano Mansilla estaba frente a ella.

—Buenas noches, señora.

—Buenas noches, mozo. —Contestó Bella mientras trataba de esconder las tetas entre la niebla.

—¿Esta sola?

—En realidad estoy con gente.

—¿Y se puede saber con quien?

—Con mi marido, por supuesto. ¿Por quién me toma? A él le gusta culear en la niebla, como a todo el mundo. Ahora está debajo de mí, cumpliendo su deber de cónyuge. Retírese que me compromete.

Mansilla se quedó allí.

—Usted no está con su esposo. Pero no tema, no diré nada. Será un secreto entre nosotros. Salude de mi parte al señor Argenti.

—No conozco a ningún Argenti. Y deje de mirarme.

—La amo, Bella. Y estoy dispuesto a todo.

El mozo se fue. Las profecías del ciego Fineo iban languideciendo.

—Ay, de nosotros. Ay.

Salzman y Bella salieron a la superficie. Se separaron en silencio. El ruso llegó a su pieza cubierto con una caja de cartón. Perplejo ante su propia conducta, se recostó en su vieja cama turca y se puso a pensar, o tal vez a soñar. Una vez más se le presentó el Tallador sentado ante un lujoso tapete verde.

—Esto es fácil: una carta para usted y otra para mí. La más fuerte gana.

Salzman vio que le había tocado una baraja luminosa que vibraba en su mano. La dio vuelta sobre la mesa y esperó.

El Tallador mostró un mísero cuatro de copas.

—Usted gana, Salzman. Tome estos veinte centavos.

Pero sepa que la carta que acaba de jugar es la mejor de su vida. Nunca tendrá otra igual y apenas le sirvió para ganar una moneda.

Silvano Mansilla abrió la puerta de su departamento y oyó el chillido burlón de los loros.

—¡Mozo! ¡Mozo!

—Marche una sopa de ajo…

—Los que no saben guardar son pobres aunque trabajen.

Mansilla los tranquilizó rociándolos con un chorro de soda. Después sacó el baúl que guardaba bajo la cama y revisó sus pertenencias más secretas. En el fondo encontró un lápiz labial que Bella Poniatowsky había olvidado en el baño de El Popular. Se sentó frente al espejo y llorando al revés, volcando sus lágrimas hacia el interior de la calavera, se pintó los labios con dos manos de rouge. Bella llegó desnuda a su casa, saludó al doctor Poniatowsky y le dijo con aire casual:

—Me asaltó la Máscara.

Más tarde, escribió en su diario todo lo que le había sucedido aquella noche.

Querido diario: hoy volví a encontrarme con el incansable Salzman. Ya no sé como sacármelo de encima. Él cree que tiene alguna posibilidad de ser mi amante. Me invitó a viajar a cualquier parte del mundo. Desde luego, lo rechacé. Al regresar a casa vi al mozo de enfrente salir desnudo de las cloacas. No soporto más la vida en este barrio de locos.

Capítulo 32

El finado Gaitán

Tulio Gaitán era un peluquero de Villa Urquiza que, según todos creían, había muerto en un choque de trenes. Sin embargo, el hombre estaba vivo. Se había escapado a Monte Hermoso para empezar una vida nueva y para huir de sus acreedores.

La verdad es que Gaitán le debía una fortuna a Silvano Mansilla. El mozo ya lo había amenazado varias veces y el peluquero tuvo miedo. Mansilla era implacable con sus deudores.

Algunos años después de este episodio, el médium Florencio Oliva, que organizaba sesiones de espiritismo en su casa de la calle Altolaguirre, se lo encontró por casualidad en la playa. Una vez que Gaitán le explicó su situación, Oliva le propuso regresar a Villa Urquiza en calidad de finado para realizar apariciones espectrales ante quienes lo habían conocido. Gaitán aceptó: todas las noches asomaba su cabeza entre unos tules y contaba episodios de su vida en el más allá. Por lo demás, vivía encerrado en una pieza y solo salía a la calle muy de madrugada, muchas veces disfrazado.

Una noche Silvano Mansilla, en uno de sus tantos extravíos, caminaba por la calle Colodrero cerca de las vías del ferrocarril Mitre, al que había confundido con el Sarmiento. Al cabo de un rato, viendo que la cuadra de su casa tardaba en aparecérsele, resolvió consultar al primero que pasara. Y el que pasó fue Gaitán.

—¿Voy bien para Artigas y Avellaneda?

—Ni bien ni mal. Eso queda en la otra punta de la ciudad.

Mansilla lo miró y lo reconoció al instante.

—¿El señor no es el finado Gaitán?

El peluquero dio media vuelta y salió corriendo. Mansilla lo alcanzó enseguida y comenzó a estrangularlo.

—Págame los quince mil doscientos pesos.

—No tengo un centavo —dijo Gaitán casi sin aire.

Entonces Mansilla siguió apretando hasta que lo mató. Después, lo tiró en las vías y al rato sucedió un segundo y verdadero accidente de trenes.

Al otro día, el mozo consultó a Ferenzky.

—Usted tenía razón. Los muertos están regresando. Anoche mismo me crucé con Tulio Gaitán,

un peluquero que murió hace como diez años.

—Se lo dije. Se viene el fin del mundo.

—Quiero preguntarle algo. ¿Estos muertos que vuelven, pueden morir otra vez?

Ferenzky, después de unas toses, confesó que no lo sabía. El médium Florencio Oliva, privado de su principal atracción, no tuvo más remedio que adiestrarse en fraudes de la más refinada tecnología.

Capítulo 33

Testimonio de Victor Lustig
(Falsificación del capítulo siguiente)

Mi nombre es Victor Lustig, he nacido en Praga y he sido muchas personas. Antes de marcharme del taller se me hace indispensable dejar alguna marca que ilumine el trabajo que he realizado aquí durante todos estos años. La Caja Rumana, la máquina para hacer falsificaciones perfectas, fue un éxito. Desde luego, hubo que esperar y también fue necesaria una gran inversión. Es cierto que Artola gastó una fortuna pero ahora podría comprar el mundo si quisiera.

La caja funciona por la maravillosa interacción de planchas de imprenta con aparatos de fotografía. Si se consigue el papel y la tinta adecuados es posible duplicar cualquier documento, título o billete de banco.

Debo confesar en este punto que, por precaución, he revisado durante todos estos años los documentos, los papeles y las pertenencias de Marcel Artola. Gracias a mi formación profesional, no he tenido dificultad para abrir todas las puertas y todos los cofres de su casa hace algunos meses descubrí en el interior de una caja fuerte que yo mismo diseñé para él, una enorme cantidad de antiguos papeles encuadernados del modo más caprichoso. Podría decirse que es un libro en el que se da noticia de sucesos e ideas prodigiosas. Me permito aprovechar unas páginas sobrantes en papiro de Alejandría de mediana calidad a los ausentes y también para que nadie se atribuya descubrimientos cuyo mérito me pertenece enteramente.

Dejo al irme toneladas de dinero. Artola me debe su prosperidad presente y futura. Él es un hombre feroz y peligroso pero sabe comprender a los demás. Para él la naturaleza humana es un misterio apasionante y se complace en explorar las mentes y las almas. Lástima que jamás permite que este interés humano, o al menos antropológico, interfiera en sus deberes de delincuente. Quiero decir que el hombre escucha y comprende, pero después te mata de un tiro.

A mí me obligó a participar de acciones muy sangrientas y riesgosas, sabiendo que soy de naturaleza pacífica. Él quería que sus colaboradores se involucraran directamente en hechos criminales, para que todos estuviéramos atados a una misma soga, como alpinistas que comparten su destino y saben que la caída de uno será el derrumbe de todos. Incluso en épocas en que nada le faltaba, organizaba asaltos, secuestros o robos solamente para arriesgar nuestras vidas. En esas

jornadas fui herido varias veces. Nada grave, por suerte. Tengo que reconocer que en atención a mi edad, Artola reservaba para mí posiciones de retaguardia o de relativa lejanía con el punto central del peligro.

Yo le enseñé mucho. Hoy se puede decir que es un maestro falsificador de primer orden. Tiene buena mano para el diseño y una vista adiestrada para percibir diferencias o defectos mínimos en cualquier objeto. Él ya poseía una gran erudición en cuestiones artísticas. Conmigo aprendió a utilizarla con fines provechosos. Una cosa más: es casi tan bueno como yo en abrir cerraduras. No hay en toda Francia una puerta que esté cerrada para él.

Jamás olvidaré la tarde en que abrimos la caja fuerte del banco *Societé Générale*. En realidad tardamos mucho. Totó y el resto de los muchachos mantuvieron inmóviles a los empleados y a los clientes por más de una hora. La Caja Rumana todavía no funcionaba y Artola necesitaba efectivo. Por suerte, pudimos llevarnos una fortuna en títulos y barras de oro. Yo estaba un poco nervioso. Cuando ya nos marchábamos, me demoré en el trayecto hasta el auto que nos esperaba. Artola le ordenó al chofer que arrancara. Tuve que volver en el metro con una bolas llena de dinero que pesaba más de veinte kilos. Por fin nos encontramos en casa de la señora Hortensia. A ella no le gustaban los delitos violentos. Solía prenderle velas a Santa Genoveva para que protegiera a su hombre y le diera buena suerte en todos sus crímenes.

Artola la amaba, pero ella prefirió a un prestidigitador de segundo orden. Se llamaba Leblanc. Artola lo mató pero Hortensia no regresó.

Ella era muy alegre y generosa. Le gustaba ayudar a los pobres. Ahora ella está muerta y Artola ha perdido el control. Es un monstruo paranoico. Cree que todos ~~se pasean~~ conspiran contra él. Se la pasa rastreando traiciones y cuando no las encuentra, las inventa. A mí me esta mirando con mucha desconfianza. Tal vez le cuesta admitir que un estafador de fama mundial pueda cumplir sus promesas.

Hoy mismo le he mostrado la enorme cantidad de billetes de cincuenta dólares que por fin he logrado imprimir. Él quiso examinarlos. Entonces abrí una de las cajas de cartón y saqué dos fajos de cinco mil. Él los miró con ojos de experto y después fue hasta una casa de cambio que hay en el centro. Al rato regresó con un pilón de billetes de cien francos y dijo que los empleados, después de revisarlos con veinte lupas los habían aceptado lo más contentos.

Mi lealtad está demostrada. Pero igual me voy. No quiero que una de estas tarde el hombre tenga una alucinación y crea que lo he engañado.

Todo está en orden, ni siquiera pienso despedirme. Sería un riesgo inútil y además…

9♣

Capítulo 34

La traición de Víctor Lustig
(Se recomienda dar por no leído el capítulo anterior)

El estafador Victor Lustig nació en Praga y ha sido muchas personas. Antes de marcharse del taller se le hizo indispensable dejar alguna marca que iluminara el trabajo realizado durante tantos años. Así escribió un informe lleno de inexactitudes y falsedades.

La Caja Rumana, la máquina para hacer falsificaciones perfectas, fue un fracaso. Hubo que esperar mucho tiempo y también fue necesaria una gran inversión. Artola gastó millones pero los resultados fueron nulos.

Según Lustig, la caja funcionaba por la interacción de planchas de imprenta con aparatos de fotografía. Había que conseguir además el papel y la tinta adecuados para duplicar documentos, títulos o billetes de banco.

Tal cosa no sucedió.

Durante muchos años Lustig revisó documentos, papeles y pertenencias de Marcel Artola. Gracias a su habilidad profesional, no tuvo dificultad para abrir todas las puertas y todos los cofres de la residencia del pistolero.

Incluso se las arregló para violar una caja fuerte inexpugnable que Artola había hecho fabricar especialmente. Allí tuvo acceso al *Libro de Raziel* y hasta se atrevió a añadir de su puño y letra el informe antes citado.

Lustig llenó galpones y galpones de billetes falsos. Nadie en su sano juicio podría aceptarlos. Son de pésima calidad. En cambio, reservó para él, el dinero legítimo de Artola. Vaya a saber dónde estará escondida esa fortuna.

Lustig participó en el asalto al banco Société Générale. Artola obligó al gerente que abriera la caja fuerte y sus hombres se llevaron todo. En el momento de la retirada, Lustig, paralizado por el miedo, no podía recorrer los pocos pasos que lo separaban del auto que esperaba en la puerta. Al fin lo dejaron allí y tuvo que volver en el metro, con una bolsa de papel que no contenía más de dos mil francos.

Un día Lustig llamó a Artola al taller para mostrarle una enorme cantidad de billetes de cincuenta dólares que por fin había logrado imprimir.

Artola quiso verlos y entonces Lustig, con aire casual, sacó dos fajos de una caja cualquiera, o tal vez de distintas cajas, y los mostró sonriendo. Eran perfectos: resultaba imposible diferenciarlos de los dólares verdaderos. En realidad, habían sido impresos por el gobierno de los Estado Unidos. El truco no podía ser más banal: Lustig eligió los dos únicos fajos de billetes legítimos. El resto de las cajas estaban llenas de duplicaciones torpes, imposibles de colocar en ninguna parte.

Artola se llenó los bolsillos con aquellos papeles y salió a malgastarlos. Lustig tembló. Corrió a la residencia de Artola y preparó su huída. Tal vez fuera conveniente volver a cambiar de identidad. Ya lo había hecho cuarenta y cinco veces.

Abrió todas las puertas que quiso y llegó hasta el Libro de Raziel para escribir su carta de despedida.

Artola compró un ramo de violetas por cien dólares y vio la forma en que se arrugaban los billetes. Entonces se dio cuenta de que había sido engañado. La falsificación era una basura.

Volvió al taller pero Lustig ya se había marchado. Entonces tomó un taxi para volver a su casa. Mientras insultaba al conductor para que fuera más rápido, se lamentaba por no haber seguido sus intuiciones. Jamás había confiado del todo en Victor Lustig. ¿Qué podía esperar de un estafador de fama mundial?

Cuando llegó vio que las puertas estaban abiertas. Con sigilo fue recorriendo las habitaciones hasta que llegó a su despacho. Allí estaba Lustig escribiendo en el libro de Leblanc. Le pareció digno renunciar a los vanos prolegómenos de reproches irónicos: sin decir nada, lo mató de un tiro.

Capítulo 35

Lista de los robos cometidos
por Victor Lustig
Capítulo desaparecido

Capítulo 36

El loco Calvani

Un sábado a la tarde, Nadine Stéfano salió del palacio Bender y caminó, ~~por el barrio~~ iba en dirección al centro por la Avenida del Libertador. Colgaba de su hombro el estuche de cuero de una vieja cámara Leica. El escultor Natalio Calvani, enamorado y celoso, la siguió con la esperanza de sorprenderla relacionándose con otros hombres. Nadine no lo defraudó. Se dejó acompañar por postulantes sucesivos que marcharon a su lado rindiéndole homenajes de hecho y de palabra.

Calvani no reaccionó, tal vez porque todos fueron despachados con bastante rapidez. El más perdurable duró tres cuadras. En verdad, la mayoría de los caminantes ni siquiera se atrevían a acercarse a Nadine y se limitaban a emitir exclamaciones al paso, calculándose indignos de ella a primera vista.

Al pasar frente al Automóvil Club fue interceptada por un grupo de estudiantes japoneses que saltaron a su alrededor dando gritos de entusiasmo. Cuando se alejaron, ella les tomó una foto que, al ser revelada, vino a mostrar unas golondrinas volando hacia el ocaso.

Jorge Allen pasó frente a Nadine en la esquina de Agüero, pero no pudo verla a causa de unos malabaristas que capturaron su mirada revoleando botellas de cerveza.

Pasaron las horas. Ella sacó otras fotos: la hermosa estatua del denostable Carlos de Alvear, las escaleras que elevan la calle Guido cerca de plaza Francia y el sombrero sin monedas de un mendigo rengo que, a la luz del flash, corrió barranca abajo hasta perderse entre la muchedumbre indiferente.

En la vecindad del edificio de la Facultad de Derecho, instaló la cámara y la dejo quieta sobre el trípode. Un rato después, Nadine desarmó todo y se fue sin hacer ninguna toma. Pero las personas que andaban por allí sufrieron algunas transformaciones. Quienes se alejaban del lugar donde había estado el centro de la lente iban reduciendo su tamaño hasta quedar convertidos en un punto. Los que se acercaban se iban agigantando y hubo un muchacho que cubrió todo el paisaje con un solo y enorme bolsillo a cuadros. Unos ciclistas avanzaban de frente y montaban bicicletas que se sostenían sobre delgadas franjas verticales y rectas. Un señor que dormía acostado sobre un banco pasó a ser solamente las suelas de sus zapatos. Una de las anchas puertas laterales del edificio se encogía al abrirse hasta que su extensión apenas llegaba a unos pocos centímetros. Algunas viejas desaparecieron para siempre al pasar detrás de un árbol. Dos niñas rubias quedaron inmóviles a dos

palmos del suelo, justo sobre una soga petrificada.

Cuando ya era de noche, Nadine Stéfano entró a un salón de billares que hay en la calle Arenales y se puso a jugar sola, haciendo tiros de fingida torpeza. Calvani se instaló en una incómoda mesa atornillada al piso y se puso a espiarla, oculto tras una revista de caza y pesca.

En ese mismo momento, Jorge Allen entraba al local cumpliendo con las penosas estaciones de una desafortunada cita a ciegas. La chica que lo acompañaba hablaba en tono muy agudo y su discurso marchaba a los saltos entre charcos de risa y suspiros. Se llamaba Lourdes y no era fea. Había aparecido de un equívoco telefónico la tarde anterior. Allen apreciaba su discreto atractivo, pero se sentía víctima de un destino indolente, al que nada le hubiera costado completar el pequeño milagro de unos circuitos ligados, conectándolo con la mujer más intensa.

Al rato Nadine ya estaba rodeada de jóvenes jugadores que le daban instrucciones y sufrían mareos de tanto mirarle el escote. Uno de ellos era el conocido billarista de Boedo, Eloy Perdomo Vázquez. Con ademanes de superioridad, el hombre aleccionó a Nadine en unas jugadas cuyos ángulos la obligaban a mostrar el culo. Después le habló al oído de la teoría de los diamantes, del efecto contrario, del reculié, del movimiento uniformemente retardado y de las ganas que tenía de besarla. Entonces Nadine le dio a entender que si él le ganaba un juego, ella se dejaría abrazar un poco.

Estorbado por los curiosos, Calvani tuvo que abandonar su mesa para seguir vigilando. Sin embargo, no pudo avanzar más allá de una segunda o tercera fila desde donde solo se veían fragmentos de la situación: una mano, una tronera, una bola violeta, la boca de Nadine iluminada por el esplendor de las lámparas.

Perdomo Vázquez hizo su salida y metió dos o tres bolas lisas son esfuerzo. Después falló a propósito para dejar que ella pudiera al menos hacer un tiro.

Entonces Nadine Stéfano embocó una a una las bolas rayadas, con técnica exquisita, casi milagrosa. Todos aplaudieron. Ella se acercó al billarista y lo besó, Calvani, que solo había visto las manos de Perdomo Vazquez sobre el vestido celeste, trató de abrirse paso a empellones, mientras tanteaba el revólver en su bolsillo.

Jorge Allen, para salvar la noche, trató de mirar a Lourdes con magnanimidad. Pensó que tal vez tuviera buenos pechos, aunque un grueso corpiño armado con alambres de jaula impedía cualquier cálculo preciso.

Muy pronto volvió a encontrarse con una vieja certeza: ninguna podía interesarle. Cualquier mujer que estaba con él era siempre un lugar vacío; algo clavado en el centro de la acción pero que en realidad no significaba nada; una entidad tan tenue que ninguna palabra que se le aplicara resultaba del todo impertinente. Pero el deseo fluía de todas maneras, más fuerte cuanto más ciego, empujándolo de fantasma en fantasma, atormentándolo con el anhelo perpetuo de lo ausente, con la ansiedad de las esquinas aún no alcanzadas, con la pena de amor causada por desconocidas.

Allen entró en territorios de fastidio y empezó a preparar su huída.

Llegaron hasta él aplausos y gritos que al instante reconoció como el escándalo que la belleza produce en los pelafustanes. Trató de mirar con disimulo, Lourdes se molestó un poco.

—¿Si te interesa tanto, porque no vas a ver de cerca?

Perdida cualquier dignidad, Allen corrió hasta las mesas de pool y pudo percibir, agachándose entre las piernas del gentío, las mismas sinécdoques iluminadas de fiesta que habían inquietado a Calvani: tapete, taco, vestido, mano, tiza, boca.

Perdomo Vazquez propuso un segundo juego. Natalio Calvani pudo llegar hasta el borde de la mesa y, sin ocultarse, vio como Nadine volvía a ganar y a mostrar su belleza en cada tiro difícil.

Calvani recordó una cercana noche en su taller de escultura cuando buril en mano, daba los últimos toques a una flor de piedra que era el alma de Nadine, mientras ella, desnuda entre sábanas revueltas, comía chocolates de Perugia, tal vez obsequio de otro hombre.

Al embocar la última bola, un bretel, desarrancándose cuesta abajo, hizo estallar la última ovación. Perdomo Vázquez trató de besarla otra vez.

Natalio Calvani no pudo soportarlo.

—¡Te estoy mirando! ¡Me das asco! ¡No te importa desnudarte ante estos imbéciles!

Ella colgó el taco. Calvani sacó el revólver.

—¡Ahora vas a ver lo que es un hombre! ¡No voy a seguir arrastrándome por tu culpa!

Jorge Allen estaba tratando de abrirse paso en el amontonamiento. Se oyó un tiro. Todos huyeron. Allen fue el más veloz y el sonar el segundo disparo ya estaba cruzando la esquina de Agüero. A Lourdes no volvió a verla.

Un poco más tarde, Nadine Stéfano paseaba en auto con Luca de Vries. Él le hablaba de Kapilavastu; de la montaña llamada Sumeru; de los Rakshasa, que odian al género humano y de la parábola del guerrero herido por una flecha. Al llegar a Plaza Italia casi se llevan por delante a Jorge Allen que cruzaba la calle distraído, mirando el suelo y pensando en el fantasma de la mujer perfecta.

Capítulo 37

Jorge Allen y Nadine

Nadine Stéfano salió del palacio Bender a las tres de la tarde de un domingo soleado. Llevaba un vestido celeste y una sombrilla color naranja fabricada en Tilaurakot. Jorge Allen marchaba en ese momento rumbo al apartamento de Ives Castagnino. Llevaba entre sus manos, como cortesía de visitante, un paquetón de churros grasientos.

Al verla, Allen sintió que un puño lo golpeaba desde el interior de su estómago. Supo enseguida que aquella chica era Nadine Stéfano, la francesa de la que hablaban todos.

Ella se encaminó hacia los parques y muy pronto llegó al Rosedal. Sin decidirse a abordarla, Jorge Allen la siguió desde lejos, tan lejos que al borde del lago la perdió de vista. La buscó al trote entre patinadores, ciclistas y vendedores de globos. Después de varias vueltas se sentó en un banco y empezó a comerse un churro. Entonces vio la sombrilla naranja al otro lado de los jardines, apareciendo y desapareciendo detrás de los árboles y de las flores.

Trató de acercarse cortando camino a través de los canteros. La alcanzó cuando ella iba bordeando el terraplén del ferrocarril. Se tomó unos segundos para recobrar el aliento y la enfrentó con las ruinas de su sonrisa de leyenda.

—¿Quiere un churro?

Ella no dijo nada. Allen caminó a su lado y la miró bien. Era joven y hermosa, pero no tanto como le habían dicho.

Se detuvieron bajo uno de los puentes. Él le tomó la mano. Después, mientras acariciaba suavemente su pelo, vio a lo lejos otra figura de vestido celeste y sombrilla naranja, a cuyos flancos se agitaban hombres consternados. El poeta soltó la mano de la muchacha que estaba con él y salió corriendo en busca de la otra. Voló por el parque más rápido que las bicicletas pero no pudo alcanzarla. En un instante no se la vio más.

Pero luego, cuando recorría a paso fúnebre los laberintos centrales del Rosedal, se le aparecieron las dos al mismo tiempo, una en cada extremo del sendero. Estaban demasiado lejos como para diferenciarlas. Allen eligió al azar y fue tras de la que arrastraba mayor número de seguidores. Se mezcló entre ellos y le fue gritando piropos a los saltos mientras trataba de verla bien. Un remolino lo situó cara a cara con la chica. Ella hizo un gesto y pareció que iba a hablarle. Era otra vez la falsa

Nadine.

Allen alquiló una bicicleta y pedaleó con toda su energía, levantando el culo del asiento y causando gran escándalo entre las viejas. Por fin pudo acercarse a la segunda mujer de vestido celeste. Tenía un cuerpo estupendo pero evidentemente, no era Nadine.

Un nubarrón, un *cúmulos nimbus* del infierno, tapó el sol y desató una tormenta en menos de lo que canta un jilguero. Todos corrieron a guarecerse. Los globos se volaban y los niños lloraban. Allen vio a tres chicas nuevas todas con vestido celeste y sombrilla anaranjada. Una de ellas se detuvo bajo el techo de un templete. ALlen subió con bicicleta y todo. La miró a los ojos y volvió a sentir dolores en el pecho. Aquella era una belleza superior. Mientras sacaba los churros del bolsillo vio detrás de la muchacha un nuevo contingente de vestidos celestes y sombrillas fabricadas en Nepal. La lluvia arreciaba.

—Por fin te encuentro.

Ella sonrió, Allen se dispuso a besarla. En ese momento, en lo alto del terraplén del ferrocarril, apareció un vagón blanco, sin locomotora marchando con silenciosa lentitud. Sólo una persona viajaba en él. El poeta vio su cara en la ventanilla y reconoció, esta vez para siempre, a la mujer más hermosa del mundo, con su vestido celeste y su sombrilla anaranjada, inconcebible e inalcanzable viajando hacia lejanas estaciones de ausencia.

Capítulo 38

Una tarde en la oficina

Jorge Allen permanece inmóvil frente a su escritorio en la agencia de publicidad donde trabaja. Le han encargado la redacción de un aviso para Erotic, un nuevo perfume para hombres seductores.

El poeta escribe: *cuando uno es un hombre que no se detiene ante nada…*

Borra inmediatamente la frase y vuelve a intentar: *cuando uno es un triunfador debe resistir la tentación de las victorias pequeñas. Debe prepararse para las conquistas más difíciles…* Vuelve a borrar. Abre el frasco de Erotic y evalúa la fragancia. No le sucede nada. En verdad, ~~las pesadillas se hacen~~ Allen odia los perfumes y le parece imposible imaginar una seducción cuyo principal argumento sea el olor. Vuelve a escribir: *un hombre como usted, estúpido, banal y, sin embargo, satisfecho de sí mismo, no tendrá dificultad en creer que la loción Erotic le franqueará la puerta, no siempre hospitalaria, de la fornicación sumaria*.

Imagina al destinatario de su mensaje y lo odia. Lo odia porque él ya no es joven y su lugar en el mundo se consigue por desalojo del ocupante anterior cuando este comienza a perder su fortaleza.

Entra Florencia, la directora ejecutiva, y empieza a besarlo en la nuca. El cierra los ojos e imagina que se trata de Nadine Stéfano. Cuando su naturaleza estaba a punto de creérselo, ella le dice unas palabras de amor y el deseo de Allen se derrumba. Lo reemplaza la humillación: el poeta recuerda prolongados trabajos que tuvo que afrontar para acostarse con su jefa y al compararlos con el ínfimo halago que le deparan sus caricias se le hace patente su propia miseria. Piensa un texto nuevo mientras la lengua de Florencia le humedece el cuello. *Usted, que busca el milagro del color en un universo de tardes grises, no puede arriesgarse a que la ajena percepción pase frente a su puerta sin tratar de derribarla*. Ahora Florencia le mete un dedo en la boca y él comprende que la necesita a ella y a todas para saber que aún es el guardián del bosque sagrado. Tal vez son sus últimas horas de poder, pero cada beso le está asegurando que todavía esta vivo. El hombre que es deseado por una mujer joven y hermosa, es también joven y hermoso. *Por eso usted debe probar hoy mismo la loción colonia Erotic, en sus tres distintos jedores*.

Allen se alarma al ver que se aproxima una nueva empleada cuyo nombre ni siquiera conoce. Le parece mucho más atractiva que Florencia y entonces decide recobrar la compostura y apartarse de su jefa para no estropear futuras seducciones. La chica ni siquiera lo mira. El poeta tiembla

presintiendo que el primer indicio de su muerte será un rechazo.

Llega en forma imprevista el doctor Gandolfo, que es presidente del directorio y también amante de Florencia. Todos en la oficina conocen estos amoríos pero fingen desconocerlos. Florencia esconde sus manos, todavía húmedas, y el poeta teclea vigorosamente simulando una febril actividad creativa. *Perfume perfume perfume Erotic Erotic Erotic Erotic me cago en zar de Rusia*.

Detrás de Gandolfo aparecen otras personas. Allen queda atrapado en un tejido de aburridas presentaciones.

—El doctor X, el ingeniero Y, el señor A… Jorge Allen nuestro creativo… El señor Luca de Vries… La señorita Nadine Stéfano, fotógrafa de la revista Vogue…

El poeta comienza una violenta taquicardia.

—Oh, sí… Nos conocemos. O mejor dicho, no nos conocemos. Seguramente usted lo recuerda… Quiero decir que es imposible que lo recuerde.

—Ja, ja, ja, —El doctor Gandolfo lo palmea afectuosamente—. Ya ven ustedes: un verdadero artista.

Allen esta desesperado. Trata de dar alguna señal para que Nadine comprenda que él la esta buscando, que la vio en un caldero mágico, que la siguió varias veces y que piensa en ella todas las noches. Toma la mano de la muchacha como enfatizando el saludo y la aprieta con toda su fuerza tratando de clavarle las uñas. Ella entonces se aparta y le saca una foto con la legendaria Leica que lleva a todas partes. El poeta escribe un mensaje en un papel pero el grupo se mueve de tal forma que no puede entregárselo en ningún momento. Los visitantes se despiden y cuando ya se van alejando por un largo pasillo Allen grita con desesperación.

—¡Quiero ver esa foto!

Después vuelve a la soledad de su teclado y escribe: *Nadine, quiero verte.*

Enseguida se avergüenza, borra la frase y tipea otra: *Un hombre como usted, que ya lo ha intentado todo, debe hacer todavía una última jugada*.

Capítulo 39

Una noche violenta
Falsificación del capítulo anterior

Una madrugada Jorge Allen regresaba a su casa después de un encuentro amoroso. Cada vez le resultaba más difícil entusiasmarse con las muchachas que salían con él. No podía dejar de pensar en Nadine Stéfano, y su mente había comenzado a trabajar en la peligrosa construcción de un deseo obsesivo. Nadie mejor que él conocía la trampa sublime de creer que una persona y solo una habrá de saciar al mismo tiempo nuestra lujuria y nuestras ansias de encontrar una llama divina que reilumine los asuntos de la vida vulgar. Pero a pesar de su sólido cinismo, Allen estaba a punto de precipitarse en las supersticiones del corazón como el más ingenuo de los colegiales.

Cuando llegó a la esquina de Bogotá y Fray Cayetano, vio venir a la Turba Indignada, con sus horquillas, sus antorchas y sus tambores de lata.

—¡Destrucción! ¡Destrucción!

—¡Hagamos tronar el escarmiento!

El poeta trató de ocultarse entre los firulete de la niebla, pero igual lo vieron.

—¡Un enamorado! ¡Un enamorado!

—¡Démosle su merecido!

—¡Eh! ¿Cómo saben que estoy enamorado? —preguntó Allen mientras empezaba a correr.

—Todos en este barrio están enamorados, por más que lo nieguen.

Hubo una persecución que se sostuvo durante varias cuadras. Por fin los destructores alcanzaron al poeta y empezaron a molerlo a palos.

—¡Basta de pervertidos!

—¡Nuestras hijas están en peligro!

En ese mismo momento apareció en la esquina el implacable camión de la basura, que no dejaba de hacer su recorrido ni aun con la niebla más cerrada. Era un monstruo mecánico que se abría camino arrasando cualquier obstáculo. Allen se colgó de un estribo junto a los imperturbables recolectores que integraban la cuadrilla. El camión avanzó por la calle Artigas desparramando bolsas de basura, chocando automóviles estacionados y aplastando perros en llamas. En los tramos más despejados, Allen pudo ver cuadras enteras de casas abandonadas, algunas de las cuales se incendiaban con

lentitud.

El camión salió de Flores y tomó hacia el norte por Juan B. Justo. El poeta se bajó de un salto, creyéndose fuera de peligro. Pero la Turba Iracunda había seguido al camión con silenciosa obstinación. Resoplando un cansancio agitado que más bien era odio, los destructores aparecieron en la avenida excediendo su presunta jurisdicción, empezaron a darle otra salsa a Jorge Allen.

—¡Pervertido! ¡Corruptor!

—¡Nuestras hijas están en peligro!

El poeta consiguió arrastrarse hasta el medio de la calle para llamar la atención de los automovilistas. Un jaguar deportivo sin capota frenó justo antes de atropellarlo. Allen se tiró de cabeza hacia el estrecho asiento trasero. El auto arrancó con un énfasis de neumáticos chillando y el hombre de Flores tuvo tiempo para darse vuelta e insultar a sus perseguidores, como en una despedida. Después agradeció a sus salvadores hablándoles en la nuca.

—Gracias. Me bajaré enseguida y tendré la gentileza de no dar explicaciones. Me llamo Jorge Allen.

—Soy Luca de Vries —dijo el conductor sin darse vuelta—. Mi compañera es Nadine, Nadine Stéfano.

Ella se puso de rodillas sobre el asiento, mirando hacia atrás. Allen perdió el control.

—Oh, sí… Nos conocemos. O mejor dicho, no nos conocemos. Seguramente usted lo recuerda… Quiero decir que es imposible que lo recuerde. Trata de dar alguna señal para que Nadine comprenda que él la esta buscando, que la vio en un caldero mágico, que la siguió varias veces y que piensa en ella todas las noches. Toma la mano de la muchacha como enfatizando el saludo y la aprieta con toda su fuerza tratando de clavarle las uñas.

Ella sonrió. Los semáforos reverdecieron hasta el río. El Jaguar voló sobre la tumba del arroyo Maldonado. Al llegar a la avenida Santa Fe, el poeta se bajó. Nadine le sacó una foto con la cámara Leica que llevaba a todas partes.

El auto se alejó y recién entonces Allen advirtió que no había establecido ningún contacto con la mujer que tanto buscaba. En una última y tardía maniobra se paró en la calle y gritó:

—¡Quiero ver esa foto!

Nadine ya estaba lejos. Tal vez no lo escuchó.

Capítulo 40

El universo a merced del rey Orok
Fragmento del *Libro de Raziel* salvado del incendio

El rey de Orok permanece inmóvil en su trono. Jamás sale de su sala dorada. Si lo hiciera, el mundo estallaría. Unos oscuros monjes se encargan regularmente de atender los asuntos íntimos de esta sagrada ~~realidad y los sujetos~~ persona. Cuando el rey muere, es sustituido por otro de la misma familia. Naturalmente, los monarcas de Orok no tienen descendencia, ya que les está prohibido realizar cualquier acto positivo. Una vez por año el pueblo se reúne frente al palacio y deja en las puertas regalos y ofrendas. Pero el rey no se entera, ya que los ruidos del mundo no llegan hasta su trono de marfil.

Capítulo 41

Un fantasma

Primer anónimo recibido por Manuel Mandeb

Buenos Aires, 28 de febrero.

Para esperar milagros es indispensable sentarse en bancos de descreimiento. La ansiedad de prodigios suele debilitar el rigor epistemológico. Como resultado de esta liviandad, suelen aceptarse pruebas insuficientes o se dan por milagrosos hechos perfectamente naturales.

Sé muy bien que usted busca milagros. Usted es escéptico pero no lo disfruta. Despide cada creencia derogada con tristeza de velorio.

Es cierto que la fuerza pertinaz y malevolente de su inteligencia lo hace impenetrable a los argumentos de los pastores apocalípticos. También es verdad que los hombres que podrían convencerlo tampoco creen. Pero tal vez es un milagro sonante y cantante pueda devolverle la alegría. No estoy hablando de metáforas como la lluvia o las sonatas de Beethoven. Hablo de retrocesos solares, amigos resucitados y panes exponenciales. Para decírselo de una vez, prepárese porque algo va a ocurrir.

Un amigo.

Manuel Mandeb leyó el mensaje con desdén. Pero algo ocurrió. Una noche lo despertaron acordes de guitarra que provenían del interior del ropero. Tapándose la cara con las cobijas escuchó enterito el vals «Con tu mirar». Cuando ya estaba empezando una milonga, Mandeb salió corriendo en calzoncillos y no volvió a entrar a su pieza hasta la mañana siguiente cuando el sol ya estaba bien alto. Al abrir el ropero, pudo comprobar que la guitarrra estaba en su lugar de siempre, perfectamente enfundada.

Enterado de estos episodios, el ruso Salzman opinó que el anónimo era una propaganda de los

mormones y el valsecito de la duermevela, un sueño liso y llano. Pero el viejo Ferenzky advirtió a Mandeb que alguien estaba tratando de transmitirle un mensaje de importancia mágica.

Segundo anónimo

Buenos Aires, 20 de marzo.

Ay, usted que ha aprendido a calcular la edad de las estrellas. Usted, que ha tenido entre sus manos la materia oscura que sostiene los soles en su sitio. Usted, que conoció el número áureo que canta la belleza. Usted, que comprendió la ciencia del placer que imparten los sabios del Camino. Usted, que rastreó las huellas de las palabras para saber que decían antes y que dirán mañana. Usted, que presintió la inmortalidad en las cúspides del amor, no ha visto jamás un fantasma ni habló jamás con un muerto.

Ay del que no sepa leer los mensajes.

Ay del que no oiga el murmullo.

Ay del que no advierta las señales.

Un amigo.

Mandeb notó que el estilo le resultaba vagamente familiar. Se asustó un poco.

Una tarde de abril, parado en la esquina de Nazca y Rivadavia, vio en una ventanilla del colectivo 53 a un hombre oscuro que, bien mirado, era él mismo.

Mandeb trató de subir al vehículo pero el chofer arrancó y se alejó a gran velocidad. En la agonía de un trotecito sin esperanza, advirtió que el hombre le hacía unos gestos desde lejos. Hasta creyó escuchar una palabra, y esa palabra era *nadie*, y la voz era la suya. Entonces empezó a gritar en medio de la calle.

—¡Eh! ¡Usted! ¡YO! ¡Manuel!

El colectivo se perdió en la distancia.

Pocos días después, o tal vez pocos días antes, Mandeb viajaba en el colectivo 53. Al llegar a la esquina de Nazca y Rivadavia vio en la vereda a un hombre que era en realidad el mismo. Abrió la ventanilla para decirle algo pero el vehículo arrancó a toda velocidad.

Tercer anónimo

Buenos Aires, 2 de mayo.

¿De que te la das?

Un amigo.

Una madrugada de mayo, mientras caminaba a lo largo del paredón del hospital Alvarez, Mandeb advirtió que su sombra se movía con misteriosa independencia. Al principio fueron meros detalles impertinentes. Después las diferencias se hicieron muy notorias. En cierto momento anduvo más a media cuadra sin sombra hasta que la encontró esperando sentada en Bacacay y Bolivia. Allí, buscó una pared blanca y comenzó una serie de movimientos teatrales. Al cabo de un rato, se le hizo patente que la sombra estaba adelantada y que realizaba cada gesto un segundo antes que él. Se propuso entonces tomar decisiones inesperadas e incluso modificar cada determinación en el último instante. Pero la sombra ya sabía todo.

Finalmente, presa de un terror cósmico, Mandeb huyó de aquella esquina a toda velocidad.

Al llegar a su casa de la calle Artigas, casi se lleva por delante al viejo Ferenzky. El alquimista tranquilizó a Mandeb con pastillas de menta y frases en catalán. Luego, al conocer el origen de su agitación, insistió en que los muertos lo andaban buscando. Después, bajo la voz hasta convertirla en un susurro y le hizo saber que entre sus muchas destrezas figuraba la de facilitar la comunicación con los finados. Según el viejo hechicero, muchos difuntos célebres lo visitaban en su caserón de la calle Artigas, Manuel creyó recordar que durante uno de los bailongos en el cabaret Satori había aparecido un señor bajo y delgado, de traje oscuro, a quien el viejo presentó como Federico Chopin. El hombre se marchó muy pronto, tal vez huyendo de unos guarangos que le exigían que tocara el piano.

Sin moverse del moverse del medio de la calle, Ferenzky dijo a los gritos que para convocar a un espectro había que operar sobre el propio estado de conciencia. Después, se trepó a la caja de una camioneta y desde allí, entre toses y eructos, declaró:

—No se habla con un muerto como quien habla con la vecina de al lado. Hay que abrir algunas puertas. Las llaves de esas puertas son la alquimia, el misticismo, la sabiduría o ciertas sustancias que nos conducen a la alta percepción.

Mandeb se libró del viejo y hasta llegó a decirle que no creía en el más allá ni en las apariciones. Pero una semana más tarde, después de que una estatua lo saludara en Palermo, dejó que el alquimista le vendiera unos polvos de Smerdis o de Perlimpimpim, junto a una fórmula de nigromante.

Mandeb tuvo que esperar a que se produjeran ciertas coincidencias estelares que, según el viejo, eran indispensables para comunicarse con el más allá.

Pero mucho antes de la fecha indicada, recibió el cuarto anónimo.

Buenos Aires, 24 de junio.

No importa lo que digan los alquimistas fraudulentos. Cualquiera sabe que la fecha es hoy.

Un muchacho.

Manuel Mandeb se encerró en su pieza un rato antes de la medianoche. Dispuso unas velas, inhaló unos vapores mefíticos, pronuncio palabras sin sentido y esperó.

Después de un rato largo, si ha de creerse en su testimonio, salió del interior del ropero su padre, el viejo Juan Mandeb, que llevaba muerto más de diez años. Vestía uno de los sobretodos de Manuel y había elegido para la ocasión una sonrisa pícara, la misma que exhibía en vida cuando traía golosinas sorpresivas.

Conviene pensar que se abrazaron con gran emoción. Después de algunas frases de enorme cariño, el viejo Mandeb cambió de tono.

—Todo es muy lindo, pero la verdad es que no soy otra cosa que el resultado engañoso de esos vapores de mierda que te recomendaron los magos.

El hijo se atrevió a discrepar.

—Oh, padre amado. He esperado mucho tiempo este reencuentro y no dejaré que lo estropees con tu descreimiento cerril.

—No hay tal reencuentro. Soy tan solo una idea tuya, una construcción de tu mente, una comodidad de rasgos elegidos para mi.

—No otra cosa eras en vida. Además creo que me has enviado unos anónimos. La letra es parecida.

—La letra es parecida a cualquiera.

—Estoy seguro de que querías transmitirme un mensaje.

—El mensaje que traigo del más allá es que no hay más allá. N nos encandilemos por unas velas de dos pesos. Claro que me gustaría ser lo que crees que soy. Pero si en verdad fuera tu padre trataría de convencerte y no de disuadirte como estoy haciendo.

Manuel dijo en voz muy baja.

—Pero yo te amo mucho, padre.

El viejo Mandeb flotó por el cuarto con impaciencia.

—Podrías ponerme a prueba —dijo—. Hay cosas que solo t padre podría saber: fechas, poemas, viajes. Mi ignorancia te convencerá.

Manuel pegó un salto y le gritó en la cara.

—¿Cómo empieza el tango «Ivette»?

—*En la puerta de un boliche*… Eso lo sabe cualquiera.

—¿Quién era el Pichicarlitos?

—Un quinielero. Es tu memoria la que contesta. La pregunta correcta es la que alude a algo que solo tu padre podría conocer… Pongamos por caso el número del documento de identidad.

Manuel se entusiasmó.

—Es una buena idea. Jamás supe el número de tu libreta de enrolamiento… Y es un dato que puedo verificar más tarde.

—Pues bien —dijo el padre—. No conozco ese número.

—No es posible —Manuel estaba desolado—. ¿Y si dijeras un número cualquiera? Tal vez lo sepas sin saberlo.

—Esta bien.

Don Juan Mandeb recitó una cifra que su hijo anotó y que luego resultó corresponder al abono del ferrocarril del propio Manuel.

—Debo despedirme —dijo el padre y se esfumó, o quizá salió por la ventana, o quizás bajó las escaleras haciendo flamear el sobretodo de Manuel, o quizás se acostó a dormir y lloró bajo las cobijas.

O quizá tomó una lapicera con tinta verde y escribió: nadie regresa.

Capítulo 42

Encuentros en el Satori

A causa de la niebla, el cabaret Satori solía recibir visitantes involuntarios que llegaban arrastrados por la cerrazón y que se sorprendían al hallarse súbitamente rodeados de borrachos, prostitutas y bailarinas desnudas. Una noche se presentó a los tropezones un hombre cuya confusión no sólo provenía de la niebla. Le costó encontrar el mostrador. Con la mayor cortesía se dirigió el viejo Ferenzky:

—Le ruego que me disculpe el tono inquisitorio pero el caso es que no sé donde estoy y me gustaría averiguarlo.

—Usted está en el cabaret Satori, un verdadero deleite para los sentidos. No se avergüence… en este barrio nadie sabe donde está.

—Temo que mi confusión no sea colectiva sino extremadamente individual. Se lo explicaré brevemente: me he despertado hace un rato tirado en el zanjón que corre junto al ferrocarril. Es todo lo que recuerdo. Seguramente me han golpeado y he perdido la memoria.

—¿Debo entender que el señor no sabe quien es?

—Si. Y por favor no trate de filosofar acerca del carácter general de ese inconveniente.

—Encontrarme a mí es lo mejor que le pudo haber pasado. Me llamo Marco Ferenzky. ¿Desea tomar algo?

—Si, pero no recuerdo los nombres de las bebidas.

—Probaremos con el anís de los Ocho Hermanos. Tiene un sabor empalagoso e inolvidable.

Ambos bebieron. Ferenzky tuvo la idea de exhibir al desmemoriado por todo el local para ver si alguno lo reconocía. Todos estuvieron de acuerdo en que se trataba de un perfecto extraño. María, la cantante, opinó que se parecía a Francisco Petrone. Desde ese momento, por comodidad, empezaron a llamarlo así. El viejo Ferenzky se sentó con él en un reservado.

—Disculpe, Petrone. Debe haber algo en su memoria.

—No hay nada.

—¿Revisó sus bolsillos?

—Tengo dinero. Mucho dinero. Pero ningún documento.

—¿Sabe al menos si esta triste?

—Estoy triste. Como todo el mundo. Pero… Si me permite la confidencia, tengo la sensación de haber recibido un encargo.

—Déjeme decirle algo, Petrone… Yo creo conocerlo. Es verdad que no sé quién es, pero lo estaba esperando. Alguien me dijo que pronto llegaría un hombre sin pasado. Usted es una señal.

—¿Una señal de que?

—Tal vez una señal del fin del mundo, pero el fin del mundo acaso no es otra cosa que una señal.

En ese momento entró al Satori Mansilla. Ferenzky se levantó para recibirlo.

—Buenas noches, mozo. Le presento a Francisco Petrone. Él ha perdido la memoria y no sabe quien es.

—¿No es Francisco Petrone?

—No. Francisco Petrone ha muerto hace muchos años.

Mansilla se dirigió al desconocido y murmuró:

—Lo siento mucho.

Ferenzky explicó que Mansilla conocía a muchas personas en virtud de su profesión. El mozo observó detenidamente a Petrone desde todos los ángulos. En la puerta se escuchó la voz de Enrique Argenti.

Entra Argenti

ARGENTI: Salud, turros de Balvanera.

FERENZKY: ¿Amigo Argenti, como esta?

ARGENTI: Muy cansado… Tardé una hora en encontrar el Satori.

FERENZKY: (*dirigiéndose a todos*): El señor Argenti nos visitará todas las noches para ensayar su nueva obra en el sótano.

ARGENTI: ¿No han venido los actores?

FERENZKY: Creo que no. Pero vaya calculando que algunos no podrán llegar. Le presento a Petrone, un señor que ha perdido la memoria.

PETRONE: ¿Alguna vez nos hemos visto?

ARGENTI: ¿Acaso mi cara le resulta familiar?

PETRONE: No, en absoluto. Se lo pregunto sin ninguna clase de prejuicio.

MANSILLA: ¿Vendrán actrices jóvenes?

ARGENTI: (*con cierto desprecio*): Tal vez. No me intereso demasiado por la edad de quienes trabajan conmigo.

PETRONE: ¿Cómo se llama la obra?

ARGENTI: La víctima enmascarada, es una comedia de equivocaciones, con perdón de su corbata.

Al rato empezaron a llegar los comediantes. Mansilla comentó que todos ~~se vuelven inconstantes~~

tenían una apariencia bastante vulgar. Cuando estaban por bajar el sótano para comenzar el ensayo, el mozo llamó aparte a Enrique Argenti.

MANSILLA: ¿Trajo la plata?

ARGENTI: Me va a tener que esperar unos días más. Mejor sería un mes más.

MANSILLA (*como quien repite algo para no olvidarlo*): Un mes más. (*Camina lentamente hacia el mostrador. Luego se vuelve y habla en voz baja pero amenazante*) Tenga cuidado, Argenti.

En ese momento entró al cabaret el ruso Salzman. Se sentó en un rincón y empezó a mirar a todos sin conversar con nadie. Cada tanto sacudía la cabeza en actitud desaprobatoria.

Ferenzky convidó otro anís a Petrone.

—Gentileza del Satori.

—Satori… ¿Acaso aquí se practica el budismo Zen?

—Tal vez sí… Quien entra al cabaret recibe una iluminación súbita, ingresa a la comprensión saltando los alambrados del silogismo y de la doctrina regular.

Petrone se mostró interesado.

—Es posible que de ese modo yo descubra quien soy.

—Los maestros aconsejan liberarse de todo pensamiento obnubilador. Cuentan que Brahma acudió a una asamblea del Buddha en el Monte del Buitre. Haciéndose el distraído le regaló unas flores y le pidió que le explicara la Doctrina. El Buddha, sobrador, tomó la flor del ramo y la hizo girar entre sus dedos mientras guiñaba un ojo. Ninguno de los presentes comprendió, salvo el discípulo Kasyapa que respondió con una sonrisa intencionada. El maestro lo llamó desde entonces Mahakasyapa.

María, la cantante, se acercó y recitó con ademanes:

—El ilustre Po-chang Huai-hui preguntó a un monje: ¿Qué es el Buddha? Él respondió: *Tres libras de lino*. Lo nombraron comisario.

El ruso Salzman pidió permiso para realizar un aporte erudito.

—El tintorero Toshima sabe mucho de estas cosas. Un día le preguntó al pesado Scarlatti, que venía buscar un traje, qué cosa era el universo. El pesado lo miró y le dijo: *Váyase a la mierda*. Toshima desde entonces lo llama Mahascarlatti.

—Un Satori perfecto, un Ton-gó.

Desde el sótano llegaban rumores del ensayo de Argenti. A veces se oían los altisonantes parlamentos del protagonista, interrumpido por coros que vociferaban en los interloquios. Otras veces se oía la voz de Argenti, o el ruido de muebles arrastrándose, o carcajadas de mujeres.

Ives Castagnino empezó a tocar el piano, como una muestra de discreción. María cantó desde el fondo de un sillón oscuro:

Sombra
que oscurece la ilusión.
Pena

que se llama igual que vos.
Viento del presentimiento
que ya es un lamento
por lo que vendrá.
Miedo
del que no puede soñar
sin adivinar
que al final vendrá el dolor.

Me llevan rumbo al fracaso
huellas que nacieron antes de mis pasos.
Al fin es cada esperanza
sombra fugitiva que nunca se alcanza.

Buscar, soñar, volver a golpear
la puerta negada que no se abrirá.
Jugar con cartas marcadas,
trampas de la nada, mi vida y mi amor.

Mano
que sostiene tu puñal.
Copas
que brindan por mi final.
Vanas sombras de un espejo
que sólo es reflejo de otra voluntad.

Miedo
de sentir la humillación
de que mi dolor
venga de otro corazón.

Me llevan rumbo al fracaso
huellas que nacieron antes que mis pasos.
Al fin es cada esperanza
sombra fugitiva
que nunca se alcanza.

Buscar, soñar, volver a golpear
la puerta negada que no se abrirá.
Jugar con cartas marcadas,
trampas de la nada, mi vida y mi amor.

Cuando terminó el tango, Silvano Mansilla se acercó a la mesa de Salzman.

—Necesito preguntarle algo ahora mismo.
El ruso no dijo nada.
—¿Es verdad que Argenti se voltea a Bella Poniatowsky?

Capítulo 43

Ferenzky cerca del Polo Norte

En ciertas regiones de las islas vecinas al mar de Bering, o acaso en las costas de la península de Kamchatka, los aldeanos acostumbran a agasajar a sus escasos visitantes ofreciéndoles la posibilidad de yacer con su esposa. Los antropólogos han observado la existencia de esta tradición en numerosos grupos étnicos y no han podido evitar el asombro mundano de su prosa científica.

En el transcurso de sus viajes por Oriente, Marco Ferenzky llegó a extender su travesía hasta los hielos del Pacífico norte. En una ocasión, el pequeño barco que lo transportaba fue arrastrado por las tormentas hacia el este. Después de varias noches entre olas gigantescas y vientos demoníacos, llegaron a una pequeña isla gris cubierta de niebla. Todos resolvieron creer que era una de las Andreanof, probablemente Gareloi, Kanaga o, en el mejor de los caso, Kagalaska. Soltaron anclas cerca de la costa y luego fueron en bote hasta la playa. Contrariamente a lo que suponían, la isla estaba habitada. Los recibió un grupo de inuits muy amables y hospitalarios que en seguida los invitaron a alojarse en sus pequeñas chozas.

A marco Ferenzky le tocó en suerte ser el huésped de un hombre llamado Jako o tal vez Iskar, que vivía con su mujer en la más pequeña de todas las construcciones. El inuit conversó durante largas horas con Ferenzky en alguno de los muchos dialectos esquimales y también en ruso.

Jako explicó que la palabra *esquimal* resultaba muy ofensiva para ellos y que sólo sus enemigos la utilizaban. Aclaró que, aunque no estaba seguro, creía que la traducción al ruso más aproximada era *comedores de carne cruda o degustadores de excremento*, o *hijos de una gran puta*. Más adelante, confesó que los inuits solían mantener en secreto su verdadero nombre y usaban uno falso para la vida cotidiana.

—El señor pensará que la creencia de que el nombre forma parte de nuestro ser es indicio de salvajismo. Puede ser. El caso es que hemos llegado a percibir que si un enemigo conoce nuestro nombre real, puede aniquilarnos.

Jako lo convidó con exóticos manjares tales como muktuk, tartas de harina con grasa de foca, huevos y dulces de bayas. Resulta difícil saber a qué hora el dueño de casa ofreció a su huésped las dotaciones íntimas de su mujer.

—Ella es sumisa y obediente. Cumplirá ordenes suyas como si fuesen mías. Disfrute y ría tantas

veces como quiera. Algunos de sus dientes son hermosos. La noche es larga.

Ferenzky ya estaba bastante borracho a causa de un vodka de segunda fila que él mismo había aportado al banquete, pero, desgraciadamente, la mujer de Jako era muy fea y resultaba difícil desearla por muy alucinado que uno estuviese.

—Su oferta amistosa me honra de sobremanera. Jamás olvidare su gesto, amigo Jako o Iskar. Sin embargo, debo decir que la carne de ballena franca y el alcohol han embotado mis sentidos al punto de impedirme toda posibilidad de lujuria con su bella compañera.

—Humildemente, debo decirle que el rechazo de un homenaje como este es leído en estas regiones como una ofensa o, peor todavía, como un insulto.

—Nada más lejos de mi ánimo que molestar a un anfitrión generoso como usted. Pero hago notar que provengo de obtusas comunidades occidentales, donde la entrega temporaria de esposas resulta condenable. Prejuicios religiosos y sociales me impiden gozar de los paraísos que su esposa promete.

—Los prejuicios de occidente están demasiado lejos. Un viajero debe abrir su mente y su corazón a las costumbres de las tierras que pisa.

—Cuente con que honraré todas sus costumbres. Pero es necesario saber cual es la opinión de su mujer.

—La opinión de la esposa no es otra que la del marido. ¡Basta de excusas, amigo extranjero! ¡O se acuesta con mi mujer inmediatamente o lo ensartaré con esta lanza que suelo usar para la caza de ballenas o para enfrentar a los osos!

Ferenzky se indignó:

—¡A mi no me vas a amenazar, esquimal de mierda! Tu mujer es más fea que un susto y no me la culearía ni borracho. ¿Esta claro?

Jako atacó al visitante con su lanza. Ferenzky sacó un revolver y disparo al aire.

Los inuits y los marineros que estaban en las otras chozas llegaron al galope para tranquilizar los ánimos.

Después de algunos gritos y empujones, pudieron tranquilizar al deshonrado Jako obsequiándole una navaja de acero. Por las dudas, los tripulantes del barco resolvieron zarpar cuanto antes.

Algunos compañeros de viaje confesaron al alquimista que habían aceptado los obsequios de los lugareños y aquellas mujeres prodigaban caricias sabias en lugares muy oportunos. Ferenzky los mandó a la puta que los parió y les dijo que el amor no consistía en acertar un punto del cuerpo sino en estar cada uno con la persona adecuada.

Capítulo 44

El mozo en El Palomar

Silvano Mansilla se había dormido en el colectivo 53. Se despertó en El Palomar y se bajó a los tropezones. Le pareció que se hallaba en Castelar y empezó a caminar con la esperanza de encontrar las vías del ferrocarril. Durante la marcha tuvo un recuerdo, o tal vez un sueño.

El payaso Nicoleta enseñaba al mozo niño tocar la trompeta. La boca deformada de Mansilla no conseguía ningún sonido digno. Nicoleta castigaba cada fracaso con un coscorrón en la cabeza.

Parada en su caballo atravesó la evocación Tamara, la *écuyére*. El niño Mansilla dejó de un lado la trompeta y pasó a tener dieciocho años. Cuando Tamara desmontó se le acercó con paso ansioso.

—La amo, señora. ¿Puedo tocar su mano?

Tamara desparramó su pelo rubio por todo el circo y empezó a reír. Una hora entera duró la risa de la *écuyére*, o tal vez dos. El niño Mansilla, que ya tenía veintidós años, se tapó los oídos y cerró los ojos. Pero igual vio y oyó.

Apareció otra vez el payaso Nicoleta y empezó a besar en el cuello a Tamara mientras metía sus manos enguantadas bajo el vestido de tul. Ella respondió a las caricias. Los dos clavaron su vista en Mansilla sin dejar de manosearse.

El mozo quiso llorar pero no se atrevió. Sintió en el oído el aliento cruel de Nicoleta.

—No te metas con ella. Es mía.

Mansilla ya estaba llegando a Villa Matheu, cuando Rinaldi, el dueño del circo, pasó a su lado llevando el portafolio negro donde guardaba la plata. El mozo lo espió, lo siguió hasta la oficina y vio que escondía los billetes en el cajón de su escritorio. Esa misma noche, Mansilla, con la mayor torpeza, destrozó la puerta y despedazó el escritorio de Rinaldi a punta de hacha. Rescató el dinero de entre las astillas y lo guardó en una bolsa.

Las calles se hicieron desoladas e irreconocibles.

Silvano Mansilla tocaba un vals con la trompeta. Lo había compuesto el mismo, como homenaje a Tamara.

Nicoleta apareció con un látigo en la mano.

—Le robaste la plata a Rinaldi. Yo te vi. Tenés que saber que nunca duermo. Ahora vamos a ser socios. El trato es este: vos me das todo y yo no le cuento a Rinaldi y no te mato a latigazos. Un

acuerdo justo.

El 123 apareció en la esquina. Mansilla lo confundió con el 188 y se subió de un salto. Steven, el lanzador de cuchillos, lo estaba esperando en el último asiento.

—Te voy a enseñar los secretos de la daga.

Un rato después, cuando apenas habían pasado cuatro años, Mansilla ya era diestro en cortes, lanzamientos y pase de filo, contrafilo y punta. Era capaz de ensartar una cucaracha a una distancia de diez varas.

El 123 se agitó entre los baches de Caseros. Nicoleta despertó a Mansilla con una cachetada de payaso.

—Me dijeron que andás mirando a Tamara.

—¿Quién le dijo eso?

—Tamara. Me dijo que la espiás cuando se lava en el fuenton.

—Son mentiras.

Nicoleta tapó la cara del mozo con la almohada sucia. Mansilla empezó a morirse mientras oía los reproches del payaso.

—¿Así que te gusta mirar? Sos un degenerado.

Nicoleta empezó a acariciarlo. Un señor subió al 123 con un traje de tul: era Tamara. Con la mayor lentitud se fue sentado junto al mozo.

—Buenas noches. Soy prostituta. Mi precio, veinticinco pesos.

Mansilla vio que Tamara era fea. En la siguiente parada subió el payaso Nicoleta. El mozo arrojó del ómnibus y caminó entre los árboles de Villa Devoto. Alguien lo seguía. Mansilla quiso correr, pero se dio cuenta de que sólo tenía siete años. Una puerta se abrió. Daba a El Popular de Boedo. El mozo atendía a Bella Poniatowsky y a su esposo. Ella no lo miró en toda la noche. En represalia, Mansilla escupió en los escalopes del doctor Poniatowsky.

Después de una larga peregrinación por diferentes barriadas y colectivos nocturnos, el mozo entró en la niebla de Flores. Pero no se dio cuenta. Estaba definitivamente perdido. Sus sueños y sus recuerdos también se habían extraviado y recorrían destinos inventados o acaso pertenecientes a otras personas.

Al amanecer, llegó sin saberlo a la puerta de su casa y se sentó en el umbral a esperar el castigo del payaso Nicoleta, o de Rinaldi, o de su padre.

2 ♦

Capítulo 45

Askar y Tufik
Fragmento del *Libro de Raziel* salvado del incendio

Más allá del río Amu Daria, lejos de Samarkanda pero sin llegar a Urganch, la geografía es confusa. Los ríos son indecisos y parecen no saber en que mar morirán. Las cadenas montañosas se entreveran y los valles se suceden de modo tal que resulta muy difícil diferenciar uno de otro.

No sólo los viajeros se pierden en aquellas regiones. ~~El lector anda~~ Los propios campesinos sedentarios suelen equivocar el camino a sus casas. Sólo los conductores de caravanas muestran firmeza en el andar. Pero es porque van lejos, tan lejos que cualquier camino es bueno para ellos.

Ul Saidzhak, historiador oficial de Yangibazar en el siglo XI, ha escrito:

> *La región de los bienaventurados que describen los libros santos es, ciertamente, esta en que vivimos. Los valles son fértiles, las montañas pródigas en manantiales, los inviernos suaves y amables los estíos. Las gentes del lugar son pacíficas y se sujetan con humildad a sus bondadosos señores.*

Embajadores de otros reinos han preferido redactar informes de inverso dictamen. En todos ellos se señala la extrema pobreza de aquellas poblaciones, la asiduidad de las catástrofes naturales y la imposibilidad de registrar los asesinatos a causa de su número prodigioso.

Los hombres de la comarca no saben con certeza quién es su señor. Los grandes imperios de la China y de los zares simulan una jurisdicción que, sin embargo, no se hace patente en la vida diaria. Apenas si cada diez años, o acaso veinte, una leva, un saqueo, un tributo forzoso, da a los lugareños la señal que son parte de una nación real.

Los príncipes y khanes de las regiones cercanas son inconstantes en su dominio y sus mapas se modifican cada día.

Solo el odio pone claridad y vuelve nítidos los límites más borrosos. Allí donde las montañas o las lenguas son insuficientes, la cartografía del encono nos deja saber quien es quien. Los príncipes

intuyen esta verdad y sacralizan las controversias con sangre. Al cabo de pocos años los crímenes vuelven definitivo cualquier conflicto banal.

Después de la caída del Khan de Kipchak una minúscula dinastía se instaló en Yangibazar. Durante algunos años, los gobernantes se sucedieron en paz. Cuenta Ul Saidzhak que en el año 969 el señor de Yangibazar esperaba dos hijos de distintas concubinas. Quiso el destino que ambos nacieran la misma noche. Aunque no fue posible determinar cuál había sido primero, la preferencia del padre y luego la costumbre general ubicaron al príncipe Askar como heredero de aquel señorío. El otro niño, Tufik, fue cuidadosamente educado por su madre en la virtud y en el resentimiento.

Según los relatos oficiales, los niños se adiestraron juntos en el arte del combate, en la poesía de los árabes y en aritmética de la India. Ul Saidzhak insiste en que ambos se profesaban un gran cariño. Abundan en su texto los episodios en que uno rescata al otro de una corriente traicionera o del ataque de una bestia. También se dice que ambos se parecían extraordinariamente. En el capítulo IX de los anales de Yangibazar se aclara que Askar se diferenciaba de su hermano por tener un lunar detrás de la rodilla derecha. En el capítulo XXXVI, ese lunar —o acaso otro— pertenece a Tufik y se halla entre sus omóplatos.

Cuando murió el señor de Yangibazar, Askar tomó su puesto y enfatizó su llegada al poder con un baño de sangre. Al frente de sus crueles soldados recorrió las aldeas de sumisión más incierta y las sometió violentamente.

La leyendo agigantó aquellas atrocidades. Algunos decían que la guardia personal de Askar se alimentaba positivamente con carne humana. Otros preferían creer que quienes comían a las personas eran unos perros del Turkestán que habían sido adiestrados para la guerra.

Los tributos impuestos por el nuevo señor provocaron gran descontento. Entonces, el príncipe Tufik, inspirado por su madre, empezó a creer que él había nacido primero y se dispuso a reclamar su derecho al trono.

Junto con un grupo de nobles leales se retiró a Bukhoro y allí se declaro señor legítimo de Yangibazar. Lo acompañaba su madre y su concubina favorita, la bella Vartana. Tufik se hizo amigo de los pobres y por las noches recorría el barrio de los indigentes a quienes obsequiaba odres de vino y hogazas de pan salado.

Los partidarios póstumos de Tufik juraban que el príncipe tañía la guzla y cantaba versos íntimos. Todavía hoy, los juglares cantan una copla que se le atribuye:

Oh tú, que olvidaste al irte
apagar la brasa de mi lujuria…
Vuelve.

Askar ordenó la muerte de su hermano y envió una hueste numerosa para aniquilar a sus partidarios. Los hombres de Tufik eludieron el combate, refugiándose en las montañas y disimulando su condición de rebeldes. El propio Tufik solía disfrazarse de mendigo ciego. Su madre y su concubina guiaban sus pasos y recogían las limosnas.

La invisibilidad de sus enemigos inquietaba a Askar. Cada día se tornaba más desconfiado. Estableció recompensas para los delatores y en las puertas de su palacio se reunían cada mañana centenares y hasta miles de sicofantas que esperaban turno para denunciar a sus vecinos o familiares.

En el año 994 pasó por el camino a la China una caravana en la que viajaba el mago Tsu Wang, astrólogo oficial del Hijo del Cielo. Para salvar su vida, el mago obsequió a Askar una caja de ébano, dentro de la cual descansaba una esmeralda, o acaso un rubí. La gema tenía la propiedad de cambiar de color ante un testimonio falso. El único que podía verificar tales mudanzas era el dueño de la piedra.

Askar empezó a llevar consigo aquella caja y espiaba su contenido ante cada frase que oía. Al saber que nadie podía mentirle, abandonó toda piedad, pues el perdón se lleva mejor con la duda que con la certeza. Todos los días, al levantarse, gritaba que él era el hijo mayor de su padre y el señor indiscutido de Yangibazar. Y con un solo ojo consultaba el dictamen de la esmeralda, que acaso era un rubí.

Al comenzar el año 1000 sucedieron numerosas catástrofes. Ignorantes del calendario juliano, los pobladores de la región atribuyeron las inundaciones, las plagas, los terremotos a oscuros enojos de los dioses tártaros a los que decían adorar. Pero Tufik aprovechó la poca fe del pueblo para sugerir que los tiranos son la causa eficiente de toda calamidad. Los indoctos y los sabios aprobaron ese juicio y muchos de ellos dieron el más firme apoyo a la causa de Tufik.

Finalmente, hubo lucha. Una lucha confusa, cuyos resultados eran imposibles de apreciar. En medio del cieno de las crecidas, entre los rescoldos de bosques incendiados, encanecidos por las cenizas de los volcanes, grupos de hombres enloquecidos peleaban hasta morir, muchas veces sin saber por qué. Las lealtades y las traiciones fueron arborizándose de tal modo que nadie sabía que eran propios y quiénes forasteros.

La invasión musulmana de Abdel al Razah trajo más infortunio y más incertidumbre. En verdad, el caudillo árabe tomó Yangibazar creyendo que se trataba de Samarkanda. A pesar de las declaraciones de los prisioneros que había tomado, Abdel al Razah se mantuvo en aquella creencia durante casi dos años y se instaló en el palacio del príncipe Askar. Se autotituló visir de Samarkanda, hasta que recibió un mensaje de Tamur, el verdadero khan de Samarkanda, quien lo desafiaba a cometer sus usurpaciones en el lugar pertinente. Los musulmanes se fueron a cumplir con sus propósitos originales, pero dejaron la ciudad en ruinas. Askar volvió al palacio y, después de consultar su caja de ébano, acusó a su hermano de haber sido cómplice del invasor islámico.

Una noche, una patrulla reconoció a Tufik mendigando al borde de un abismo. Tal vez llamó la atención que un ciego pidiera limosnas en un lugar tan desolado. Inmediatamente lo apresaron. Su madre y su concubina pudieron huir, nadie sabe como.

Al enterarse, Askar ordenó la decapitación de su hermano. Los astrólogos le recordaron que ambos habían nacido la misma noche y por lo tanto recibían idéntica influencia de las estrellas. Era peligroso tentar al destino con posibles simetrías. Askar consultó a la esmeralda mágica y la piedra dio la razón a los hechiceros. Askar dispuso entonces que Tufik fuera encerrado para siempre en la prisión más secreta de todo el país. Eran unas instalaciones confusas, que no tenían nombre y cuya ubicación no era conocida ni siquiera por presos y carceleros, que eran conducidos allí con los ojos vendados.

Sofocada la rebelión, Askar debió ejercer su crueldad en ámbitos civiles. Para festejar su propia gloria tuvo la idea de construir dos palacios en las afueras de la ciudad, unidos por una ancha avenida. Hoy todavía puede vérsela como un inexplicable empedrado que no va a ninguna parte. Por el contrario, el informe del historiador oficial Ul Saidzahk fue escrito en su totalidad y describe con todo entusiasmo las amplias maravillas que no llegaron a construirse.

El palacio del norte, el más pequeño, está construido sobre una montaña artificial. En las primeras laderas crecen árboles frutales y los senderos están bordeados de estatuas, kioscos y pabellones. En la cumbre, una torre de granito sirve de sostén a una linterna cuyo fuego arde día y noche para facilitar la orientación de las caravanas.

Cuando ocurría alguna desgracia, los partidarios de Tufik veían acrecentar su esperanza de derrocar a Askar. Cada vez que un incendio destruía el barrio de los pobres, la hermosa Vartana y su anciana suegra saltaban de alegría y hacían sonar unos humildes instrumentos de percusión.

Poco a poco se fue organizando otra rebelión. Todos coincidían en que era indispensable rescatar a Tufik. El nombre del príncipe encarcelado se había convertido en un símbolo del resentimiento de los oprimidos.

En las frecuentes decapitaciones, las víctimas gritaban ¡*Tufik*!, como despedida o como insulto. A veces en la alta noche algún borracho o algún joven rebelde dejaba oír su grito desafiante.

—¡Tufik!

En el año 1011, Vartana tomó contacto con un grupo de bandoleros tártaros que mataban a las personas por algún dinero. Con gran minuciosidad planearon la muerte de Askar. Estudiaron las entradas del palacio, sobornaron a los guardias, lograron que algunas muchachas rebeldes ingresaran como concubinas y, finalmente, los tártaros se filtraron en los aposentos reales una noche en la que se celebraba un banquete.

Los conspiradores no sabían que Askar había muerto algunos meses antes, víctima de la peste. Sus generales resolvieron mantener en secreto aquel suceso y sustituyeron al príncipe fallecido por un primo que se le parecía lejanamente y sobre el cual pensaban influir del modo más terminante.

Los tártaros apuñalaron al primo sustituto y huyeron al galope. Los generales de Askar no tardaron en encontrar un nuevo primo, cuyo primer acto de gobierno fue mostrarse en las puertas del palacio y prometer la decapitación a quienes estaban haciendo correr el rumor de que el príncipe había sido asesinado.

Pasaron diez años de desgracia creciente. Los generales eran más crueles que Askar. En 1018 hubo una invasión de ratas que no retrocedían ni aun ante las lanzas del ejercito de Yangibazar. Se instalaron en la ciudad durante un año y sólo se marcharon cuando ya no quedaba ni un grano, ni un queso, ni una migaja para devorar.

En el año 1021 la madre de Tufik, la bella Vartana y un grupo de setenta soldados lograron encontrar la innominada prisión donde padecía Tufik. Los guardias se rindieron sin luchar. Eran hombres viejos que no recibían salarios ni relevos hacía muchos años.

Hallaron a Tufik en la celda más oscura. Las dos mujeres acariciaron con ternura su cuerpo esquelético.

Al poco tiempo comprendieron que aquel hombre no las reconocía. La madre recordó el lunar que lo identificaba. Buscó primero detrás de la rodilla y después entre los omóplatos. Ante los nulos resultados de aquella inspección, Vartana opinó que acaso era Askar el de los lunares.

El jefe de los carceleros puso fin a la discusión, mostrándoles una llaga horrible, una marca de fuego que decía Tufik en las regiones menos dignas del cuerpo del prisionero.

En seguida lo llevaron a un oasis cercano a Saragt y allí lo cuidaron amorosamente. Le hablaron de los pobres, de la rebelión, de los poemas y de la esperanza del pueblo. Pero a pesar de sus esfuerzos,

no pudieron conseguir que el príncipe recordara su pasado.

Unos días después, la anciana madre tomó una decisión solemne.

—Es necesario que Tufik esté al frente de la hueste vengadora… Pero también es indispensable que nuestro jefe sea diestro en la lucha y lúcido en el pensamiento. Dejemos a mi hijo aquí al cuidado de unos sirvientes y hagamos que un hombre vigoroso tome su lugar.

Esa misma noche, un primo de Tufik, que se le parecía lejanamente, ocupó su lugar. Mientas el verdadero príncipe se esfumaba de la historia, todos marchaban hacia Yangibazar gritando de valle en valle:

—¡Tufik!… Tufik ha vuelto…

En cada pueblo se les unían centenares de campesinos enloquecidos. Todos querían marchar a la capital y poner a Tufik en el trono de Askar.

Dos meses más tarde, los rebeldes pelearon la batalla final. Las tropas de Askar y sus perros de guerra no pudieron resistir.

Tufik entró al palacio en llamas. Los enemigos ya empezaban a huir. Había cadáveres por todas partes. En la más recóndita de las habitaciones, Askar fue capturado e inmediatamente llevado ante la presencia de su hermano.

Cuando los hombres estuvieron frente a frente, los testigos de aquella escena sintieron una gran emoción.

Ul Saidzhak escribió:

Los hermanos se miraron a los ojos. Seguramente recordaron los años de la infancia y la juventud. Askar debió pensar que una vez había rescatado a aquel hombre de las aguas de un arroyo. Tufik tal vez se vio a si mismo salvando a su hermano del ataque de una fiera. Todos los presentes lloraban porque sabían que detrás de los enconos estaban los lazos de la sangre que los unía fatalmente.

—¡Maten a este hombre, quien quiera que sea! —gritó Tufik.

La anciana madre y la bella Vartana gobernaron la región a través del supuesto Tufik. Les esperaba una tarea muy ardua.

En primer lugar tuvieron que decapitar a los esbirros de Askar, a sus ministros, a sus concubinas y sus partidarios en general.

La reconstrucción del palacio obligó a imponer enormes tributos.

En el sur, aparecieron rebeldes que utilizaban el nombre de Askar como grito de guerra. Fueron aplastados a sangre y fuego.

En el año 1028 sucedieron horrorosas catástrofes naturales. El pueblo no tardó en murmurar que los tiranos son la causa eficiente de todo desastre.

El historiador oficial Kalik Matuvar, que había sustituido a Ul Saidzhak, escribió:

El reinado de Tufik vino a traer paz y prosperidad a la región. Las gentes del lugar, inclinadas por la naturaleza a sujetarse a instancias superiores, cumplieron con sumisión las sabias órdenes del nuevo príncipe. Tufik, vivió hasta edad avanzada junto a su anciana madre y su amada esposa, la bella Vartana.

4
♠

Capítulo 46

Hugo Lenoir en París

Hugo Lenoir recorría las calles de París bajo la lluvia y el viento helado. Pasaba indiferente frente a las barricadas y los grupos sediciosos que cantaban canciones en contra de Luis Felipe. A veces se escondía en los portales para no llamar la atención de las patrullas de soldados que aparecían al trote, desorientados y suspicaces. En el boulevard des Capulines una muchedumbre insultaba al ministro Guizot.

Caminó por calles ~~a tientas entre~~ estrechas tratando de evitar la rue de Rivoli. Calculó que el *Palais Royal* y el frente de las Tullerías estarían llenos de soldados y agitadores. Se fue acercando de a poco a la rue Saint Honoré. Al rato se detuvo en una esquina y esperó. Amèlie Pasquier había prometido estar allí aunque el mundo se desmoronara. Oyó, a lo lejos, una canción insurrecta:

File, file au plus tôt
Ou bien sur le carreau
Nos traínerons Louis Phillipe et Guizot…

Una hora más tarde Girard, el criado de Améli, apareció temblando de frío y de miedo.

—Acompáñeme, monsieur Lenoir. Madame lo espera en un lugar seguro. Ella no se atrevió a salir a la calle.

Los hombres caminaron por veredas estrechas. Finalmente llegaron a un viejo edificio cerca del Pont Neuf. Girard se detuvo frente a una puerta del primer piso.

—Ella espera.

Hugo Lenoir saludó a su amante y se instaló junto al fuego.

—Cada vez es más difícil verte, Esta noche me costó llegar vivo.

—Tenemos poco tiempo. Debo volver a casa inmediatamente. Es posible que mi marido ya esté allí.

—Ningún funcionario dormirá en su casa esta noche. Si yo fuera tu marido me alejaría de París lo antes posible.

—Huyamos juntos. Le diré a Gerard que consiga un coche y mañana podríamos estar en casa de

mi hermano Jean Paul en Chartres.

—También podríamos quedarnos aquí —susurro Lenoir—. No conocía este refugio. ¿Qué pasó con la buhardilla de la calle d'Hauteville? ¿O es que allí solo recibes al joven Lefévre?

Ella empezó a desnudarse.

—Tú eliges, Lenoir. Una escena de celos o un breve lance amoroso. Nuestro tiempo se acaba.

Él se acercó, la acarició desvergonzadamente y le dijo con solemnidad:

—La escena de celos forma parte del lance erótico.

Luego desplegó sus vanas artes de seductor moroso. Lenoir pensaba aquella noche que la lentitud era por sí sola excitante. Madame Pasquier respondía con más impaciencia que pasión. Él lo advirtió y sintió la tentación de no complacerla. Le pareció que su placer llegaría a buen puerto de la mano de una cierta crueldad. Provocó durante largo rato a Amèlie y respondió a cada ruego con una dilación. Amèlie no pudo controlar su ansiedad.

—Por Dios, Lenoir. No lo soporto más.

Se oyeron golpes en la puerta. Girard dio la voz de alarma:

—Madame… Madame… El teniente Lefévre esta aquí e insiste en pasar.

—¡Abre de una vez o tiro la puerta abajo! —gritó Lefévre.

Lenoir llevó hasta el fin su lujuria mientras Amèlie, aterrorizada trataba de librarse de él. Los golpes en la puerta eran cada vez más fuertes.

—Ya voy… Ya voy… Un momento… Suéltame y escóndete en el armario… ¡Oh, te amo tanto!

Finalmente, oculto Lenoir y reestablecido el decoro en su persona, Amèlie Pasquier abrió la puerta al teniente Lefévre.

—¿Con quien estabas?

—Ya lo ves… Sola. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—No lo sabía. Te estuve buscando por todos tus refugios. Cuando vi a Girard en la puerta supe que te había encontrado. Tengo poco tiempo, Amèlie. Me escapé del batallón.

El teniente arrastró a madame Pasquier hasta el fatigado lecho y la amó con la furia de una tormenta breve. En el último relámpago vieron al pie de la cama a Hugo Lenoir, ya enfundado en su capa y con el sombrero en la mano.

—No quería marcharme sin saludar, madame Pasquier. Y usted, teniente Lefévre, no se moleste en vestirse…

Golpearon la puerta nuevamente.

—Madame… Madame… Su esposo, el canciller Pasquier, se encuentra aquí.

Amèlie y el teniente comenzaron a buscar su ropa. La puerta se abrió justo en el momento en que Lenoir saltaba por el balcón y ganaba la calle. La escolta del canciller le dio la voz de alto, pero huyó a toda carrera. Dobló por una calle que conducía al río y oyó disparos sin saber si provenían de las barricadas, de sus perseguidores o del dormitorio que acababa de abandonar. Por una escalera bajó hasta la orilla del Sena. Sin vacilar, se arrojó al agua y cruzó el río a nado. Le pareció oír un disparo de cañón. Ya en la orilla izquierda, corrió hasta la estación y alcanzó a subirse a un tren que salía en ese momento. Se bajo en Versailles. Allí esperó un largo rato hasta que abordó El Cuyano, que venía de Junín. En la estación Caseros se arrojó del tren y tomó el colectivo 53, que lo llevó hasta Flores. Todavía estaba empapado cuando entró en su casa de la calle Artigas.

Capítulo 47

Hugo Lenoir en Cartago
Capítulo faltante del que sólo se conservan dieciocho palabras

En las fiestas de los dioses crueles las damas suelen ser más accesibles que de costumbre. Sin embargo…

Capítulo 48

Salzman y Pablito

En aquella siesta, Salzman soñaba otra vez con la timba de las sombras. Los jugadores mostraban abiertamente las figuras de cada carta, pero mantenían oculto el lomo. El ruso tenía ante sus ojos una mano de seis cartas iguales, grises, batarazas, impenetrables.

La banca jugó su naipe boca abajo. Hubo un murmullo de ~~personajes que~~ admiración.

—Gana la casa —anunció el Tallador.

—Todavía no he jugado —objetó Salzman.

—No hace falta. No existe ninguna carta mejor que esta.

El ruso dio vuelta su juego y comprobó que ahora había lomo de los dos lados.

—Todas las cartas son iguales.

Todos rieron y el Tallador arrojó al aire el mazo entero. Llovieron cartones grises sobre la mesa.

—Claro que son todas iguales, por eso usted pierde. Su error es creer que hay diferencia, que los números y los palos significan algo. No se engañe Salzman: la carta que usted espera no existe.

La mesa de juego empezó a agrandarse y los jugadores fueron quedando cada vez más separados. Al cabo de un rato, el Tallador era un punto lejano. Cuando Salzman ya estaba solo en el mundo, alguien tocó su hombro.

—No tema. Es el universo que se está expandiendo. Aunque usted no lo crea, las estrellas se alejan de nosotros en forma continua y su velocidad es mayor a medida que aumenta la distancia. Hasta puede pensarse en constelaciones tan lejanas que escapan a velocidades cercanas a las de la luz. Para nuestra percepción daría lo mismo que no existieran.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Hubble, Edwin Hubble. Disculpe si no le doy la mano, pero yo también me estoy alejando.

Salzman experimentó un sudor cósmico. Le pareció que aquella era la verdadera y siniestra explicación del universo. Sintió en su cabeza el peso del olvido y de la ausencia.

En el sueño, o en la vigilia, sonó el timbre. Salzman se levantó. En la cocina vio a Edwin Hubble, que aún no se había ido, jugando a la perinola con el Tallador. Abrió la puerta y vio a Gladis, la bailarina de tango, con Pablito, su hijo de cinco años. Los hizo pasar y los sentó junto a Hubble, el

Tallador y la actriz norteamericana Jane Russell que se había incorporado al sueño con sus tetas enormes.

Gladis empezó a hablar y a lloriquear. Salzman no podía oírla o acaso no entendía las palabras de su amiga. En un momento, mientras Hubble y Jane Russell desaparecían bajo la mesa, Gladis empezó a hablar en castellano y le dijo que se iba a bailar a México o quizás a Singapur.

—Serán dos meses o tres, cuenta mucho. Pero no sé quién dejar a Pablito… Pensé que lo mejor sería que se quedara en tu casa.

Ella recordó alegrías del pasado. Episodios ocurridos en tiempos inconcebibles, cuando las estrellas casi podían tocarse con la mano. Jane Russell colocó al niño entre sus tetas y dijo que todos estarían muy contentos viviendo con Pablito. En ese momento se abrió la puerta del baño y salió Natalia Liberman envuelta en una toalla.

—¿Qué pasa, ruso? ¡No puedo darme una ducha sin que me llenes la casa de personas extrañas!

Gladis seguía hablando en lenguas confundidas. Cada tanto, Salzman comprendía palabras sueltas.

—Desesperación, gratitud, esperanza, regreso, dinero, amor, madre, carajo.

El Tallador juntó todas sus fichas y se fue, Al llegar a la puerta se detuvo y sentenció con gravedad profesional:

—Usted pierde otra vez, Salzman.

El ruso busco refugio en un sueño dentro de otro sueño: se encerró en la pieza con un grupo de adolescentes belgas.

Estuvo con ellas como dos días. Cuando volvió a la cocina, Gladis seguía hablando. Salzman despertó.

Pablito ya estaba viviendo con él.

—¿Sabes leer?

—No.

—¿Y los números?

—Conozco algunos.

El ruso tomó un mazo de cartas y se sentó en el suelo.

—Estos son los oros… Las copas… Las espadas… Los bastos. Este es el rey que le gana a todos. Después viene el caballo, la sota y los números. Se dan cuatro cartas…

A las doce de la noche, Salzman ya estaba jugando al mus con Pablito.

—Tengo hambre —dijo el niño.

Salzman le hizo un sándwich de pan viejo y le dio una taza de té. Volvió a sonar el timbre. Eran Manuel Mandeb y Jorge Allen que venían a invitarlo a salir con unas damas.

—¿Quién es este chico tan lindo? —preguntó Mandeb.

—Se llama Pablito… Saluda a los señores, Pablo.

El niño los miró apenas. Jorge Allen notó su desconfianza y se sentó en el suelo junto a él.

—¿Sabés cuentos?

—Si.

—¿Que cuentos?

—No se… Los siete cabritos.

—Yo conozco el de los tres pelos del culo; el del japonés que se cagó en un velorio y el de la

monja que andaba en bicicleta.

Pablito mostró un vivo interés por aquellos relatos. Mandeb intervino proponiendo adivinanzas cuya solución siempre era la misma.

Una hora más tarde se acordaron de las chicas.

—Nos ~~tratan~~ esperan en El Dorado.

—Yo no puedo ir. Tengo que cuidar a Pablito.

—Que venga con nosotros —dijo Mandeb.

—El Dorado no es un lugar para un niño de cinco años que extraña a su madre. Es el puterío más abyecto de la ciudad.

—No le va a pasar nada. Nosotros lo vamos a cuidar.

—Yo voy —dijo Pablito.

Aquella noche El Dorado era un escándalo. Los salones estaban repletos de borrachos y alucinados. La música sonaba muy fuerte, tal vez para que no se oyeran los gritos desaforados de la concurrencia. Apoyadas en la barra estaban las célebres trillizas Garcerón. Julia, Irma y Paula solían, previsiblemente, compartir sus amores. Era muy raro que salieran juntas. Las tres estaban vestidas del mismo modo indecente. Enseguida se pusieron a jugar con Pablito.

—¿De quién es este niño tan hermoso?

—Su madre se fue a bailar a Alemania con Jane Russell y yo lo estoy cuidando.

Al rato todos estaban bailando. Pablito iba de mano en mano, saltando, riendo y comiendo maníes.

Allen y Mandeb se mostraban intransigentes respecto a su preferencia por Julia y por Irma. A las Garcerón los tres le parecían iguales. Hubo un pequeño tumulto cuando Paula enganchó su vestido y quedó con el culo al aire. Salzman estaba desesperado.

—Este no es lugar para un chico de cinco años.

Un instante después dio comienzo una pelea general, conforme al protocolo del establecimiento. Salzman se escondió con Pablito en un reservado.

—Quiero ver —protestó el niño.

Las trillizas gritaban de alegría.

—¡Que noche maravillosa!

La violencia creció y Salzman sugirió la conveniencia de ganar la puerta.

—Vámonos de aquí.

—Yo quiero quedarme —insistió Pablito.

Todos huyeron a la gran carrera mientras El Dorado estallaba. En la avenida Corrientes se separaron. Allen y Mandeb se marcharon con las trillizas Garcerón a vaya saber que baile de amaneceres. Salzman, con Pablito durmiendo en sus brazos, se tomó el 132 en dirección a Flores. Al llegar, el chofer anunció que no entraría en el barrio pues la niebla de esa noche aún no se había disipado.

Salzman llevo en brazos a Pablito a través de la cerrazón. Ya estaban llegando a Artigas cuando se oyeron unos pasos siniestros.

Entra Enrique Argenti con una capucha y un revólver en la mano.

ARGENTI (*encañonando a Salzman*): Arriba las manos… Deme ese bolsón…

SALZMAN: No es un bolsón. Es un niño.

ARGENTI: Cállese imbécil… Lo estoy asaltando… Déme todo el dinero.

SALZMAN (*vaciando sus bolsillos*): No tengo más que esto.

ARGENTI (*aparte al público*): Maldición… Arriesgo mi vida y mi buen nombre por ocho pesos.

SALZMAN: Ocho con cincuenta exactamente.

ARGENTI: (*mirándolo con atención*): Espere, usted es el ruso Salzman.

SALZMAN: Así es… Y este niño es Pablito. Su madre fue a bailar a los Países bajos y yo lo estoy cuidando.

ARGENTI: No parece… Son las seis de la mañana y yo lo estoy apuntando con un revólver… Pero no tema… (*Se saca la capucha*) Soy Enrique Argenti. ¿Me recuerda?

SALZMAN: Claro que sí. Encantado de saludarlo. Pero me lo hacía teatral más que asaltante.

ARGENTI: En verdad se trata de una emergencia. Estoy debiendo mucho dinero a un prestamista implacable. Me pareció que la niebla era el escenario más adecuado para un principiante como yo.

SALZMAN: ¿Quiere que le de un consejo? Cuando se encuentre con un conocido, asáltelo igual.

ARGENTI: Tiene razón, ruso. No hay que hacer excepciones. Esta misma noche asalté al verdulero Lamensa, a mi cuñada y a usted. Tuve que perdonarlos a los tres.

SALZMAN: Por mi parte, quédese con los ocho cincuenta. La amistad es una cosa y el trabajo es otra.

ARGENTI: Estoy avergonzado. Usted sabe que soy un artista. ¿Cómo pude llegar a esto?

SALZMAN: Le voy a dar otro consejo, Argenti. No se arrepienta en medio del asalto porque lo van a cagar a trompadas.

PABLITO: (*despertando*): Tengo miedo. ¿Quién es ese señor?

SALZMAN: No te va a hacer nada. Es sólo un ladrón amigo.

ARGENTI: Bueno, si me permiten, voy a seguir con lo mío.

(*Dobla la esquina con pasos de tango y desaparece*)

En la última cuadra oyeron gritos de terror. Salzman ya estaba acostumbrado y siguió su camino. Con los brazos dormidos por el cansancio, el ruso llevó a Pablito a su cama, que era un colchón en el piso. Cuando ya estaba acostado, el niño se despertó y lloró.

—Quiero a mi mamá, ruso.

—Todavía falta para que ella vuelva, pero si querés te puedo contar un cuento.

—Bueno.

Salzman se sentó en el piso y comenzó el relato con voz dulce.

—Resulta que había un cura que decía muchas malas palabras…
Pablito se durmió enseguida.

Capítulo 49

Búsquedas

Jorge Allen caminaba en la niebla junto a Alicia, la colorada. Ella lo había esperado en la puerta de su casa y lo había acorralado en una conversación no deseada acerca de la penisneid freudiana. El poeta esperaba un hueco del discurso para escaparse, pero Alicia no hacía pausas y además iba avanzando en caricias casuales que enfatizaban los párrafos de mayor intensidad.

—El complejo de castración se enuncia en la niña como envidia del pene. Esta envidia aparece en tres sentidos… Para empezar la tipa quiere que su clítoris sea un pene… Después desea el pene de su padre. Y de postre, espera tener un hijo con él. Un hijo que viene a ser el pene en su forma simbólica.

Allen tembló. Ella siguió hablando.

Freud dice que, en el inconsciente, excrementos, dinero, regalo, niño y pene son confundidos e intercambiados, hay entre ellos una equivalencia…

Allen la besó para que se callara.

A esa misma hora, Nadine Stéfano regresaba en taxi de una fiesta en San Telmo. Una vez más estaba aburrida. Le habían bastado diez minutos para adivinar que aquella reunión estaba empantanada en una mesta de inacción teatral de la que no podía salir por más opio que se fumara. Unos jóvenes deportistas precipitaron su fuga cuando empezaron a explicarle con melifluos acentos las reglas del fútbol australiano.

Al llegar a la avenida de Mayo el tedio salió volando por la ventanilla: un taxi pasó ante ellos rumbo al oeste a toda velocidad. Nadine alcanzó a ver a un hombre maduro y apuesto en el asiento de atrás. Era su padre.

Mitad en francés y mitad en castellano ordenó al chofer que lo siguiera. La cosa no resultó nada fácil. El otro auto había tomado mucha ventaja y el taxista de Nadine no parecía muy despierto. Poco a poco ella fue tranquilizándose y hasta consideró la posibilidad de haberse equivocado.

En Rivadavia y Acoyte las distancias se acortaron. Nadine vio que el hombre era Román Stéfano sin lugar a dudas y vio también que iba acompañado de una mujer joven. Le pidió al conductor que tocara la bocina y ella misma se asomó para gritar desaforadamente. Su padre pareció escuchar. La miró con curiosidad pero no la reconoció. Tal vez estaba demasiado oscuro.

Al llegar a Boyacá se encontraron con la niebla. Nadine vio que la pareja bajaba del taxi y entraban en la cerrazón al trotecito. Ella pagó el viaje y corrió tras ellos gritando y chiflando. Al poco rato ya estaba perdida. La bruma era muy densa aquella noche. Caminó sin esperanza oyendo susurros misteriosos. Unas cuadras más adelante creyó ver dos sombras que doblaban a la derecha en la calle Artigas. Trató de apurarse pero no pudo. Un tren pasó estrepitoso frente a sus narices sin que ella pudiera verlo. Más sola que nunca cruzó la vía y siguió adelante. Tuvo miedo. Podemos pensar que gritó.

—*Oú es tu, papa?*

Un perro en llamas empezó a ladrarle. En la esquina de Aranguren vio otra vez a la pareja. Se habían detenido junto a un portal y estaban abrazados. Nadine corrió hacia ellos con desesperación. Bañada en lágrimas abrazó al hombre y lo llenó de besos. Es probable que haya dicho algunas palabras de reconocimiento:

—¡Papá! ¡Papá! ¡Aquí estas por fin!

El hombre sonrió y puso la mano en su cara.

—Podría ser su padre, es verdad. Pero no lo soy… Me llamo Jorge Allen.

Nadine se asombró pero reaccionó enseguida. Pidió perdón y recordó al poeta que ya se habían visto en alguna ocasión.

—Si, claro —dijo Allen—. Nadine Stéfano…

A su lado, Alicia la colorada, hizo notar su presencia con frases mundanas.

—Con esta oscuridad es imposible reconocer a nadie. Yo, en estas noches, saludo a todo el mundo para no pasar por mal educada. Y todos me saludan aunque no sepan quien soy. Después de todo, es lo mismo.

Sin que Alicia lo notara, Nadine tomó la mano del poeta y la llevó hasta su boca. Puso el dedo mayor entre los dientes y lo acarició con su lengua. La colorada seguía hablando. Allen la odió más que nunca y pensó que la sombra de la mala suerte seguía persiguiéndolo. Estaba por fin ante la mujer de sus sueños, pero no podía decirle nada. Dejó que sus manos hablaran por él y por debajo de la cobija de bruma tocó suavemente a Nadine para que supiera que quería estar a su lado para siempre. Ella saludó y se fue antes de que Alicia terminara su parlamento.

Hubo un minuto silencioso. El poeta comprendió que no podía quedarse allí. Buscó palabras adecuadas para despedirse sin demora, pero no las encontró. Entonces, sin decir nada, salió corriendo como alma que se la lleva el diablo, siguiendo los pasos de Nadine.

La niebla se volvió rojiza. Allen apenas podía respirar a causa de la ansiedad. Corría ciego por la calle Artigas, gritando y chistando pero sin atreverse a pronunciar el nombre de la mujer que buscaba. Él no lo sabía, pero le pasaba siempre: no podía decir los nombres de sus amantes. Los sentía en su boca como una blasfemia, como un sacrilegio o como la confesión pública de un pecado vergonzoso.

A su lado pasaban las sombras misteriosas. Le pareció cruzarse con el doctor Marcelo T. de Alvear y con el boxeador Justo Suárez, el torito de Mataderos. No les prestó atención. Tampoco se detuvo cuando un coro de mujeres desnudas le salió al paso cantando estribillos obscenos del repertorio clásico.

Se le ocurrió pensar que tal vez Nadine lo estaba buscando en ese mismo momento. Entonces volvió sobre sus pasos, doblo esquinas caprichosamente y terminó dando vueltas a la plaza, tropezando con bancos, bebederos y pequeños monumentos. Presintió con angustia que aquellos

desencuentros no eran casuales. El universo se dibuja a si mismo trazando imposibilidades. Para aprender un juego basta con saber lo que no está permitido, para intuir la tragedia de la condición humana hay que tener presentes las marcas que dejan las cadenas del tiempo, del espacio y de la lógica. Prohibido regresar a la infancia, prohibido estar al mismo tiempo en Bragado y Samarcanda, prohibido ser y no ser una cosa. Jorge Allen tuvo miedo de que las ausencias de Nadine no fueran un simple juego caprichoso del azar, que hay te niega y mañana te da, sino una expresión de la más obstinada termodinámica: una negación absoluta y eterna.

De pronto oyó la voz de Alicia. La colorada lo había estado siguiendo. Allen pensó que las demasiadas puertas abiertas no hacían más que enfatizar la frustración de la puerta cerrada. Ello lo abrazó y tal vez se amaron en la plaza, pero la percepción y la memoria del poeta borraron el episodio. La boca de Alicia se convirtió en el aliento de Wanda, ya en otro día, en otro lugar, en otro beso.

Capítulo 50

Ferenzky en Abu Dabi

El señor Marco Ferenzky caminaba una tarde bajo el sol impiadoso de la ciudad de Abu Dabi. Vestía túnica islámica y turbante. Había perdido sus ropas occidentales jugando a los dados. Más tarde, perdió también su barco, que zarpó mientras él dormía una borrachera.

Ya no tenía dinero. Tomó por costumbre mendigar en la vecindad del palacio del ilustre Mahuammad Ibn Saud, uno de los hombres más poderosos del reino. Solía sentarse sobre una piedra en un callejón lateral. Para infundir mayor énfasis a sus solicitudes ocultaba su juventud y fortaleza afectando movimientos de ancianidad teatral.

A lo largo de los días descubrió que desde una ventana abierta en el muro gris de palacio solían mirarlo algunas muchachas. Eran todas muy jóvenes y muchas veces le arrojaban flores en tono de broma y desaparecían cuando él trataba ~~de ocultar~~ de decirles algo. Una de ellas se demoraba y lo miraba largamente. Una tarde, poco antes de las oraciones, mientras la chica lo observaba desde la ventana, Ferenzky se puso de pie, saltó con agilidad por el callejón desierto y se golpeo el pecho para que ella comprendiera que en verdad era un hombre en la flor de la edad.

Desde entonces, ella se asomaba siempre al atardecer.

Cierto día, un hombre vestido con el uniforme de los eunucos del palacio se acercó al mendigo.

—Debes acompañarme.

Ferenzky no dijo nada, y lo siguió. Se metieron por una pequeña puerta y recorrieron oscuros pasillos. Cada tanto vislumbraban resplandores de lujo a través de hendijas y portones mal cerrados. Al llegar a un pequeño patio, rodeado de fuentes, el eunuco habló en tono imperativo.

—Espera aquí. Ni se te ocurra moverte.

—¿Qué quieres de mi, señor? —preguntó Ferenzky en perfecto árabe.

—En un momento se acercará a este patio la bella Zuleika. Ella te hablará. Sé discreto: está en juego tu cabeza y la mía.

Zuleika y Ferenzky se besaron brevemente en aquel rincón. Ella le informó que era una de las veintisiete mujeres del harén de Muhammad Ibn Saud y que no había en el mundo acción tan temeraria como la que estaban llevando a cabo.

En los meses que siguieron apenas si pudieron verse tres veces.

Se amaban en silencio. Ella rogaba que prescindiera de las frases ardorosas, de las exclamaciones y de los juramentos en voz alta. Cualquier suspiro podía delatarlos. A veces, sin poder sujetar el instinto, la joven Zuleika murmuraba entre dientes una frase que señalaba el ápice de su goce:

—¡Inmundicia sobre la virilidad de los perros incircuncisos!

Ferenzky supo que la vida de un harén era un tormento para ella. Las concubinas de mayor categoría la humillaban encargándole comisiones indignas. El señor rara vez la elegía para compartir su lecho. Esto resultaba un alivio ya que el noble Muhammad Ibn Saud era detestable y sucio, pero también la ubicaba en los ínfimos escalones de un escalafón construido en virtud de las preferencias del jefe de familia.

Zuleika tañía la guzla y recitaba versos que ella misma escribía. Una noche murmuró al oído de Ferenzky estas estrofas:

Hay un nombre escrito en las dunas del desierto.
Será borrado por el viento antes de que nadie pueda leerlo.
Hay un nombre escrito en el interior de mi calavera
Y ni yo misma puedo saberlo.
Pero Alá conoce ambos nombres.

Ferenzky se enamoró y juró que la rescataría para llevarla por todo el mundo.

Una noche, el eunuco se presentó ante el mendigo. Lo encontró erguido y vistiendo un traje azul cocido en Londres. Cuando recorrían los pasillos, el alquimista sacó un revólver e informó al empleado que iba a raptar a Zuleika.

—Pensé que era solo un pobre mendigo.

—Lo soy sólo a ratos. Ahora considéreme como alguien que está armado y no le teme a nada. He ganado una fortuna a los dados. Me iré con la flor de este harén y no volveré jamás a esta ciudad.

—Te aconsejo actuar con cautela. El palacio esta lleno de guardias y no podrías salir vivo de allí. Espera a que todos se duerman. En la oscuridad y sin hacer ruido es posible que puedas llevarte a Zuleika. Yo abriré todas las puertas.

Cuando calcularon que todos dormían, Ferenzky y el eunuco entraron al harén. Un aroma de mirra lo envolvía todo. Fragmentos de luna iluminaban cortinas tenues, fuentes de agua clara, pies desnudos, rostros semivelados y cimitarras atentas al menor ruido.

Ferenzky tomó la mano de la más hermosa de las concubinas.

—Soy tu mendigo, Zuleika. Vine a raptarte.

—Me iría contigo, pero no soy Zuleika.

—¿Cómo podré reconocerla en la oscuridad?

—No lo sé. Ni siquiera nuestro ilustre señor Muhammad Ibn Saud nos distingue a unas de otras bajo el sol del mediodía.

—¿Quieres decir que las mujeres de este serrallo son todas iguales?

—Somos distintas solamente cuando un observador se empeña en ello. Llévame contigo y seré Zuleika o la que tú quieras.

Ferenzky dudó. El eunuco lo tomó bruscamente de un brazo.

—Huyamos. Alguien nos traicionó.

—¿Dónde está Zuleika?

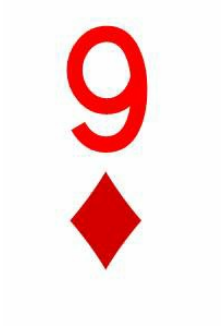
—Encerrada.

Los dos hombres buscaron la salida, pero los corredores estaban muy vigilados. Al llegar a un pequeño balcón del tercer piso, comprendieron que estaban acorralados por los esbirros de Ibn Saudi. El eunuco, ya sin fuerzas, le dijo:

—Estamos perdidos, sopló nos queda entregarnos y pedir que nos maten sin tortura.

Ferenzky lo mandó a la puta que lo parió y se arrojó al vacío. Lo recogieron unos peregrinos sirios que lo ayudaron a llegar hasta el puerto. Al día siguiente, tal vez con algunos huesos rotos, se embarcó rumbo a Alejandría en un carguero de Liberia. Una noche, sentado en la cubierta bajo la luz de las estrellas, escribió este poema:

Las noches que no transcurrieron,
Los besos jamás dados,
Las confidencias no formuladas,
Los higos que no maduraron,
Construyen otro mundo
Imposible de conocer.
Alá lo recorre a veces, para distraerse.



Capítulo 51

El fin del mundo según los kai de Nueva Guinea
Fragmento del *Libro de Raziel* salvado del incendio

Después de cumplir con su burocracia demiúrgica, el creador de Mâlengfung se retiró a un rincón lejano del cosmos y allí se durmió. Cada vez que esta divinidad se da vuelta se producen terremotos o erupciones volcánicas. Un día, Mâlengfung se levantará de su siesta y hará caer el cielo. La catástrofe pondrá fin a toda vida. El sueño del dios es liviano y particularmente sensible al ruido que hacen los pecados de los hombres, lo que significa que el fin esta cerca.

Capítulo 52

Leblanc y Hortensia

Todos los meses Hortensia Lagos recibía en su piso del boulevard Haussman unos paquetones de dólares que ya no sabía dónde guardar. Siempre había odiado a los ricos y había aprendido que demasiada prosperidad oscurece el alma. Todas las tardes salía a repartir billetes de cincuenta entre los mendigos del Palais Royal o entre los *clochards* que vivían bajo los puentes. Al regresar a su casa se sentaba en un sillón rojo que utilizaba solamente para llorar. Esta costumbre le hacía olvidar los motivos de sus llantos que siempre eran atribuidos al poder implacable del sillón.

Cuando vivía con las carmelitas de Santa Ana amueblaba sus insomnios pensando en los condenados del infierno. Se imaginaba ella misma entre los bienaventurados, abriendo a escondidas las puertas del cielo para que pudiera colarse algún reprobó. Veía las caras felices de sus compañeros santurrones y los odiaba por saltar orgullosos de coro en coro sin escuchar los gritos de sus hermanos ladrones, estafadores y criminales.

Marcel Artola no había regresado a visitarla desde la noche en que ella le había propuesto casamiento. Lo extrañaba. Escuchaba en la vitrola discos que él había comprado para ella, canciones de Trenel, de Maurice Chevallier y de Carlos Gardel.

Para no hundirse del todo en la tristeza de sus almohadones, iba, cada tanto, a bailar tangos a un salón de la place Pigalle. A veces iba al cine con alguno de sus compañeros de baile o con las muchachas que había conocido en esas reuniones. Por despecho se complacía en despertar el deseo de los hombres para luego desengañarlos.

Una noche Nannette y Adéle, dos hermanas alegres de Montmartre, la invitaron a ver la actuación del mago Leblanc en el teatro Odeón.

Hortensia aplaudía y pensaba con optimismo que acaso el mundo no era una perversa cadena de causas y efectos inexorable como decía Artola. Tal vez había algo más. Tal vez era posible soñar que las galeras se hacían palomas o que los pañuelos ocultaban mujeres en traje de fiesta o que las almas seguían viviendo después de la muerte.

Terminada la función las chicas esperaron al mago para saludarlo. Leblanc las invitó a cenar al Carroussel de la calle Fontane.

Fue una noche inolvidable. El mago las encandiló mostrando sus mejores recursos. Hizo

desparecer medio pollo con su correspondiente guarnición de puré a la reina; adivinó el nombre de las madres de las tres mujeres; sacó de su servilleta un gorrión vivo que voló espantado hacia la vidriera e intercambió, sin que ellas se dieran cuenta, algunas prendas interiores.

Anduvieron emborrachándose por una sucesión de tugurios durante toda la madrugada. Leblanc se acercaba alternativamente a una y a otra sin darle preferencia a ninguna. Al amanecer caminaron junto al río y las tres contaron sus penas y sus sueños con la esperanza infantil de que el hechicero hiciera cumplir todos sus deseos con un pase luminoso.

Leblanc se despidió y prometió que pronto volvería a verlas. Pero la única que había despertado su interés era Hortensia.

En los días siguientes, la muchacha recibió enormes cantidades de flores y de bombones. Ella dejó que Leblanc la invitara a pasear al atardecer por el *Bois de Boulogne* y le pidió que la acompañara a bailar tangos en un sótano de la isla de San Luis.

Una noche, mientras cenaban en *Le Durer* el mago se metió bajo la mesa con un pretexto cualquiera y comenzó a besar las piernas de Hortensia del modo más desvergonzado. Ella, lejos de incomodarse. Comentaba a los gritos sus sensaciones. Justo cuando llegaba al punto más alto de su atrevimiento, Leblanc detuvo sus caricias y, sin abandonar si refugio, le confesó a Hortensia su amor. Ella amainó sus risas de pública lujuria y contestó con la mayor gravedad.

—No creo que podamos ser amantes. Usted me gusta pero estoy enamorada de otra persona… Él está ausente… Hace un año que no lo veo. No piense que soy una monja… O piénselo si quiere. Pero necesario decir que mi novio puede regresar en cualquier momento. Él es un hombre amable, generoso y dulce… Pero si alguien se interpone en su camino lo hace cagar de un tiro… Quiero decir que ha matado a muchas personas y no quisiera que fuera usted una más.

Leblanc reanudó sus besos y caricias.

—Su boca me enloquece… —suspiró Hortensia—. No se detenga. Siga adelante mientras le digo que usted está corriendo un grave peligro… ¡Esta enloqueciendo a la mujer de un criminal… de un asesino… de un animal feroz!

El mago perdió totalmente la compostura y sus maniobras se tornaron escandalosas.

—¡Atrévase a meterse en mi cama y morirá! —aulló la monja—. Aunque me está pareciendo que a usted no le importa morir. ¡Quiero que muramos juntos!

Los parroquianos la miraban con estupor. Ella siguió gritando pero en castellano, usando palabras sucias que había aprendido en los suburbios de Buenos Aires.

—¡Vamos, Leblanc viejo y peludo! ¡Matémosnos de una vez, guacho de mierda!

Él la arrastró bajo la mesa y allí estuvieron un buen rato tocándose y haciéndose juramentos indecentes.

Unos camareros implacables los echaron del restaurante. Antes de ganar la calle, Leblanc hizo que se apagaran todas las luces. Los dos escaparon por el veredón oscuro y corrieron a meterse bajo las sábanas de Hortensia.

Capítulo 53

Una noche en el Club de los Suicidas (Falsificación de capítulo anterior)

La noche del solsticio de verano, el Club de los Suicidas estaba en sesión. Las cartas ya se habían repartido. El mago Leblanc paseaba por el parque solitario y aburrido, esperando que sirvieran la cena. Llevaba e n un bolsillo interior en un tres de corazones que garantizaba su supervivencia. Algunos socios tenían por costumbre guardar su carta se mataban los portadores de los comodines. Leblanc había intentado algunas veces permanecer en esa desesperante ignorancia. Nunca había podido soportar más de un cuarto de hora.

La hermandad suponía que un suicida era proclive al derroche y al desenfreno. Cada reunión cotaba una fortuna. Muchas veces se contrataba a estrellas de cine y de la música. Desde luego, se ocultaban los verdaderos fines del congreso: a la hora de las muertes sólo estaban presentes los socios.

A medianoche, en la penumbra del gran salón, Leblanc bailó unos tangos con una muchacha argentina de increíble belleza. Se llamaba Hortensia Lagos, era inteligente y misteriosa. Él se enamoró inmediatamente y con despliegues de ilusionista intentó seducirla durante largas horas. El mago comprendió que ella lo estaba rechazando del modo más encantador: contestaba sus demandas con risas, se ponía a bailar si él la abrazaba, calumniaba a Sartre para desarmar el silencio.

De todos modos, no se separaron en toda la noche. Cerca de las cinco, cuando el parque estaba lleno de borrachos, se sentaron al borde de un estanque. Leblanc presintió que ya no volvería a verla y tuvo miedo. Por primera vez un peligro lo asustó. En un arrebato, tomó las manos de Hortensia y le suplicó que lo amara. Ella no dijo nada.

Entonces, el mago mintió. Dijo que le había tocado un comodín y reclamó para sí las prerrogativas de un condenado. Ella aceptó. Se encerraron en un cuarto del primer piso y desde allí escucharon la campana que convocaba a la reunión definitiva en el fondo del jardín.

Leblanc y Hortensia caminaron en silencio y fueron los últimos en llegar. Los señores Aubry y Guizot, desde la plataforma de un pequeño templete, contaban a los presentes y daban órdenes escolares. Guizot pidió silencio y se dispuso a pronunciar unas palabras de rutina.

—Te engañé —susurro Leblanc—, en verdad me tocó el dos de diamante.

Ella lo miró con dulzura y sonrió ~~un secreto~~. El mago oyó, avergonzado, los pomposos rodeos que utilizaba Guizot para preguntar quienes tenían los comodines.

Súbitamente, Hortensia lo besó en la mejilla y caminó hacia el estrado con la mano en alto, mostrando a todos su carta del bufón, la carta de la muerte.

Leblanc huyó. A toda carrera llegó hasta su motocicleta justo a tiempo para encenderla tapar con su estruendo el sonido de los disparos.

Capítulo 54

Un posible reencuentro
(Capítulo falso)

Siempre existieron, en el barrio de Flores, unas palomas azules, nietas de aquellas del lago Estínfalo, cuyas plumas de acero caían desde lo alto y degollaban cada tanto a algún distraído. Estas aves eran adiestradas por los Brujos de Chiclana y podían, llegado el caso, cumplir comisiones diabólicas de orden secundario: arrancar ojos a los enemigos, llevar mensajes secretos, cagar sobre los manjares ajenos.

Una tarde de sol, la más rápida de las palomas se posó en la ventana de Jorge Allen. El poeta trató de espantarla con una escoba hasta que vio que el ave llevaba un rollo de papel atado torpemente a su pata de hierro. Con toda clase de precauciones y no sin que le sangraran las manos, consiguió hacerse del mensaje. Lo leyó temblando de miedo.

Señor Allen: creo que debemos encontrarnos. Confío en que ambos descubramos que ya nos conocíamos. Lo espero esta noche a las ocho en Las Violetas. Seré inconfundible. Mi nombre es Nadine.

En ese mismo momento, Nadine Stéfano recibía en su hotel a extraño mensajero. Era un hombre alto de aspecto adusto. Se limitó a poner en manos de Nadine un sobre amarillento enfatizado con lacres. Sus palabras fueron breves y apresuradas.

—Expresiones de saludo. Garantía de seriedad del mensaje. Conveniencia de concurrir, etcétera.

Nadine Stéfano recién lo leyó una hora después.

Mademoiselle Stéfano: creo que debemos encontrarnos. Confío en que ambos descubramos que ya nos conocíamos. Lo espero esta noche a las ocho en Las Violetas. Seré inconfundible. Mi nombre es Jorge.

El poeta apareció en la confitería como a las ocho y veinte. Recorrió el local con toda prolijidad sin hallar ninguna persona inconfundible. Después se instaló en una mesa cercana a la puerta. Pensó que si aquella mujer había dado el primer paso, quedaban para ella los deberes de la búsqueda. De todos modos, allá por las nueve de la noche se acercó a una morocha, que resultó llamarse Ana y estar esperando a otro señor. A las nueve y media Jorge Allen se retiró. Un mes después halló una nota sobre la cama.

Señor Allen: por razones ajenas a mi conocimiento no he podido concurrir a nuestra cita. Me permito renovarla para esta noche a las nueve en el ápice de la barranca de plaza Francia, Nadine.

En el mismo momento, Nadine salía de la ducha y veía unas palabras escritas con el dedo en la humedad del espejo.

Mademoiselle Nadine: por razones ajenas a mi conocimiento usted no concurrió a nuestra cita. Me permito renovarla para esta noche a las nueve en el ápice de la barranca de plaza Francia. Jorge.

Allen prefirió esa noche encontrarse con una dama menos fantasmal y no se acercó a plaza Francia. Nadie Stéfano no se sometía a ajenos caprichos. Jamás pensó en ir. Los mensajes siguieron apareciendo. Allen los encontró en el fondo de un plato de polenta, detrás de una vieja foto de Mario Boyé, en el escote de la menor de las hermanas Furlanetto y en el quinto capítulo de la novela Germinal de Êmile Zola. Nadine Stéfano los recibió en el interior de una *chesse cake*, grabado a cuchillo en un árbol de la calle Guido, en un barrilete azul que volaba demasiado alto y escrito en la palma de su mano derecha justo al despertar de la siesta.

Un sábado de abril fueron invitados a la misma fiesta. Allen fue con el ruso Salzman. A los diez minutos sintieron el impulso irresistible de irse. Razonaron que no existía ningún motivo para permanecer allí y al trote ganaron la puerta. Reconocieron una sensación familiar: la mezcla de alivio y desengaño que experimentaban cada vez que se iban de un lugar o renunciaban a un trabajo o dejaban a una novia.

Nadine Stéfano llegó mucho más tarde pero se fue enseguida, apurada por saber lo que venía después, en otros bailes, en otros lugares, en otras vidas. Allen y Nadine estuvieron a punto de encontrarse muchas veces, pero siempre aparecía un hecho imprevisto en el último instante.

Una tarde ella decidió extraviarse en una calle arbolada que era tal vez Pedro Goyena. Sin saberlo llegó a la esquina de Boyacá y Juan Bautista Alberdi. El sol se ocultó y cayó la niebla, pero al paso de Nadine se despejaba un corredor de cielo limpio.

Allen se cruzó con ella en la plaza, bajo un Jacarandá que se puso violeta en pleno abril. Era nada menos que el legendario Árbol Silbador cuyas melodías solo podían oír los verdaderos enamorados. Ella y él quedaron frente a frente cuando el árbol empezaba con un vals. Por un largo rato no dijeron nada, Jorge ALlen fue el primero en hablar.

—Nadine, supongo.

Caminaron lentamente sin que la niebla se atreviera a tocarlos. Él le tomó la mano.

—Me gustaría tener algo que confesarle. Pero no hay en mi alma ni un solo secreto. Jamás pude contar nada que los demás no supieran ya.

Nadine permaneció en silencio o quizás habló, o al menos pensó en decir estas palabras:

—Nadie se confiesa sin la presencia de otro. Otro que no es simplemente el interlocutor, sino la instancia que requiere la confesión, que la impone, la valora, la juzga, la castiga, la perdona, la consuela.

Pronto llegaron a un bar que Allen no había visto nunca. Se sentaron en el rincón más oscuro. Suspendidas en el aire unas parejas misteriosas bailaban un tango. Camareras silenciosas les sirvieron un licor de fuego en cuyo interior nadaban peces de oro.

Allen y Nadine se miraban sin hablar. Pero en el silencio incómodo de aquella noche sintieron un incendio diferente y tuvieron miedo.

Un maître enmascarado les dejó la carta. Algo en ella le resultó familiar a Jorge Allen.

Nuestros postres:

- **Están en peligro**: *crema de higos bañada por delicada lluvia de soretes Mascalobién.*
- **No coman nada**: *tarta de queso de ballena con cubierta de hormigas chinas glaseadas en su propia mierda.*
- **Todo es un engaño**: *gateaux surprise relleno de arándanos de Rusia, maníes de Yucatán, nueces de España y vellos púbicos de la peluca de los Estuardo.*
- **Los espero en la esquina**: *panqueque de aserrín con peras verdes flambeadas con querosén y guarnecidos por enormes bolas de helado Laponia bañado con salsa de correquetecagas.*

En otras mesas aparecieron ilustres parroquianos fantasmales. Eric Satie, de riguroso traje gris, dormía borracheras de ajenjo. Pablo Picasso con boina de lechero tomaba apuntes de Nadine en el menú. Tyrone Power y Rita Hayworth brindaba con sidra La Farruca. Vladimir Ulianov y Rosa Luxemburgo jugaban a la generala por un alfajor. Allen y Nadine ni los miraron. Cuando la orquesta empezó a tocar un tango marcharon hacia la pista. Apenas si bailaron dos compases. Después se amaron entre las sombras, oculto por cortinas, sobre las mesas más lejanas, en un reservado, en un pasillo o quizá flotando cerca del techo mientras miraban desde lo alto la muchedumbre íntima de bailarines minuciosos atentos solamente a sus pies.

Los ojos de ella parecían rogar una palabra bienhechora que la devolviera a la seguridad burguesa de las cosas que podían nombrarse. Pero Allen no habló ni prometió, ni nombró, ni aclaró.

Un payaso apareció en el escenario y recitó:

—Belleza, gracia, misterio, fragilidad, armonía, sección áurea.

Ah, yo soñaba que X pero Y

Me hiciste creer que S pero P.

Ojos, pelo, boca, tetas, manos, piel.

El camarero enmascarado volvió a acercarse y esta vez sus palabras fueron urgentes y dramáticas.

—Ya la cagaron. Han comido, han bebido, han bailado y han amado. No hay camino de regreso. Usted, señor, ha elegido a la mujer equivocada y pagará esta elección con una catástrofe o con la

muerte. En verdad, esta dama esta prohibida porque no existe. Para existir tendría que ser otra, otra cualquiera. Lo lamento por ustedes, pero así funciona el mundo. Un final feliz sólo puede obtenerse con una renuncia.

Los amantes se fueron sin pagar y se ocultaron en la seguridad de la noche oscura. Caminaron un largo rato hasta que fueron a dar en avenidas hostiles donde él no era Allen ni ella era Nadine.

Capítulo 55

Otro posible encuentro
(Capítulo falso)

Mabel Bevilacqua condujo a Jorge Allen hasta el laberinto que los Brujos tenían en Parque Chas. Era una vasta construcción subterránea utilizada para procedimientos rituales tan confusos como la arquitectura que los cobijaba.

Al llegar a la calle Berlín, Allen peguntó a la hechicera donde comenzaba el laberinto, dado que las calles de aquel barrio forman en sí mismas un entrevero indescifrable aun para los vecinos más antiguos.

—Nadie sabe dónde empiezan las dificultades. Un pedante le respondería que el mundo es un laberinto y que toda encrucijada implica una elección y una renuncia. Si quiere que le diga la verdad, aborrezco esas astucias. Sólo sé que esta noche, si tiene suerte, va a encontrarse con una mujer. La mujer que usted mismo ha elegido en el dédalo interminable de sus deseos.

La bruja taconeaba sobre las estrechas veredas a paso de indignación.

—Apúrese por favor. No crea que me complace ver como los Brujos de Chiclana se rebajan en estas tareas propias de celestinas y alcahuetes.

—Ustedes prometieron que aquí podría encontrar por fin a Nadine.

—Los hombres siempre están corriendo detrás de fantasmas.

Al rato los dos entraron en un enorme galpón. En el fondo había una puerta y una escalera descendente.

—Entre, Allen. Yo lo esperaré aquí. Será muy difícil para usted: tendrá que tomar una decisión e cada cruce.

—Venga conmigo, o déme el ovillo de Ariadna.

—Teseo engaño a Ariadna. Además yo no soy su enamorada y este es el laberinto más fácil del mundo: lo difícil es perderse, hay salidas por todas partes. No tiene centro, ni tesoro ni minotauro.

Jorge Allen empezó a recorrer las galerías. No había grandes confusiones. Cada tanto —eso sí— unos muros tapiaban corredores prohibidos. Para decepción de Allen, omnipresentes flechas de neón no dejaban de apuntar a la salida.

Cuando ya estaba empezando a aburrirse, se encontró con Mabel.

—¿Qué hace usted aquí? ¿No quedamos en que íbamos a encontrarnos en la salida?

—No lo tome tan en serio. Cualquier lugar es la salida.

—¿Y el centro? ¿Dónde esta el centro?

—También puede decirse que cualquier punto es el centro.

—¿Y Nadine?

—Parece que no vino. Si quiere podemos irnos.

—Váyase usted, yo seguiré solo.

—Tenga cuidado, el hilo de Ariadna está vivo y se desenrolla a sus espaldas señalando un regreso equivocado. A cierta hora las flechas se apagan.

—No me importa, quiero encontrarla a ella.

Allen trató de perderse. Al llegar a una pared que ocultaba un camino no permitido, el poeta espió por una hendidura. Una voz a su espalda le dijo:

—No mires. Detrás de esta pared tan endeble están los hombres que no quisiste ser. Ellos no desean otra cosa que escaparse para suplantarte y encerrarte en ese pasillo.

Jorge Allen se dio vuelta, y se encontró frente a frente con Nadine Stéfano.

—Esto quiere decir que he llegado al centro… Y este es el tesoro. No me atrevo a decir que también es el monstruo.

—Nada de eso. Los corredores se mueven, se modifican. No soy el tesoro, soy el laberinto: encontrarme es extraviarse.

Ella corrió por el pasillo y giró a la izquierda. Allen la siguió pero enseguida la perdió de vista. Pensando que había cometido un error, regresó sobre sus pasos y entonces, por primera vez, supo que se había perdido.

Capítulo 56

Allen y Nadine en el palacio Bender

Todos los días Allen rondaba por las cercanías del palacio Bender. Durante horas y horas caminaba con paso de hoja seca, guiado por vientos inflexibles, sin poder cansarse, sin poder registrar en su mente otra cosa que no fuera la esperanza de cruzarse con Nadine. No tenía un plan establecido. Confiaba en abordarla y encontrar las palabras para anudar un dialogo de seducción. Su enemiga era la ansiedad. Cada minuto que pasaba era para él la confirmación de que ese encuentro no ocurriría nunca. Muchas veces, unos desalientos agudos llegaban de improviso y lo guiaban a paso firme hacia la avenida Juan B. Justo, que era el camino de regreso. El poeta luchaba y en ocasiones se sobreponía a la fuerza de aquellos vientos receptivos. ~~El humo~~ Entonces volvía, porfiándole a su suerte, remendando sus castillos de naipes, pero sintiendo en el fondo de su boca el gusto amargo del presentimiento.

Una nochecita, Allen recorría su rutina de picaflor. Estaba a punto de tomar una decisión extrema: golpear directamente la puerta de Nadine y explicarle sus urgencias. Enseguida pensó que nadie seduce con semejantes invasiones. Además, recordó que no sabía cual era el número del apartamento. Se imaginó llamando a todas las puertas, una por una, en sucesivas e interminables humillaciones. Sofocado por la caminata, se quitó el abrigo y, después de una especie de refucilo interior, lo colgó en el perchero de la coqueta sala de Nadine Stéfano.

Se preguntó cuál de sus maniobras habría tenido aquel efecto. ¿La había conmovido encontrando palabras de mágica precisión? ¿Acaso había sido ella la que lo había atropellado? ¿Se había acordado de la foto? ¿Hasta donde habían avanzado?

Sintió el dolor de haber perdido unos momentos sagrados. La primera señal, la revelación del deseo, el estallido de la noticia. Inconcebible de la aceptación. Todos los papeles de sus recuerdos futuros habían ardido en hogueras de elipsis.

Tuvo miedo de hablar, ante el riesgo de repetir una frase ya dicha. Eligió entonces unos términos con vocación inaugural.

—Cómo será la laguna, que el chancho la cruza al trote…

Ella no dijo nada y lo sentó a su lado e un sofá. Él recordó el poema que había empezado a escribirle y lamentó no haberlo terminado. Hacia mucho tiempo que no escribía más que comienzos.

Pensó en la posibilidad de publicar un libro hecho únicamente de poemas abandonados. Nadine lo besó e los labios y empezaron a sonar todas las campanas de Palermo.

Ella dijo, o se olvidó de decir, que lo había esperado y que mil zíngaros lo habían visto en sus manos. Después abrió una cajita y sacó un montón de cartas españolas pertenecientes a distintos mazos. Todas eran el caballo de espadas. Nadine las arrojó al aire para que cayeran sobre el poeta.

La pasión interrumpió en la noche. Jorge Allen, asombrado, no pudo evita un estallido de estupor.

—¡Dios mío!

Nadine Stéfano, ya quitándose la ropa pronunció unas palabras que, mucho tiempo después, Allen repetía con exactitud: *Un ángel salvaje se ha aparecido, el ángel de la juventud y de la belleza mortal, un mensajero de las justas cortes de la vida, para abrirle de par en par en un instante de éxtasis las puertas de todos los caminos del error y la gloria. ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante!*

Allen, perdida toda discreción, gritó que no valía la pena vivir si no se era el hombre que ella había elegido, el que podía prevalecer sobre cualquier otra tentación. Nadine saltó sobre el poeta y recitó con alientos del cielo el parlamento siguiente: *¡Cuando él no esta conmigo todo se borra delante de mis ojos, y el mundo vuelve a la nada! ¡Cuando él esconde su voz, la tierra es un cementerio de la música!*

De repente la puerta se abrió y apareció, en el esplendor de su locura, Natalio Calvani, el escultor.

—¡Así te quería encontrar, puta de mierda!… No se para qué me molesto en amenazarte si de todos modos hacés lo que te viene en gana… ¡Ah, pero es la última vez!… ¡Ahora vas a ver hasta dónde puedo llegar! ¡Haré tronar mi furia con un acto de una naturaleza tal que no podrás olvidarlo en toda tu vida!

Calvani rompió un florero contra la pared y enseguida aclaró que aquel no era el acto prometido. Después dio comienzo a un aullido prolongado que lo acompaño mientas cerraba la puerta y se marchaba al tranco por el pasillo.

Allen y Nadine no dejaron de abrazarse. Él le preguntó si no tenía miedo de aquel hombre. Ella tal vez pronunció estas palabras: *las mujeres han sido hasta ahora tratadas por los hombres como pájaros que, caídos de las alturas, se han extraviado entre ellos: como algo delicado, frágil, agreste, extraño, dulce, maravilloso… pero también como algo que hay que encerrar en una jaula por temor a que se escape.*

Después tomó las manos del poeta y lo llevó hasta el pie de su cama.

Él sintió el calor de una llama.

—Te amo —murmuró.

Según Jorge Allen, ella también dijo que lo amaba.

Un poco de humo negro entró por debajo de la puerta. Cuando ya caían sobre el lecho, oyeron gritos.

—¡Fuego!… ¡Fuego!

El palacio Bender se estaba incendiando. Un resplandor apareció en la ventana.

—Vamos —dijo Allen—, hemos incendiado la casa.

Ella lo besó una vez más y empezó a empacar sus cosas. Él resolvió aceptar la demora aparentando la mayor tranquilidad, aun cuando su verdadero impulso fuera huir a la gran carrera y dar

gritos de terror.

Nadine no tardó mucho. Sin embargo, cuando salieron al pasillo vieron que todo el edificio ardía. El humo se había vuelto espeso y caliente. Era imposible respirar. Unos bomberos se acercaron a ellos para ayudarlos a salir. Allen vio que Nadine, sin soltar sus valijas, se perdía dejando atrás cortinas de llamas. Él quiso llamarla pero el humo clausuró su garganta. Viéndolo un poco tambaleante, el bombero que corría a su lado lo alzó en brazos y lo dejó en la puerta, sentado en el suelo, tosiendo y expuesto al juicio burlón de los mirones. Con un esfuerzo humillante pudo gritar el nombre de la mujer más hermosa del mundo.

—¡Nadine!

Pero las cobijas ahogaron su voz. Había vuelto a suceder. Quién sabe cuantas horas o cuantos días se habían salteado esta vez. Vio tirada en el piso su ropa chamuscada. Se levantó, buscó e la mesa de luz un papel arrugado y leyó:

Sin verte, sin oírte y sin tocarte
Yo sé que igual te reconocería…

Trato de continuar con otro verso, pero no pudo.

Capítulo 57

Desventuras del ruso Salzman

Una mañana golpearon violentamente la puerta de la pieza de Salzman. El ruso estaba preparando el desayuno de Pablito.

En calzoncillos, abrió la puerta y se encontró con dos señores de traje que resultaron ser abogados, o escribanos, si es que no mensajeros. Con la mayor solemnidad le informaron que Antonio Bugallo había muerto. Después le explicaron, con tediosos detalles, que el difunto había dispuesto la entrega de una suma de dinero destinada al cumplimiento de unos compromisos contraídos por Salzman y registrados, con prolijidad obscena, en unos documentos de mierda que mostraron con la mayor desvergüenza.

Salzman no dijo nada. Los notarios se marcharon y dejaron sobre la mesa un jarrón verde y setecientos pesos Después de la despedida, uno de los visitantes asomó la cabeza por la puerta entreabierta y formuló unas amenazas de última hora que enumeraban las desgracias que caerían sobre Salzman si se le ocurría la mala idea de gastarse el dinero sin esparcir las cenizas de Bugallo sobre la ciudad de Lucca.

—¿Qué hay en ese jarrón? —preguntó Pablito.

Salzman le sirvió mate cocido y contesto tiernamente:

—Un señor amigo que…

Un rato después volvió a sonar el timbre. Era Cingolani, el empleado de la dueña de la modesta habitación que Salzman alquilaba.

—Lo lamento, señor Salzman. Vengo a comunicarle que deberá abandonar esta propiedad dentro de las próximas cuarenta y ocho horas. Queda notificado.

—¿Por qué tengo que irme?

—Hay diez mil razones. Usted no paga alquiler desde hace un año, no tiene contrato, molesta a los vecinos y además, esta casa será demolida muy ponto. Sin oto particular, lo saludo atentamente.

—Necesito más tiempo —protestó Salzman—. ¿Cómo quiere que me mude en dos días? ¿Dónde voy a guardar todas mis cosas?

—Usted no tiene cosas. Los muebles, las cortinas, las cobijas y hasta la última cuchara son de la señora. Usted es u intruso, váyase de una vez.

Cingolani se fue, dando un portazo. Salzman pensó en todos los bienes que había ido perdiendo en mil mesas de juegos. No le importó, o no tenía ganas de sacar cuentas. La pereza le impidió también plantear su mudanza.

A los dos días vinieron a echarlo. Sin hacer ningún comentario, ganó la calle con Pablito agarrado a sus pantalones, una valija en una mano y en la otra el solemne jarrón con las cenizas de Bugallo. Buscó a Mandeb primero y a Jorge Allen después. No aparecían por ninguna parte. Se le ocurrió entonces pedir alojamiento a Ives Castagnino en su alegre refugio del palacio Bender. Tomaron el 34 y llegaron a Palermo cuando el sol ya estaba cayendo. Pablito estaba bastante asustado.

—¿Dónde vamos, ruso?

—A casa de un amigo que toca el piano. Te va a gustar.

—¿Es un señor bueno o es medio hijo de puta? Porque le voy a pedir que me deje tocar el piano.

A dos cuadras del palacio oyeron sirenas y vieron enormes columnas de humo. El Bender se estaba incendiando. Salzman corrió resoplando con la valija y el jarrón. En la confusión alcanzó a ver a Ives Castagnino que venía empujando un piano bastante chamuscado.

Los hombres se abrazaron y permanecieron un rato en silencio mirando las llamas.

—Fue el loco —dijo Castagnino—, el loco Calvani. Parece que discutió con la fotógrafa y ella lo dejó. Entonces el tipo desparramó nafta por todo el departamento. Algunos dicen que guardaba cohetes. En fin, se encerró adentro y encendió un fósforo. Enseguida agarró fuego el edificio entero. Por suerte pudimos salir todos… Todos, menos el loco.

—¿Y la mina?

—Como si nada. Tuvo hasta tiempo de hacer las valijas. Se fue recién en un taxi.

—Donde te vas a instalar con ese piano.

—Pensaba ir a tu casa.

—No será posible. Me echaron. Yo también estoy en la calle.

—¿Y este niño?

—Es Pablito, el hijo de Gladis, la chica que baila tango. Ella está en Bélgica o Palestina.

Pablito le preguntó a Castagnino si podía tocar el piano. El músico le dio permiso, pero lo miraba de reojo cuando el sonido era demasiado escandaloso.

Al rato comenzaron a empujar el piano (todo un Pleyel de media cola) en dirección al ferrocarril. Con gran dificultad, y a veces con la ayuda espontánea de algunos caminantes, llegaron al terraplén y se ubicaron bajo uno de los arcos de ladrillo que sostienen las vías. Castagnino fue a comprar pizza y empanadas. Al regresar dijo, dándose aires de vinculado, que había echo unas llamadas muy importantes.

Pablito se envolvió en unas frazadas y se dispusieron a pasar la noche. El músico de Palermo empezó a tocar melodías de Jerome Kern. Al rato se acercaron unas prostitutas que venían del Rosedal y unos jóvenes vagabundos del parque.

Bebieron vino y cerveza y cantaron canciones fuera de catálogo. El mismo Salzman, si soltar el jarrón con las cenizas de Bugallo, se atrevió con estas estrofas:

Yo soy un pobre reo
Sin cuento ni leyenda
No tengo quien me venda

Cariño ni ilusión.

Es mi único deseo
Pasarla en la catrera,
No tengo quien me quiera,
Si no un perro rabón.

Justo antes del alba, vieron aparecer una camioneta lamentable, con un solo farol vacilante, envuelta en ruido y humo. La manejaba Virgilio, el cajero del Satori y con él venían el pesado Scarlatti y otro señor de parecido tamaño y costumbres. Marco Ferenzky los había mandado a rescatar y les ofrecía albergue en su cabaret.

Scarlatti y su amigo subieron el piano ala camioneta y al rato todos marchaban muy contentos hacia Flores, bajo el sol del amanecer, cantando coplas obscenas acompañadas con cinismo armónico por Ives Castagnino.

Mi padre compró una estancia, trulalá.
Mi padre compró una estancia, trulalá.
Toda sembrada de nabos, trulalá
Toda sembrada de nabos, trulalá
Toda sembrada de nabos.

Capítulo 58

El mozo encuentra un circo

Silvano Mansilla caminaba por el sendero que corre entre Agronomía y las vías del Ferrocarril Urquiza. Sin embargo, el mozo estaba convencido de hallarse en Bajo Belgrano, barriada en la que debía cobrar algunas cuentas. Empezó a oscurecer. Ya absolutamente extraviado Mansilla tuvo la idea de meterse por un agujero que encontró en el alambrado. Atravesó un descampado, cayó en una zanja y finalmente se encontró con la carpa de un circo. Las luces eran tenues y al acercarse, el mozo pudo ver que se trataba de un establecimiento muy precario.

Fastidiado, pudo percibir que la cabeza le recordaba sola. Fuera de su control, las evocaciones le hicieron patente el circo de su infancia. Como si fuera a morirse, las penas, la pobreza, la crueldad y las disciplinas rigurosas pasaron al galope frente a su conciencia.

Le costó, eso sí, desprenderse de la memoria del payaso Nicoleta. Lo veía con el rebenque en la mano mientras el mozo niño temblaba de terror ante la cuerda floja. Mansilla resolvió abandonar sus cobranzas de aquella noche entró. La función estaba por la mitad. Buscó un asiento en las gradas casi desiertas. La carpa estaba llena de agujeros y era tan chica que los trapecios no podían alcanzar la altura del miedo. Un malabarista jugaba con cuatro clavas. El mozo empezó a mirarlas con aburrimiento profesional. Muy pronto se quedó dormido. Lo despertaron los gritos de un clown.

—Y ahora, queridos amigos, llega la emoción más grande de la noche. Los animales fantásticos del Gran Circo Hermanos Muñiz. Atención… ¡Que suene el tambor!… ¡A la una!… ¡A las dos!…

Las luces y la música se hicieron más intensas. Unas bestias, conducidas por ayudantes payasescos, empezaron a desfilar alrededor de la pista.

—Tiemble de terror… Los seres cuya inexistencia porfían los cientistas están aquí. Vienen para gritarnos que la paz de nuestro sueño puede incendiarse en un segundo. ¡Ay del fariseo ensordecido que cree que basta con cerrar la puerta! ¡Ay de aquel que confía en las armas endebles de la razón para oponerse al poder de los antiguos dioses! ¡Ay del gilastro engominado que presume de darwinista ante las conchudas del Open Plaza! Encabeza nuestra marcha la Quimera… Llega león y se va serpiente. Adelante, oh engendro de Tifón. Pasea tu majestad ante nuestro estupor, tú que asolaste los campos de Pátara…

Una explosión de fuego salió de la boca del animal. Mansilla se estremeció.

—Le sigue el Centauro, hijo de una nube, galopador lujurioso, borracho ritual, raptor de Mnesímaca… Canta para nosotros, oh jinete de ti mismo…

Pulsando una cítara, la parte humana de aquella bestia arrancó un aire de milonga.

Ay, vino del infortunio
Ay, flechas de los Lapitas
Ay, siniestro plenilunio
Ay, hermano Piritoó
Ay, Hipodamia bendita
La puta que los parió.

El clown dio paso a un nuevo monstruo.

—Aquí viene el Dragón desde la Luna. En su estómago arde un volcán. Es la maldad, es el demonio, pero también es la sabiduría. El hombre docto es un dragón que arde por dentro. Madres: cuidad a vuestras hijas virginales, pues este batracio infame se come cuatro por día.

Detrás del Dragón apareció la Esfinge con su rostro de mujer y su cuerpo leonino. Dando muestras de la mayor fatiga se acercó a las primeras filas y formuló el siguiente enigma:

—Son dos hermanas y cada una engendra a la otra.

Nadie contestó.

—¡Imbéciles! —dijo la Esfinge—. En mis tiempos me comía a quienes no sabían responder. Las dos hermanas son el día y la noche. El día es femenino en griego.

El público no le prestó atención. El desfile se hizo más veloz. Al trote entraban la Hidra de Lerna con sus nueve cabezas; el águila de Prometeo; Equidna, la mujer serpiente; el implacable Sibaris; Leucipa, la yegua blanca; el arrastrado Catoblepas; el Behemoth, bebedor de Jordanes; el león de Nemea; las aves del lago Estínfalo; el lobo Fenrir que se comerá a Odin; Sleipnir, el caballo de ocho patas; Escila, con veinte cachorros colgándole del vientre; la perra Cerbero, con sus tres cabezas de leona, de lince y de cerda goteando de sus bocas la saliva mágica que hace crecer flores curativas; el ave Garuda, que explica en sánscrito la duración inconcebible de los días de Brahma; el ave Fénix, aburrida de puro inmortal; el gato Palug; el heráldico Unicornio con su cuerno negro duro como el hierro; Asterión, con su cabeza de toro; el Ciervo Blanco que se apareció a San Huberto con una cruz en las astas; los perros de Gabriel, que persiguen a las almas no bautizadas; el Toro Alado de Asiría; las nueve Sirenas con alas de pájaro; la Corza de los pies de bronce; el jabalí de Erimato; el Pájaro Ardiente de los desiertos chinos; los Cuervos Escrutadores que viven en los hombros de Odín; el Hipogrifo de Calderón; el durmiente Kraken; Jormungandr, la serpiente mundial; el Tiamat; la Mulánima y la Chancha sin Cabeza.

El clown empezó a hablar en lenguas desconocidas. Masilla, un poco mareado, volvió a enfrentarse con recuerdos usurpadores. Vio una docena de réplicas de sí mismo ejerciendo sin fortuna todos los oficios del circo. Jóvenes Mansilla tragaban fuego, lanzaban cuchillos, practicaban el arte de malabar, domaban fieras y oscilaban en los trapecios. Insistente, volvió la imagen de Nicoleta. Ahora el payaso ~~le inspira~~ moría manchando los dedos del mozo con el polvo de su maquillaje.

La música se hizo ensordecedora. Mansilla se asustó, o quizá despertó. Las luces se apagaron por completo. En la oscuridad apareció la noche clara a través de las rajaduras de la carpa. El clown, ya

sin fe, siguió con su discurso.

—Nadie se asusta… Nadie se ríe… Nadie se conmueve… Ay, amigos… Queremos algo y no lo conseguimos. Así se escriben todos los poemas.

Un viento misterioso hizo volar la carpa y entonces irrumpió la luz banal de la pieza de Mansilla. El mozo se desprendió de sus cobijas y después de haber saltado toda la noche de un sueño a otro, despertó por última vez sin sabe quien era ni por qué estaba llorando.

Capítulo 59

Títeres
Falsificación del capítulo anterior

Silvano Mansilla Caminaba por el sendero que corre entre Agronomía y las vías del Ferrocarril Urquiza. Sin embargo, el mozo estaba convencido de hallarse en Bajo Belgrano, barriada en la que debía cobrar algunas cuentas. Empezó a oscurecer. Ya absolutamente extraviado Mansilla tuvo la idea de meterse por un agujero que encontró en el alambrado. Atravesó un descampado, cayó en una zanja y finalmente se encontró con un pequeño teatro de marionetas. Ante el público escaso y melancólico se desarrollaba una humilde representación. En el escenario, un príncipe dialogaba con su amada. En el fondo, toscamente dibujado, se veía un palacio. Un biombo de madera ocultaba a los titiriteros y a los músicos.

—Habremos de morir, hermosa mía. Apenas queda tiempo para un beso. El inmortal es tosco y perezoso, y yo prefiero morir si ese es el precio del afán, de la furia y del deseo.

—Yo soy inmortal pues soy casada y sin amor. El tiempo es el anhelo.

Estoy fuera del río de las horas. Yo sé que usted se va y que yo me quedo.

—Bésame de una vez.

—Por Dios… No puedo.

Mansilla se sentó sobre una piedra. En el escenario el príncipe insistía. Cada tanto se dirigía al público pidiendo su intervención para convencer a la muchachada. El mozo fue el único en gritar.

—¡Que lo bese!

Aparecieron otros personajes: el sirviente cínico, el marido carnudo, la vecina chismosa, el viejo gruñón, el médico sabiondo y el militar inescrupuloso. Mansilla perdió pie en las complicaciones de la trama. Le pareció que todos hablaban en lenguas desconocidas. Al rato se durmió.

En algún momento, la trompeta hizo sonar su nota más aguda. El biombo se derrumbó y tras las precarias instalaciones quedó a la vista un palacio verdadero con sus jardines, sus fuentes, sus caminos de grava, sus estatuas de mármol. Sentada bajo una pérgola estaba la princesa que no era otra que Bella Poniatowsky. Mansilla avanzó y se detuvo frente a ella. Allí permaneció largos minutos. Bella se levantó y los dos pasearon del brazo por el parque. Recorrieron senderos geométricos en cuyas orillas crecían árboles exóticos. A veces se detenían a leer los carteles que botánicos

minuciosos había escrito junto a cada planta. Una escuadra de luciérnagas los alumbró por un rato. Reluciendo sobre un banco encontraron una trompeta acaso olvidada por los músicos. Mansilla tocó la canción que había escrito para Bella. Después se perdieron a propósito, eligiendo siempre el menos prometedor de los senderos e cada encrucijada.

Cruzaron gravemente un puente de hierro y pasaron a territorios más agrestes, ayunos de toda simetría. Los yuyos dificultaban su marcha. Las luciérnagas se apagaron. El mozo estaba muy emocionado, pero no se atrevió a decir nada. Cuando ya empezaba a sentir un poco de miedo, vislumbraron unas tenues luces en el fondo del descampado. Al acercarse se encontraron con un humilde teatro de marionetas. Se sentaron en el piso y miraron la función. Un muñeco vestido de clown cantaba un vals sentimental. Al terminar, Bella y Mansilla aplaudieron con el mayor entusiasmo. El títere agradeció.

—Todos se asustan… Todos se ríen… Todos se emocionan. ¡Ay, amigos! Deseamos algo y lo conseguimos. Así no se escribe ningún poema.

El telón se cerró. Todo quedó a oscuras. Bella Poniatowsky desapareció. El mozo corrió a buscarla detrás de la cortina. Pero al descorrerla irrumpió la luz banal de la pieza de Mansilla. El mozo se desprendió de sus cobijas y después de haber saltado toda la noche de un sueño a otro, despertó por última vez sin sabe quien era ni por qué estaba llorando.

4
♣

Capítulo 60

El casamiento de Hortensia

Jean Leblanc y Hortensia Lagos se casaron en la iglesia de Sacré Coeur y se fueron a vivir a Chantilly, donde el mago tenía una casa de campo. El jamás preguntó nada sobre el antiguo amante de Hortensia. Ni siquiera sabía su nombre.

La vida familiar le resultaba un poco aburrida. Una tarde encontró en un armario aquella valija de cartón que contenía el libro mágico que había comprado por doscientos francos en una timba del barrio Latino. Lo examinó durante varias horas y descubrió dos cosas que despertaron su interés: para empezar, muchos capítulos enseñaban secretos de la magia. Pero además, era un libro amenazante que prometía poder y al mismo tiempo desgracia. Se acostumbró a llevar el maletín a todas partes y convirtió aquellos papeles en su posesión más preciada.

Cada tanto organizaba temporadas teatrales en París. Durante esos períodos aprovechaba involucrarse en peleas, acrobacias y conspiraciones anarquistas.

Una madrugada, cuando se hallaba tendido en una escalera de Montmartre a causa de una pelea con motociclistas, volvió a encararlo el señor Schultz, o quizás Schwartz, aquel hombrecillo insignificante que lo había asociado al Circulo de protección y venganza.

—Círculo del Trébol, buenas noches —saludó el individuo mientras mostraba una baraja—. Vengo a traer una orden para usted. Déjeme ver… Tenemos un caso difícil. Una institución japonesa tiene acuerdos con nosotros y nos pide que cumplamos una venganza que tienen atrasada. Ellos han fracasado algunas veces porque no tienen suficiente personal en París y además se trata de un tipo difícil. Aquí le dejo un sobre, adentro están las instrucciones y los datos que usted va a necesitar.

Firme aquí, por favor.

Leblanc hizo un garabato en un plantilla y volvió a desparramarse en la escalera. Schultz, o quizás Schwartz, saludó y se fue.

Horas más tarde, en su camarín del teatro Odeón, el mago leyó las instrucciones y vio el nombre de la persona que tenía que matar: Marcel Artola.

El asunto no le interesó en absoluto. Tiró los papales a la basura y empezó a vestirse para la función.

Por aquellos días Artola regresaba a Marsella después de un viaje de placer en su barco, el *Côte*

d'Ivore. El fiel Renard fue a recibirlo al puerto y le dijo con voz de actor de comedia:

—Hortensia se casó.

Artola empezó a recorrer el camino humillante del enamorado en desgracia. Se maldijo por haber abandonado a la mujer de su vida y juró recuperarla. Visitó a todas las brujas de Marsella. Se hizo preparar filtros amorosos y piedras magnéticas para que Hortensia dejara al mago y fuera hacia él. Escribió cartas de amor pero ella no le contestó nunca. Obligó a sus hombres a informarlo diariamente de todo lo que ocurría en casa de los Leblanc. Después, un poco perplejo porque sus deseos no se cumplían, envió al mago unas tarjetas de amenaza muy formales, confiando en que el miedo iba a producir su efecto sin necesidad de involucrarse en una enemistad personal.

París, 15 de junio.

Señor Leblanc:

Usted ha tenido la mala fortuna de casarse con la mujer que yo había elegido para mí. Habiendo agotado los procedimientos usuales para modificar esta situación, no me queda otra alternativa que matarlo como a un perro. Este aviso no es un gesto noble sino parte de mi venganza.

Suyo, Marcel Artola.

Leblanc contestó enseguida, en términos igualmente ceremoniosos.

Chantilly, 20 de junio.

Artola:

Conozco su nombre desde hace algún tiempo cuando mis socios del Círculo del Trébol me dieron instrucciones de matarlo. Recién ahora me entero que usted es el mismo que importunaba a mi esposa antes de que nos conociéramos. Si a estos detalles agregamos su amable amenaza del día 15, no hallamos ante tres estímulos fortísimos para asesinarlo. Sin embargo, le daré, por desprecio, la siguiente ventaja: no haré nada contra usted y lo desafío a que venga a matarme donde quiera. Soy muy aficionado a peligros de toda índole. Le pido por favor que no me decepcione.

Leblanc

Después de las cartas no sucedió nada. Pero cuando nació Kristine, la hija del matrimonio Leblanc, Artola enloqueció. Desde entonces, casi nunca se lo vio con mujeres. Andaba borracho todo el tiempo y lo único que lo entusiasmaba era la idea de matar al mago.

Una o dos veces envió a sus matones para que le dieran la salsa y le hicieran saber, entre un golpe y otro, que lo estaban fajando por cuenta del marsellés enamorado de Hortensia.

Leblanc estaba entusiasmado: un desconocido lo había atacado a balazos en el tren de la *Côte d'Azur*; un mes después, un automóvil Grand Paige se le vino encima en el boulevard des Capucines. Sin embargo, aquellos ataques cesaron bruscamente y resurgió el tedio.

Pasaron años, Leblanc continuó con su profesión de mago y sus felicidades domésticas en Chantilly, Kristine llegó a convertirse en una hermosa adolescente.

Pero Leblanc estaba cada vez más sombrío. Nada lo conformaba. Quizá tenían razón los que decían que el *Libro de los diez mil seres* concedía al mismo tiempo los done y la imposibilidad de disfrutarlo. Cada tanto, a modo de entretenimiento, el mago se arriesgaba en audacias vanas.

Una noche volvió a presentarse el oscuro señor Schultz, o acaso Schwartz. En términos respetuosos pero enérgicos, el sujeto reclamó el cumplimiento de los acuerdos concertados.

—No quisiera ser insistente pero debo expresar el desagrado del Círculo del Trébol. Hasta donde sabemos Marcel Artola sigue vivo. Recuerde, amigo Leblanc, que nos unen vínculos de honor.

—¿Qué harían ustedes si yo no cumpliera sus órdenes?

—Probablemente tendríamos que matarlo.

—Pero eso me quita las ganas de matar a Artola… Vea, tal vez lo asesine después de todo. Ya se va a enterar.

Schultz le dio un mes de plazo y se retiró.

Capítulo 61

Amenazas de San Pedro
Fragmento del *Libro de Raziel* salvado del incendio

El Día del Señor vendrá como un ladrón en la noche: los cielos caerán con gran estruendo y los elementos ardiendo se desharán y la tierra y todas las obras que hay en ella se quemarán.

10 ♣

Capítulo 62

Las cenizas de Bugallo

Una madrugada Salzman y Pablito se encontraban en el cabaret Satori tomando un chocolate caliente.

El ruso atendía con dificultad dos líneas de pensamiento que competían en su cerebro: una se refería a la ausencia de límites nítidos entre los estados sucesivos de un proceso; la otra era un intento de recordar con exactitud las características de su relación con Gladys, la madre del niño.

Para mayor incomodidad, Pablito insistía en hacer preguntas relacionadas con la reproducción de las personas. Salzman respondía penosamente y comprendía que no podía dar sino respuestas falsas.

—Un hombre y una mujer se enamoran y de ese amor surgen los niños.

—No puede ser.

—No —admitió Salzman—. No puede ser.

El ruso estaba exhausto. Aquella misma noche había tratado de devolver las cenizas de Bugallo y los setecientos pesos a los escribanos, pero estos renovaron sus amenazas y le juraron que si no cumplía lo pactado lo arruinarían para siempre. El jarrón verde estaba allí, sobre la mesa más oscura del cabaret. Unos sofocones de indignación lo invadieron repentinamente y se convirtieron en angustia en un instante imposible de precisar. Aparecieron imágenes intrusas: un ciclista que perdía el equilibrio por andar demasiado despacio, una mancha de humedad en la pared del colegio, una nube.

—¿Qué cosas son esas? —preguntó Pablito.

En el mostrador un borracho introdujo seis aceitunas en el escote de una rubia.

—El sexo. Esas cosas son el sexo. ¿Te acordás del cuento del mayordomo Perkins y la señora?

—¿Es el del marido que vuelve y los encuentra en la cama?

—Si. Bueno… Eso es sexo.

El borracho intentó rescatar las aceitunas del abismo.

—El borracho intentó rescatar las aceitunas del abismo.

—Eso no tiene nada que ver con los chicos, ruso. No me engañes.

—Está bien —dijo Salzman—. Te lo diré todo. No te va a gustar. Los niños están dentro de la panza de sus madres.

La rubia escupió en la cara del borracho.

Salzman sintió que su pensamiento entraba en zonas de conflicto:

¿Cuál es el límite entre lo duro y lo blando? ¿En que instante inconcebible un queso pasa de la blandura a la dureza? La solución sería establecer una zona intermedia, a la que podríamos llamar normal. ¿Pero el conflicto no estaría resuelto sino duplicado: cual es el límite entre lo duro y lo normal? ¿Cuál es el límite entre lo normal y lo blando? Salzman creyó recordar que Gladys lo amaba e inmediatamente sospechó de si mismo: tal vez una oscura patología lo llevaba a suponer que todas las mujeres lo amaban. Se le hizo patente que lo mejor era establecer nuevas zonas intermedias: la blanda normal y la normal dura. ¿Pero entonces Cuál sería el límite entre lo blando y lo blando normal? O entre lo blando normal y lo normal. O entre lo normal y lo normal duro. O entre lo normal duro y lo duro.

—¿Entonces el amor no tiene nada que ver?

El borracho alcanzó a recuperar dos aceitunas. La rubia gritó. Un marinero sacó una navaja.

—El amor tiene que ver pero no sé de que manera.

Salzman sospechó que amaba a Gladys pero enseguida recordó que una oscura patología le hacía suponer que estaba enamorado de todas las mujeres.

—Esta pelea es mucho mejor que la de El Dorado —dijo Pablito.

El viejo Ferenzky, con la mayor tranquilidad, se acercó a la mesa de Salzman, tomó el jarrón verde y lo rompió en la cabeza del borracho.

Las cenizas del finado Antonio Bugallo flotaron un rato en el aire y cubrieron el salón con lentitud volcánica.

Antes de gritar, Salzman pensó que era irremediable la creación de nuevas zonas intermedias.

Un rato después, cuando volvió el sosiego, Ferenzky, avergonzado, hizo una donación de un florero rojo que, según aseguró, había adornado el departamento de soltero del príncipe Alí Khan antes de conocer a Rita Hayworth.

—Vamos… Todos tenemos que colaborar. Juntemos a Bugallo, que era un amigo.

El piso estaba lleno de aserrín, puchos, serpentinas y porquerías de toda índole. Ferenzky, en cuatro patas, trataba de reconocer las cenizas entre la mugre.

Al cabo de un rato habían juntado casi el doble del contenido original. A Salzman no le importó ~~al principio~~ este exceso: pensó que convenía desparramar algunas impertinencias en Lucca antes que dejar parte del pobre Bugallo lejos del terruño natal. Ferenzky expresó su temor de que, en el Juicio Final, las burocracias celestiales privaran de la resurrección al viejo ferroviario en vista de lo ocurrido esa noche.

Como una hora más tarde, Mansilla se agachó detrás del mostrador y juntó cerca de cien gramos de un polvo que, después de olerlo y palparlo, le pareció perteneciente al finado. Ferenzky porfió que se trataba de jabón en polvo Relusol, pero al final aceptó incorporarlo al florero.

Ya estaba amaneciendo. Pablito dormía en un sillón. Ferenzky se acercó a Salzman.

—No pierda tiempo. No vaya a Lucca.

—Los notarios se enterarán y me demandarán. Me pidieron que presentara una constancia firmada ante un escribano. Se necesita al menos cinco testigos que declaren haberme visto espolvorear al pobre Bugallo, que en paz descanse.

—Tengo amigos en todas partes —dijo Ferenzky—. Puedo conseguirle documentos falsos de cualquier ciudad del mundo.

—¿Y que hago con las cenizas?

—Déjelas aquí. Pondremos este florero en un buen lugar y nos acordaremos de Bugallo cada vez que lo veamos.

—De todas maneras —confesó Salzman— ya me había gastado los setecientos pesos.

—Con esa plata no iba a ir muy lejos. Usted toma muchas responsabilidades, ruso. Se interesa por cualquier cosa. Deje que los muertos entierren a sus muertos.

El ruso experimentó la efímera tentación de decirle la verdad: que en realidad nada le interesaba y que un aburrimiento cósmico le borraba cualquier deseo. Pero no dijo nada.

Ferenzky volvió al ataque:

—¿Alguna vez oyó hablar del Círculo del Trébol?

Salzman no dijo nada y comprendió que estaba a punto de ser atrapado una vez más por una historia que no quería oír. Sintió un fuerte impulso de ganar la puerta y desaparecer para siempre de aquel barrio, pero al fin prefirió cerrar los ojos y pensar en otra cosa. Ferenzky interpretó este gesto como el resultado de una concentración intensa.

—Es una sociedad destinada a facilitar la venganza a personas de recursos escasos. Usted se asociaba y, en caso de verse agraviado, el resto de los integrantes se encargaban del ofensor. Cada tanto, eso sí, le tocaba participar reventando a algún desconocido. Algo así como la mafia, pero sin rentabilidad. No se sabe cual fue el origen de este grupo. Baste con decir que, en su momento, sus miembros se contaban por miles. Casi todos creemos ser víctimas de atropellos injustos y nos reconforta saber que alguien puede asistirnos en el escarmiento. Algunos pretenden que todo comenzó en la Edad Media. Se habla de un pueblo llamado Point Noir, que nadie conoce, o de la ciudad de Menton, en la Riviera Francesa. A mí me parece que todo empezó en Italia. Le voy a contar, si me permite, lo que sucedió en 1711 no lejos de Tomba di Mereto.

Salzman percibió la invasión de otro pensamiento usurpador: ¿Es el azar el nombre de nuestra ignorancia o el universo contiene episodios impredecibles?

Ferenzky adoptó un acento italiano del norte.

—El *conte Pietro Farnese* era un hombre adusto y melancólico. Vivía recluido en la *Finca dal Trifoglio*, una casa de campo rodeada de viñas. Según cuentan *sapeva cantare e tocare il violino*. Farnese era un viudo y *non aveva figli*, quiero decir que no tenía hijos. Una mañana, en la iglesia, vio a Lucía, la hermosa hija del alcalde Giuliani y se enamoró. Con la mayor timidez la fue agasajando domingo tras domingo. A veces le regalaba una rosa, o unas uvas de su finca, o una rima. Siendo un hombre mayor no se atrevía a declararle su amor abiertamente. Ella *aveva un fidanzato segreto*. Un gitano que la amaba violentamente todas las noches con el pretexto de que le enseñaba a adivinar la suerte. Pero los gitanos se fueron y Lucía quedo embarazada. Cuando le pidieron explicaciones se refugió en un silencio pertinaz, Jamás contestó a los apremios inquisidores del alcalde Giuliani. El hombre, deshonrado ante todo el pueblo, resolvió averiguar la verdad por su cuenta. Alguien le recordó las frugales atenciones del *conte* Farnese y a él le pareció que la culpabilidad de aquel hombre era evidente. Ya se sabe cómo son los padres italianos cuando un desconocido abusa de su hija.

Salzman recordó la maldición del marqués de Laplace, que sostenía que una inteligencia capaz de registrar el estado del universo en un instante cualquiera podría calcular todos los sucesos anteriores y posteriores a ese instante. Si conociéramos las fuerzas y las posiciones exactas que intervienen al arrojar los dados, los resultados de cada pase no serían secretos ni azarosos. El acento de Ferenzky

se hizo más cerrado.

—*Una notte, Giuliani si avera presentato nella finca del conte, insieme a tre-quattro fratelli e amici*. Sin demasiadas explicaciones, lo mataron a tiros. Recién entonces Lucía confesó que el verdadero padre de su hijo era un zíngaro que ya se había perdido por los caminos de Europa. Al día siguiente llegaron de Udine los primos todos del conte, dispuestos a vengar al finado. *Una vendetta, capisci*? El alcalde Giuliani no admitió su error. Con todo desparpajo insistió ante la parentela agraviada en que el *conte* Pietro había seducido a su hija valiéndose de sus perversas destrezas de nigromante. Explicó que todo el pueblo conocía su fama de brujo y de *matto*. Los primos tuvieron que permanecer en el deshonor: el alcalde tenía mucho poder. Su sola guardia personal era de cincuenta hombres. Sin embargo, con mucha paciencia, fueron preparando la venganza. Conversaron con muchos lugareños que, habiendo sido humillados, carecían de fuerza para desquitarse. Les propusieron el ya mentado sistema colectivo para rescatar la honra individual. En un año, ya eran más de doscientos. La primera tarea fue, desde luego, liquidar a Giuliani. Una tarde, una muchedumbre de enmascarados entró violentamente en el *stezzo studiolo munizipale*. Cuando vieron al alcalde, lo rociaron con aceite y lo prendieron fuego. A los primos de Farnese les pareció oportuno enfatizar el crimen dejando un diez de trébol en alusión a la casa del viejo conde.

Salzman se dijo a sí mismo que bastaba un solo punto de indeterminismo para que el universo entero fuera una lotería.

—Después siguió una larga serie de asesinatos. El grupo fue creciendo y empezó a conocérselo con el nombre de Círculo del Trébol. Pronto hubo que limitar los ingresos. Muchos de los postulantes querían vengarse de personas que ya pertenecían a la cofradía. Pasaron los años. Las absurdas imposiciones del honor fueron perdiendo importancia, pero nunca falta una persona cuya mera existencia sea para nosotros una mala noticia. El Círculo del Trébol sigue existiendo, tal vez con otros fines, o con los mismos, enmascarados por la metáfora o el eufemismo.

Salzman advirtió que estaba confundiendo a Gladys con otra bailarina que en el último instante resultó ser abogada y llamarse Claudia. Era a ella a quien amaba. Pero no estaba del todo seguro. Ahora Ferenzky parecía francés.

—En París, ya en pleno siglo XX había un grupo parecido, que tal vez era el mismo. Cometían crímenes y los firmaban con un diez de trébol. *Le Romanticisme a exercé son influence sur les jeunes hommes*. La oscura tentación de matar impulsó a muchos adolescentes enteramente ajenos a cualquier agravio a anotarse como *fréres du Circle*. Era otros tiempos, Salzman. Hoy en día, el mundo es mucho más racional.

El viejo alquimista, súbitamente polaco, tomó la mano del ruso y murmuró confidencialmente.

—Usted es un jugador. Debe saber que las barajas mienten.

Salzman pensó que, en su memoria, lo límites que separaban un amor de otro eran muy dudosos. Desaparecidas las membranas exteriores que aseguran la nitidez de las jurisdicciones, es difícil saber quién es quién. Después, mientras Ferenzky sacaba de su bolsillo un mazo cuyas cartas eran todas el diez de trébol, adivinó en sí mismo la naturaleza maldita del aficionado condenado a la equivocación o a la redundancia; a transitar por caminos atestados creyéndose solo o a extraviarse en el desierto de los cálculos mal hechos.

Cuando ya amanecía, Silvano Mansilla se acercó al jarrón rojo con una pequeña pala en la que había juntado un poco de tierrita gris. Después de vaciarla, se persignó y se fue a su casa como quien

vuelve de un velorio.

Capítulo 63

Ferenzky en el Himalaya

Las caravanas que atraviesan el Asia central suelen extraviarse con la mayor frecuencia. La sabiduría de los jefes consiste en aceptar como bueno cualquier lugar al que lleguen. Cuando alguien les pregunta adónde van, estos hombres no responden. No por reserva, como suele creerse, sino por verdadero desconocimiento.

El señor Marco Ferenzky formó parte de ~~una fe~~ una caravana que —según sus sospechas— se dirigía a Nepal. En algún lugar de la cordillera vinieron a dar con una aldea que parecía colgada de la montaña. Una constante ventisca de nieve ocultaba por completo los detalles. Los camellos, los hombres, las chozas y los peñascos eran la misma cosa en aquel lugar. Los lugareños hablaban un idioma que nadie comprendía. Sin embargo, Ferenzky empezó a dialogar en ruso con un anciano que parecía ser el más sabio de la aldea.

—Hablo todas las lenguas —dijo el hombre—. Es un don.

—También yo —mintió Ferenzky con súbito acento eslavo—. Sin embargo, no puedo entender lo que dicen sus paisanos.

—El nuestro es un idioma extraño, una mezcla. Contiene muchas palabras de significado plural. La frase *el sol está brillando* también puede entenderse como *nunca haré tal cosa* y pronunciada por un pastor significa *la tierra es pobre en peces*.

El anciano dijo que su nombre era Inn y explicó que en su lengua no había género. Hombres y mujeres usaban los mismos nombres y los objetos eran todos neutros.

—Como usted ve, el frío nos obliga a estar siempre muy cubiertos. Una mujer es igual que un hombre. Para nosotros no es muy importante la distinción. Uno puede conocer durante largos años a una persona sin saber a que sexo pertenece. Apenas si hay rumores. Lo consideramos un detalle menor, como entre ustedes podría ser el grupo sanguíneo. Solo la maternidad lo pone en evidencia.

—¿Y donde está el deseo? —preguntó Ferenzky.

—El deseo está en lo nuevo. Sólo gozamos de lo que nunca hemos hecho en el pasado. En nuestra lengua, *nuevo* es también *cumbre de placer*. Nos gusta lo recién llegado.

Inn explicó que en aquella aldea el amor era casi inexistente y que la palabra que lo designaba podía interpretarse también como una *vez cada mil años*.

—Los múltiples significados suelen conducir a una indecisión perpetua. *Suki* significa al mismo tiempo *recordar el pasado* y *esperar el futuro*. La frase *siempre voy a Lasha* se entiende también como *nunca fui a Lasha. O-tsí* es ilusión, pero también *huevos de ave y desengaño*.

Inn permaneció un largo momento en silencio y después, con un murmullo, hizo la siguiente confesión:

—La verdad es que aquí cada uno oye lo que quiere. El lenguaje es interpretativo. Los mensajes varían el trayecto y nadie se da cuenta, o nadie le importa. *Sí* es también *no*, o *quizá*. No es posible aceptar ni rechazar. Nacer es morir. Quedarse es partir.

Ahora, cuando yo le digo a mi humilde choza es suya y que me prosterno ante su dignidad de huésped, tal vez estoy diciendo que odio a los extranjeros y que su madre no es digna de lavar las sábanas de la última prostituta de Bombay. Y cuando mis hombres le dicen al jefe de la caravana que pueden pasar la noche en la aldea, también dicen con esas mismas palabras que cuando estén dormidos los mataremos a todos y nos apropiaremos de sus mercancías.

Ferenzky sintió la tentación de observar que todo lenguaje es interpretativo y que en cualquier lugar del mundo la oscuridad, el viento, la nieve y las máscaras impiden toda comunión. Sin embargo, se acercó a Inn, lo mandó a la puta que lo parió y a renglón seguido le pegó una patada en el culo. El anciano cayó de bruces en la nieve. La caravana zarpó inmediatamente. Los lugareños corrían detrás y gritaban palabras que traducidas al ruso significaban *adiós, adiós, quieran los dioses que volvamos a encontrarnos*, pero también *oh, perros trashumantes, no saldrán vivos de aquí.*

Capítulo 64

Un caserón en la calle Cachimayo

Una hora después de haber escapado del incendio del palacio Bender, Nadine Stéfano se encontraba en el bar del hotel Alvear, donde se hospedaba Luca de Vries. Ella bebía champagne mientras su amigo, con un celular demasiado ostentoso, hacía una llamada tras otra para buscarlo alojamiento. Nadine aborrecía los hoteles pero estaba acostumbrada a que otros se ocuparan por ella de los pequeños asuntos cotidianos. De Vries buscaba un lugar privado, discreto, refinado y atendido en secreto por asistentes invisibles. Lo peor es que sabía que nada iba a conformar del todo a Nadine.

De pronto apareció en el bar un hombre de notable aspecto. Llevaba un traje claro, un pañuelo en el cuello y una flor en el ojal. Todos lo saludaban con muestras de respeto. Cuando vio a Luca de Vries enarcó las cejas con sorpresa y se acercó a él.

—*Tiens, voilá… Comment allez vous, monsieur? Enchanté de vous saluer!*

—Oh, mi querido amigo… Qué sorpresa encontrarlo en este lugar.

—Vivo aquí, *mon ami*, lo difícil es no encontrarme.

De Vries le presentó a Nadine, que estaba de espaldas mirando unos cuadros.

—Te presento a Horacio Ferrer, un gran poeta argentino y tal vez el hombre que más sabe de tango en todo el mundo. Horacio… ella es Nadine Stéfano.

Ferrer la miró y su corazón salteó cuatro latidos.

—Nadine Stéfano —murmuró—. Y luego recitó:

Le queda chica la calle
Pasadas las tres
La piropea hasta el aire
Posado en su piel.

Nadine lo miró fijamente y la flor del ojal, que era amarilla, volvió roja. Los hombres recordaron viejos encuentros en París, en rincones entrañables como la vieja esclusa de la calle Crimée o la esquina muerta de la rue de Saules y rue Saint Vicent. Después hicieron un catálogo de amigos comunes y se les cansaron los ojos tratando de explicar el misterio de la belleza femenina. De Vries

explicó a Ferrer que su amiga buscaba una casa imposible. El poeta se mantuvo un rato en silencio y luego, como quien completa un último verso, se puso de pie y gritó:

—¡Ya está resuelto!

Con pasos de murga fue hasta el teléfono y habló en vos muy baja.

—La muchacha está aquí, señora. Hemos tenido mucha suerte. Ya se la envío envuelta en papel de seda.

Luego regresó con aire victorioso y plantándose ante Nadine le dijo:

—Mademoiselle, la casa más elegante de Buenos Aires está a su disposición. En la mansión de una querida amiga. Es una señora mayor, aquí entre nosotros, un poco excéntrica, pero muy agradable. Ella vive sola y la recibirá inmediatamente.

Ferrer anotó una dirección en una tarjeta azul.

—Es la calle Cachimayo, en el barrio de Caballito… No lejos de Flores. Puede instalarse ya mismo si así lo desea.

Después de unos ceremoniosos agradecimientos, Nadine y De Vries se marcharon enseguida. Ferrer volvió al octavo piso. Cuando estuvo solo en el pasillo, lanzó una carcajada, abrió los brazos y lleno de satisfacción gritó:

—*Magnifique! Magnifique!*

El caserón de la calle Cachimayo era espléndido. Nadine se instaló en unas habitaciones del primer piso. Luca de Vries la ayudó a acomodar su equipaje y luego la dejó sola con la dueña de casa.

—Puedes llamarme Madame… Yo también he vivido mucho tiempo en Francia. Ah… Si supieras lo feliz que he sido allí. No me gusta entrar en confidencias pero en aquel entonces yo tenía muchísimos amantes. No sé que sucede ahora… Los hombres de hoy son más fríos. Apropósito, si quieres traer señores a la casa, no hay ningún inconveniente. Bastará con que mantengas una cierta discreción. Me refiero a que no entren a los gritos o que vengan desnudándose desde la esquina, en fin, creo que he sido clara.

Nadine no dijo nada. Madame le prometió presentarle amigos jóvenes y llevarla a fiestas y reuniones. Después aclaró que ella no acostumbraba a recibir huéspedes pero que había resuelto hacer una excepción en homenaje a su amistad con Horacio Ferrer.

Por fin, cuando estuvo sola, la muchacha se desnudó y se desparramó en la cama. Muy pronto se quedó dormida y soñó que a espiaban, que la habitación estaba llena de cámaras, mirillas, espejos falsos y rajaduras de vichaderas. Pero enseguida su sensación se tornó más angustiosa. Tuvo la certeza de que no sólo atisbaban su desnudez sino que iban más allá. Alguien atravesaba los bordes de su ser y clavaba su vista sobre el contenido más íntimo de sus sueños. Dormida como estaba, intentó una maniobra casi imposible. Manipuló las imágenes de su siesta cambiándolas por otras más banales, o las cubrió con telones de voile, o reemplazó unas personas por otras. Sin embargo, prevaleció la clásica incompetencia del soñador. Quienes la vigilaban descubrieron esas trampas y aún otras que ella misma desconocía. El miedo vino a despertarla y a salvarle la vida.

Un susto nuevo la saludó en la vigilia. Madame apareció detrás de un biombo trayendo un servicio de té.

—Perdón, querida mía… No ha sido mi intención asustarte. Vine a ofrecerte un té de hierbas que mi padre me enseñó a preparar. Tómalo.

Madame acercó a la cama una bandeja de los tiempos del imperio en la que compadreaban

cubiertos de plata y una taza de porcelana. Nadine probó el té, que era de un color rojizo, y se comió una masa de Las Violetas. La dama seguía hablándole pero ella pensaba en su padre, en la niebla de Flores y en Jorge Allen, el hombre del incendio.

Un poco más tarde, cuando Nadine Stéfano dormía en la profundidad de los rohipnoles, Madame revisó sus pertenencias, sus papeles, sus documentos. Se rió a carcajadas al encontrarse con el filtro del desamor y luego examinó durante un largo rato una foto de Jorge Allen. Por último, con total desvergüenza, guardó en su corpiño la estrella de plata que abre todas las puertas del mundo.

Capítulo 65

En la cama con Nadine
Capítulo falso

Uno de los tormentos preferidos aplicados por los Brujos de Chiclana era una celda en cuyo interior se cumplían todos los deseos sin siquiera formularlos y —lo que es peor— sin que fuera posible detener su cumplimiento.

La víctima, después de un rato de banales apariciones, asistía a innumerables crueldades nacidas en su propio corazón. Los enemigos, los parientes, los padres sufrían tormentos que alguna vez el ocupante de la celda había deseado para ellos.

Los amantes de Nadine Stéfano han dicho que su cama, o mejor dicho, cualquier cama en la que ella se acostara, funcionaba del mismo diabólico modo: una vez saciada la ~~poética~~ lujuria, el deseo empezaba a fluir desde abismos oscuros hasta que aparecía la propia aniquilación como un sueño, como una meta inconfesable.

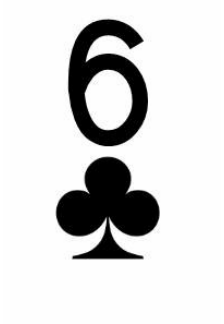
¿Pero quienes han sido verdaderamente amantes de Nadine? Los hombres que hablaban de ella no pueden dar cuenta sino de sus fantasías. Wang, el pequeño ayudante chino, ha jurado muchas veces que ella jamás tuvo un amante.

Una noche de mayo Nadine se encontró con Jorge Allen en el distrito de la niebla, en una esquina imposible de precisar. Allí le informó que iba a dejarlo. Allen permaneció en silencio, pensando en la inutilidad de cualquier pregunta. Los hombres suelen aferrarse a los romances moribundos estableciendo conversaciones de agonía, aclaraciones últimas, incisos de demora. O acaso profesan la superstición de que una palabra afortunada llegará para salvarlos del desamor a última hora.

El poeta renunció a cualquier procedimiento dilatorio. Muy pronto se dio cuenta que su dignidad era también supersticiosa y que, en secreto, estaba esperando ser recompensado por ella. Pasaron largos minutos. De pronto, turbado por la tristeza, tomó una decisión desesperada.

—No hay en el mundo un mal mayor que perderte. No hay paraísos posibles en tu ausencia. Estoy diciendo que te seguiré a cualquier parte.

En medio de la cerrazón, Allen buscó la mano de Nadine Stéfano, asombrado de su propia decisión. No encontró nada. Ella se había ido. Tal vez en ese momento. Tal vez mucho antes.



Capítulo 66

El Diablo y Artola

Cierta noche, mientras se emborrachaba en un tugurio de la *rue de la Contrascarpe*, Marcel Artola fue abordado por un desconocido de aspecto deplorable. Con un gesto, el cantinero indicó que el visitante estaba loco y que su presencia en el local era un fastidio cotidiano.

El sujeto se presentó diciendo que era el diablo en persona. Artola resolvió ahorrar el inevitable preámbulo del descreimiento y le preguntó qué quería con cierta brutalidad.

—Trate de decírmelo en quince segundos.

El diablo le mostró un formulario bastante arrugado.

—Quiero su alma, desde luego.

—Una escena clásica. Lamento defraudarlo, pero tengo todo lo que deseo, y lo que ~~lo convence~~ que no tengo no me lo puede dar ni siquiera usted.

—Digamos que ya lo sé. Pero si conversamos un rato, tal vez descubramos algo que yo pueda ofrecerle. Está claro que no será gran cosa. Su alma tampoco lo es.

—Firmaré lo que usted me diga al solo precio de que me deje en paz.

—Use esta lapicera. No se impresione por la tinta.

Artola firmó. Satanás guardó el documento en un bolsillo y luego preguntó con desgano profesional.

—¿Va a pedir algo?

—Si, creo que sí… Hortensia Lagos tiene una hija… Creo que se llama Kristine. Conviértala en la mujer más hermosa del mundo.

—¿Para qué?

—Para no desperdiciar mi alma.

—Me temo que no será posible. Kristine llegará a ser una mujer muy hermosa. Pero ya es demasiado tarde para que se la más bella del mundo: es un trabajo que hay que comenzar antes del nacimiento. Eso sí, puedo hacer que ella tenga una hija de belleza insuperable…

—Claro, tendríamos que agregar un detalle… Un detalle diabólico, si me permite ser presuntuoso.

—¿Qué detalle?

—Su hermosura debe causar la desgracia de quienes vayan a desearla.

—Siempre ocurre así de todos modos. Acepto, váyase.

—Me voy. Pero sepa que en otros tiempos la gente me temía. Usted me está tratando como a cualquier vendedor inoportuno.

Artola no dijo nada. El diablo se fue arrastrando los pies, con fastidio, con tristeza, con el cansancio de mil años de cadenas.

En aquellos días, con el *Libro de los 10.000 Sabios* en su poder, Marcel Artola renovó su interés por las cuestiones del Oriente. Descubrió que las ilustres páginas contenían enteramente los ciento veintidós tomos del Yün-chi Ch'i-eh'ien, o sea *La canasta de los libros de Nubes y las siete tiras de bambú*.

También tuvo la ocasión de consultar las recomendaciones que los criminales de la India hacían a jóvenes que se iniciaban en el delito. Conoció las ochocientas trece maneras de asesinar sin estrépito y los delicados procedimientos para sacarle el corpiño bordado en rubíes a una dama del harén del califa sin despertarla.

Artola se entusiasmó mucho cuando advirtió que los anteriores poseedores del *Libro*, incluido Leblanc, habían agregado textos de su puño y letra. Le pareció oportuno anotar la receta del Ling-chi'h, la hierba de la inmortalidad, que garantiza quinientos años de vida.

Durante el transcurso de largas noches, el pistolero se adiestró en el oscuro ejercicio de la alquimia, las matemáticas y la cría de ruiseñores. Un día se encontró unas frases escritas en los márgenes de la página que estaba leyendo el día anterior. Comprendió que alguien había tenido acceso al *Libro*. Una breve inspección le permitió descubrir enmiendas, tachaduras y comentarios, evidentemente realizados por intrusos, no sólo en esos días sino en distintas épocas. Empezó a guardar la valija bajo siete llaves, pero las inscripciones impertinentes seguían apareciendo. A veces eran burlas o insultos lisos y llanos. Tomó por costumbre responderlos y en algunas ocasiones él mismo tachó incisos o escribió malas palabras, algo que siempre le había fascinado.

En años posteriores llegó a pensar que no era nada fácil distinguir los textos legítimos de los agregados por los conspiradores.

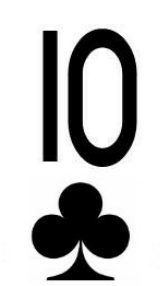
Una tarde, Marcel Artola decidió visitar a la viuda de Leblanc en su residencia de Chantilly. Pensaba sacarla de allí y llevárse con él, si era necesario por la fuerza. Fue solo. Cruzó el portón de rejas, recorrió un camino bordeado de álamos, subió los escalones del porche y golpeó la puerta principal con prepotencia. Lo atendió un secretario vestido de gris.

—Soy Marcel Artola y vengo a buscar a la señora Hortensia.

El empleado bajó la cabeza.

—La señora Hortensia murió el mes pasado.

Artola volvió por el mismo camino, con pasos muy lentos. La pequeña Kristine se asomó para mirarlo desde los escalones. Mientras el hombre se alejaba, la muchacha tomó un pedazo de carbón y escribió en la pared: *VERLO MORIR*.



Capitulo 67

La última función

Una noche de invierno, Jean Leblanc se presentaba en el teatro Trianon del boulevard Rochechouart. La sala estaba llena y el mago iba despachando sus trucos con la mayor eficacia.

Ya había hecho dormir a un bombero, volar a una señora, resucitar a un perro. Sobre su mesa se amontonaban naipes, galeras, palomas y banderas de Francia. En un rincón, como en todas las funciones, descansaba la valija de cartón que guardaba el Libro de los 10.000 Sabios.

Casi al final de la velada, anunció que iba a realizar una prueba de hipnosis.

—Necesito la colaboración de una persona del público.

Más de cien voluntarios se amontonaron en el escenario. Leblanc los alineó prolijamente.

—Solo hipnotizaré a uno de ustedes. Dejaré que los demonios que tengo a mi servicio lo elijan.

Hubo una explosión, un resplandor y luego un instante de oscuridad. Todos los postulantes habían desaparecido, menos uno. Era un hombre vigoroso que parecía provocar al mago con su sonrisa.

Leblanc se plató junto él.

—Debo advertirle, mi querido amigo, que esta experiencia puede dejarlo expuesto a situaciones ridículas. Es muy probable que todos se rían de usted. Dígame cual es su nombre.

—Me llamo Marcel Artola.

Leblanc se estremeció de entusiasmo.

—¿Esta listo?

—Lo estoy.

—Por favor, cuente. Empiece por el uno, luego el dos y después haga que cada número de la serie sea la suma de los dos anteriores. ¿Comprendió?

—Claro: uno, dos, tres, cinco, ocho, trece, veintiuno, treinta y cuatro, cincuenta y cinco, ochenta y nueve…

Artola se durmió parado y quedó rígido en medio del escenario. Leblanc empezó a darle órdenes. Lo obligó a gritar, a imitar animales indignos, a caminar en cuatro patas y a buscar petróleo con un dedo.

Como último escarnio hizo que llorara como un niño abandonado. Cuando fue despertado, Artola

estaba en el piso, con la camisa afuera y sin zapatos. El público lo ovacionaba.

El mago anunció otra prueba.

—Ahora, señor Artola, viene lo más difícil. Le haré tres preguntas. Usted contestará la verdad, pues no podrá mentirme auque se lo propusiera. Hay algo más: mi ayudante tiene en el fondo de su escote tres sobres numerados. Dentro de ellos están escritas sus respuestas. ¿Ha comprendido?

—¿Significa que usted ya sabe lo que voy a responder?

—Creo que sí.

Una rubia vestida de lamé extrajo los tres sobres del abismo.

—¿Le formularé la primera pregunta: es usted quien dice ser?

—Nadie sabe quien es —dijo Artola—, ni siquiera es posible ser una sola persona. No solo porque cambiamos, sino porque coexisten en nosotros seres diferentes que se manifiestan en forma sucesiva o simultánea.

Leblanc abrió el primer sobre, sacó una tarjeta y la entregó a su ayudante para que la leyera.

—*Ya no soy el de ayer*

Pero tampoco el de hoy.

Cuando me encuentres

Seré otro y tú también.

El mago invitó a la concurrencia a aplaudir el acierto.

—Exactamente lo que ha dicho el señor… ¿Ahora lo haremos un poco más difícil: como se gana la vida?

Hubo un silencio prolongado.

—Todas las profesiones me son provechosas. Mi bolsa se nutre del salario del juez, del carpintero, del comerciante, de la prostituta.

La rubia volvió a leer:

—*Soy un ladrón*.

El público festejó impresionado.

—¿Última pregunta: a que ha venido a este teatro?

—A matarlo.

Leblanc ya tenía el papel en la mano y sonreía con aire de triunfo. Artola sacó un revólver y le disparó tres veces. El mago cayó muerto entre aplausos, sin tiempo para proyectar en su mente ni una sola imagen de su pasado.

La ovación continuaba. Artola saludó, avanzó hacia el proscenio e improvisó unas palabras:

—Señoras, señores… He aprovechado esta oportunidad para asesinar al señor Leblanc. La función ha terminado.

Antes de irse, buscó entre los naipes, sacó un diez de trébol y lo puso sobre el cadáver. Después se apoderó de la valija que contenía el Libro y se retiró por el foro saludando. Cuando ganó la calle todavía se oían los gritos de la muchedumbre fervorosa.

Capítulo 68

Tres cartas

Carta de la señora Kristine enviada al palacio Bender y no recibida jamás por Nadine.

Querida hija:

Tus cartas, como siempre, son escasas e insatisfactorias. Estoy muy preocupada por la falta de noticias acerca de tu padre y también por tus largos silencios. Es necesario que nuestra familia se reúna de una vez. La vida es corta. La semana pasada vino a visitarme el cardenal Moreau, es un alto dignatario de la Iglesia y, según dice, conoció a tu abuela Hortensia. Al parecer está al tanto ~~de que~~ de algunos asuntos delicados que no valen la pena comentar. Me hizo preguntas sobre algunos personajes siniestros. Cuando le dije que tú estabas allí buscando a tu padre, me regaló un crucifijo y me recomendó que rezara. El caso es que consiguió asustarme. Te pido que tomes en cuenta las recomendaciones que voy a hacerte.

Ni se te ocurra tomar contacto con personas extrañas. Antes de relacionarte con alguien, investígalo a fondo para saber quién es y qué quiere. Si alguna vez alguien te habla de los Brujos de Chiclana, no dudes en salir corriendo y en esconderte sin dar una sola explicación.

Del mismo modo debes evitar cualquier cercanía con una persona llamada Marcel Artola.

Me llamó mucho la atención la noticia de que te pareció ver a tu padre junto con una mujer. Creo que esa niebla de la que hablas te ha confundido. No me parece que un romance sea la razón de su ausencia y de su silencio. Después de todo en casa siempre fuimos comprensivos con los puteríos. Escríbeme ya.

Tu madre.

Carta enviada por Nadine Stéfano a su madre desde el caserón de la calle Cachimayo, interceptada, leída y destruida por Madame.

Madre:

La vida de una persona dura sólo alrededor de una semana. Te estás vistiendo para el colegio el lunes por la mañana, tu madre está dos habitaciones más allá gritando: Vas a volver a llegar tarde, niña, y esta vez no habrá nota de disculpa de tus padres. Y para cuando intentas meter la otra pierna por la pernera del pantalón, te cuesta trabajo enderezarte porque eres una mujer de ochenta y tantos años.

Mis parientes se detuvieron y mis conocidos se olvidaron de mí. Los moradores de mi casa y mis criados me tuvieron por extraña: extraña fui yo ante sus ojos.

Nadine.

Otra carta del a señora Kristine enviada al palacio Bender y no recibida jamás por Nadine.

Hija mía:

Te he enviado telegramas y cartas. Traté de llamar por teléfono. Tu celular se burla de mí diciendo que no pertenece a ningún abonado. Y lo mismo me dicen de ese dichoso palacio Bender. Si no fuera porque conozco tus costumbres, pensaría que algo terrible te ha pasado. De cualquier manera, quiero que sepas que algunos amigos de tu padre van a andar allí. No creo que tomen contacto contigo, pues ya sé que los detestas. Además hay algunos de ellos a los que ni siquiera conoces. Estas personas te protegerán sin que tú lo sepas, y se encargarán de encontrar a tu padre y de traerlo a casa sano y salvo.

Me he enterado de que un señor Schultz, o quizás Schwartz, ha viajado a Buenos Aires para reclamarle a tu padre el pago de una deuda. No hables con él si por casualidad te lo encuentras.

Supe también que está contigo, rondándote como siempre, ese imbécil de Luca de Vries. Sabes que me desagrada mucho ese hombre pero ~~debe dejarse~~ utilízalo para que te acompañe a todas partes y te proteja dentro de sus limitadísimas posibilidades.

No hace falta decirte que estoy muy enojada.

Tu madre.

Capítulo 69

Un capítulo muy quemado por el incendio

La historia y los datos que se consignan a renglón seguido provocarán asombro, estupor y hasta una cierta indignación. Durante largos años he guardado estos secretos con el mayor celo. Pero creo que ha llegado el momento de liberarme de ellos. He nacido junto al _____ y soy hijo de _____ parece mentira que justo el día antes de _____ horroroso. Si no fuera por las circunstancias mencionadas nadie podría creer esto que estoy refiriendo. Algunos podrán ver en mi relato una advertencia y más después de _____ Todos suponían que _____ y sin embargo _____ ese miserable y abyecto impostor que no tuvo remordimiento en _____. Allí el viento sopla como el aliento de un dragón _____ ¿Quién navega en ese barco que se aleja? ¿Quién piensa en nosotros en este mismo instante? _____ nadie, no hay nadie en esos lugares, como no hay nadie en las estrellas, en la luna y en el vasto universo _____ ¿Fue necesario todo esto? Hoy, ya transcurridos algunos años, sólo podemos decir una cosa _____ tal como las brisas marinas impulsan a los barcos, aproximándolos a su destino aunque soplen en otra dirección _____ porque los hombres prefieren tener razón a ser dichosos _____ y eso es todo. Al conocer estas verdades el lector sentirá que todo ocurre según un plan. Que nada es casual. Que todo hecho, hasta el más minúsculo, influye en el futuro de un modo decisivo. Si quitáramos una sola palabra de este relato, las cosas cambiarían para todos.

Capítulo 70

Ferenzky en la India

Cuando una persona cae en las aguas del Ganges, el río sagrado de la India, se entiende que los dioses desean que se ahogue. Por tal razón, es muy mal visto que alguien se arroje a ~~guiar por las~~ rescatarla. La piedad y la devoción exigen que nadie se resista al cumplimiento de un destino diseñado por Altas Voluntades. En ese sentido, quien ha caído tampoco puede hacer esfuerzo alguno para salvarse. Es su deber morir.

Si contrariando a las divinidades, la víctima sale nadando, le espera una drástica sanción de la sociedad: nadie le hablará, nadie lo recibirá en su casa, nadie le dará trabajo. Marco Ferenzky solía relatar su caída al Ganges desde un muelle de la ciudad de Benarés, que es el ombligo del mundo.

El alquimista, desconociendo la rigurosa normativa que regulaba las zambullidas, pidió auxilio sin el menor escrúpulo. Un guía turístico, desde la orilla, le explicó el carácter irreversible de aquella situación.

Ferenzky opinó que el destino acuñado por los dioses bien podría admitir complejidades sobrevivientes, tales como rescates, corrientes propicias, manotazos del protagonista o milagros lisos y llanos. El guía prometió discutir el punto con sus amistades pero advirtió a Ferenzky que la modificación de las conductas ancestrales era un asunto muy espinoso que sólo podía ocurrir en el transcurso de largos siglos.

Ferenzky lo mandó a la puta que lo parió y le dijo que no podía esperar tanto tiempo. Finalmente, unos remeros japoneses, que se obstinaban en ignorar las supersticiones locales, lo sacaron de aquellas aguas legendarias e incluso lo invitaron a merendar con ellos.

Ferenzky abandonó Benarés al día siguiente, cuando comprendió que nadie le hablaba ni lo recibía en su casa, ni le daba trabajo.

2♣

Capítulo 71

Conmemoración del milagro

El cardenal Gaspard de Coligny llegó al colegio de las carmelitas Santa Ana en Marsella a las diez de la mañana. Lo acompañaban infinidad de funcionarios, maestros, frailes y obsecuentes de toda laya. El viaje había sido demasiado largo y agotador. Las palabras de bienvenida lo atormentaban en cada repetición. La directora del colegio lo había obligado a beber un chocolate espeso y perfumado. Apenas si tuvo éxito al rechazar del modo más terminante unas tortas que, según se le dijo, habían amasado las madres de las alumnas.

El cardenal había llegado hasta allí para decir unas palabras en nombre de la Iglesia de Francia. Se cumplían diez años de la última vez que el Cristo de la capilla había llorado sangre. Coligny no creía en los milagros pero los bendijo a todos y salió del paso señalando la imposibilidad de captar los verdaderos fines de las políticas de Dios. Tuvo que mencionar, no sin algún desagrado, al obispo Moreau, testigo principalísimo de aquel prodigio y gestor del progreso de un colegio que, a falta de méritos académicos, atraía nuevas alumnas con los llantos periódicos del Señor. Mientras el cardenal pronunciaba su nombre, Moreau agradecía con gestos de cuidadosa humildad. Se había hecho famoso en la región. A todos les gustaba oír su voz de títere relatando los episodios de aquellas noches inolvidables. El momento más emotivo, el preferido de las ancianas devotas, era aquel en el que el curita escuchaba el murmullo divino diciéndole al oído que solamente la piedad de los alumnos y maestros podrían consolarlo en su pena infinita.

El cardenal Coligny abrazó al obispo Moreau y ocultó su encono con prudencia. Después de todo aquel hombre había echo amistades en los más altos círculos del poder y quienes lo conocían bien afirmaban que podía ser cruel y despiadado.

Se cantaron unas canciones que aludían al milagro de la capilla. A Coligny le pareció abominable la última de ellas. Se llamaba «Alguien está llorando por ti» y había sido compuesta por el propio obispo Moreau. Antes del final, tal vez por cansancio o por el disgusto, el cardenal sufrió un pequeño desmayo y todos vieron en aquel ínfimo patatús la señal de algo imposible de comprender.

Un secretario llegado desde París comunicó a Moreau que el gobierno había dispuesto una partida de recursos para restaurar todo el edificio y reconstruir el ala destruida por la bomba de 1912.

El obispo sintió la comodidad de los colchones de la soberbia. Con piadoso temor desvió sus

pensamientos, pero estos fueron a dar a foros de concupiscencia, arrastrados tal vez por las alumnas en las que siempre había un detalle casual que era la invitación al pecado.

Perdido el control, Moreau no pudo impedir el recuerdo de Hortensia Lagos; su proximidad en las ~~intuiciones~~ confesiones; el vapor de su aliento en las mañanas frías; su desnudez diabólica en la noche del último milagro. Prefirió volver a la codicia y calculó que pronto sería cardenal. Oyó que todos aplaudían a la directora y no pudo evitar cierta envidia. Por fin su inquietud desapareció. Alguien pronunció su nombre y una aguda ovación de las niñas lo acompaño mientras subía ala tarima a dar su discurso. Se instaló frente al micrófono y se permitió unos segundos de vanidad observando cómo la atención de todos se concentraba en él. Pudo ver, eso sí, el fastidio del cardenal Gaspard de Coligny que codeaba a uno de sus secretarios para que compartiera su impaciencia. Moreau se indignó. Le hubiera gustado poder deslizar un comentario irónico.

—Si el señor cardenal está apurado no veo inconveniente en que se retire ahora mismo.

Sofocó el enojo y buscó en su cara los signos de una humilde beatitud.

—Católicos de Marsella, devotos del Cristo de la capilla, maestros y alumnos… Estamos aquí convocados por nuestra fe, por nuestra inocencia. ¿Qué diría un escéptico si yo le contara que aquí han sucedido varios milagros?

Una voz poderosa surgió desde el fondo de la multitud.

—¡Anda a la puta que te parió!

Marcel Artola, riendo a carcajadas, avanzó hacia la tarima con un revólver en la mano. Desalojó a Moreau con una patada en el culo y acercándose al micrófono se dirigió directamente a la muchedumbre.

—No hay milagros, amigos. La sangre que lloró el Cristo era mía. Yo la puse en sus ojos con este dedo. El señor obispo fue testigo, pero no dijo nada, mintió.

Artola tomó de un brazo a Moreau antes de cerrar su discurso.

—El acto ha terminado. Empiecen a correr antes de que se me escape un tiro.

El pistolero disparó al aire dos veces y mientras el gentío se dispersaba, murmuró unas palabras en el oído del curita.

—Ella está muerta.

Capítulo 72

Pablito extraña a su madre
Capítulo robado por el ruso Salzman

Capítulo 73

Sueña Salzman III

Salzman se quedó dormido en un sillón y enseguida recibió la visita demoníaca del Tallador.

—Hoy la cosa será muy sencilla. El juego de póquer cerrado. Cinco cartas para cada uno, no cambiamos ninguna, el juego más grande gana.

Salzman aceptó. El Tallador repartió los naipes con velocidad prodigiosa. El ruso orejeó lentamente y vio que tenía cuatro reyes.

—Voy todo. Juego mi vida contra la suya. Y si hay algo más después de la vida, lo juego también.

—Veo —dijo el Tallador.

Salzman se tomó un segundo de respiro para mirar con crueldad a su adversario. Después, con cierta lentitud, colocó sus cartas sobre la mesa. Al hacerlo vio que su póquer de reyes se había convertido en una mano miserable y deshilachada.

El Tallador mostró un par de sietes.

—Usted pierde otra vez. Le daré un consejo: cuando tenga un buen juego muéstrelo enseguida. Las cartas, como las personas, no son constantes. A veces cambian con el baraje, pero hay ocasiones en las que se modifican en la mano. Tardó demasiado, Salzman. Si no me hubiera mirado con suficiencia habría echo saltar la banca.

Capítulo 74

Más encuentros en la niebla

Manuel Mandeb entró en la niebla y se sintió más tranquilo. Prefería caminar la cerrazón porque el rumbo era incierto, las ubicaciones discutibles y las apariencias confusas. Mandeb sentía terror ante lo irrefutable, ante las decisiones ~~del amor~~ tomadas, ante lo que ya nunca podría ser de otro modo. Avanzó con paso firme sin saber por dónde iba. Esa noche había pocos fantasmas. El coro cantó a lo lejos:

Es la noche tranquila
Cuando más miedo tenemos.
Es la ausencia de dragones
Lo que nos aterroriza.
¡Ay, que se vaya la calma!
¡Ay, que vuelvan los fantasmas!
Que lleguen a consolarme
Mil hostiles sarracenos.
Que es en las noches serenas
Cuando más miedo tenemos.

Mandeb silbó el segundo tramo del tango «Armenonville».

—Conozco ese silbido —dijo una sombra de mujer.

—Y yo conozco esa voz —contesto Mandeb, temblando de miedo.

Era Beatriz Velarde. Siempre era Beatriz Velarde. Mandeb ya estaba acostumbrado: en los sueños, en el pensamiento y en las alucinaciones se la encontraba todos los días. En el mundo de la realidad, llevaba largos años sin verla. Todos sus amigos sabían quien era Beatriz, pero pocos la recordaban. Jorge Allen sostenía que Mandeb había nacido ya abandonado por ella y que su pena de amor alcanzaba para cubrir a todos los días de su vida.

Ahora, en la niebla, la cuestión era dudosa. Mandeb apostó por una Beatriz de carne y hueso.

—Que gusto tendría si pudiera verte…

—Quien sabe…

—Podríamos salir de la niebla y encontrarnos más allá de Nazca.

—Ya no te amo.

—No es necesario el amor para encontrarse en la calle Argerich.

—Mi deber es no ilusionarte.

—En cambio yo no cumplo deberes. Gozo y sufro por lo que no me da la gana. Y sin embargo te esperé. Un caprichoso es siempre más confiable.

—Solo quería asegurarme de que aún sufrías.

—Si pudiera verte tal vez dejaría de sufrir.

—No trates de besarme.

Mandeb corrió ciego hacia la ausencia. Cuando ya estaba perdiendo el aliento pudo notar que el aire se despejaba un poco. Casi pudo ver a un grupo de numerosísimos de sombras con antorchas que se acercaban desde la avenida Avellaneda. Agitaban unas enormes campanas y gritaban desaforadamente.

—¡Somos ricos! ¡Inmundicia sobre la virilidad de los perros insolventes! ¡Se es lo que se posee! ¡Fuera los pobres del barrio de Flores!

Mandeb trató de huir pero lo vieron.

—¡Un pobre! ¡Un pobre! ¡Atrapémoslo!

Las sombras rodearon al polígrafo de Flores. Algunos desaforados le dieron unas patadas en los talones.

—Danos toda la plata o te liquidamos.

Mandeb buscó en sus bolsillos.

—No creo que les sirva de nada. Sólo tengo un peso veinte.

—¡Mejor! Cuanto más despreciable sea la suma robada más claro queda el sentido moral y simbólico del latrocinio. ¡Venga ese dinero!

—Me extraña este atropello. Sé que el odio a los pobres está muy extendido, pero pensaba que casi todas las personas preferían no hacerlo público.

—Pues nosotros hemos resuelto terminar con cualquier disimulo. ¡Basta de hipocresía! El mundo sólo se salvará por la crueldad.

—¿Cómo supieron que yo era pobre? —preguntó Mandeb.

—¡Todos son pobres! —gritó una sombra vieja—. Menos nosotros. Y le digo más, es posible que en este grupo algunos no sean tan prósperos como dicen.

Entre los asaltantes se alzaron voces dispares. Algunos aplaudían y otros gritaban ofendidos. Un muchachón se acercó a la anciana y le pegó una patada en el culo.

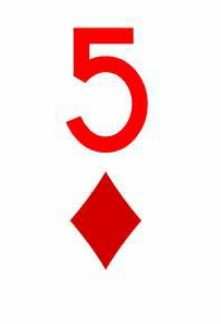
—¡Las viejas son peores que los pobres!

Manuel Mandeb aprovechó la momentánea división del grupo para escapar al galope por la calle Carrasco. Los ricos lo persiguieron y ya estaban por alcanzarlo cuando una alcantarilla se alzó salvadora. Hades Pérez lo llamó de las profundidades.

—Por aquí, Manuel, por aquí.

Mandeb bajó justo a tiempo. Pérez cerró la tapa y ambos caminaron en silencio bajo la ciudad enloquecida. Llegaron hasta la sepultada ribera del Maldonado. Se sentaron un rato a descansar y vieron el paso de las balsas de los condenados que marchaban rumbo al Cocito, al Flegelonte, al

Estigia.



Capítulo 75

Amenazas de la Sibila (escatología gatopardista)
Fragmento del *Libro de Raziel* salvado del incendio

El fuego consumirá toda la raza humana y reducirá el mundo a un polvo negruzco. Pero luego los dioses restablecerán a los mortales tal como eran antes.

Capítulo 76

Sección Áurea

Las interpretaciones preceden a los hechos.

El rey Felipe Augusto de Francia tenía resuelto repudiar a su primera esposa Isabel de Henao, según parece, porque era fea. Razones políticas y familiares lo hicieron arrepentirse. Ella murió un poco después y él marchó a las cruzadas. En el camino se cruzó con unos caballeros que volvían de Tierra Santa. Estos barones declararon que habían luchado para conseguir que su señora, la reina Isabel, no fuera repudiada. Los hombres del rey les dijeron que el cielo les había concedido esa gracia ya que el matrimonio se había salvado. También comunicaron con pesar la muerte de la reina.

Los cruzados que creían que luchar en Palestina originaba respuestas divinas, fortalecieron su convicción al saber que el rey no había repudiado a su señora.

—Nuestras plegarias fueron oídas. ¡Cuanta razón teníamos!

Los que pensaban en cambio que ir a las cruzadas no servía de mucho, hicieron oír su desencanto.

—Nuestra señora ha muerto. ¡Ya lo decíamos nosotros! ¡Hemos luchado inútilmente!

Jorge Allen caminaba aquella noche en la niebla de Flores, para cumplir con unas profecías o para demostrar su falsedad, según la fe o el escepticismo que uno llevara consigo. Pensaba en Nadine.

Cerca de allí, en la vereda del Satori, Marco Ferenzky, Manuel Mandeb, el ruso Salzman y Silvano Mansilla conversaban casi sin verse.

—Para saber cuál es el mejor momento de una fiesta —dijo Ferenzky—, conviene volver a la proporción divina. El número áureo surge del siguiente modo: marquemos tres puntos en una recta, nos quedará un segmento de tres magnitudes. La que va del primer punto al segundo, la que va del segundo al tercero y por último la que corresponde a la totalidad del segmento. La longitud del segmento total se llamará **a**, un fragmento de esa longitud al que llamaré **b**, y el resto **c**, que puede sacarse restando de **a** de **b**. La proporción se da cuando se cumple la siguiente fórmula: **a** es **b** como **b**

es a **c**. Para decirlo mejor, el todo es a la parte mayor como la parte mayor a la menor. En el rectángulo áureo se parte de un cuadrado y se lo rectanguliza siguiendo la norma anterior. Lo interesante de este asunto es que permite calcular que el punto de intersección que divide al segmento en un fragmento mayor y otro menor anda cerca del sesenta y dos por ciento de la extensión total. Los artistas lo utilizan mucho para decidir la proporción de la figura humana, la altura de las columnas, la ubicación de los adornos, de los violines y el punto clave de un relato o una novela.

—Comprendo, usted dice que lo mejor de una fiesta sucede cerca del sesenta y dos por ciento de su duración total. Puede ser. Yo nunca he llegado tan lejos. Pero el número áureo es lo más cercano a la magia que hay en este mundo. Viene de la serie de Fibonacci, aquella donde cada número es la suma de los dos anteriores. Pero además si uno divide un número por el anterior, el resultado se va acercando a 1,6180339 y otros decimales de mierda, ya que se trata de un número irracional periódico sin repeticiones. Así que hay que tomarlo en serio. Tal vez hasta nuestra propia vida encuentre su sentido el día mismo en que atravesamos la sección áurea.

—Si uno mira un rectángulo áureo comprende que ese es el tamaño ideal de un escenario o de una pantalla de cine o televisión. A no ser que usted se deje cautivar por esos adefesios apaisados que parecen una rendija, donde la gente se ve chata como cinco de queso.

Salzman dejó de prestar atención y se puso a calcular el número de combinaciones posibles en un mazo de cincuenta y dos cartas. Ya lo sabía: bastaba multiplicar 52 x 51 x 50 x 49 x 48… Y así. El famoso factorial. Recordó que una escalera real servida puede darse una vez cada veinte años. La angustia le hizo abandonar toda operación matemática.

Los hombres oyeron entre las sombras unos que, según eligieron creer, eran los de Bella Poniatowsky acompañada por un señor cualquiera. Mandeb cruzó la calle y se escondió en el interior de un enorme tacho de basura para espiarla.

La pareja se detuvo justo ante la puerta de Bella. Todos retuvieron el aliento para no delatar su presencia y para no perderse las indiscreciones sonoras que son inevitables en las despedidas de los amantes clandestinos. No tuvieron mucha suerte. Apenas si pudieron percibir un estornudo suave, ellos esperaban un grito de lujuria o al menos un suspiro para dar un poco de sentido a la noche tediosa. Manuel salió de su escondite y regresó con noticias desalentadoras.

—Era la señora. Nada interesante. Un amigo más.

Una sombra jadeante apareció ante ellos…

El alquimista, indignado por el fracaso, declaró que la ilicitud de los amores y sus consecuencias excesivas eran la única forma posible de literatura amorosa.

—En un mundo razonable no harían falta los complicados códigos y las liturgias que impiden o retardan los coitos. Pero la épica sufriría un grave menoscabo. El arte necesita estúpidos que no sabiendo sacar partido de la lujuria, insisten en sacralizar el llamado de la especie. Lo convierten en una fe, en una religión inmutable, o lo peor, en una convicción científica. El enamorado supersticioso es dogmático y es capaz de cualquier cosa, sin excluir la autodestrucción, con tal de seguir sosteniendo su hipótesis inicial. Popper menciona a una comunidad de la India que desapareció a causa de su creencia en el carácter sagrado de la vida inclusive la de los tigres.

Salzman no iba a contestar nada, pero por cortesía, formuló una objeción.

—Estoy de acuerdo con lo que usted dice, pero me temo que es inevitable. El enamorado crítico no existe. Atreverse a cambiar hipótesis para sobrevivir es desenamorarse.

Mansilla recitó:

—Es zonzo el cristiano macho cuando el amor lo domina…

En el caserón de la calle Cachimayo, Nadine luchaba por ocultar un sueño erótico de los ojos de los fantasmas que la vigilaban. Aprovechó un susto para despertarse. Enseguida se vistió y salió a la calle. Tomó un taxi y se bajó en el comienzo de la niebla de Flores.

Se dejó arrastrar por una suave corriente de humo de color verdoso en medio de la cual se oían lamentos, cantos, gritos de horror y de lujuria. Pudo escuchar con total claridad al Coro Invisible del que muchos hablaban. Por momentos cantaban himnos del antiguo Egipto pronunciando en sucesión las siete vocales que en letras romanas son J I E V O A Ö. También podían oírse algunas líneas de la vieja canción de Amergin:

Yo soy una colina de poesía
Yo soy una lanza combatiente
Yo soy un dios que forma fuego para una cabeza.

Antes de apagar su canto, el coro condescendió a unas antiguas rimas criollas:

Una vieja fue a cagar
En el medio de la vía…

Aquella noche la neblina debía contener algo de los viejos vapores de Delfos que alucinaban y despertaban en las personas el deseo de copular. Nadine Stéfano vio luces con forma de ángeles y recordó los besos de Jorge Allen antes del incendio y las manos inquietas de aquella víspera ansiosa. Tal vez estaba caminando dormida. De pronto sintió a su lado una respiración. Era un hombre, un hombre cualquiera. Advirtió que él también estaba enloquecido por las serpientes de humo de aquella noche. Se gustaron sin verse, se acariciaron, se tocaron y, finalmente, desnudos y desesperados, se unieron con furor, desordenando la niebla de tal modo que en un momento pudieron ver la luna amarilla y obscena.

Ella gritó.

¡Ahora

Hubo un golpe de badajo, uno solo, en todas las campanas de Flores.

Ella pensó que aquel hombre era sin duda un buen amante. Sin embargo, aun en el ápice de su goce, alcanzó a extrañar a Jorge Allen. El desconocido se fue al trote. Ella lloró y regresó lentamente a Caballito.

Un corredor de claridad facilitaba sus pasos pero también los guiaba. Jorge Allen llegó a la vereda del Satori. Se sentó en el suelo y pidió permiso para desmayarse.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Ferenzky.

—Nada interesante. Una mujer muy ardiente. Casi un episodio sexual prodigioso.

Salzman, fastidiado, dijo que todos lo eran. Allen discrepó.

—Casi ninguno lo es. A decir verdad, este tampoco. Fue intenso, lo admito. Pero perteneciente a este mundo. El paraíso sigue cerrado.

—¿Y quien era la chica?

—Una desconocida. Nos cruzamos en la niebla, como ocurre tantas veces.

—¿Cómo se llamaba?

—No lo sé. No cambiamos una palabra. No era posible. Habíamos entrado en un estado de sensibilidad tan intenso que una sola frase hubiera sido una profanación.

—Seguro —dijo Ferenzky— uno no va a andar anotando direcciones mientras se lo están culeando.

—De cualquier forma, no quiero volver a verla. Fue hermoso, pero insuficiente. Es decir, comparada con Nadine, no llegaría a sus rodillas.

—Otra vez el dogmatismo. El amor lo arruina todo.

En el caserón de caballito, Nadine Stéfano pasó toda la noche pensando en Jorge Allen. Después de haber estado con el desconocido, lo deseaba mucho más. Aunque acababa de atravesar arroyos de goce, presentía que el poeta tenía para ella torrentes mucho más voluptuosos y quería entrar en ellos para siempre.

En su casa de Flores, Jorge Allen salteó aquella noche y apareció de pronto en el día siguiente, pisando una hoja seca en el viejo puente de la calle Rawson.

2 ♠

Capítulo 77

Hugo Lenoir en Londres

La tarde del 6 de febrero de 1602, Hugo Lenoir caminaba lentamente por las calles de Londres. Poco a poco, dando algunos rodeos innecesarios, fue acercándose al Middle Temple Hall. Allí iba a representarse una obra de teatro. Lenoir no estaba muy interesado en las cuestiones artísticas. Pero deseaba encontrarse con Lady Helen Bennet, la considerable esposa de lord Raymond Bennet, funcionario de la Armada Real y uno de los personajes más influyentes después de la restauración. Informantes dignos de fe le habían asegurado que la muchacha asistiría a la representación y que iría sola, sin ayudantes ni damas de compañía. Unos oportunos sobornos le aseguraron un lugar cerca de ella.

Lenoir estaba obsesionado con Lady Helen. Apenas si le había dirigido la palabra en las tertulias de Lady Wordcester, pero creía adivinar en ella el cinismo insolente que suele acompañar a los ardores más contenidos. Seguro de su éxito, Lenoir había alquilado un cuarto muy discreto a pocas calles del Middle Temple. Cuando llegó a las puertas, la pequeña muchedumbre lo puso intranquilo. Eligió un rincón oscuro y se entretuvo mirando desde lejos los torpes carteles que anunciaban la función: *Twelfth Night*, por la compañía del señor Shakespeare.

Lady Bennet llegó sola y entró sin detenerse a conversar con nadie. Lenoir esperó hasta el último momento y solamente se decidió a ingresar cuando la obra ya había empezado. Se movió con cautela hasta que consiguió acomodarse detrás de Helen.

Estaba tan nervioso que no conseguía entender la obra. El señor Shakespeare representaba el papel del conde Orsino. Había naufragios, hermanos gemelos e identidades confusas. La gente celebraba las intervenciones de Feste, el bufón, con risotadas y sacudones. Lenoir pensó que aquellos amontonamientos eran perfectos para la clase de seducción en la que estaba pensando.

Al comenzar el tercer acto se fue acercando a Lady Bennet. En la escena, Viola, la enamorada del duque disfrazada de hombre, dialoga con Feste, el bufón:

—*La casa en que vivo está sobre una eminencia, desde la cual se domina la iglesia.*

—*Razonando de este modo se podría decir que un mendigo domina a un rey, si su cabaña está en una eminencia cerca del palacio.*

El bufón hizo un gesto de asentimiento y sacudió el tamboril que llevaba. Lenoir, ubicado a

espaldas de Lady bennet, la tomó por la cintura.

—Que tiempos estos para un hombre de talento, una frase es un guante de gamuza que con tanta facilidad puede volverse del revés, como del derecho.

—Es verdad. Los que saben jugar con las palabras, con facilidad las corrompen.

La dama sintió que los brazos del hombre apretaban cada vez más. Percibió además un aliento áspero en su oído y oyó frases que se mezclaban con las del escenario.

—Señora, necesito una palabra suya para seguir adelante.

—*Las palabras son verdaderas prostitutas desde que las promesas las han deshonrado*.

—Continúa —murmuró Lady Bennet.

Lenoir levantó las enaguas de la dama ya alcanzó a tocar su piel en distritos de profanación. Ella, sin girar la cabeza para mirarlo, estiró sus manos hacia atrás y tocó la boca del hombre hasta sentir su humedad.

—Estas loco, completamente loco.

—*En realidad no soy loco, sino corruptor de palabras*.

—Llévame donde quieras —suplicó la dama.

—*La locura da vueltas alrededor de la tierra y, como el sol, brilla para todo el mundo*.

El hombre, sin detener sus manoseos vulgares, le entregó un papel con la dirección del cuarto que había alquilado.

—Te esperaré allí. No es lejos.

El bufón abandonó el escenario guardándose unas monedas. Lenoir y Helen llegaron por separado al punto de su cita. Se amaron de un modo violento e impersonal. Lenoir disfrutaba sabiendo que ella no conocía su nombre aunque ya la había visto varias veces. A cada momento, le reclamaba declaraciones y promesas que él consideraba degradantes. En el ápice de la pasión ~~y del arte~~, mientras ella sollozaba una mezcla de placer y de culpa, él, casi estrangulándola, gritó en su cara la pregunta que Lady Bennet estaba temiendo:

—¿Cómo me llamo? ¿Quién soy?

Ella comprendió que el punto central de aquel encuentro estaba allí.

—¡No lo sé! ¡No lo sé! ¡Te amo!

Lenoir cayó en la cuenta de que aquel cuarto era un error. Hubiera preferido verla en su casa. Usurpar su intimidad, ocupar clandestinamente el lugar de Lord Bennet y, en definitiva, tomar —como hacía siempre— los riesgos del intruso.

Sin embargo, sin que él lo supiera, los peligros cuya ausencia extrañaba estaban muy cerca. Lord Bennet hacía vigilar a su esposa. Unos hombres implacables la seguían día y noche.

Los amantes ya estaban a punto de despedirse cuando el marido engañado irrumpió en la habitación al frente de sus matones.

—Mujer infame… Prepárate a afrontar las consecuencias de tu crimen abominable. He dispuesto conceder un descanso a mi piedad para no sentir la tentación de perdonarte. El tamaño de mi deshonra está en proporción a los dones que mi generosidad te ha prodigado. ¿Cómo pudiste abismarte en la concupiscencia más desvergonzada? ¿Cómo pudiste olvidar los mandatos de castidad, fidelidad y obediencia que recomienda nuestra santa religión? ¿Con qué cara afrontarás la mirada del Señor después de tu muerte? Haré que te confinen en el más lejano de los conventos. Haré que tu nombre sea borrado de la memoria de todas nuestras amistades.

Mientras Lord Bennet soltaba el veneno de su indignación, Helen se vestía ante la mirada atenta de los esbirros. Lenoir fue acercándose a la ventana y esperó que el discurso llegara a su punto áureo.

—En cuanto a tu familia, haré que me devuelvan las propiedades, las distinciones y aun los dineros que en el extravío de mi amor hube de concederles. ¡Ah, destino cruel! ¡Ah, inocencia de mis sentimientos!

Lenoir se arrojó por la ventana y cayó en medio de la calle. Los guardias empezaron a perseguirlo. Lord Bennet corría detrás, resoplando sus maldiciones.

—En cuanto a ti, agente del demonio, tu castigo será aún peor que el que acabo de decidir para la ramera de mi esposa. Para decirlo de una vez… Morirás como un perro. ¡Mátenlo!

Lord Bennet perdió de vista a Lenoir y a sus perseguidores y quedó solo en un callejón. La fatiga había dado a su honor el golpe de gracia.

—¿Cuál fue mi culpa? Mi confianza… ¿Cuál fue mi falta? La rectitud…

Hugo Lenoir se tiró al río y nadó en las aguas heladas. Llegó medio muerto a la otra orilla y alcanzó a colgarse de un carro que transportaba hortalizas. Poco después se bajó y recorrió al trote las calles oscuras. Al llegar a un muelle asaltó a un anciano y le robó sus ropas. Caminó durante horas. Un barquero lo llevó hasta las cercanías de Oxford. Allí tomó el tren hasta Northampton. Hizo la combinación con el coche motor que llega hasta la estación Merlo y allí tomó la Lujanera hasta la plaza Flores. Ya estaba amaneciendo cuando agitado y exhausto llegó a su casa de la calle Artigas. Se durmió mientras oía por la ventana la voz inconfundible del ciego Fineo.

—El fin se aproxima, pero no se arrepientan, es inútil.

2 ♠

Capítulo 78

Bella Poniatowsky, la mujer de Putifar

El profesor Manfred Scholl, titular de la cátedra de Anatomía de la Universidad de Berlín llegó de Alemania para cumplir con unos engorrosos trámites por cuenta de cierta sociedad a la que pertenecía. El doctor Poniatowsky, que había compartido con él algunos congresos y seminarios científicos, lo invitó a alojarse en su casa.

Scholl era un hombre reservado, y con toda certeza hubiera preferido la privacidad de un hotel. Sin embargo, para no incurrir en un desaire, aceptó el ofrecimiento. Se presentó una tarde con tres valijas verdes y una multitud de pequeños obsequios. A la noche, mientras cenaban, rogó a los Poniatowsky que no se molestaran en organizar paseos ni actividades recreativas. Explicó que, en su tiempo libre, prefería permanecer en la casa e incluso en su habitación para trabajar en un libro acerca de la medicina en la antigua Grecia. Scholl era un helenista de enorme prestigio y había traducido con artera insujeción a Jenofonte, Heródoto de Halicarnaso, Arquitas de Tarento, Alejandro de Afrodisia y Polemarco de Cícico.

Desde que lo vio, Bella Poniatowsky sintió el deseo imperioso de acostarse con él. Le apreció que le asistía el legítimo derecho de hacerlo, en vista de las muchas molestias que se estaba tomando para honrar los deberes de la hospitalidad. También consideraba que su marido merecía alguna clase de castigo por involucrarla en obligaciones sociales que le eran ajenas.

A veces, cenaban en El Popular de Boedo. El profesor Scholl se emborrachaba sin pudor y el vino le soltaba la lengua. Una noche, mientras Mansilla les servía un pucherote, Scholl aprovechó para ostentar sus blasones de erudito.

—Este potingue me hace acordar a Tántalo. Era un griego amigo de Zeus. Eso ya es irregular. ¿Cómo puede uno ser amigo del más grande de los dioses? Enseguida empiezan los favores, las excepciones, las injusticias. Además, este hombre compartía los banquetes del Olimpo, donde se bebía el néctar y se comía la ambrosia, aquella especia de cheese cake que mantenía inmortales a los dioses. Pues bien, una noche, Tántalo invitó a todas las divinidades a cenar. Cuando estaba cocinando el guiso, el anfitrión calculó que no iba a alcanzar para todos. Entonces llamó a su hijo Pélope, lo cortó en pedazos y lo metió en la olla. Los dioses se dieron cuenta y se negaron a comer. Pero Deméter, que estaba en ayunas, se devoró la mitad del hombro izquierdo, como para ir engañando al

estómago.

Bella Poniatowsky saboreó un chorizo colorado, procurando que Scholl leyera en sus ojos la naturaleza impúdica de su maniobra. Él ni la miró.

—Los dioses castigaron a Tántalo con el tormento que todos conocen: está en un arroyo pero no puede beber porque el agua huye cuando él acerca su boca. A su alcance, hay árboles que dan frutas deliciosas, pero no puede comer porque las ramas se apartan cuando él estira la mano.

Bella acercó su pierna la rodilla ~~Hasta que~~ de Scholl pero él fingió no darse cuenta. Ella insistió acercando su pie desnudo a los muslos del invitado y a la hora del postre —borracha ella también— puso su mano bajo la mesa y lo tocó de un modo tan intenso que el hombre pegó un grito. Mansilla se dio cuenta y, como venganza, escupió el café de todos.

En los días siguientes, Bella Poniatowsky se encargó de mostrar su cuerpo al visitante. Desplegó una estrategia de paseos en camisón, puertas entreabiertas, encuentros en el pasillo y movimientos bruscos para recoger monedas del suelo. Scholl miraba, pero con disimulo. En realidad, estaba aterrorizado.

Una tarde, en ausencia de su marido, ella se ofreció a enseñarle a bailar el tango. El profesor se negó, pero Bella lo tomó entre sus brazos, lo arrastró en unos pasos torpes y le hizo sentir su proximidad mientras le juraba que el baile era fácil y placentero. Scholl dijo que se sentía enfermo y se encerró en su pieza.

Una semana después, a las tres de la madrugada, ella se metió en la habitación del invitado, encendió el velador y empezó a desabrocharse el vestido. Scholl se escondió bajo las cobijas. Ella lo destapó.

—Vamos Manfred… Sé que me estabas esperando.

—Siempre sucede lo mismo —dijo Scholl refugiándose en un rincón del cuarto—, la mujer del anfitrión trata de seducir al huésped.

Bella se bajó los breteles y recordó a sus compañeros de colegio, abriendo sus ojos como ante un milagro cuando ella los encandilaba con escotes sin fondo. Le pareció oír las voces de todos los hombres que habían murmurado a sus espaldas. A ella le gustaba ese discurso confuso, hecho de fragmentos y suspiros, cuya eficacia consistía en hacer creer que la torpeza provenía de un deseo tan fuerte que no permitía hablar ni pensar. Ahora todos susurraban indecencias mientras que su marido dormía y el profesor Scholl luchaba al borde del infierno.

Se sintió poderosa. Nadie podía resistirla.

—Te deseo, Manfred.

—Belerofonte fue a purificarse al palacio del rey Preto en Tirino. La mujer de Preto, Estenebea, trató de acostarse con él, pero Belerofonte no quiso.

Bella le mostró las tetas.

—También le sucedió a Peleo cuando visitó la corte de Acasto en Yolco. Astidamía, la mujer de Acasto, intentó seducirlo y él rechazó.

Bella trató de besarlo. Scholl escapó como pudo, tomó en sus manos el velador y lo esgrimió como arma defensiva.

—Jamás lo haré. Es usted muy atractiva, señora Poniatowsky, pero no traicionaré a mi amigo ni a mi esposa, ni a mis convicciones.

Ella desgarró violentamente su vestido.

—Tomaste una mala decisión, Manfred. Ahora mismo voy a contarle a mi marido que me cruzaste en el pasillo, te volviste loco y trataste de atropellarme. Me encargaré también de que se entere tu mujer y todo el mundo.

—Eso mismo hizo Fedra cuando Hipólito, el hijo de su esposo Teseo, se negó a sus insinuaciones.

—¿Es que no había ningún hombre de verdad entre esos griegos afeminados? ¿Ninguno aprovechó la ocasión y se revolcó con la señora de la casa?

—Creo que sí: Promedonte, un hombre de Naxos, fue seducido por Neera, la esposa del milesio Hipsicreonte. Al principio él se resistió. Ella lo encerró en una habitación y al cabo de unos días se hicieron amantes. Por culpa de estos sucesos hubo una guerra entre Naxos y Mileto. Muchos hombres murieron.

Scholl se sentó en la cama sin soltar el velador. Bella corrió a despertar a su marido.

—Abel, Abel… Por favor…

Poniatowsky despertó con rapidez profesional.

—¿Qué te sucede?

—Es espantoso, Abel.

Bella se tapó la cara y dio comienzo a un sollozo no fingido, hijo del despecho.

—Ese hombre, Schultz…

—Scholl.

—¡Trató de violarme, imbécil!… ¿Qué me importa cómo se llame?

—No es posible.

—Se cruzó conmigo en el pasillo… Me dijo unas palabras groseras… Quiso abrazarme y me rompió el vestido… ¡Que se vaya inmediatamente de aquí!… ¡Mátalo, Abel, mátalo!

—Esta bien, hablaré con él. Ahora es mejor que te tranquilices. Sabemos que tu salud no es buena.

Bella se paró sobre la cama y escupió varias veces sobre el cuerpo horizontal de su marido.

—¡Al diablo con mi salud! ¡Cobarde asexuado!… ¡Violan a tu mujer y no se te mueve un pelo! Te juro, Abel, que si ese hombre no recibe un castigo ejemplar, yo me voy… Y de ahora en adelante, que ni se te ocurra tocarme, pedazo de cornudo. ¡Fuera de esta cama!

Poniatowsky tomó una almohada y se marchó en silencio rumbo a la sala. Iba descalzo, despeinado y perplejo. En el trayecto pasó frente a la habitación de huéspedes y vio la luz a través de la puerta entreabierta. Pensó en hablar con Scholl, pero le dio miedo y vergüenza. ¿Qué podía decirle? Siguió adelante por el pasillo y se acostó en el sillón. Tuvo una última humillación al mirar su propio pijama: un esperpento de motivos búlgaros, obsequio de Bella.

Ella se quedó en la alcoba. Casi al amanecer, escribió unas líneas en su diario.

Querido diario: finalmente ocurrió lo que me temía. Nuestro visitante trató de seducirme. Fue muy molesto. Lo peor es que, de algún modo, mi vestido se desgarró. Él puede haber pensado que yo lo rompí a propósito. Un hombre muy presumido. Traté de conversarlo con Abel, pero fue inútil. Estoy harta.

Capítulo 79

Odiando al doctor Poniatowsky

Cada vez que el matrimonio Poniatowsky cenaba en El Popular de Boedo, Silvano Mansilla, el mozo, escupía minuciosamente los manjares del marido. Al hacerlo sentía cierto remordimiento, pues se consideraba a sí mismo un hombre justo y el doctor Poniatowsky lo trataba siempre con la mayor deferencia.

Pero Mansilla estaba enamorado y enfermo de celos. No podía soportar los gestos posesivos de aquel hombre y le parecía advertir que Bella detestaba sus demostraciones de afecto. A veces, espiaba desde la cocina y notaba que ella nunca salía del fastidio. Jamás sonreía y casi no hablaba. El mozo imaginaba que aquellos silencios hostiles encubrían fantasías ardientes con otro hombre. A veces llegaba a imaginar que ella pensaba en él. Pero Bella Poniatowsky nunca le había dado el menor indicio de interés.

Con el tiempo, mansilla fue construyendo la idea de acercarse a ella de un modo directo y frontal. Calculaba que lo mejor era acecharla en la calle, tal vez en las horas de la niebla y luego enfrentarla con palabras eficaces. Pero sentía terror ante la posibilidad del rechazo. Ella era capaz de humillarlo e incluso de contárselo a su marido.

Una noche, en el Satori, se atrevió a consultar al viejo Ferenzky. Como siempre, tomó infinitas precauciones para no revelar el nombre de la mujer que lo enloquecía. Tales maniobras impacientaban al alquimista que —como casi todo el mundo— conocía perfectamente los sentimientos de Mansilla.

—Esta mujer es casada. Yo creo que si no fuera por el marido, ella me hablaría y me daría la oportunidad. Mire, cualquier día de estos me emborracho y le digo que la quiero.

—No lo haga —dijo el alquimista—, las palabras no lo van a ayudar. Espere alguna señal.

—Ella jamás dice nada.

—Si no dice nada, es porque usted no le interesa. Paciencia, Mansilla. No pierda tiempo y busque alguna que le diga algo.

—No me interesa ninguna otra, señor Ferenzky. Y tengo la paciencia de los pobres. La voy a esperar toda la vida.

Una noche, en El Popular de Boedo, ella le habló.

—¿Puedo pedirle calamares pero sin arroz?

—Lo que usted quiera.

Bella agradeció casi con una sonrisa. El mozo memorizó aquel instante calculando futuras evocaciones. Después cometió un error: obnubilado por la emoción, le llevó, como un gesto de homenaje, una ensalada especial que él mismo preparaba. Ella fue implacable.

—Llévesela, mozo.

Silvano Mansilla, ahogando un llanto, se explicó a si mismo que la presencia del doctor Poniatowsky era la verdadera razón del desprecio de Bella. Aquella noche le cobró de más e incluso llegó a escupirle el café.

Dos semanas después estuvo a punto de declararle su amor a Bella cuando se la cruzó en el estrecho pasillo que conduce a los baños. Mientras ella se acercaba, Mansilla tuvo cuatro pasos de tiempo para diseñar su discurso: *Usted no me conoce*. Enseguida se corrigió. Después de todo, ella lo conocía perfectamente. Se decidió por: debo decirle algo. Pero le apreció prudente una salvedad: *Ustéd pensará que soy un atrevido*. Allí calculó que había que precipitar la confesión. *Me gustaría hacerla dichosa, no sé si me interpreta*.

En ese momento se llevó por delante a Bella. Recibió al mismo tiempo un empellón que denotaba repugnancia y la invasión brutal del perfume de la mujer soñada.

Esa misma noche comprendió la miseria de sus modestas ofensas a Poniatowsky. ¿De qué servía escupirle el café? Mansilla abandonó las travesuras propias de su profesión para pensar en un gesto decisivo.

Una madrugada, tal vez ante el recuerdo de una propina mísera. Mansilla decidió asesinar al doctor Poniatowsky. Le costaba odiarlo. Pero era un obstáculo para su felicidad y el mozo era proclive a las embestidas ciegas. Había, sin embargo, una objeción: con toda probabilidad Bella era amante de Enrique Argenti. Asesinarlo era una alternativa tentadora. Además, Mansilla lo aborrecía por otras razones: Argenti le debía plata desde hacía mucho tiempo.

¿Ahora bien, quién podía asegurar que Bella no tuviera otros hombres? ¿A cuántos tendría que matar?

La mente de Mansilla no registraba que Bella no aceptaría acostarse con él ni aunque matara a todos los hombres del mundo.

Una vez más, el mozo consultó Ferenzky.

—¿Ustéd nunca asesinó al marido de una mujer que le gustaba?

—Yo he hecho casi todo —contestó Ferenzky—, y lo que no hice, lo imaginé. En cualquiera de esos mundos pude haber matado a mucha gente. Y no hay mayor tentación para un asesino que el marido de una mujer hermosa.

Mansilla se acercó a Ferenzky. El alquimista percibió el olor que todo el barrio comentaba.

—¿Usted conoce bien a Enrique Argenti?

—Bastante.

—¿Es casado? ¿Tiene novia?

—No lo sé. Me parece que cada tanto se acuesta con las actrices de su compañía.

—Esa mujer… ¿Recuerda?… La mujer que le hablé. Disculpe si no puedo decirle de quién se trata. Bien, sospecho que Argenti anda con ella.

A la mañana siguiente, Mansilla se decidió. Se levantó temprano, todavía era de noche. Tomó un puñal de acero, regale de Steven, el lanzador de cuchillos. Hacía frío y todavía había niebla. Se instaló

detrás de un árbol, a pocos pasos de la entrada del edificio de Poniatowsky. Sabía que el doctor iba al hospital a esa hora. La calle estaba desierta.

Mansilla esperó.

Capítulo 80

El asesinato de Isquis

Durante aquellos días, Bella Poniatowsky se había ocupado de castigar con su desprecio a los hombres que tenía en su casa. Al profesor Scholl por su rechazo y a su marido por no haber vengado su honor.

Ninguno de los dos se daba por enterado. En cierto modo, el enojo de Bella les resultaba confortante y los ponía a cubierto de las escenas incómodas que ella representaba con tanto placer.

Una tarde, después de una cita fracasada con Enrique Argenti, Bella, aburrida y humillada, resolvió distraerse escribiendo una carta a la mujer de Scholl.

Querida señora:

Como usted sabrá, su esposo, el profesor Scholl, se aloja en nuestra casa de Buenos Aires. No es mi intención hacerle perder el tiempo con puterías. Pero usted no debe seguir ignorando la clase de hombre que es su marido. Para ir al punto, le diré que el profesor ha tratado de violarme. No la ofenderé con detalles. Sólo cumplo con lo que considero un deber. Disculpe que le escriba en castellano. Si usted no habla nuestro idioma, tenga la precaución de hacerse traducir el texto por una persona de su entera confianza.

Atentamente, Bella Poniatowsky

Ella revisó los papeles de su marido hasta que encontró la dirección del profesor Manfred Scholl. Luego fue hasta el correo y despachó la carta dándole la dignidad de expreso certificado.

Cuando volvía a su casa se cruzó con Silvano Mansilla. En verdad, el mozo la estaba esperando con un sobre en la mano.

—Esta carta es para usted, señora.

Bella no le contestó. Se metió el sobre en el bolsillo del tapado y siguió su camino con un gesto de fastidio. Empezó a leer el mensaje en el ascensor para poder tirarlo con la mayor rapidez. El papel estaba un poco sucio y hasta la caligrafía le dio asco.

Estimada Bella:

Disculpe que me dirija a usted de esta manera, pero no me atrevo a decírselo personalmente. Me gustaría invitarla a tomar algo o a caminar por algún lugar donde nadie nos conozca. En fin, yo sé que usted es una mujer casada, pero creo que el amor está por encima de cualquier institución. Le voy a dejar mi e-mail para que me conteste silvanoman@yahoo.com

Puede escribirme con confianza, soy una persona muy discreta. Me encantaría abrazarla con toda mi complacencia.

Silvano.

Bella tiró el mensaje al inodoro. Esa noche tuvo fiebre. El doctor Poniatowsky le dio unos comprimidos y le recomendó que descansara. Ella, pálida y ojerosa, tuvo fuerzas para insultarlo una vez más.

—No creas que porque estoy enferma me olvido de lo que está pasando. Sos una basura. Me violaron y no te importó. Si querés que vuelva a hablarte, portate como un hombre: decile a tu amiguete que se vaya, echalo a patadas, matalo… Hacé algo… Te odio, Abel. Te odio.

Poniatowsky salió de la habitación y se cruzó en el pasillo con el profesor Scholl.

—¿Sucede algo?

—Ella está enferma.

—Amigo Poniatowsky, debo contarle algo. Se trata de un episodio enojoso.

—Hable con confianza.

—El dios Apolo tenía una amante llamada Corónide, que era hija de Flegias, el rey de los lapitas. Un día Apolo tuvo que irse para atender ciertos asuntos en Delfos. Dejó entonces, para vigilarla, a un cuervo de plumaje blanco. Unos días después, el cuervo vio a Corónide aceptando los dones de Isquis, un muchachón que la venía cargoseando desde hacía tiempo. El cuervo voló hasta Delfos para advertir a Apolo, calculando que iba a ser recompensado por su celo. Sin embargo, Apolo ya había adivinado la infidelidad de su novia. Cuando el cuervo llegó a Delfos lo maldijo por no haber arrancado los ojos a Isquis y a Corónide. Por esa maldición, el pájaro se volvió negro, y negros son todos los cuervos desde entonces.

—¿Qué es lo que quiere decirme?

—Yo seré el cuervo y aunque usted me maldiga debo informarle que su mujer ha tratado, sin éxito, de seducirme.

—Ella me contó todo y opina que usted es más bien Isquis.

—No sea inocente, doctor. Estamos ante el típico cuadro de la mujer de Putifar.

Poniatowsky se mantuvo en silencio durante un rato, como si estuviera pensando un diagnóstico.

—Profesor Scholl… No tengo otra alternativa que asumir mi papel en el mito. Soy inevitablemente el marido y mi deber es, por lo menos, imponerle el exilio. Debo pedirle que se marche de esta casa. Pero para demostrarle mi amistad, le haré una confesión de la más íntima naturaleza: mi mujer me engaña. Es más puta que las gallinas.

Scholl corrió a su habitación y volvió con un viejo carpetón lleno de papeles.

—Mi querido señor, no pensé jamás hablar con usted de asuntos como este. Me imagino que

muchas veces sentirá un impulso de venganza…

—En realidad, no lo sé… Me limito a soportar mi infortunio. ¿Por qué lo dice?

—Represento a una hermandad cuyos miembros se prestan mutuo socorro para deshacerse de sus enemigos. Es un círculo que ~~comprende~~ funciona hace siglos. Con sólo pedirlo, usted puede librarse de quien quiera. No sé si me interpreta.

—¿Y cuánto debo pagar?

—Nada. Su sola obligación es ayudar a los demás miembros.

—¿De qué manera?

—Matando, llegado el caso, a la persona que se le indique. Le aclaro que muchos profesionales respetables y exitosos forman parte de este grupo.

Poniatowsky estaba alterado. En la misma conversación había expulsado a un amigo de su casa y había recibido la propuesta de cometer crímenes.

—No puedo aceptar. Me sería imposible asesinar a una persona… ¿Usted ha matado a alguien?

—No, tranquilícese doctor… En realidad, yo estoy en la parte administrativa. Es una función hereditaria. Mi trabajo consiste en hacer que las órdenes se cumplan. Hay mucha gente que nos pide que matemos a sus madres… De hecho, vine a la Argentina para buscar a un señor que está eludiendo su deber con el Círculo. Los viejos códigos del honor ya no son lo que eran, Poniatowsky… En fin, a un hombre como usted, no hace falta pedirle discreción.

—¡No diré nada! ¡Le juro que no diré nada!

—Usted es un caballero. Mañana mismo me marcharé… Lamento todo lo que ha ocurrido.

Los dos hombres se dieron la mano, menos efusivos que incómodos. Scholl demoró unos segundos el contacto y después sacó una foto de entre los papeles…

—Una última cosa… ¿Conoce por casualidad a este hombre? Se llama Román Stéfano.

—No. No lo conozco. Supongo que no pretenderá que le ayude a encontrar a sus víctimas.

—No es una víctima. En realidad, heredé de mi padre la obligación de obligar a este hombre a cumplir una obligación que heredó de su suegro. La vida es dura, Poniatowsky.

Ya de madrugada, ~~en medio de la oscuridad~~ cuando el profesor Scholl estaba en la cama, sintió que Bella, desnuda, se metía bajo sus sábanas. Como no encontró una actitud decorosa que asumir, decidió hacerse el dormido. Así permaneció, quieto y silencioso, mientras ella lo acariciaba y lo abrazaba. Al rato se durmió de verdad y soñó que ella le hacía el amor mientras él permanecía con los ojos cerrados.

Scholl despertó al amanecer. Quería dejar la casa antes de que Poniatowsky se levantara. Le asustaba tener que despedirse una vez más. Salió a la carrera, enfundado en un sobretodo y calzando una gorra hasta las orejas. Hacía frío y todavía había niebla. Caminó unos pocos pasos y una sombra le salió al encuentro. Apenas tuvo tiempo para reconocer la cara impasible de Silvano Mansilla antes de caer al suelo con un cuchillo clavado en el esternón.

Capítulo 81

Román Stéfano

Las orgías que organizaba Artola en su piso del boulevard Saint Germain eran demasiados escandalosas. Los vecinos contaban que resultaba imposible dormir a causa de la música y los gritos. También se decía que desde la terraza del primer piso solían caer borrachos y personas semidesnudas. En esas noches, todo el barrio se alteraba y los muchachos trataban de espiar desde los árboles los bailes indecentes y el desenfreno colectivo.

Sin embargo, al amanecer, Marcel Artola había impuesto la costumbre de pasar unos momentos de tristeza artística o de reflexión melancólica. Mujeres que hasta un momento antes daban alaridos de goce demoníaco, tocaban el piano o cantaban canciones de Joseph Komas. Hay que decir que Artola ya no se interesaba en las damas. La muerte de Hortensia había cambiado sus predilecciones. Al principio se sintió muy atraído por Gastón Renard, pero luego comprendió que le gustaban los hombres en general y que involucrarse con su ayudante había sido una comodidad más que una elección.

Artola negaba ~~que las manos~~ que la transformación de sus impulsos obedeciera a la tristeza y a la frustración. Una noche, la misma Brigitte Bardot se atrevió a preguntar, a la salida de un beso en la boca:

—¿Estás con hombres porque Hortensia está muerta?

—No exactamente —dijo Artola—, en realidad me volví puto estudiando chino en 1958. Por Hortensia me hice triste.

Una madrugada de invierno, cuando la saturnalia iba alcanzando sus picos más ardientes, una figura desamparada entró en el salón central de los placeres. Era Kristine Leblanc, adolescente, vestida de gris, arrastrando sus zapatos chatos de colegiala. Artola la reconoció enseguida y ordenó a todos que interrumpieran las acciones impúdicas. Él mismo, que estaba en calzoncillos, ocultó sus vergüenzas detrás de un sillón.

—Te conozco. ¿Qué haces aquí? Este no es lugar para una niña de buena familia. Debes irte.

Kristine escupió en el piso.

—Vine para decirte, en presencia de todos estos degenerados que algún día lo mataré. Buenas noches.

Artola disolvió la orgía, aun ante la protesta de los invitados. Se vistió con unos pantalones que tal vez no eran suyos y corrió detrás de la chica. Ella caminaba a pasos largos por el boulevard helado. Él, sin camisa, corría a su alrededor gritando explicaciones.

—No pude evitarlo. Tu padre tenía que morir y yo tenía que matarlo. Fue por amor… Yo amaba a tu madre… Tú debiste haber sido mi hija… Ya verás, ya verás, la vida es hermosa… La vida es hermosa.

Ella se detuvo y escribió en el muro con un lápiz labial: *TU MUERTE EN LLAMAS*.

Artola la siguió hasta Saint Michel y allí cayó de rodillas y se quedo llorando, mientras Kristine Leblanc se alejaba rumbo al Odeón.

Por un tiempo, adoptó la costumbre de enviar regalos a Kristine Leblanc. Casi siempre se trataba de objetos delicadísimos y exóticos: un pequeño sismógrafo chino; una gallina mecánica construida en Bizancio que ponía huevos de amatista; un anillo inspirador que dictaba versos prefectos; una serie infinita de muñecas rusas a cuya copia más pequeña era imposible llegar.

Su amante, Gastón Renard, lo fue reemplazando en todas las actividades. Artola permanecía encerrado en su despacho, casi siempre leyendo o escribiendo. Sólo salía para asistir a bacanales o para sacralizar con su presencia ciertos actos profesionales cuyo propósito era infundir temor.

El joven Renard se atrevió una tarde a cuestionar la pasividad de su jefe.

—Ya hay quien dice que no existes. No falta mucho para que empiecen a reírse de ti.

—Tienes razón. Ya mismo me ocuparé de desalentar carcajadas futuras.

Casi sin mirarlo, Artola lo mató de un tiro. Sin embargo, tuvo en cuenta la opinión del muerto. En los meses siguientes, sobreactuó. Cometió delitos teatrales, exageró su ira, se construyó fervores imaginarios.

Por aquellos tiempos llevó adelante el loco asalto al Despacho de Pesos y Medidas del parque de Saint Cloud. Allí se guardaba el viejo riel de platino e iridio al que todos llaman Metro Patrón. Era un antiguo símbolo del poder de Francia, de la fe en la ciencia y del sueño febril de medirlo todo. Lo tenían guardado en una cámara impenetrable que permanecía siempre a una temperatura de cero grado. No era en sí mismo un objeto muy valioso pero Artola pensó en llevárselo a su casa como la demostración cabal de su poder no tenía límites.

Nadie ha sabido contar cómo sucedió aquel robo. Puede calcularse que fue ejecutado sin dificultades, sin esfuerzo y sin detalles pintorescos. Artola conocía o dominaba a los directores de aquellas oficinas y seguramente los extorsionó para obligarlos a facilitar las llaves o suspender la vigilancia.

Lo que todos recuerdan es su llegada triunfal ala orgía del boulevard Saint Germain con el metro en la mano. Todos bailaron desnudos burlándose de cualquier ley, de cualquier sujeción, de cualquier regla. En lo más alto de la noche, Artola se midió la verga con el Metro Patrón mientras la concurrencia vociferaba versos demoníacos.

Una tarde Marcel Artola se hallaba en el Bois de Boulogne escribiendo obscenidades en la corteza de un tejo con la ayuda de su legendaria navaja Solingen.

De pronto apareció un joven muy apuesto que, después de gritar en su cara unos insultos argentinos, explicó el carácter sagrado de los árboles en general y del tejo en particular. Dijo que aquella madera era la que se utilizaba para hacer los barriles de vino y que en Irlanda llamaban al tejo «el ataúd de la vid». Enseguida declaró que se lo consideraba uno de los siete árboles jefes, junto al

roble, el avellano, el fresno, el acebo, el pino y el manzano.

Artola contestó que todo eso era cierto y que el tejo era también el árbol de la muerte en todos los países de Europa. Después dijo que su vida se prolongaba exactamente setecientos veintinueve años y que, cuando crecía en los cementerios, extendía sus raíces hasta la boca de cada cadáver. Luego, en perfecto castellano, retrucó los insultos del muchacho con giros que suelen usarse en Buenos Aires para neutralizar el efecto de todos los agravios o para volverlos en contra de quienes los profiere.

—*Como hermana no tengo, en su culo me vengo*.

El joven, impresionado por aquellas muestras de erudición, se presentó con la mayor cortesía.

—Le pido perdón por ofenderlo, señor. Me llamo Román Stéfano.

Según las viejas de Montparnasse, Román Stéfano era el muchacho más lindo del barrio. Su padre era un bandoneonísta argentino que había trabajado en El Garrón y que luego, a fuerza de empeño y crueldades gratuitas, había conseguido el respeto y la aceptación de los *maquereaux* del barrio Latino. Así pudo ejercer como cafisho y proporcionar a su hijo una buena educación.

Román estudió botánica y se convirtió en un especialista brillante. Sin embargo, nunca abandonó el círculo de los amigos de su padre. Pasó su infancia acunando prostitutas, cantando los tangos de Manuel Pizarro y haciendo amistad con los peores delincuentes de París. La ciencia lo cautivaba pero algo en su ser le decía que las formas burguesas de la prosperidad eran una traición a sus afectos.

Aquella tarde sucedió algo cuya verdadera naturaleza aún se discute. Algunos dicen que mientras los hombres caminaban por el bosque, unos japoneses atacaron a Artola y Román los puso en fuga a balazo limpio. Otros prefieren creer que fue simplemente el descubrimiento de intereses comunes lo que acercó a los dos hombres. Lo cierto es que Artola resolvió convertirse en el mentor de aquel joven y le permitió participar en algunas actividades de su banda, casi todas relacionadas con el arte de la falsificación.

Sin embargo, Román Stéfano no resultó un buen discípulo. Se negó a aprender técnicas de impresión, diseño y aleación de metales. No le importaba otra cosa que el mundo de los árboles y las flores.

Artola lo utilizaba para ganarse la confianza de señoras mayores y cunspiscientes. El muchacho no sólo era hermoso sino también educado y amable en sus maneras.

Conociendo su discreción, Artola lo envió un día a Chantilly para que entregara una caja a Kristine Leblanc. Se trataba de un antiguo telescopio que había pertenecido al astrónomo Camile Flammarion.

Román llegó a la casa de campo manejando él mismo un imponente Packard de 1942. Kristine lo recibió después de hacerlo esperar dos horas. Sin decirle nada abrió la caja y leyó la breve nota de Artola.

—¿Alguna respuesta? —preguntó Román.

—Si, dígale al señor Artola que se meta el telescopio en el culo.

—Usted es hermosa —dijo él.

Ella lo miró y empezó a desearlo. Él le pidió permiso para recorrer un camino de árboles alineados que le recordaba al célebre cuadro de Paul Cezánne.

Caminaron juntos. Ella le habló de su soledad y de sus padres muertos. Él le contó que cuando una pareja pasaba bajo una muérdago era obligatorio un intercambio de besos, pero no encontraron ninguno en su camino.

Un rato más tarde, Román Stéfano se marchó. Kristine miró el auto negro que se alejaba haciendo crujir la grava y después escribió con carbón en la pared de un viejo granero una sola palabra: *AMOR*.

Capítulo 82

El hombre de la cornisa III

Una tarde el ruso Salzman pasó frente a la puerta de la calle Morón 4065. En realidad pasaba casi todos los días y en cada oportunidad recordaba el pedido del hombre de la cornisa. Allí vivía una señora de Barraza, aquella maestra que, según el suicida, era su única esperanza.

Salzman sentía que tenía que cumplir lo prometido y visitar a aquella mujer. Pero siempre lo postergaba para el día siguiente. Pasó de largo casi sin mirar. Sin embargo, al llegar a la esquina, sintió uno de sus curiosos remordimientos. Solían llegarle desde afuera, como algo ajeno, como si se enfermara. No se iban aunque su inocencia fuera evidente y, en verdad, cuando no era culpable, Salzman se avergonzaba todavía más.

Volvió al trote hasta la casa en cuestión. Caminó hasta el fondo del pasillo y golpeó la última puerta. Lo atendió una señora mayor de estampa firme y voz autoritaria. Después de explicar las peregrinas razones de su visita, la maestra lo hizo pasar y lo obligó a beber té.

—Recuerdo perfectamente a ese alumno. Uno de los peores que he tenido jamás. Un niño extorsivo, si me permite la expresión. Conseguía lo que deseaba mediante amenazas. Yo misma terminé por ceder a ella. Le ponía buenas notas para evitar violencias. Un día se subió al tejado del colegio y prometió que se iba a tirar de cabeza sino lo calificaba por lo menos con un nueve en lenguaje. Le juro que no merecía más de un cuatro.

—El creé que usted lo quería mucho. Bastará con que se acerque y le diga alguna palabra de comprensión. Usted es maestra. Después podrá volver a su casa y dejar que el tipo se mate como quiera.

La señora de Barraza ofreció a Salzman un pedazo de torta. Era horrible. El ruso se la comió casi toda.

—Vea, señor… He sido muy condescendiente con el alumno Cúneo. Pero se me acabó la paciencia. Si le damos todo lo que pide, prometerá matarse cada vez que necesite algo.

—Creo que su paciencia viene a agotarse en el momento menos oportuno. Por lo demás, convendría decidir si uno prefiere que prometa matarse muchas veces en el futuro o que se mate ahora.

—No voy a ir. No quiero ser cómplice de sus manejos. Vaya y dígale a su amigo que no lo espere

todo de los demás si quiere llegar a algo en la vida.

—¡Se va a tirar, señora!

—¡No me importa! ¿Sabe cuantos alumnos tenía yo en aquella clase?… ¡Treinta y nueve! ¡Imagínese si a todos se les ocurriera ahorcarse al mismo tiempo! ¿Me comprende lo que le quiero decir?

Salzman no dijo nada y salió a paso firme por el pasillo. Para aprovechar del todo sus sentimientos de culpa, fue directamente hasta Artigas y Avellaneda, subió hasta el quinto piso, salió a la cornisa por la ventana de los vecinos y enfrentó al suicida con más apuro que decisión.

—Su maestra no vendrá. Está demasiado ocupada con colegiales que no se suicidan. Lamento ser el portador de esta mala noticia. Si quiere arrojarse al vacío espere a que me vaya, ya sabe como son estas cosas.

El hombre de la cornisa no perdió la calma.

—Ya me lo esperaba. Uno idealiza a las maestras, no se preocupe. Quiero que sepa que no le dije toda la verdad. Estoy enfermo, es cierto, pero no tanto. Por vergüenza oculté que en realidad voy a matarme por una mujer.

Salzman no dijo nada.

—A usted le parecerá una historia vulgar. Para mi es trágica. Comenzó de un modo más bien anodino. Fuimos compañeros en una toma de rehenes que hicieron los Destructores en el banco de Italia y Río de la Plata. Usted ya irá imaginando la escena: una palabra suelta cuando los delincuentes no miraban, una caricia permanentemente casual. En fin, no hace falta explayarse ante un hombre de mundo. A las pocas horas ya nos habíamos jurado amor eterno. Después los ladrones huyeron, quedamos libres… No me escuche, Salzman. Le estoy mintiendo de nuevo…

El hombre calvo, bajó la vista, avergonzado.

—Fue algo mucho más humillante. Yo salía con ella hacía más de un año. Era una joven educada y sensible. Me admiraba sin reservas y hablaba de mí como un modelo de inteligencia, coraje y dignidad. Yo fomentaba tales dictámenes. Entonces fuimos al banco y llegaron los Destructores. Yo estaba aterrorizado pero durante un buen rato pude disimular. En cierto momento uno de los forajidos me amenazó con una horquilla. Con un esfuerzo sobrehumano conseguí responder a sus insultos con una frase digna. De inmediato sobrevino un colapso. Mi respiración se agitó, mi corazón empezó una taquicardia de semifusas y como epílogo de aquellos horrorosos síntomas, me cagué del modo más literal, espero que me interprete.

El ruso Salzman dio comienzo a una risotada pero alcanzó a contenerla, por cortesía.

—Le puede pasar a cualquiera.

—Los Destructores se fueron y yo quede allí, tratando de ocultar la catástrofe. Caminé hacia la puerta con el clásico andar de piernas abiertas que delata a quien se ha desgraciado. Mi novia marchaba delante de mí. Enseguida intuyó mi desventura y se volvió a mirarme. Yo me detuve en seco y la miré a los ojos. Por un instante creí que tenía chance de salir indemne. Sus palabras enterraron cualquier esperanza… Te cagaste, me dijo, y no la vi más…

Ahora solo puede rescatarme del infierno un gesto superior, más intenso y memorable.

El ruso inició la retirada, pensando que no existía hazaña más señalada que cagarse encima.

—No se vaya. —El suicida hizo una larga pausa—. ¿Oyó hablar alguna vez del escritor Luis Cúneo?

—No —confesó Salzman.

—Soy yo… Durante diez largos años estuve escribiendo un libro: La última metáfora. Busqué la explicación del mundo de los tropos, en las sustituciones, en la interpretación. Me pareció que el arte y la poesía, para no hablar del psicoanálisis, tenían la clave del significado del universo. Estudié matemáticas y encontré nuevos indicios: los factoriales, los números primos, los números irracionales, las multiplicaciones por once. Cuando lo publiqué comprendí que no había hecho más que juntar argumentos favorables y rechazar los adversos. Tuve una funesta inspiración que se escribe así: el mundo no significa nada. Me mataré por eso.

Salzman pensó que el suicida había dicho una verdad. También pensó que nada lo fastidiaba más que la pretensión inaugural del que concibe una idea que ya todos conocen. Calculó también que, con toda certeza, su propia reflexión se inscribía en esa categoría. Iba a verbalizar sus razonamientos pero a último momento comprendió que sus palabras también iban a convertirse en una duplicación superflua. Entonces dijo otra cosa.

—El señor parece creer que el suicidio necesita alegato. O peor todavía… Me está pareciendo en este último momento que usted está tratando de averiguar por qué se mata. Deje ese trabajo a los demás, compañero. Va a ver cómo enseguida, al verlo aplastado contra el pavimento, van a adivinar los verdaderos motivos.

El ruso se metió por la ventana de la oficina de al lado. Cúneo lo persiguió. Abajo, los curiosos lanzaron una exclamación. El suicida sacó del bolsillo un ejemplar de *La última metáfora*.

—Léalo y después dígame qué le ha parecido.

Cuando el ruso estiró la mano, el libro cayó al vacío tratando de volar con quinientas alas inútiles.

—Creo que ya lo leí —dijo Salzman—, y escapó a toda velocidad.

4 ♠

Capítulo 83

Asesinando al doctor Poniatowsky

Bella Poniatowsky salió al anochecer para encontrarse con Enrique Argenti en el paredón de la cancha de Ferro Carril Oeste. Casi no había niebla. Mansilla la vio caminar hacia la avenida Avellaneda, asomado a su ventana estrecha. Vio también al doctor Poniatowsky justo enfrente, trabajando en su estudio del segundo piso la íntima luz de un velador. Era una situación apropiada para matarlo. No podía volver a fallar. El mozo buscó en la valija que guardaba bajo la cama. Debajo de una chaqueta con blasones dorados encontró una capucha negra, un poco apolillada y se la calzó en la cabeza. Cuando pudo encontrar los agujeros de los ojos, vio al payaso Nicoleta enseñándole el número de La sombra desobediente, una pantomima infame en la que lo arrastraban por el piso, le daban latigazos, lo ataban a un poste y lo echaban a patadas de la pista. Llegó a sentir la arena húmeda y sucia bajo sus ropas y el pie de Nicoleta aplastándole la cara.

—Me las vas pagar —murmuró mientras se calzaba unas suaves de volatinero.

Mansilla consideraba a Poniatowsky el verdadero culpable de la muerte de Manfred Scholl por haberse dejado suplantar, por no haber sabido estar en el lugar que le correspondía. Además, su fastidio aumentaba cuando pensaba en el esfuerzo que le había costado arrastrar el cuerpo hasta la vía.

—Hoy si que no me voy a equivocar, juna gran puta… No sabés con quien te metiste.

Esperó un rato más y salió a la calle desierta. Cruzó con saltos de atleta y empezó a trepar el poste metálico del alumbrado. Iba firme y miró hacia abajo y pudo reconocer, más allá de las pequeñas gradas, detrás de una empalizada de colores, a Steven, el lanzador de cuchillos, con el culo al aire, montando —volvió a asquearle la paradoja— a Tamara, la *ecuyereé*. Unos enanos obscenos tocaban tambores flatulentos y daban pasos de carnaval alrededor de los amantes. El público aplaudió. Mansilla había llegado a la cúspide, justo a la altura de los balcones del segundo piso. Se afirmó con las piernas y se extendió hasta la baranda. Fue un salto fácil. Con dedos de hierro forzó una ventana corrediza y llegó al corazón mismo del hogar de los Poniatowsky. Avanzó en la oscuridad con pasos livianos de saltimbanqui, buscó el estudio iluminado y se quedó inmóvil y silencioso justo detrás del doctor, que seguía leyendo ensimismado. El mozo esperó y al rato empezó a ganar centímetros para desnucar a cualquiera en dos segundos.

—Cuanto más cerca, mejor —le dijo el poderoso Galeotto—, un antebrazo en el cuello, el otro detrás. El de atrás baja, el de adelante sube. Así maté a mi novia, vos lo viste.

Mansilla se preparó. El doctor Poniatowsky parecía en otro mundo. Pero algo inusual lo alertó: percibió a sus espaldas un penetrante olor a mierda. Se volvió para mirar y la llave fulminante fracasó. Imperturbable, Mansilla empezó a estrangularlo de frente. Tardaría un poco más, quince o veinte segundos. Poniatowsky no pudo resistirse. Ni siquiera había en su garganta clausurada un resquicio para poder quejarse. Como gesto de última dignidad, levantó con uñas agonizantes la capucha de su atacante y vio su rostro. Mansilla, sorprendido, aflojó apenas la presión. Abel Poniatowsky aprovechó su aliento final para una palabra despavorida: ¡Mozo!

Mansilla siguió apretando hasta que el médico se desplomó. Después vio salir de un armario a Nicoleta, con la mitad del rostro pintarrajeada con los gestos del mal y la otra mitad, más siniestra todavía, mostrando la perversidad pura, conseguida sin estuques ni carmines, a fuerza de iniquidades legítimas.

—Sé lo que hiciste y serás mi esclavo. Desde el fondo del armario, unos brazos de mujer arrastraron al payaso hacia adentro y luego, sacando una lengua de bruja, apareció la cara hermosa de Tamara, sólo para burlarse y desaparecer. Mansilla miró a Poniatowsky desparramado en el suelo, se acomodó la ropa y ahora con andar de mozo recorrió toda la casa. Se detuvo en el baño y meó con malevolencia. Jugueteó con las toallas y salió sin tirar la cadena. Estaba entusiasmado y calculaba que una puerta esperanzadora se abría ante él. Con ansiosa lentitud se metió en la alcoba, se miró en el espejo y se acomodó la capucha, avergonzado. Uno a uno fue revisando los cajones de Bella. Se detuvo en la ropa interior y hasta pensó en llevarse unos calzones rojos. Prefirió no abusar de su situación. Miró fotos, olió perfumes y finalmente se tiró en la cama, eligiendo el lugar que parecía el del marido por minucias masculinas de la mesa de luz. Desde allí contempló la almohada desierta de Bella y tal vez se quedó dormido. Al rato, se desperezó, olió las sabanas ~~de Virgilio~~ y emprendió el regreso por el mismo camino. Steven, el lanzador de cuchillos lo esperaba al pie del poste. Cuando Mansilla tocó la pista, lo abrazó estrechamente y le dijo al oído.

—Matemos a Rinaldi. Si no me ayudás, te mato a vos.

El mozo huyó, entró en su edificio y cerró la puerta de su apartamento con llaves y más llaves. Ya recobraba la calma, se desvistió, preparó unos mates y se puso a pensar en Bella Poniatowsky. Libre de su marido, ella no tardaría en aceptarlo.

—¡Asesino! ¡Asesino!

Los loros interrumpieron sus ensueños. Con toda paciencia les dio de comer. Después guardó la capucha en el valijón y viola trompeta. Tuvo la idea de tocar un rato. Sentado en la cama sopló la melodía que había inventado o robado para Bella. Una lágrima lo avergonzó y dejó de tocar. Ya empezaba a caer la niebla. Se asomó a la ventana y miró una vez más el piso de enfrente. Todavía se alcanzaba a divisar el estudio iluminado del doctor. De pronto, algo sucedió. Frente a la ventana apareció la silueta tambaleante de Poniatowsky, vivo aún, tratando inútilmente de gritar, luchando con sus últimas fuerzas. Mansilla no perdió ni un segundo. Tomó su viejo revólver y corrió en calzoncillos a rematar a aquel hombre. Steven, Galeotto y Tamara trataron de interceptarlo pero él los atravesó. Escaló de nuevo el poste del alumbrado y cayó de un salto en el balcón. Tenía que matarlo, no podía fallar. El tipo lo había reconocido. No podía dejarlo vivir y menos ahora que Bella iba a recibirlo en la cama que hoy mismo había probado. Entró directamente al estudio rompiendo los

vidrios con la culata de la Colt. Poniatowsky no estaba. Oyó sus pasos en la escalera y corrió tras él. Llegó a la calle justo para ver al doctor doblar por Aranguren a los gritos. En cuatro saltos alcanzó la esquina y lo bajó de un balazo. Le pareció que el medico se despatarraba a unos veinte metros escasos. La cerrazón se hizo impenetrable. Empezó a buscarlo por toda la cuadra para asegurarse de que estuviera muerto. Poniatowsky no aparecía. Súbitamente una sombra se paró frente a él. Mansilla disparó. Era una vieja, cayó fulminada. El mozo ya no recordaba en que esquina había doblado. Se había perdido otra vez. Tenía miedo. Los enanos saltaron y tocaron el trombón a su alrededor. Un perro ardiente ladró y su resplandor iluminó las piernas de un hombre que corría. Era Poniatowsky que, baleado y estrangulado, se negaba a morir. Mansilla volvió a disparar. El doctor recibió el balazo pero siguió caminando. El mozo enfureció. Arrancó con fuerza bestial el fierro de la parada del 89, lo arrojó como una jabalina y ensartó al pobre médico en plena espalda. Entre corrida y corrida habían vuelto justo al punto de partida. Poniatowsky, muerto definitivamente, yacía en el medio de la calle, entre su casa y la de su asesino. Mansilla decidió llevar el cuerpo hasta la esquina para arrojarlo a las cloacas levantando alguna de las tapas de hierro. Se oyeron unos pasos. Era Bella que venía de regreso. El mozo cargó el cadáver en sus hombros y lo metió primero en el hall de su edificio y luego en su apartamento. Vació un baúl donde guardaba redes, sogas y trapecios, y lo escondió allí, tapado por unos manteles de hule que había ganado en una kermés. Trató de espiar a Bella, pero todas las ventanas estaban cerradas y la niebla era impenetrable. Por fin se acostó a dormir y empezaron las pesadillas. A las cinco de la mañana se despertó y le pegó un último tiro a Poniatowsky, para asegurarse. Pero no pudo volver a la cama. Steven Nicoleta y Tamara la habían ocupado con sus locuras sexuales. Ella le gritó con voz de Colombina.

—No servís para nada, Mansilla.

Los loros repitieron:

—¡Mozo!… ¡Asesino!… ¡Marche una parrillada!

Mansilla limpió el revólver y les dijo entre carcajadas de loco:

—¡Como se nota que nunca vieron un crimen perfecto, manga de chitrulos!

5 ♠

Capítulo 84

Extrañando al doctor Poniatowsky

Mientras Mansilla guardaba el cadáver de Poniatowsky en un Viejo baúl, Bella regresó a su casa, indignada porque Enrique Argenti le había echo el amor en la playa de maniobras del ferrocarril, sin atenciones, ni caricias, sin invitarla siquiera a tomar un café.

Recién al otro día se dio cuenta de la ausencia de su marido. Con más fastidio que preocupación, llamó al consultorio que el médico tenía en el centro para ver si estaba allí. Después, para ahorrarse trámites fastidiosos, decidió suponer que Poniatowsky la había abandonado y no volvió a hacer ninguna otra averiguación.

A decir verdad, se sentía aliviada. Le parecía emocionante volver de repente a sus costumbres de soltera.

Los pacientes y los subalternos de su marido la sacaban de aquel ensueño llamándola cada quince minutos. Bella se hartó de aquellas voces y de tanta fingida preocupación. Empezó a decirles a todos que Poniatowsky ya no vivía allí y que ya no los unía vínculo alguno.

Una tarde conoció a un señor en Palermo y lo invitó a dormir a su casa. A partir de entonces, empezaron a desfilar convidados y jamás por una noche sola. Tomaba —eso sí— algunas precauciones para que el barrio no percibiera abiertamente su cambio de vida. La niebla ayudaba.

Durante aquellas jornadas, Silvano Mansilla no terminaba de decidir qué iba a hacer con el muerto. El inevitable olor del pobre Poniatowsky no parecía molestarlo. El mozo, como tantos solterones, profesaba una suciedad manifiesta.

En una ocasión, el encargado del edificio visitó el departamento para revisar unos caños. El hombre no dejó de notar la fetidez del ambiente, pero pensó que era el hedor de siempre, la vieja y mentada *spuzza* de Mansilla.

De tanto espiar por la ventana y a pesar de la prudencia de Bella, el mozo percibió unos movimientos, unos fragmentos de realidad, unos refucilos acusadores que instalaron en su corazón la conjetura más amarga: Bella recibía hombres todas las madrugadas.

Sintió enseguida el impulso de llamarla por teléfono y avergonzarla con palabras de desprecio.

Mientras marcaba los números fue eligiendo frases humillantes para escupírselas sin piedad. *Sos una puta* le pareció demasiado infantil. Era preferible empezar por el extremo opuesto. *Tu marido*

esta muerto, yo lo maté. Lo maté por tu amor… Mansilla se asustó de su propia agitación. Llegó al último digito sin decidirse y empezó a marcar de nuevo. *Buenas noches, soy Silvano Mansilla, el señor de enfrente. ¿A usted le parece bien lo que esta haciendo?* Demasiado largo, era necesario ir directamente al punto. *Te amo, te amo. Estoy dispuesto a matar… Mejor dicho, ya maté… Antes que nada quiero decirle quién soy…* Cuando Bella atendió, Mansilla permaneció en silencio unos segundos y luego colgó. Después, siguiendo el procedimiento clásico, repitió la llamada diez o quince veces hasta que se cansó.

A pesar de la angustia y la ansiedad, el mozo siguió cumpliendo sus tareas en El Popular de Boedo con entera puntualidad. No permitió que los celos perturbaran su rigor profesional. Se decía a sí mismo que un hombre serio no debía perder la calma por más enamorado que estuviera.

Dormir le resultaba imposible. Cerraba los ojos y se le aparecía Bella, hostil, inalcanzable, orgullosa de no amarlo, mostrando a sus novios desnudos y lustrosos de aceite. Mansilla encendía el velador para espantar sus pesadillas. Los loros también se encendían y lo martirizaban con sus burlas.

—¡Mozo! ¡Mozo! ¡La cuenta!

Entonces se iba al cabaret y se quedaba hasta la mañana a esperar que se fuera la niebla. Si había mucha gente, daba una mano con las mesas o con la barra. En las noches más solitarias se entreveraba en discusiones inútiles con Virgilio, con Ferenky y hasta con el cafiolo Vidalita.

—¿Cuánto le queda al caralisa por cada copa de cincuenta pesos?

—Menos de diez —dictaminó Virgilio—. Veinte son para Ferenzky, diez para la mina, tenés que darle propina al mozo… No es un gran negocio.

—Lo mejor es que el punto se la lleve a un hotel —explicó el Cafiolo—. En tal caso Ferenzky no moja nada. El hotel lo paga el punto y la mitad vuelve al rufa. Con la mina vamos a medias y los regalos, las propinas y los acuerdos raros dejan el setenta por ciento para nosotros, que ponemos el cuerpo si se arma el tole tole… En lo del turco Raschid es diferente. Les da diez por copa y cincuenta por viaje, ero los regalos son de ellas… En verdad, nadie regala un carajo.

—¿Qué pasa si alguien no quiere pagar? —preguntó Mansilla.

—Si no tiene, le prestamos. Pero si se hace el loco o le parece caro, le damos el pesto. Si el tipo es lindo, le arruinamos el escracho.

—¿Valen todas igual?

—Parece que sí, pero no. Las más jóvenes te enloquecen, te piden copas, te manguean, te blosiquean, te venden la noche por una fortuna. Hay muchos que caen y forman mil o dos mil en una cama. Después están las chicas celestiales, las de arriba. El viejo no las habilita, las guarda para algo grande, dice él.

Una madrugada Mansilla tomó una copa con Carla, una de las más bonitas. Ella le bailó entre las piernas y le dejó espiar el escote. El mozo se puso rojo de vergüenza y a los diez minutos ya estaba en la puerta charlando con Ferenzky. Le habían sacado quinientos pesos.

—Al enamorado que no le vengan con putas —dijo escondiendo la boca bajo la solapa.

El anciano lo consoló jurándole que cuando quisiera podría elegir a la que más le gustara y la casa pagaría hasta el último capricho. Mansilla agradeció, pero nunca volvió a sentarse con ninguna.

Al otro día, viéndolo tan triste, Ferenzky tuvo la idea de convidarle un ajenjo.

—¿Conoce la absinta, Mansilla? Es un licor prohibido en la Argentina. Yo tengo en la bodega

cientos y cientos de cajones de distintas marcas que me hago traer de Francia. Este que tengo aquí es un afrodisíaco, antidepresivo y alucinógeno.

Ferenzky sirvió el licor en un vaso, tomó una cuchara perforada, puso un terrón de azucar en la concavidad y luego agregó agua de una jarra.

—Un quinto estará bien, tómelo de un trago. Sabe, los nobles de Europa se volvían locos por el ajenjo, Absinta… Pernod… ¿Sabe cómo se traduce en ruso?… Chernóbil. No me afloje, Mansilla, confíe en la *Sorciére*.

Mansilla bebió una copa tras otra y en media hora ya se habían agarrado el famoso pedo de ajenjo que induce a la locura y al crimen.

En el momento central de la borrachera, Mansilla se pintó los labios con Tangée y se subió al caño de las bailarinas.

—¿Alguna vez les conté cómo murieron mis padres?

Trepó por el caño y al llegar a la cúspide se sostuvo solamente con las piernas y abrió los brazos.

—Mi madre tenía un amante… Mi padre apareció de golpe y los sorprendió en la cama. Los mató a los dos y se mató él.

Mansilla se deslizó hasta el piso y cayó sentado.

—Pero el amante no terminó de morirse. Sólo estaba herido y se fue. Se fue a la casa… Bueno, no importa a dónde se fue.

Siguieron algunas pruebas de gran destreza: la bandera, el giro cabeza abajo, la trepada sin manos. Encaramado en lo más alto, con la cabeza rozando el techo, se puso a gritar con voz de payaso.

—¡Lo quiero matar!… ¡Lo quiero matar!

Ferenzky lo bajó con una escoba.

—Déjese de joder, Mansilla.

Un par de semanas después, cuando ya todos se habían olvidado de Abel Poniatowsky, Mansilla lo sacó a la niebla, lo cruzó de vereda y lo dejó allí desparramado. Un vecino lo encontró al amanecer. Era un cuadro horroroso: un hombre que llevaba un mes muerto, tirado en la puerta de su misma casa.

Cuando fueron a avisarle, Bella estaba durmiendo. El verdulero Lamenta asumió el penoso papel de mensajero. Ella, en camisón, dio vuelta los ojos, lanzó unos gemidos desesperados, cerró la puerta y volvió a acostarse. Pensó en su marido con dolor, pero también con encono. Se sentía abrumada por los fastidios subalternos de la desgracia: el velorio, las condolencias, los abogados, las certificaciones y la composición humillante de una actuación exacta, puntual en los llantos, en los silencios, en las breves distracciones de liviandad mundana. Se quedó dormida. Cuando despertó llamó por teléfono al invitado de aquella noche y canceló el encuentro. Después tomó su diario y escribió con letra temblorosa:

Abel ha muerto. Ya nada tiene sentido. Quisiera morirme con él.

Capítulo 85

El velorio del doctor Poniatowsky

Bella Poniatowsky no tuvo fuerzas para encargarse de los penosos trámites que forman parte de la organización de un velorio. Recordó, o creyó recordar, que no soportaba la visión de un cadáver y entonces pidió al ruso Salzman que se encargara de todo.

El ruso aceptó pero se permitió una callada indignación ante el abuso. Se presentó entonces en el sombrío local de la cochería Fatorusso y habló con Ludovico, uno de los socios, que había sido su cliente en los tiempos gloriosos de la quiniela clandestina. Todos los viernes le jugaba diez pesos al cuarenta y ocho, si es que no al cuarenta siete.

Fatorusso le explicó algunos detalles más bien delicados.

—Vea, Salzman. No lo tome a mal, pero cuando un muerto está medio cansadito conviene presentarlo con el cajón cerrado. Es mejor para todos y más que nada para el finado. Póngase en su lugar: está lleno de gente, un salón discreto, personas refinadas, bien vestidas y usted ahí deshaciéndose delante de todos, déjeme de joder.

—Ludovico, disculpe mi ignorancia… ¿A Poniatowsky se lo tengo que traer yo o lo van a buscar ustedes?

—Vaya tranquilo, Salzman. Ha venido al lugar más conveniente.

El velorio comenzó a eso de las siete de la tarde. Estaba bastante concurrido, pero casi todos los presentes eran del hospital Álvarez, o empleados del consultorio, o pacientes que el doctor Poniatowsky había atendido durante tantos años.

El matrimonio tenía muy pocos parientes y muchos vecinos del barrio se habían mudado con la mayor discreción. Habían llegado, eso sí, un tío del muerto y también una hermana de Bella que parecía resentida por ancestrales puteríos. Un poco más tarde, se presentó un hombre llamado Bruno que dijo ser primo de la señora y que no dejaba de examinar los adornos y espejos de la casa, como si fuera un especialista.

Bella recibía saludos con fastidio y cada tanto se retiraba a su habitación para descansar un poco.

Casi todos se amontonaban en la sala. En la cocina servían café y en un pequeño saloncito las pacientes viejas del médico se complacían en recordar sus curaciones. Fatorusso había instalado el cajón en una habitación pequeña anexa al comedor.

Salzman estaba atento a todos los detalles. Pablito lo seguía por toda la casa. A ratos se entretenía con los jueguitos tristes de los chicos solitarios: caminaba siguiendo la orientación cambiante de las tablas del parquet, se miraba en los espejos de toda la casa o se escondía detrás de las cortinas para aparecérsele al ruso con alharacas de susto.

Apoyado en una pared, ya en territorios de sueño, Salzman vio al Tallador que barajaba un mazo de enorme grosor sobre el escritorio de Poniatowsky.

—Vamos, juegue de una vez. Tengo poco tiempo.

—¿Qué debo hacer?

—Primero apueste. ¿Cuanto quiere jugar?

—Juego todo lo que tengo.

—Usted no tiene nada. Con eso no puede ni sentarse a la mesa.

—Apuesto lo que tuve, mis recuerdos buenos.

—Podría ser. Si pierde se olvidará de todas las bagatelas infalibles que le sirven de consuelo.

El Tallador le dio todas las cartas a Salzman, una por una, y él se quedó con la última.

—Hoy le concederé alguna ventaja. Usted tiene todas las cartas y yo solamente una. Además, usted elige el juego. Yo, con esta sola baraja estoy obligado a ganar.

Salzman examinó su mano y vio centenares de figuras lejanamente parecidas a los arcanos del Tarot: La Riqueza, el Poder, la Fama, el Amor, la Inteligencia, la Fuerza, el Honor, la Juventud, la Razón, la Salud, la Imaginación, el Arte, la Clarividencia, el Valor, la Fe, la Suerte, la Belleza, la Virilidad, la Inspiración… Sin hacer ningún gesto, dio vuelta las cartas sobre la mesa.

—Buen juego —dijo el Tallador—, pero no alcanza.

Y jugó el naipe de la Muerte, Salzman despertó, más triste que nunca.

Poco a poco fueron apareciendo algunos visitantes cuya pertinencia resultaba difícil de elucidar. Señores bien vestidos, muchachos jóvenes, sin hablar con nadie. Bella ni los miraba, tal vez porque su primo Bruno hacía valer prerrogativas familiares y no se despegaba de su lado.

Silvano Mansilla llegó a las diez de la noche, de traje oscuro y moñito profesional. Trató de dar su pésame a Bella, pero ella lo evitó. Sin ofenderse, se instaló frente al ataúd y allí se quedo firme y silencioso. Todos creían que era un empleado de Fatorusso. La presencia de tantos hombres solos no tardó en inquietarlo y se le ocurrió compartir sus sospechas con Salzman.

—No me gustan estos tipos. ¿Quiénes serán?

—Amigos de Poniatowsky, tal vez.

—No lo creo. Parecen no conocerse entre ellos.

—Podrían ser pacientes.

—No sea ingenuo, Salzman. Estos puntos se voltean a la señora, créame.

Salzman objetó con desgano que era difícil imaginar que un amante clandestino eligiera el velorio del marido para ponerse en evidencia. Marco Ferenzky llegó justo a tiempo para participar de la conversación.

—Los hombres enamorados son personas muy peligrosas. Todos sus actos tienen un sentido de amenaza, como si quisieran gritarnos que están dispuestos a cualquier cosa. Su carácter secreto los hace más poderosos porque en realidad no les importaría mostrar el culo en cualquier parte.

Salzman estuvo de acuerdo.

—Eso pasa con el que ocupa la posición inferior en un asunto amoroso. Siente que lo quieren

poco y se defiende con extorsiones. Si me dejás me mato, o te mato, o revelo nuestra intimidad.

—No hay nada que hacerle, estos tipos se la voltean —concluyó Mansilla.

Jorge Allen y Manuel Mandeb se presentaron para acompañar un rato a Salzman, pero también con la idea conspiratoria de fomentar alguna clase de escándalo, si se daba el caso. Enseguida se acercaron al viejo Ferenzky que estaba contando historias de muertos resucitados.

—La catalepsia puede ser muy molesta si no se la detecta a tiempo. Es necesario intervenir antes del entierro. A mi me gustaría mucho resucitar en pleno velorio. Imagínese la cara de esta señora si el pobre Poniatowsky empezara ahora mismo a golpear el cajón.

Silvano Mansilla se persignó.

—Eso hizo Pedrarias Dávila —dijo Manuel—. Lo estaban velando y el tipo despertó con una salud perfecta. Desde entonces llevó consigo a todas partes el ataúd. Lo trajo a América cuando lo nombraron gobernador y ocupaba el lugar principal de su casa.

—Las mejores catalépticas fueron la Bella Durmiente y Blancanieves. Este cuento me da mucho miedo —murmuró Ferenzky—. La madrastra celosa es en realidad la diosa de la muerte y por eso se pinta el rostro de negro. Ella quiere asesinar a la joven princesa. Primero comisiona a un montero, que por piedad, le perdona la vida y trae el hígado de un jabato diciendo que pertenecía a Blancanieves. Luego la madrastra utiliza un cinturón, un peine envenenado y por fin una manzana. Como ustedes recordarán, la princesa es ubicada como si estuviera muerta en un ataúd de vidrio en la cima de la colina. Graves me juró una tarde en Mallorca que el ataúd de vidrio es el castillo transparente al que van los héroes a hospedarse para vivir después de la muerte. Se trata, en fin, de una puesta en escena ya que evidentemente la princesa es inmortal, como la diosa.

—Toda muerte debería ser ficticia —protestó Mandeb.

Jorge Allen pidió permiso para señalar un detalle que, según su opinión, era la de mayor pertinencia.

—Si uno va a resucitar debe hacerlo en el momento oportuno. Ni muy temprano, ni muy tarde. Si se resuelve a hacerlo, pongamos por caso, un minuto después del fallecimiento, nadie le dará importancia y hasta dirán que en realidad no estaba muerto. Si en cambio resucita diez años después, ocasionará una catástrofe jurídica: sus herederos se habrán repartido los bienes, su viuda se habrá vuelto a casar, su ropa habrá sido donada a los pobres… En fin, lo más probable es que lo acusen de impostor alegando que nadie resucita y cosas así. Lo mejor entonces es resucitar por lo menos seis horas después de morir y nunca después de uno o dos meses. Todo esto sin mencionar detalles enojosos: dificultades provocadas por el enterramiento, féretros herméticos, descomposición inoportuna de uno mismo, etcétera.

—Yo prefiero el muerto serio —opinó Mansilla—. Un hombre de verdad se muere y no jode más.

Ferenzky anunció con repentino acento italiano que sólo iba a quedarse unos minutos.

—*Sono qui per cortesía. La signora* no simpatiza mucho conmigo.

En ese momento, una de las hermanas Carranza se acercó al cajón cerrado y acarició la madera, allí donde calculaba que estaba la cara del muerto. Después, casi llorando, se acercó al grupo y tomó las manos del viejo alquimista.

—Ay, señor Ferenzky… ¿Quién podría matar a un hombre como este?

—Siempre hay alguien que nos mata, señora… La Máscara, los Destructores, un loco, un

competidor, un bacilo.

—Él era un santo, le juro. En cambio a ella se le subieron los humos. Usted vio que no saluda a nadie… Pero, si me disculpa la expresión, al que sale de la mierda, olor le queda. Mire… Un día el doctor me estaba atendiendo en el consultorio. Yo acostada en la camilla, a usted se lo puedo decir, como Dios me trajo al mundo. En eso, se abre la puerta y entra ella… Ni buenas tardes dijo. Enseguida empezó a rezongarle al marido no sé qué cosa que no encontraba. Así estuvo como diez minutos y yo ahí… Señor Ferenzky, mi marido nunca me vio desnuda. ¿Se da cuenta?… El doctor notó que yo estaba incómoda y con esa delicadeza que tenía, me tapó con el diario… Ay, me parece que lo estuviera viendo.

La señora se alejó suspirando.

—¡Vieja puta! —maldijo Salzman.

Pablito llegó corriendo y se abrazó a él.

—Quiero irme, ruso. Estoy aburrido. La tipa me retó. Me dijo que me dejara de joder y que los chicos no tenían que estar en los velorios.

Ferenzky tosió de tal forma que hubo que sostenerlo.

—Tiene razón esa turra. Este no es lugar para un niño. Yo me voy enseguida. Será mejor que vuelva conmigo al cabaret.

A todos les pareció una buena idea, Mandeb informó a Pablito que Ferenzky conocía algunos cuentos muy divertidos.

—Claro que sí. Te puedo contar el del soldado que se tiró un pedo y medio.

El alquimista empezó a reír. Al recordar que estaba en un funeral trató de contenerse y resultó peor. La cara se le puso roja y los ojos se le llenaron de lágrimas. Ferenzky se llevó a Pablito. Los vecinos empezaron a despedirse de Bella. Ella, cuando vio que quedaba poca gente, conversó con el primo en un rincón y enseguida los dos salieron juntos diciendo que iban hasta la farmacia. Allen y Mandeb se las arreglaron para desaparecer en algún momento.

Un rato más tarde, llegó el director teatral Enrique Argenti.

ARGENTI: (*camina lentamente por la sala mientras responde a algunos saludos con inclinaciones de cabeza. Se acerca al cajón y lo mira atentamente. Luego encara al ruso Salzman*): Está igualito.

SALZMAN: No somos nada.

ARGENTI: Y que lo diga usted.

MANSILLA: Escúcheme, Argenti. Yo sé que no es el momento más oportuno pero no tengo más remedio que recordarle que usted se comprometió a resolver un asunto.

ARGENTI: (*con insolencia*): Y ale voy a pagar, mozo. Me parece que por respeto al doctor Poniatowsky podríamos amainar nuestras mezquindades por un rato.

MANSILLA: Por esta noche, pasa. Pero que no se le dé juego de seguidilla. La próxima vez que nos veamos, espero que venga acompañado del señor Quiñónez. (*Se aparta y se para junto al cajón*)

ARGENTI: (*a Salzman*): ¿Dónde está la señora?

SALZMAN: Vaya a saber… Acaba de irse con un señor que, según parece, es el primo.

Afuera la niebla se hacía cada vez más espesa. Era una noche tranquila. Casi no se escuchaban gritos ni lamentos. Apenas, cada media hora, como si fuera el pregón de un sereno, surgía de la cerrazón la voz de púlpito del ciego Fineo.

—Arrepiéntase… Ya llega… Ya está aquí. Se viene el fin del mundo.

Las contribuciones son a voluntad.

Son las dos de la mañana. En el salón de Poniatowsky está casi despierto. Sólo quedan, rodeando el cajón, cinco hombres: Silvano Mansilla, Enrique Argenti, el petiso Rebecca, un señor de Palermo y ruso Salzman. Parecen vigilarse mutuamente. Transcurren larguísimos minutos son que nadie diga nada.

ARGENTI: ¿Alguno es pariente? (*No hay respuesta*) Digo porque resulta un poco curioso que sólo quedemos nosotros que somos unos extraños… (*Pasea por la escena*) La señora no está… ¿Se sabe a que hora va a volver?

ARGENTI: ¿Quién tiene la llave de la casa?

SALZMAN: Yo… Yo tengo la llave.

Argenti se tira en un sillón. Los demás permanecen cerca del cajón. Vuelve a transcurrir minutos interminables.

ARGENTI: (*levantándose de repente*): ¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Por qué no nos vamos?

MANSILLA: Tranquilo… Después de todo, usted fue el último en llegar y resulta que es la gallina que primero cacarea. Yo me voy a quedar hasta que vuelva la señora o hasta que se vaya el último.

(Hay una pausa. Los hombres permanecen quietos)

SEÑOR DE PALERMO: Perdón, no sé si entendí bien. ¿Quiere decir que en el cajón no hay nadie?

SALZMAN: Usted lo ha dicho.

REBECCA: Bueno, en ese caso creo que podríamos considerarnos libros de cualquier obligación.

MANSILLA: Vayan ustedes si quieren. Yo me ofrezco a esperar a la señora, total no tengo sueño.

REBECCA: En ese caso, también me puedo quedar yo.

SALZMAN: Lo mejor es que nos vayamos todos.

Los hombres hacen una última reverencia ante el ataúd y empiezan a retirarse. Salzman es último en salir. Antes de cerrar con llave, apaga todas las luces. La sala desaparece devorada por las tinieblas. La ausencia para Poniatowsky es brutal. No hay amigos ni parientes, ni vecinos. Ni siquiera está él mismo. Así es la muerte.

7 ♠

Capítulo 86

Sustituyendo al doctor Poniatowsky

Una noche, al regresar de El Popular, Silvano Mansilla se puso a pensar en Bella Poniatowsky. Lo hizo con prolijidad y ayudándose con su melancólico arsenal de reliquias. Examinó servilletas, vasos manchados de rouge, fotos subrepticias, una moneda…

Después trató de espiar por la ventana pero la niebla hacía clausurado la calle. Tocó un rato la trompeta, repitiendo una y otra vez la melodía que acaso él mismo había compuesto en homenaje a Bella.

Los loros se burlaban de su concierto.

—¡Mozo!

—¡Marche una parrillada mixta!

—¡El que toca la trompeta que en el culo se la meta!

Mansilla les dio unos escobazos que sólo sirvieron para enloquecerlos y acrecentar su malevolencia.

—¡Mozo!… ¿Quién mató a su mamá?

—¡Mozo! ¿Qué te hizo Nicoleta?

—Bella no te quiere…

—Aquí nadie pidió paella, mozo.

—¡Te equivocaste idiota!

Por fin, el hombre apagó todas las luces y permaneció en silencio para indicar a los loros que dormía, o que no estaba, o que había llegado la verdadera noche.

En medio de aquel páramo sin percepciones, Mansilla tomó la decisión de ir a visitar a Bella Poniatowsky.

Se vistió de oscuro y eligió tanteando sus ropas más elegantes. Eran las de trabajo: saco negro y moñito.

Antes de salir, se demoró un poco imaginando las delicias que quizás le esperaban. Vio a Bella recibiéndolo con formalidad y distinción.

—Me alegra que haya venido a visitarme, Silvano. Casualmente quería hablar con usted. La verdad es que las circunstancias me han obligado a tratarlo con cierta brusquedad. Perdóneme,

Mansilla… No tuve más remedio que proceder de ese modo para no revelar mis sentimientos secretos.

Bella se sentó junto a él y lo tomó de la mano.

—Siempre lo amé, Silvano. Muchas veces estuve a punto de olvidarme de todo y besarlo y abrazarlo allí mismo, en El Popular. La noche que nos cruzamos en el pasillo que conduce al baño, mis palabras fueron de desprecio, pero mi corazón quería escapar de mi pecho para gritarle su deseo… Te adoro, te adoro, Mansilla.

El mozo consideró la preparación de alguna respuesta elegante: *yo ya me había dado cuenta*, le pareció un poco presumida. Examinó la posibilidad de permanecer en silencio e inmóvil. Después se decidió por un camino más directo: *Bella yo estoy enamorado de usted*.

Cruzó la calle y le preocupó la necesidad de hacer sonar el portero eléctrico. Era una dilación peligrosa. Tal vez ella se negara a atenderlo sólo por no estar presentable o por timidez o por la frialdad perversa de los aparatos electrónicos.

Espero entonces el ingreso de unos chicos que vivían en otro piso y se metió con ellos. Subió por las escaleras y lamentó no haber traído un pequeño obsequio. Vio a Bella oliendo unas flores de La Diosma.

—No se hubiera molestado, Mansilla. Le ruego que pase por alto mi falta de elocuencia, pero hace mucho que no recibo atenciones de auténticos caballeros y temo que he perdido la destreza de responder como una dama.

Una tarjeta no hubiera estado mal. Escribió varias veces antes de tocar el timbre. *La flor más bella es usted: No se asuste si el ramo se marchita de pura envidia*. O mejor todavía: *La quiero señora, no sé si me interpreta*.

Al final prefirió golpear la puerta. Pasó un minuto y no atendió nadie. Mansilla tuvo miedo de ser insistente y esperó un buen rato hasta llamar por segunda vez. Le pareció, eso sí, que era conveniente dar cuatro o cinco golpes. Después empezó a perder la calma y muy pronto, abandonando toda prudencia, hizo sonar el timbre en forma continua y hasta se animó a pegar unos gritos.

Bella Poniatowsky no estaba.

Mansilla volvió a su casa y se tomó enterita una botella de Chianti. De pronto, le pareció ver luz en las ventanas de en frente. A través de la niebla vislumbró resplandores que indicaban que Bella había regresado.

Puso la cabeza bajo la canilla para despejarse. Después se peinó y se acomodó lo mejor que pudo. Tambaleando tocó todos los timbres del edifico. Alguien le abrió y enseguida estuvo otra vez frente a la puerta de la mujer amada. Ya era muy tarde. Los golpes de Mansilla sonaron como bombas en la noche. Bella Poniatowsky entreabrió la puerta vestida con un camisón transparente.

Bella (*con asco*): ¿Qué quiere?

Mansilla (*Vacilante*): Creo que tenemos que hablar, señora.

Bella: Retírese, mozo. Son las cuatro de la mañana y yo no tengo nada que hablar con usted.

Mansilla: Basta de hipocresías, Bella. Usted sabe muy bien lo que hay entre nosotros. Ahora es inútil negarlo. Su esposo, en paz descanse, ya no es un obstáculo. No disimulemos más.

Bella: Usted está loco.

Mansilla (*compadreando*): Loco de amor por usted… ¿Puedo pasar?

Enrique Argenti (*asomándose en calzoncillos*): ¿Qué es lo que pasa? ¿Quién es?

Bella: Nadie… el mozo. Pero ya se marcha.

Mansilla (*confidencial y cínico*): No sabía que estaba tan mal acompañada. Ya hablaremos en otra ocasión. Siempre hay algún escollo entre nosotros. (*Levantando la voz*) Buenas noches, señor Argenti. Espero que se acuerde de la vieja.

Enrique Argenti: ¿Qué vieja?

Mansilla: La vieja deuda que tiene conmigo. (*Hace mutis por la escalera*)

Capítulo 87

Visitas en Chantilly

Una semana después del incendio del *Côte d'Ivore*, la joven Kristine Leblanc y Román Stéfano se casaron y se instalaron en la vieja casa de Chantilly. Parecían muy prósperos y felices. Román pasaba las tardes recorriendo los bosques de la vecindad y haciendo amistad con los árboles, especialmente con el avellano y el manzano, que era su preferido, Kristine solía acompañarlo y él le contaba historias mágicas sobre las plantas sagradas. Así supo que Adán y Eva no habían comido una manzana sino un higo y que la creencia actual proviene de una mala traducción de los primeros sacerdotes cristianos de Escandinavia. A veces viajaban juntos a territorios lejanos donde Román atendía asuntos relacionados con su ciencia.

Pronto nació su hija. La llamaron Nadine. Era una niña hermosa y adorable, aunque reacia a los mimos prolongados y un poco hosca con los extraños.

No recibían muchas visitas. Conservaron con ellos a los viejos empleados de Jean Leblanc que malcriaban a Nadine y le contaban historias acerca de los poderes mágicos de su abuelo.

Una tarde llegó un señor de aspecto abatido. Se anunció diciendo que deseaba conversar sobre asuntos legales muy delicados. Era el señor Schultz, o acaso Schwartz.

Román y Kristine se sentaron con él en los sillones de la vieja galería, a pocos pasos del jardín, de las flores y de los árboles compañeros.

Después de insoportables prolegómenos, el hombre mostró unos documentos firmados por Jean Leblanc.

—Su padre, señora, se comprometió a eliminar —vamos a decirlo así— a las personas que, llegado el caso, nuestra organización le iba a señalar. Aquí están todas las constancias… A ver… No, estas no son.

El hombre se demoró un buen rato hasta encontrar los papales que buscaba.

—Son estas. Fíjese. Nosotros le comunicamos hace varios años que la persona a ejecutar era el señor… Aquí está… Marcel Artola.

—Artola murió —dijo Román—, y además nosotros no tenemos nada que ver con los acuerdos entre ustedes y Leblanc.

El hombre volvió a buscar en las profundidades de su carretón.

—Según esta cláusula, el señor Jean Leblanc aseguró que en caso de morir, las obligaciones pendientes serían cumplidas en su totalidad por sus herederos, es decir, por usted, señora Stéfano. Pero hay algo más… No tenemos constancia de la muerte de Artola. No quisiera molestar, pero estamos ante un problema. Desde ya, le digo que hay más de uno de nuestros asociados que solicitó la liquidación de este hombre. Aquí hay un señor Saito, de Tokio… Un señor Moreau, que es obispo… En fin, es información confidencial pero lo que puedo decirle es que Marcel Artola para nosotros está vivo. Es más… Fue visto hace un año en Buenos Aires.

Kristine se indignó.

—Usted está loco. Esos documentos son ilegales, se refieren a actos criminales y no podrían presentarse ante la justicia. Váyase y déjenos de joder.

—Nuestra organización no necesita de la justicia, según usted debería comprender. Al que no cumple lo pactado, lo matamos. Pero hay algo más: ustedes no solo heredan las obligaciones de su padre, sino también la ayuda que nosotros podemos darle.

—Pues me cago en esa ayuda. Mi padre está muerto.

—Nosotros no podemos cuidar a nadie. Pero sí matar a quienes constituyan un peligro para el socio de este círculo… Bueno, en fin… de todos modos les dejo esta tarjeta. Ustedes sabrán lo que tienen que hacer. Buenas tardes.

Schultz o acaso Schwartz puso un diez de trébol sobre la mesa y se fue arrastrando los pies por el camino de grava.

Cinco minutos o cinco días más tarde, un Mercury verde se detuvo frente a la entrada principal. Bajaron tres señoras muy bien arregladas.

Enseguida las llevaron a la galería y les convidaron unas copitas de pernod Ricard.

Las mujeres habían viajado especialmente desde la Argentina. Eran las hermanas Marta, Mirtha y Mabel Bevilacqua. Le mostraron a Román una carta de presentación del bandoneonísta Anselmo Graciano que había sido alumno del viejo Stéfano en Buenos Aires. Marta mostró un trébol de plata y habló con voz de maestra:

—Venimos como representantes de una sociedad de estudios esotéricos. Es una congregación antigua aunque muy humilde. Tuvo su origen aquí, en Francia, pero durante la guerra debió trasladarse a la Argentina. Espero que el señor Leblanc no la haya mencionado nunca. Se trata de una agrupación secreta cuyo nombre no revelaremos. Le diremos, eso sí, que está compuesta por… hechiceros.

—Mi padre no creía en los brujos y nosotros tampoco.

Mabel se subió a una silla y recitó con los ojos cerrados.

—Los bueyes de Lyon no creen en la carreta.
Los peces del Ródano dicen que el agua no existe.
Ay del que se niega a soñar lo que es tangible,
A imaginar lo que tiene en la mano,
A inventar su propio nombre.

Marta ya estaba de mal humor.

—Su papá era tal vez un escéptico pero bien que consultaba nuestro libro.

—¿Qué libro?

—El *Libro de Raziel*, no me diga que nunca lo vio. Nuestra gente lo tuvo en su poder durante más de mil años. Jean Cocteau, un compañero inolvidable, lo escondió cuando los alemanes entraron en París y después no pudo recuperarlo, se perdió en el entrevero, se lo llevó un perejil cualquiera.

Nos costó mucho seguirle la pista. Hace muy poco supimos que un anciano en Montparnasse se lo vendió a su padre por unas monedas. Y también supimos que su padre, lo siento mucho, fue asesinado.

—¿Dónde está el libro? —dijo Mirtha.

—Pregúntele al asesino de mi padre.

—Artola ha muerto, jovencita. Alguien lo hizo volar en pedazos. Y, según andan diciendo, a usted no le faltaban ganas de matarlo.

Román Stéfano intervino con diplomacia:

—Mis queridas señoras, mi esposa es una muchacha muy joven y frágil. Artola era una bestia. ¿Cómo pueden pensar que ella lo asesinó?

—Todos los libros de Artola se prendieron fuego cuando explotó el barco —dijo Kristine.

—Tal vez sí o tal vez no. —Marta se acercó a Román Stéfano—. Nuestros maestros de Buenos Aires dicen que está en esta casa.

—Nadie vio nunca ese libro —objetó Kristine—. Mi padre me dijo muchas veces que era un invento de viejas supersticiosas que creen que todos los magos se inspiran en textos del infierno. Además, disculpe que se lo diga con aspereza, pero todos estos asuntos pertenecen a nuestra intimidad y si tuviéramos el libro ni siquiera se lo mostraríamos.

Mabel Bevilacqua hizo unos pasos de tango.

—Ay de los niños colgados de la cola de las panteras…
Ay del que cree que puede jugar con las tormentas.
Suelta ese volcán, mi pequeña…
No sacudas las torres, no coloques los mares sobre la tierra.
Y dame ese libro antes de que estalle el mundo.

—El libro existe —dijo Mirtha—. Si volviera a nuestras manos nosotros sabríamos usar su poder. Pero si ustedes tuvieran la mala idea de conversarlo, sepan que les esperan las peores calamidades. Una cosa más… Hay muchos que opinan que el libro debe ser quemado. Desde hace siglos tratan de apoderarse de él. Son tipos peligrosos.

Marta se puso frente a Román y le escupió en los labios.

—Esto es para que olvide si aprendió alguna ciencia prohibida… Algún día me lo agradecerá. Si nos da el libro o nos ayuda a conseguirlo le juro que su ganancia será infinita.

Las viejas se fueron pero prometieron volver. Como presente de cortesía, Mabel le dejó un vaticinio.

—Esa niña que corre entre las nubes
Llegará a ser tan bella como Luzbel.
Tendrá tantos hombres como quiera.
Mil príncipes se desangrarán entre sus piernas.

El Mercury desapareció en una curva del camino. Sin embargo, quince minutos, o tal vez quince años después, apareció de nuevo. Las hermanas Bevilacqua ~~y Beatriz~~ bajaron al trotecito. Un hombre alto, vestido de negro, se quedó esperando en el automóvil, que ahora era un Peugeot Verde.

Román y Kristine las invitaron a pasar por el parque. Caminaron un rato sin hablar, deleitándose con el crujir de las hojas secas del otoño.

Mabel se detuvo ante un árbol y cayó de rodillas.

—La retama es el sol
El sauce es la luna
Marte es la coscoja
Mercurio el almendro
El terebinto es Júpiter y Venus el membrillo,
Y Saturno, él dio del sur, es el granado.

—Este árbol no es una retama —dijo Román—. Es un abedul, su equivalente irlandés. Pero me sorprende su conocimiento.

—¿Somos brujas, que mierda se cree? Somos gente seria, no nos confunda con charlatanes que venden amuletos para ganar la quiniela.

—Disculpen, no tengo ganas de caminar —dijo Mirtha—, vamos al punto. ¿Tienen el libro o no lo tienen?

—No lo tenemos.

—Bueno, no importa. En realidad venimos a darles una noticia. Artola está vivo.

—No puede ser. Yo mismo hablé con gente que lo vio en el incendio. Fue un infierno. El barco voló como si hubieran estallado tres bombas.

—Si nos permite, queremos presentarles a alguien que tiene una opinión diferente.

El hombre alto, que estaba escondido detrás de un fresno, se presentó de repente.

—Disculpas, saludos generales, comentarios sobre la belleza del jardín.

—Les presento al señor Boceto, uno de nuestros mejores agentes. Él estaba por casualidad en un espigón a doscientos metros del *Côte d'Ivore*, justo en el momento de la explosión. Cuénteles lo que vio.

—Hombre en el agua nadando. Llega a la costa. Lleva valija gris. Detalles sobre su aspecto. Indicar que le presté ayuda. Minimizar esta intervención por modestia. Palabras circunstanciales, despedida, etcétera.

—¡No puede ser!

—Protestas de seriedad. Frases de dignidad ofendida. Pormenores que sólo un testigo podría conocer, etcétera.

Marta declaró que la visita había terminado.

—Nos vamos. Tengan mucho cuidado. No hace falta que les diga que clase de hombre es Artola.

Mabel besó en los labios a Kristine y le dijo:

—A veces los dioses, por capricho,
Desean ver dos veces una misma tragedia

Y obligan a los hombres
A matar muertos.
Yo vivo, desde que he nacido,
Matando al mismo hombre cada día.

Los brujos se fueron. Román y Kristine se abrazaron en silencio. De pronto, un rosal del parque floreció y el sol brilló con plenitud. La joven Nadine se acercaba caminando. Hizo un gesto de interrogación, como preguntando quiénes eran aquellas personas.

—Unos conocidos de tu madre.

Nadine escupió.

—Magos o criminales, me imagino.

Capítulo 88

Román Stéfano tiene una amante
Capítulo robado

Capítulo 89

Hamlet en el Satori

El sótano del cabaret Satori. Los actores de la compañía del director teatral Enrique Argenti están representando la escena segunda del tercer acto de Hamlet en un pequeño escenario improvisado. En la obra, unos cómicos se aprestan a realizar una función para Claudio, el rey de Dinamarca, y para la reina Gertrudis. Hamlet, hijo del difunto rey y sobrino del actual, da instrucciones a los comediantes. El joven sospecha que el tío Claudio asesinó al rey para usurpar el trono y casarse con su madre, la reina. Asisten al ensayo Ferenzky, Salzman, Pablito, Mansilla y otros personajes del cabaret.

ACTOR QUE REPRESENTA EL PAPEL DE HAMLET: Te ruego que recites el pasaje tal como lo he aclamado yo, con soltura y naturalidad, pues si lo haces a voz en grito, como acostumbran muchos de vuestros actores, valdría más que diera mis versos a que los voceara el pregonero. Guárdate también de aserrar demasiado el aire, así, con la mano. Moderación en todo, pues hasta en medio del mismo torrente, tempestad y aun podría decir, torbellino de tu pasión, debes tener y mostrar aquella templanza que hace suave y elegante la expresión. ¡Oh!, me hiere el alma oír a un robusto jayán con su enorme peluca desgarrar una pasión hasta convertirla en jirones y verdaderos guiñapos, hendiendo los oídos de los mosqueteros, que, por lo general, son incapaces de apreciar otra cosa que incomprensibles pantomimas y barullo. De buena gana mandaría a azotar a ese energúmeno por exagerar el tipo de Termagante. ¡Esto es ser más herodista que Herodes! ¡Evítalo tú, por favor!

ACTOR QUE REPRESENTA EL PAPEL DEL CÓMICO 1: Lo prometo, vuestra alteza.

Arriba en el salón principal del Satori, el verdulero Lamenta, Manuel Mandeb y Jorge Allen, que no habían querido presenciar el ensayo, permanecían silenciosos cada uno en el fondo de su sillón, vigilados por el imperturbable Virgilio.

Lamensa se había quedado dormido con la boca abierta. Allen tenía entre sus manos un paquete con aires de regalo, adornado con moños de colores y envuelto en papel tornasolado. Mandeb observaba con gran preocupación las lunas de dos espejos enfrentados que se multiplicaban y

conducían al infinito a través de un pasillo de siniestras repeticiones menguantes. Pensó en el tarro del jabón Relusol y recordó la ilustración principal que mostraba a un cocinero mirando el fondo de una sartén tan reluciente que podía reflejar los objetos del dibujo: un gato, el propio cocinero y un frasco de Relusol.

Volvió a sentir la misma angustia infantil que lo llevaba a examinar aquellas imágenes de pesadilla, buscando la última repetición, último escrúpulo del dibujante, la pincelada más lejana.

En el sótano continúa el ensayo. En el fondo del escenario se abre una cortina que deja ver un segundo escenario hecho con diez mesas viejas del Satori. Allí se representa una pantomima que adelante el argumento de la escena que vendrá luego. Se han incorporado Enrique Argenti en el papel del rey de Dinamarca, la reina, Polonia, Ofelia, Rosencranz, Guildenstern y otros que cumplen el rol de público que en el palacio observan la actuación de los cómicos. Fuera de los tablados, Mansilla, Salzman, Ferenzky, Pablito y el resto de los parroquianos se han puesto impacientes.

Empieza la pantomima: un rey y una reina se abrazan mostrando que se aman. Él se duerme y ella se retira. Al rato aparece otro caballero, quien le quita la corona al rey, vierte veneno en su oído y desaparece. Vuelve la reina, encuentra muerto a su esposo y hace gestos de desesperación. El envenenador entra de nuevo, aparentando lamentarse con ella. Unos ayudantes sacan el cadáver de la escena. Hay unos tropezones, el muerto se golpea y ríe.

ENRIQUE ARGENTI (*indignado*): ¡A ver si trabajamos un poco serio, carajo!

El envenenador corteja a la reina, ella se resiste un poco pero al fin acepta su amor. Salen.

ACTRIZ QUE REPRESENTA EL PAPEL DE OFELIA: ¿Qué significa esto, señor?

ACTOR QUE REPRESENTA EL PAPEL DE HAMLET: ¡Bah! Una leve fechoría; lo que en términos vulgares se llama un crimen.

ACTRIZ QUE REPRESENTA EL PAPEL DE OFELIA: Quizá la pantomima encierre el argumento del drama.

MANSILLA (*a Ferenzky*): Algunas cosas no las entiendo muy bien.

FERENZKY: Es una obra dentro de otra.

MANSILLA: Sí, sí, ya lo sé. En el circo hacíamos algo parecido.

Manuel Mandeb calculó que un pintor perfecto jamás llegaría a terminar el dibujo del envase de Relusol. Pensó también en otro dibujante minucioso interesado en reproducir el salón del Satori en todos sus detalles: los espejos enfrentados lo condenarían a una espiral cuyo centro jamás podría alcanzarse.

Lamensa, ya en el sueño profundo, roncaba y babeaba. Jorge Allen empezó a desenvolver su paquete de colores. Era un regalo de Alicia, la colorada. Sin embargo, el poeta no estaba del todo seguro. Lo había encontrado en sus manos, allí mismo, en el Satori, un segundo después de bajar de una lancha en una llorosa isla del Delta. Una tarjeta sin firma decía con caligrafía afectada: *Adentro está mi amor*.

Mandeb le aconsejó atribuir el obsequio a la que más le gustara y abstenerse de toda indignación. Allen arrancó el envoltorio y ante sus ojos apareció una caja de madera trabajada con cierta delicadeza. La abrió enseguida con la esperanza de que fueran bombones o alguna otra golosina.

Pero la caja estaba vacía.

Mandeb advirtió el desengaño de su amigo y le propuso que bajaran juntos a ver el final del ensayo. Ya en la mitad de la escalera les llegó el acento declamatorio de los alumnos de Argenti.

MANDEB: Creo que ya falta bastante poco.

ALLEN: Me gusta la de verde.

ACTRIZ QUE REPRESENTA EL PAPEL DE ACTOR QUE HACE DE LA REINA BAUTISTA (*vestida de verde y abanicándose con la revista* Para Ti): ¡Que todas las contrariedades que hacen palidecer el semblante de la alegría salgan al paso de mis ilusiones y las destruyan! ¡Que así en este mundo como en el otro una eterna adversidad me persiga si, una vez viuda, vuelvo a ser esposa!

ACTOR QUE REPRESENTA EL PAPEL DE HAMLET: ¿Y si ahora quebrantara ella el voto?

ACTOR QUE REPRESENTA EL PAPEL DE ACTOR QUE HACE DEL REY GONZAGO: ¡Solemne juramento ha sido! Déjame aquí un instante, amada mía. Languidecen mis fuerzas, y quisiera burlar el tedio del día con el sueño. (*Se duerme*)

ACTRIZ QUE REPRESENTA EL PAPEL DE ACTOR QUE HACE DE LA REINA BAUTISTA: ¡Arrulle el sueño tu mente, y que nunca entre nosotros se interponga la desgracia! (*Sale llevándose por delante un cajón de Cinzano*)

ACTOR QUE REPRESENTA EL PAPEL DE HAMLET: ¿Qué tal os va pareciendo la pieza, señora?

MANDEB: (*Ruido de pedorreta*)

ACTRIZ QUE REPRESENTA EL PAPEL DE LA REINA GERTRUDIS: Me parece que la dama promete demasiado.

ACTOR QUE REPRESENTA EL PAPEL DE HAMLET: ¡Oh! Pero cumplirá su palabra.

ENRIQUE ARGENTI EN EL PAPEL DE REY: ¿Te has enterado bien del argumento? ¿No hay en él nada ofensivo?

ACTOR QUE REPRESENTA EL PAPEL DE HAMLET: Todo es pura broma; veneno de broma. Pero absolutamente nada ofensivo.

ENRIQUE ARGENTI EN EL PAPEL DE REY: ¿Cómo se titula la obra?

ACTOR QUE REPRESENTA EL PAPEL DE HAMLET: La Ratonera. ¿Que cómo se entiende eso? Pues en sentido figurado. Este drama representa un asesinato cometido en Viena. El duque se llama Gonzago, y su mujer, Bautista. Ahora lo veréis. ¡Es un enredo diabólico! ¿Pero que importa? A vuestra majestad y a nosotros, que tenemos inocente el alma, no puede afectarnos. Coce el rocín lleno de mataduras. Nosotros no tenemos desollado el lomo.

PABLITO (*al ruso Salzman*): Quiero irme, ruso. Estoy aburrido.

SALZMAN: Yo también. Pero ahora tenemos que aguantarnos todo el ensayo para no quedar mal.

Entra el actor que representa el papel de actor que hace de Luciano, sobrino del rey Gonzago.

ACTOR QUE REPRESENTA EL PAPEL DE HAMLET: Este es Luciano, sobrino del rey.

ACTRIZ QUE REPRESENTA EL PAPEL DE OFELIA: Representáis perfectamente el papel de coro, señor.

ACTOR QUE REPRESENTA EL PAPEL DE HAMLET: Podría hacer de intérprete entre vos y vuestro amante con sólo que os viera retozar en la escena como títeres.

ACTRIZ QUE REPRESENTA EL PAPEL DE OFELIA: ¡Qué agudo que sois señor, qué agudo!

ACTOR QUE REPRESENTA EL PAPEL DE HAMLET (*tratando de leer con disimulo el libreto que Argenti tiene en la mano*): Con un suspiro… ehmm…

ACTRIZ QUE REPRESENTA EL PAPEL DE OFELIA (*en un susurro*): ¡Embotaréis mi punta, pelotudo!

ACTOR QUE REPRESENTA EL PAPEL DE HAMLET: Embotaréis mi punta.

ACTRIZ QUE REPRESENTA EL PAPEL DE OFELIA: ¡Siempre de mal en peor!

ACTOR QUE REPRESENTA EL PAPEL DE HAMLET: Así soléis proceder en la elección de vuestros maridos. (*A Luciano*) ¡Vamos, empieza, asesino! ¡Mala peste! ¡Deja esas muecas de condenado y principia de una vez! Venga: ¡El cuervo graznador grita venganza!

ACTOR QUE HACE DEL PAPEL DE ACTOR QUE HACE DE LUCIANO: ¡Negro el designio!…

FERENZKY: ¡Negro tenés el culo! (*Ríe, tose y cae al piso entre convulsiones*)

ACTOR QUE HACE DEL PAPEL DE ACTOR QUE HACE DE LUCIANO (*insiste*): ¡Negro el designio, pronta la mano, dispuesto el tósigo, propicia la hora, cómplice la ocasión, y sin testigos! Violenta mixtura de venenosas plantas, cogidas a medianoche, tres veces infecta, tres veces emponzoñada con la maldición de Hécate; ¡que tus naturales virtudes mágicas y deletéreas le arranquen instantáneamente la vida en plena salud! (*Vierte el veneno en el oído del rey durmiente*)

PABLITO (*Codeando al ruso Salzman*): ¡Dijo cogidas, ruso! ¡Cogidas a medianoche!

SALZMAN: Sí, yo también lo escuché. Esta obra es un puterío.

ACTOR QUE REPRESENTA EL PAPEL DE HAMLET (*mirando al actor que hace de rey Claudio*): ¡Le envenenan en el jardín para usurparle la corona! ¡Y se llama Gonzago! ¡La historia es verdadera y corre escrita en selecto italiano! ¡Ahora veréis cómo la esposa de Gonzago se enamora del asesino!

ENRIQUE ARGENTI EN EL PAPEL DE REY (*se levanta visiblemente turbado, disponiéndose a salir del salón. Agrega una morcilla*): ¿Acaso esta obra está queriendo insinuar algo?

ACTRIZ QUE REPRESENTA EL PAPEL DE OFELIA: El rey se levanta.

ACTOR QUE REPRESENTA EL PAPEL DE HAMLET: ¡Qué! ¿Le asusta un fuego fatuo?

ACTRIZ QUE REPRESENTA EL PAPEL DE LA REINA GERTRUDIS (*a Enrique Argenti*): ¿Cómo os sentís, señor?

ACTOR QUE REPRESENTA EL PAPEL DE POLONIO (*a los actores*): ¡Suspended la presentación!

ENRIQUE ARGENTI EN EL PAPEL DE REY: ¡Traed luz! ¡Salgamos!

TODOS: ¡Luces, luces, luces!

SILVANO MANSILLA: ¿Qué pasa? ¿Por qué Argenti ha suspendido el ensayo?

FERENZKY: (*levantándose del piso y escupiendo*): Es el personaje que representa. Ha cometido un crimen y cree que los actores escenifican otro crimen para ponerlo en evidencia.

MANSILLA (*pensativo*): Entiendo… Pero a lo mejor no lo decían por él.

FERENZKY: ¿Por quién cree que lo decían?

MANSILLA (*a Enrique Argenti*): Oiga, Argenti… Si tiene que decir algo, métale nomás… No hace falta que me mande indirectas con esos sainetes de circo gaucho. ¿Qué quiere insinuar? ¿Que yo maté a alguien?

ENRIQUE ARGENTI: Nadie está insinuando nada. Es una obra escrita hace más de cuatrocientos años.

MANSILLA (*levantándose*): Usted sabrá… pero le juro que no le conviene meterse conmigo.

FERENZKY: ¡Calma, calma! Ahora que terminó el ensayo podemos beber un ajenjo.

ENRIQUE ARGENTI: Disculpe si no acepto la invitación, pero tengo que irme enseguida. (*Sale a toda velocidad*)

MANSILLA: Yo también me voy.

Cuando el ensayo estaba terminado llegó al cabaret el poseído Basaldúa. Caminando hacia atrás se acercó a la barra y pidió un jugo de naranja para él y una ginebra para el demonio Igalfagor.

Trató de empezar con el jugo, pero enseguida lo escupió, entre eructos y rugidos. Después bebió la ginebra de un trago, se sacó de la nariz una araña y la dejó mansita sobre el mostrador. Basaldúa pidió disculpas, pero luego las desmintió con un padrenuestro al revés. El verdulero Lamensa se despertó muy molesto.

—¿Qué pasa? ¿Por qué hacen tanto escándalo?

Virgilio lo tranquilizó.

—Duerma, Lamensa. El señor está poseído por un demonio que es un poco ruidoso en sus expresiones.

Basaldúa, con profunda tristeza, se acercó al verdulero.

—Usted no sabe… El espíritu se está poniendo cada vez peor: más vulgar, más caprichoso.

La voz de Basaldúa enronqueció y pudieron oírse las infernales palabras de Igalfagor.

—Hay algo que ustedes desconocen, pedazo de imbéciles… Sepan que yo también estoy poseído. Hay dentro de mí otro demonio y es tan perverso que comparado con él, yo soy el Mahatma Gandhi.

Basaldúa rompió a llorar.

—Otro más, no es posible. Sirva una grapa Chissoti.

En ese momento aparecieron algunos de los que volvían del ensayo del sótano. El demonio empezó a vociferar en una lengua desconocida.

Aparece muy apurado Enrique Argenti.

ENRIQUE ARGENTI: Bueno, chau a todos. (*Reconoce a Basaldúa*) Hola, buenas noches.

BASALDÚA: Buenas noches.

IGALFAGOR: Buenas noches, si no llueve.

OTRA VOZ: Degradación, degradación.

VIRGILIO (*desde la caja*): No le haga caso… Ya sabe… El señor tiene adentro al mismo Mandinga.

MANSILLA (*llegando al trote*): ¡Cruz, diablo, juna gran siete!

ENRIQUE ARGENTI: Adiós a todos, adiós. (*Inclina la cabeza y hace mutis retrocediendo, Mansilla se va acercando a la puerta con disimulo y cuando ve que nadie le presta atención, sale a la calle a perseguir a Argenti*)

IGALFAGOR: Jala, jala, niki, niki…

Capítulo 90

La muerte de Argenti

Silvano Mansilla abandonó las luces amistosas del Satori para entrar en la oscuridad y en la niebla. Adivinó la silueta de Argenti y lo persiguió por Artigas hacia el norte. No sabía por qué lo hacía. Tal vez quería pedirle los quinientos pesos que le debía en un lugar discreto. O acaso se proponía interrogarlo para ver que sabía en verdad del crimen de Poniatowsky. Muy pronto lo perdió de vista pero pudo guiarse por el ruido de sus pasos, que retumbaban como si estuviera caminando sobre las tablas ~~que han venido~~ de un escenario.

Los pasos ya no se oían pero Mansilla empezó a guiarse por el silbido de Argenti: el tango «Veinticuatro de agosto». El mozo le conocía el repertorio. De repente aparecieron los Destructores con sus gritos y sus consignas.

—Destrucción, destrucción.

—Muerte a los Otros, carajo.

—Al ver a Mansilla se le fueron encima.

—Otro… Allí hay otro.

El mozo corrió y enseguida los dejó atrás. Dobló algunas esquinas en forma caprichosa para despistarlos, hasta que él mismo se perdió.

Caminó durante largos minutos. Ahora sí sabía lo que quería. Era indispensable matar a Argenti. Mansilla empezó a correr a ciegas. Por momentos gritaba.

—Él sabe que maté a Poniatowsky. Si me debe palta, no importa. ¿Qué son quinientos pesos?

—Quinientos son quinientos —respondió Nicoleta y le pegó con el rebenque en la espalda.

Mansilla se detuvo, agitado y tembloroso. ¿Qué le importaban los quinientos pesos y el crimen? Este era el hombre que se acostaba con Bella. Era preferible matarlo por celos.

Oyó un silbido apenas a unos metros de él: la canción «Muchacho natural». El mozo avanzó con pasos de acróbata, tomó al silbador por detrás y empezó a hacerle una llave mortal en el cuello. Sintió las ropas de seda y las lentejuelas teatrales de su víctima.

—¿Así que vos sos el amante de la viuda de Poniatowsky?

—No, le juro que no… ¿Quién es usted?

—Yo soy el que mató al marido. Sospechabas bien. Pagame los quinientos pesos antes de morir.

—No sé de que me está hablando, suélteme, soy solamente un actor…

Mansilla lo mató en un suspiro. Buscó en los bolsillos el dinero que le adeudaba. Sólo encontró doce pesos.

Caminó algunas cuadras haciendo gestos invisibles. Fruncía el ceño y movía afirmativamente la cabeza para convencerse de que Argenti merecía la muerte. Sin saberlo, dio varias vueltas a la misma manzana. Estaba perdido pero contento con las determinaciones inflexibles de su voluntad.

La niebla empezó a disiparse. De pronto, mansilla oyó el ruido de unos pasos que parecían un redoble de tambor. Enseguida pudo ver, a la luz de un farol, el pelo rojo del director teatral Enrique Argenti que caminaba por el medio de la calle, vivito y coleando.

El mozo, avergonzado por su ineficacia, permaneció inmóvil un largo rato. Después empezó a trotar sin sentido en cualquier dirección. A veces, daba manotazos en la oscuridad creyendo que Argenti se burlaba de él allí mismo, delante de sus narices.

Como una hora más tarde, se llevó por delante el cadáver del hombre que acababa de matar. Lo examinó lo mejor que pudo y creyó reconocer al actor que representaba el papel de actor que hacía del asesinado rey Gonzago y que ahora había sido muerto nuevamente, esta vez en el papel de Argenti.

Mansilla se sentó en un umbral a escuchar como el payaso Nicoleta tocaba un aire italiano con una trompeta luminosa.

Unos minutos o unas horas después, la sombra de una pareja pasó frente a él. Se detuvieron en la vereda de enfrente a besarse y a acariciarse. Al rato se despidieron. Ella desapareció en la primera esquina, él caminó en dirección opuesta silbando un tango: «Veinticuatro de agosto».

Mansilla corrió y lo enfrentó cara a cara.

ENRIQUE ARGENTI: ¡Mozo! ¿Qué hace por aquí?

MANSILLA: Vengo a matarlo. Pero antes págueme los quinientos pesos.

ENRIQUE ARGENTI (*dando vuelta los bolsillos de su traje teatral*): Me va a tener que esperar un poco.

MANSILLA: Igual voy a matarte por lo que te dije antes.

ENRIQUE ARGENTI (*con gesto perplejo*): ¿Qué es lo que me dijo?

MANSILLA: Que vos sos el amante de Bella Poniatowsky.

ENRIQUE ARGENTI (*haciendo girar el dedo índice sobre la sien*): Jamás me dijo eso.

MANSILLA: Tenés razón, se lo dije a otro. Equivocaciones que uno tiene.

ENRIQUE ARGENTI: Entonces, si me permite, me voy a retirar.

MANSILLA (*cerrándole el paso*): Ya no podés escaparte. Tu vida terminó. (*Lo estrangula*)

ENRIQUE ARGENTI (*ya entregado*): Muero, la *commedia é finita*. (*Se desploma aparatosamente, mira a su asesino por última vez y muere*)

Capítulo 91

Lenguas confundidas en el Satori

Una noche la niebla invadió el interior del cabaret Satori. A las tres de la mañana, separados por la bruma, Marco Ferenzky, Jorge Allen, Manuel Mandeb y casi todos los clientes habituales llevaban adelante una penosa conversación. El cuerpo principal estaba constituido por el silencio. Los hombres hablaban de modo esporádico sin que una frase se rozara con la siguiente. Allen estaba en el rincón más alejado.

—Ínfimo escalón de la indignidad: un enamorado acepta ser amigo de la mujer deseada. Oye sus confidencias, se entera de que ama a otros hombres y sufre en silencio.

Un rato más tarde, Mandeb le respondió:

—El ansioso lee salteado. Suprime las descripciones y busca las bisagras del argumento. Es sabio vivir salteando los episodios aburridos, que son casi todos. Eso si: la vida de un ansioso omnipotente no duraría ni una semana.

Sobre el pequeño escenario tal vez bailaba una mujer semidesnuda, pero nadie podía saberlo. Marco Ferenzky intervino:

—La gran utilidad de la piedra filosofal es que su dueño puede volar. Conviene cosérsela a los calzoncillos. Pero en realidad, volar significa eficacia venérea.

De pronto oyeron unos pasos y vislumbraron entre la niebla una figura corpulenta y tal vez barbuda. Ferenzky se levantó para saludar pero el hombre no parecía entender las palabras de bienvenida.

El visitante empezó a emitir unos sonidos incomprensibles tras de los cuales se adivinaba la intención de contar una historia. Virgilio ~~orientándolo~~ le sirvió una caña pero el hombre, tanteando en la bruma, se tomó un vaso de naranjada que habían preparado para Pablito. Enseguida empezó a escupir y a hacer arcadas. Después sacó un cuchillo y lo mostró a todos mientras decía con palabras jeroglíficas que no le gustaban las bromas. Unas cuantas oraciones más adelante sacó del bolsillo la foto de una mujer y explicó con gestos repulsivos que se trataba de su amante.

Según se pudo conjeturar, la mujer lo había abandonado y él la andaba buscando. Hizo unos visajes de tristeza e indignación y después recorrió el local mostrando el retrato a cada uno de los presentes y lanzando rugidos de interrogación para saber si alguno la había visto. En verdad, nadie le

prestaba atención. Silvano Mansilla aprovechó para contar una vez más que su padre había sorprendido a su madre con un hombre en la cama.

—Él la mató y después se pegó un tiro. El amante pudo huir. Mi misión en la vida es encontrarlo y matarlo como a un perro.

El desconocido puso la foto en manos de Jorge Allen. Él la miró a la luz de un velador turco. El corazón quedó con tres latidos en deuda. La mujer era Nadine Stéfano. Sin decir nada devolvió el retrato.

—El diluvio no siempre viene con lluvia —afirmó Ferenzky—. A veces son nevadas o tifones o maremotos… Los chinos dicen que un demonio llamado Kun Kun tuvo un arranque de cólera y rompió de un cabezazo una de las columnas que sostienen el cielo. La bóveda celeste cayó semiderrumbada sobre la tierra y todos los países quedaron inundados por unos aguaceros gigantescos. Esto complace mucho a los espíritus científicos que tienden a confirmar intuitivamente la veracidad de los hechos. ¿Cómo explicar el diluvio si no es por la cólera de un espíritu malvado que rompió una de las columnas que sostienen el cielo?

Manuel Mandeb se puso a saludar al hombre barbudo en todos los idiomas que conocía. El sujeto no entendía ninguna lengua. Casi sin ser visto entró un señor de baja estatura cuyo *clergyman* y su alzacuellos denotaban una pertenencia eclesiástica. Con pasos cortos llegó hasta donde estaba el ruso Salzman calculando, sin razón ninguna, que se trataba del mozo o el dueño del lugar.

—Busco a estos tres hombres, hijo mío —dijo el ungido mientras sacaba unas fotografías del bolsillo de atrás—. Uno se llama Marcel Artola; el otro, Scholl, o quizás Schultz; el tercero no sé.

Salzman contestó sin mirar.

—Todos muestran retratos esta noche, padre. Perdóneme por decírselo así pero no los he visto en mi puta vida.

La niebla se hizo más densa. Nadie veía nada. El cura, que ahora parecía un anciano, se fue yendo al trotecito, tal vez avergonzado por haber entrado en un foro de condenación. Cuando estaba por salir se llevó por delante al poseído Basaldúa. Al sentir la proximidad de un crucifijo, el demonio Igalfagor gritó desde adentro…

—¡Puta, carajo, mierda!

El sacerdote se persignó, Basaldúa intentó una disculpa.

—Perdone, padre… Es el demonio que tengo adentro. ¿Estoy poseído, sabe?…

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Muy seguro… Ya no soporto más… ¿Usted podría exorcizarme, ya que estamos?

—Hijo mío, esa no es mi especialidad.

—¿Cómo? ¿Usted no es cura?

—En verdad, soy cardenal, por la gracia de Dios. Pero nunca expulsé a ningún demonio.

—Haga la prueba… ¿Quién le dice?… Un exorcismo sencillo, una compadrada, como quien dice. Por ahí el mal espíritu se asusta y se va.

El eclesiástico, por puro compromiso, pronunció unas palabras que a él le parecían amenazadoras.

—En el nombre de Cristo te ordeno que abandones este cuerpo.

Basaldúa se rajó un pedo.

—*Excuse me*, yo no he sido. Son cosas de Igalfagor.

—Otra vez será —dijo el cura y salió corriendo.

Un japonés salió del baño, se acercó a la barra y pidió a Virgilio un nihonshu caliente. Enseguida sacó de su bolsillo un mazo de barajas Kabufuda y puso tres cartas sobre la barra.

—Quisiera ver al señor Marcel Artola.

Virgilio contestó sin mirarlo.

—No conozco a ninguna persona con ese nombre.

El japonés desapareció sin probar su trago.

Ives Castagnino, el músico de Palermo, se sentó al piano y tocó «Una lágrima». Petrone, el desmemoriado, creyó percibir que su mente alcanzaba a recordar aquella melodía. Hizo entonces un doloroso esfuerzo de concentración porque intuyó que si conseguía acertar el nombre de aquel tango, sus olvidos podrían ser por fin desalojados.

Mandeb se levantó de su sillón.

—Idea para un cuento: un ser sobrenatural se presenta ante el protagonista y le dice: *no puedo decirte quien soy. Por razones que no te comunicaré, te impondré un castigo que no puedo revelarte*. Desde entonces, la vida de este hombre consiste en averiguar cuál es su dolor y su pena.

Petrone rogó a Castagnino que volviera a tocar el tango anterior y prohibió a todos que le dijeran el título. Salzman y Ferenzky se acercaron para escuchar. Ya casi no se veía nada. Una dama muy elegante apareció entre el humo y se dirigió al ruso Salzman. El alquimista y el desmemoriado les dieron la espalda en un gesto cómplice que, en virtud de la niebla, resultaba innecesario.

—Disculpe que me atreva a interrogarlo, pero usted que atiende aquí todas las noches seguramente podrá darme una información que necesito.

Salzman no dijo nada.

—Ando buscando a unas personas… Le daré sus nombres… Román Stéfano… Marcel Artola…

—«¡Sueño querido!» —gritó Petrone.

—Título equivocado —dictaminó Ferenzky.

—Nadine Stéfano.

—A esa la conozco… pero no sé por dónde debe andar.

—«¡Copas, amigos y besos!»

—No, Petrone, no.

—Las hermanas Bevilacqua…

—Son tres viejas que adivinan la suerte.

—¿Viven por aquí?

—Creo que no. Pertenecen a una especie de club esotérico: los Brujos de Chiclana.

—«¡Perfume de mujer!»

—Usted sabe más. Dígame algo.

—¿Qué puedo decirle? Todos mienten… Desconfíe.

El tango terminó. Petrone se tomaba la cabeza, descorazonado por su fracaso.

—¿Quién soy?

—La mujer buscó la salida disimulando la oscuridad de sus pasos. Al llegar a la puerta escribió con el dedo sobre el vidrio empañado una palabra que nadie pudo leer…

Глава 92[7]

В постели с Надин

К сожалению, не могу вам сказать где я провёл детво. Не потому, что забыл или предпчиаю держать зто в тайне. Дело в том, что моё село никак не называлось. Да и у его жителей тоже не было собственных имён. Только в двадцать лет меня начали звать так, как сейчас называют, когда я поехал в Мосву и мне вынуждены были дать имя, чтобы стать членом партии

Моя жизн была не из лёгких. Приехал в Париж уже в сорокалетнем возрасте. Никогда ни с кем не спал. Хотел общаться с женщиами, но обнаружил, что мой русский говор никому не был поняфен, так как никогда не ходил в школу и, как следствие, не овладел общеппинятым русским, не говоря уже о других языках.

Мне повезло, что познакомился с Надин. Она меня тоже не понимала, но ей было всё равно. Я предпочитал угадывать в произносимых ею словах те, которые приходились по душе.

Сейчас жить без неёне могу, хотя она остаётся равнодушной. Один из моих одосельчан, не помню кто, как-то раз мне сказал: Хоть убей, а своего добейся. Думаю, что он был прав. Равнодушие Надин может меня так взбесить, что не исключаю лишить её жизни. Клянусь, я с нею разберусь. Кажется, видел фото её родителей с флагом. В этом я знаю толк. Мне нравятся флаги. Если не ошибаюсь, на фото был флаг эль Сальвадора. Я с нею разберусь, клянусь.

Capítulo 93

Intrigas en el caserón

Todas las tardecitas Nadine Stéfano caminaba un rato por el ruinoso barrio de Flores. A esa hora, un poco antes de la llegada de la niebla, algún detalle amable permitía conjeturar la humilde belleza de aquellas calles de otros tiempos.

Nadine caminaba con la esperanza de ver a su padre, cuya garbosa figura había alcanzado a adivinar una noche justo antes de que se hundiera en la penumbra. También había tomado por costumbre volver a la esquina de Artigas y Aranguren donde había oído con la piel el lenguaje inolvidable de las manos de Jorge Allen.

A veces caminaba algunas cuadras tratando de alcanzar figuras lejanas que se parecían al poeta o a Román o a los dos. Al acercarse, los perseguidos se burlaban de ella asumiendo apariencias absurdas, imposibles de ser confundidas con los hombres hermosos con los que ella soñaba.

Al regreso de aquellas excursiones miraba algunas fotos que ella misma había tomado. La de Allen era la que se modificaba con mayor rapidez. Para el fin del otoño el poeta estaba desnudo en una playa borrascosa, mientras a sus espaldas, entre las olas iracundas, se adivinaban penosos sobrevivientes de un naufragio aferrándose a unas maderas oscuras.

Madame la rondaba todo el tiempo contándole historias de sus amantes generosos y de su familia noble. Frecuentemente hablaba de su padre y señalaba que era un hombre que se complacía en disimular su enorme poder afectando una humildad extrema. Muchas veces se atrevía a formular preguntas de la más íntima naturaleza. Se interesaba por averiguar cuáles eran las posiciones del amor que más complacían a Nadine y hasta llegó a pedir que le informara cuál de todos sus novios estaba mejor armado.

Para frustración de la vieja, Nadine no tuvo amantes. Luca de Vries pasaba algunas noches con ella pero, como ya se había dicho, él no era aceptado por las caprichosas aduanas eróticas de la muchacha. Madame espiaba impaciente durante aquellas visitas a través de cien ojos mágicos. Cuando De Vries se retiraba por las mañanas, la señora lo saludaba con irónicos reproches y hasta se atrevía a darle algunos consejos al paso, afirmando que las mujeres necesitan de un fuego perpetuo en sus calderas amorosas.

Nadine ya no tenía dudas de que era vigilada. En verdad, no le importó mucho. Pero resolvió

vigilar ella misma a Madame para asegurarse que el asunto no fuera más allá de las curiosidades patológicas de una vieja chiflada. Solía recorrer la casa para revisar todas las habitaciones. No encontró nada interesante. Más aún: la total ausencia de objetos y papeles personales la hizo sospechar que aquella casa era alquilada y que Madame no vivía realmente allí. Pudo escuchar —eso sí— algunas conversaciones telefónicas. No tuvo que esforzarse mucho: la vieja hablaba a los gritos. Solía discutir con otra mujer, probablemente su hermana, a la que echaba en cara toda clase de descuidos y errores del presente y del pasado. También hablaba en francés con alguien que debía ser su superior en algún misterioso escalafón. Madame respondía con respeto y brevedad.

Una noche la despertaron voces que venían desde la sala o tal vez soñó con esas voces y con su propio despertar. Se levantó recelosa y, flotando en el aire, se asomó hasta un recodo de la escalera desde donde podía oírlo todo.

Madame estaba conversando con Horacio Ferrer y con un hombre alto cuyo aspecto l pareció familiar.

—Nadine ha salido —dijo la vieja—. Con mucho gusto le informaré de su visita. A propósito, ya que se ha costeado hasta aquí, nos gustaría hacerle un pequeño obsequio que es testimonio de nuestro agradecimiento, pero también de nuestro poder.

—Es usted muy amable, Madame… En verdad no es necesario que se moleste en ningún sentido. Conozco su gratitud y en París me han hablado de sus poderes.

—No haga cumplidos, Horacio. Vamos a regalarle una flor. La flor que usted buscó en poemas propios y ajenos.

Ferrer se puso de pie.

—¡La flor de la juventud!

—No exactamente. Es la flor del talento: el que la posee sólo escribe buenos versos.

—¡A otro enfermo con ese placebo!… Conozco esa trampa. Usted me da la flor, yo escribo cualquier cosa y me creo genial. Prefiero pensar que no soy tan bueno.

El hombre alto se acercó a Ferrer y le puso la mano en el hombro.

—Palabras melifluas, elogios cortesanos. Señalar beneficios que reciben nuestros adeptos: riqueza, poder, genio, belleza. Algún toque campechano: déjese de joder, etcétera.

Ferrer cambió el tono de su voz.

—Tal vez soy capaz de escribir buenas poesías sin ayuda de los magos. Con todo respeto le digo que debo rechazar la flor.

—¡No puede hacerlo! —gritó la vieja—. ¡Boceto!… ¡Explíquele a este hombre qué les sucede a quienes desprecian nuestros dones!

—Enumeraciones de calamidades en orden creciente. Omisión dramática de otras que se calculan peores, etcétera.

Nadine, en el recodo de la escalera o en lo más profundo de su sueño, tembló de miedo.

—¡No me importa lo que vaya a pasarme! —gritó Ferrer—. Me voy. ¡Y será mejor que no le toquen ni un pelo a esa muchacha!

—Usted está perdido, Ferrer. Jamás podrá escribir ni una frase decente.

El poeta empezó a reír desaforadamente y con un marcador de fibra escribió dos líneas en la pared:

Todo se salvará por la armonía
En la trágica pluralidad que nos concierne.

—¡Esta no está nada mal!…

Empezó a correr hacia la puerta entre carcajadas y aplausos. A mitad de camino se arrepintió, regresó con pasos cortos y anotó con letra más grande:

Váyanse al carajo

—Esta es mucho mejor.

6 ♦

Capítulo 94

La India: frivolidad apocalíptica
Fragmento del *Libro de Raziel* salvado del incendio

Los budistas creen que todo ocurre con parsimonia. Los monjes convidan a intuir la duración indefinida del cosmos mediante la siguiente suposición: un pañuelo de seda acaricia una vez cada cien años un volumen de roca sólida de una milla cúbica. Lo que ese roce tardaría en erosionar por completo la piedra, equivale a la duración de un *kalpa*.

En el hinduismo se establece esa duración en 4.320.000 años humanos, equivalente a 12.000 años divinos. Este ciclo se llama también *maha-yugas* y esta compuesto por cuatro *yugas* de distinta duración. Dos mil *maha-yugas* forman un día y una noche de Brama.

Al finalizar cada ciclo cósmico llega el *práyala* o disolución total. El universo pasa del estado manifestado al no manifestado o potencial.

2♣

Capítulo 95

Comentario agregado por Marco Ferenzky
Fragmento del *Libro de Raziel* salvado del incendio

Aquí debería detenerse esta cosmogonía. Pero no: al cabo de cada destrucción llega un acto de creación nuevo.

Al fin de la milésima vuelta se produce el *maha-pralaya* o gran disolución. Naturalmente, el discípulo que oye estas enseñanzas da en sospechar que las anteriores aniquilaciones fueron incompletas, débiles, torpes o fraudulentas. La crónica de la *maha-pralaya* acrecienta la insatisfacción. En el mayor desorden se suceden compadradas escatológicas: el horizonte se inflama; una docena de soles ~~no son más~~ secan los mares y queman la tierra; el fuego de Samvartaka completa la destrucción. Superflua y anacrónica sobreviene una lluvia que dura doce años, inunda la tierra y aniquila a la humanidad. Sobre las aguas, sentado sobre la serpiente Cesha, Visnú duerme sumergido en el sueño del yoga.

Luego todo recomenzará otra vez. En alguno o en todos estos fines del mundo está prevista la aparición de Kalki, el caballo blanco, el décimo Avatara de Visnú. Este ser impondrá el orden, vencerá la muerte, etcétera. A medida que el adepto avanza en estas lecturas, se le va pasando el miedo. En su lugar se instala el aburrimiento y la depresión que acompañan siempre a los sucesos prolongados, repetidos, interminables. Un mundo serio ocurre una sola vez. Una aniquilación responsable es siempre definitiva.

Capítulo 96

Hugo Lenoir en Liniers

Hugo Lenoir bajó del tren en la estación Liniers. Caminó entre la gente con cierto fastidio. Era demasiado temprano. Tenía una amante en la calle Murguiondo, pero era casada y el marido se marchaba recién después del mediodía. Lenoir estaba ansioso porque la mujer era muy hermosa y muy ardiente.

¡Ay, las caderas indecisas de la dulce Cora!…

La señora sabía disfrutar de los deleites del riesgo. El miedo retrasaba su marcha hacia el goce. Pero él sabía conducirla hacia unos rubicones más allá de los cuales ella perdía la razón.

Se entretuvo un rato mirando las revistas en un kiosco. Consideró la posibilidad de comprar el *Patoruzú*, pero la foto de Mario Boyé en la tapa lo hizo decidirse por *El Gráfico*. Enseguida se aburrió de los triunfos de Racing y caminó un rato por Rivadavia. Lenoir odiaba aquel barrio. No podía soportar el ruido de los tranvías girando bajo los puentes, le molestaba la multitud desordenada, los mercaditos, las viejas que iban a comprar a la tienda. Mil Saldos, los vendedores ambulantes y los mozos japoneses de la confitería Tokio.

Subió por Murguiondo hasta llegar a Ibarrola Allí se puso a vigilar una casita con puerta a la calle y ladrillos a la vista. Cora saldría a buscarlo una vez que el marido se fuera.

Esperó, medio enceguecido por el sol de enero.

¡Ay, las tardes interminables de Liniers!

Con los minutos empezó a perturbarlo la idea de que su presencia podía resultar un poco extraña. Se le ocurrió caminar a lo largo de la cuadra hasta que comprendió que este deambular era todavía más sospechoso. Una vieja, desde un zaguán, le clavaba los ojos y le hacía sentir culpas de otros tiempos y tal vez de otras personas.

Pasó el carro de un sillero, oculto por completo por una montaña de bagatelas de paja. El hombre que llevaba las riendas, apenas visible su cabeza, entre los canastos, hizo oír su pregón.

—¡Sillero!…

Lenoir adivinó una acusación o una ironía en aquel grito.

—¡Andá a la mierda!

Un buen rato después, un señor salió de la casa de los ladrillos. Lenoir, impaciente, cruzó al trote

y golpeó la puerta. Cora lo recibió alarmada.

—Hugo… Me vas a matar de un susto… Mi marido recién se va. Estoy con el nene. Esperá, esperá un poco… Voy a decirle que se quede un rato en la cocina.

—Apurate… Con vos, son todos inconvenientes.

Los amantes se encerraron en la pieza. Cora puso la radio bien fuerte para encubrir ruidos y murmullos.

Lenoir la besó con furia. Ella trataba de sosegarlo con caricias más pausadas. Renglones de sol entraban a través de la persiana mal cerrada.

—Tenés miedo —dijo él—, tenés miedo de todo… Soltate de una vez.

Quiero que grites y te vuelvas loca de pasión. ¿O ya no me querés más?

—Yo te adoro, pero si querés que me entregue del todo, llevame con vos. Soy capaz de seguirte a cualquier parte…

Lenoir arrancó el vestido entre risas de malvado.

—¿Y tu marido? ¿Y tu hijo?

—No sé, no sé…

Se revolcaron entre las cobijas mientras en la radio Antonio Tormo cantaba un vals cuyano. Cada tanto, la mujer iba hasta la cocina para tranquilizar a su hijo. Al fin, fastidiado por las tardanzas, Lenoir fue a buscarla en calzoncillos.

Un niño de unos cinco años bebía una taza de Toddy. Ella bajó la cabeza avergonzada.

—Ya voy, ya voy.

Dejaron al chico en la cocina y volvieron a la cama. El amor fue más violento y feroz. Los gritos se oían por encima de las aventuras de Tarzán que transmitía radio Splendid. Después se quedaron dormidos.

Ya era de noche cuando el marido los despertó con un revólver en la mano.

—Sos una perra… Ya me lo habían dicho.

Cora, perdida en una fugaz duermevela, no alcanzó a comprender lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué decís?

—Que te voy a matar… Y apaga la radio por lo menos.

Ella se equivocó de perilla y empezó a mover el dial: Alberto Castillo… Los cinco grandes… El aviso de Geniol… El marido tomó el aparato y lo arrojó contra la pared. Lenoir, despacito, iba saliendo de la cama mientras manoteaba la ropa.

—¡Yo tengo la culpa!… ¡Qué vergüenza!… ¡Qué vergüenza!

El chico apareció en la puerta de la pieza. Hubo un silencio. Nadie sabía muy bien que hacer. No había nada que decir, ninguna frase parecía pertinente.

El marido lo resolvió con el revólver: una bala para su mujer, otra para el amante y la última en su propia boca.

Lenoir sobrevivió. Herido en el hombro se vistió como pudo y ganó la puerta. Antes de salir vio los ojos del pibe y se estremeció.

Caminó muy despacio hasta la avenida. Se subió al tranvía 2, que venía repleto de pasajeros. Sintió la humedad de la sangre en su camisa. En Villa Luro consiguió asiento. Hacía fuerza para no desmayarse. Leía carteles e inscripciones para mantener activa la conciencia: Perón cumple… Apoye el segundo Plan Quinquenal… Se durmió unos momentos. Despertó en Nazca cuando el ómnibus

frenó de golpe. La sangre ya le manchaba el saco. Perón vuelve… Cámpora al gobierno, Perón al poder… Se estaba muriendo… Montoneros… Alfonsín… Bajó en la plaza de Flores cuando estaba empezando la niebla. Fue por Artigas hacia el norte. La calle estaba desierta. Lenoir se arrastró algunas cuadras… Ya estaba cerca de su casa. De pronto sintió que la niebla le entraba por los ojos y le invadía el pecho. Se llevó por delante una pared y cayó redondo justo en la esquina del cabaret Satori.

9♣

Capítulo 97

La fecha del fin del mundo

Una noche sin niebla Manuel Mandeb y Marco Ferenzky conversaban en la puerta del cabaret Satori. Miraban las estrellas que rara vez aparecían en el cielo del barrio y se complacían en reconocer constelaciones. Ferenzky explicó que las fábulas griegas solían resolverse castigando a los desenfrenados enviándolos al cielo ya convertidos en un grupo de estrellas.

—Orión fue encarcelado en las dos dimensiones de la bóveda celeste por violador. Quiso atropellar a Mérope y según se dice a la propia Artemio. Como venganza, la diosa le envió un escorpión para que lo picara y lo matara. Este animal también fue llevado al cielo, ya no para castigarlo, sino más bien para recompensarlo por su crimen. Ahí lo tiene… Fíjese: Orión está siempre huyendo del escorpión. Ahora que estamos solos, le digo que ~~que otro engaño~~, Mérope es una de las Pléyades, aquel grupito que se ve allá sobre el techo de Lamenta. En verdad, Orión las perseguía a todas, anduvo cinco años detrás de ellas hasta que al fin fueron transformadas en palomas. En griego, *pléyade* quiere decir paloma. Después, Zeus se apiadó y las volvió estrellas. Si mira bien se dará cuenta de que hay una que brilla menos. Bueno, esa es Mérope. Le bajaron la luz porque fue la única que se casó con un mortal, Sísifo, el más grande estafador de la antigua Grecia. Las otras hermanas se casaron con dioses… Taigete, Alcione, Astérope, Celeno, Maya y Electra. Pero Electra no está más. Los griegos decían que se había convertido en cometa pero en Palestina sierre creyeron que esa estrella no era otra cosa que el tapón del tanque de agua que hay por encima del cielo. Al parecer, Yahveh había quitado a Electra y las aguas del diluvio salieron por el agujero que quedó. Ahora bien, los científicos han calculado que allá por el año 2000 antes de Cristo esa estrella se apagó, dejo de verse. Es más o menos la fecha del diluvio. Pero no hay que hacer mucho caso. A mí me parece que Electra sigue allí y que Mérope brilla tanto como las otras.

—Acá en el campo a las Pléyades las llaman Los siete cabritos o el Ford T. Orión es el puñal con las Tres Marías y, para algunos, la Cacerola.

—Los griego no veían la Cruz del Sur, así podemos considerarla una tropilla de estrellas puras que están allí por razones naturales y no por capricho de los dioses.

Mandeb vio que la niebla se insinuaba otra vez.

—Tal vez podría pensarse que antes de Orión, de la Pléyades, de la Balanza, de la Serpiente, de

Castor y Pólux o del Toro de Creta, el cielo era terciopelo negro sin las piedras preciosas que se agregaron después.

Ferenzky tosió, escupió y se rascó la espalda contra un árbol. Después miró hacia el cielo que ya se estaba apagando.

—Póngale la firma. Las estrellas son hijas de la poesía, así como las constelaciones son fantasías de nuestra mente: no existen en realidad. Las vemos dibujadas en un cielo chato. Pero en verdad lo que parece una tela es profundo e infinito. SI usted se instalara en Rigel, la estrella coloradita que está justamente en Orión ya no podría concebir a Orión. Sus astros aparecerían desparramados como mierda de loco, o no serían visibles, o no se conectarían de manera alguna. Quiere decir que las constelaciones son puro pensamiento, puro lenguaje, puro énfasis o pura perspectiva. No se engañe, Mandeb: los hechos no existen antes de ser subrayados para salvarlos del merengue continuo de procesos y cosas que hierven en el caldero del universo. Son la realidad, pero una realidad que sólo puede describirse y fijarse nombrándola, recortándola, enmarcándola.

La niebla se cerró completamente en la calle Artigas. Un rato después oyeron la voz del loco Fineo.

—Arrepiéntanse, vecinos de Flores. El fin del mundo ya tiene fecha fija… Ya no es tan sólo una inminencia imprecisa. Ya sabemos el día y la hora. Hermanos: el mundo terminará a la medianoche del 24 de Junio. ¡Que los débiles abandonen toda esperanza!… ¡Que los poderosos vayan poniendo el culo en remojo! Las colaboraciones son a voluntad.

Ferenzky le dio al ciego una moneda de luna.

—El 24 de junio es una fecha muy acertada para la aniquilación universal. Es la navidad al revés… Es el día en que resulta más fácil convocar al demonio… Es el día de las hogueras orgiásticas… Es el día de la muerte de Carlos Gardel. Tiene mucho sentido.

—Tiene tanto sentido que dan ganas de creerlo, siquiera como un gesto de reconocimiento.

—Esa es la única manera de creer. Como una respuesta generosa ante un estímulo noble… Escúcheme bien: usted me ha dado una idea. Démosle algo de crédito a la profecía del loco. ¿Qué le parece si organizamos una gran fiesta ese mismo día para esperar todos juntos el fin del mundo?

—Señor, si no fuera por mi pereza, en este mismo momento saludaría su iniciativa con una vuelta olímpica de ochocientos metros. Lo felicito… Siempre tuve el temor de que el fin del mundo me sorprendiera solo, sin nadie que me consolara, sin que nadie a quien consolar. Supongo que esta pensando en una orgía.

Ferenzky dio unos pasos de baile mientras hacía toda clase de gestos obscenos.

—En una orgía que puede salvarnos a todos, una orgía ritual que aleje los poderes de la destrucción.

—Los quechuas creían que durante los eclipses el mundo era muy vulnerable y cualquier demonio ínfimo podía destruirlo. Entonces hacían ruido y tocaban tambores y música de comparsa para que las fuerzas hostiles se distrajeran mientras duraba el fenómeno.

—Hagamos eso. El universo nos necesita. Usaremos la fuerza de todos los magos para resistir. En el peor de los casos moriremos en nuestra ley, justo en el momento cúlmine de la embriaguez y la lujuria. Justo cuando morir no nos importa. Justo cuando somos inmortales.

—Confío en usted en lo referente a invitadas hermosas y hospitalarias.

—No me subestime, Mandeb. No crea que voy a perder mi tiempo armando un bailongo a

beneficio. Está hablando con un alquimista, con un hechicero… Será una saturnalia de impecable alegoría. Cada culo que se toque tendrá un significado mágico y redentor. La metáfora mueve al mundo.

—Es una hermosa metáfora.

El ruso Salzman llegó desde el norte arrastrando los pies.

—Quedan pocas casas en el barrio. Desaparecieron casi todas.

Mandeb hizo notar que en la cuadra del Satori habían tenido bastante suerte ya que todos los edificios estaban intactos.

—Bueno, el barrio es un desastre. Hay un incendio en cada esquina.

—Tranquilo —dijo Ferenzky—. Todo renacerá. El 24 de junio haremos aquí mismo una fiesta de fertilidad de la que saldremos todos rejuvenecidos… ¡O con el culo roto!

El alquimista tuvo un ataque de risa que lo desmoronó. Tuvieron que ir a buscar agua para recomponerlo. Mientras el viejo largaba espuma por la boca vieron venir a una especie de monstruo de dos cabezas que al fin resultó ser Silvano Mansilla cargando sobre sus hombros de hierro a un hombre ensangrentado.

Entre todos lo metieron en el cabaret y lo atendieron.

El veterinario Bruzzone le extrajo la bala y le curó la herida. Como a las dos horas, Lenoir volvió en si.

—Ustedes me han salvado la vida.

—Agradézcale al señor —dijo Ferenzky—, si no fuera por Mansilla, usted no contaba el cuento.

El mozo hizo un ademán humilde.

—No fue nada… ¿No quiere contarnos lo que le ha pasado?

—Como ustedes vieron, me pegaron un tiro. Una historia trágica… ¿Yo estaba en la cama con una mujer casada, me entienden? El marido regresó y nos disparó a los dos… Ella murió, él después se suicidó. Y algo más… El hijo estaba presente, un chico de cinco años. Es para no creer. Por suerte, el destino quiso que usted m salvara la vida.

Mansilla vio la ropa ensangrentada de Lenoir que alguien había acomodado en un sillón.

—Me alegro de haber podido ayudarlo. Mire si usted se moría. Me hubiera quedado una culpa para toda la vida.

7
♣

Capítulo 98

Después del carnaval

Nadie quiere hablar sobre lo que sucedió en el *Cotê d'Ivore* la noche anterior a su incendio. Según parece no había ningún marinero a bordo. El terrible Totó pasó la noche emborrachándose y tratando de pelear con alguien en un barrio de Marsella del que sólo recuerda las interminables escaleras. El *Diccionario de delincuentes franceses* de Gilbert Medoux no le dedica ni una sola palabra. Sin embargo, esa noche se encendió la chispa que iba a provocar la explosión del día siguiente.

Marcel Artola jugaba alas cartas en el comedor de abordo con su ayudante Román Stéfano. Unas nubes de tormenta cubrían el cielo de Vieux Port. Cada tanto el ojo de buey se encendía con refucilos que anunciaban el trueno lejano. En el tugurio que estaba junto al muelle sólo había hombres. A veces cantaban viejas canciones del mar. Eran las mismas coplas que el Mediterráneo venía oyendo desde hacía tres mil años.

Ay, la soledad sin orillas
Ay, el regreso incierto a puertos fugitivos
La muerte es ausencia pero la ausencia es muerte
Bebamos, bebamos compañeros
Así es la amistad entre los hombres
Una vecindad consoladora en el peligro
Un peligro en las noches calmas
Una danza de alcohol, de disputa, de sangre.

Román y Artola bebían un vino italiano grueso y oscuro, nieto tal vez de aquellos vinos que no podían beberse puros bajo pena de muerte en la antigüedad clásica. Román jugó una carta sin valor.

—Me caso con Kristine. Nos amamos.

Artola no dijo nada. Llenó los vasos como quien prepara un brindis pero bebió en silencio.

—Viviremos en Chantilly —dijo Román—. Ya no podré trabajar en nuestros asuntos.

Se oyeron unos truenos consecutivos. En el cafetín los hombres cantaban abrazados una marcha

obscena que rendía homenaje a las hazañas viriles.

Cuando ya la tormenta estallaba sobre el puerto, Román Stéfano trató de explicar sus decisiones pero advirtió que no había ninguna palabra que las aludiera. Le salió una risa aguda y prolongada que tal vez significaba *nada me importa demasiado*.

Artola lanzó una temible carcajada que sólo se detuvo para dar paso a unas toses y unos jadeos espeluznantes que cualquiera hubiera traducido como *te haré algo terrible*.

Román se inclinó sobre la mesa hasta que su cara descansó entre los naipes. Una sota de basto cayó de la boca del mazo y se desnudó sin disimulo arruinando la mano. Un ave nocturna graznó en la lejanía y el joven botánico creyó que era él mismo diciendo *tengo miedo*.

Artola palmeó la espalda de su compañero con una cruel familiaridad. Después se sonó la nariz en perfecto francés: *es mi locura, es este vino*.

Era aquel vino de los antiguos simposios o tal vez las drogas exóticas que Artola solía agregarle: polvo de cantárida, gotas opiáceas, limaduras de peyote.

Empezó a llover. Román se sintió un poco mareado. Le pareció que soñaba con las caricias de Kristine. Después creyó despertar y se sorprendió por haber estado dormido tanto tiempo. ¡Por fin volvía a la realidad amistosa e indubitable! Allí estaba él, tal cual era: un niño en Montparnasse, en la cocina, con su padre y su madre. Decidió no volver a soñar nunca, pero un trueno lo despertó. Alguien cantaba en el bodegón.

Oh, je voudrais tant que tu te souviennes
Des tours heureux oú nous étions amis…

De sueño en sueño, de trueno en trueno, Román recorrió el camino sinuoso que le señalaba el veneno de Falerno.

Vio una acacia espinosa que estrangulaba sus raíces a todos los árboles de las cercanías. Vio unas sirenas que daban la bienvenida a Odisea cantando en una isla de plata. Vio por el ojo de buey a los borrachos del cafetín tirados en el piso, tal vez muertos. Vio un animal anónimo que visita a los poetas con cabeza de ciervo y cola de serpiente. Vio el cuerpo desnudo de Artola a la luz de los relámpagos.

Al amanecer la tormenta se había sosegado. El muelle estaba desierto. Román despertó por última vez y oyó la voz de su abuela contando una historia infantil mientras lo acunaba: *el sadomasoquista, niño mío, asocia la violencia con la cópula. Cree que el sexo es una acción criminal. También piensa, ángel de mi corazón, que los participantes activos ofenden, humillan y sojuzgan a los pasivos, mi vida, mi amor*.

De un salto, Román abandonó los brazos de su abuela y tomó un revólver para matar a Artola. Pero antes de que pudiera apuntarle, el pistolero ya estaba de pie empuñando un viejo Colt.

Román Stéfano se vistió como pudo y se fue con paso de humillación a refugiarse en una vida nueva, de amor, de deleites burgueses, de sueños de venganza.

Capítulo 99

Luna de arrabal

Una noche, Bella Poniatowsky salió con un joven holandés ~~el más perfecto~~ que había conocido en el centro. El muchacho era bastante reacio a los simbolísmos de la elegancia burguesa, de modo que pasaron la noche emborrachándose en fiestas juveniles y establecimientos de firme vocación marginal. Al regresar a la casa de Bella, el holandés aceptó pasar la noche allí y poco tardó en iniciar unas maniobras íntimas que, sin embargo, no alcanzaban a fluir del todo a causa del alcohol y el idioma.

De pronto, ella se sintió enferma. Tuvo fiebre, vómitos y vahídos. El holandés se esfumó entra la niebla y la dejó sola.

Entre desmayo y desmayo Bella alcanzó a llamar a Bernardo Salzman que dormía de a ratos en su rincón del Satori.

El ruso la atendió como pudo. Tuvo que llamar a un médico lejano porque ella no quería correr el riesgo de que fuera conocido de su finado esposo. La desvistió para acostarla y le puso paños fríos en la frente. Antes de que llegara el doctor, tuvo tiempo de borrar las huellas del holandés, lavando copas, guardando botellas y acomodando sillones.

El médico llegó recién después del amanecer, cuando la niebla ya se había dispersado. Salzman esperó en la sala. Al terminar la visita oyó unas palabras terminantes.

—La señora está muy enferma. ¿Lo sabía?

El ruso no contestó.

—Hay que cuidarla mucho, hermano, mucho. Lo mejor sería contratar a una enfermera. ¿Qué medico la atendía?

—El doctor Poniatowsky. Él ha muerto.

—Mi consejo es entonces reemplazarlo. Esto es muy grave, caballero. Encájele todos estos medicamentos.

Salzman pagó la consulta, compró lo remedios, preparó comidas de enfermo y permaneció junto a Bella todo el tiempo. Cada tanto cruzaba la calle corriendo y se ocupaba de Pablito. Las chicas del Satori lo mimaban demasiado.

Pasaron las noches. Los médicos iban y venían pero Bella estaba cada vez peor. Gastaba las

fuerzas en sus pocos momentos de mejoría en dar a Salzman toda clase de recomendaciones. Le había prohibido atender el teléfono y también contar que ella estaba enferma. Tampoco permitía las visitas de Pablito y en realidad solo dejaba que la vieran los doctores y su peluquera.

A veces Salzman le leía poemas de Carriego o Almafuerte, pero a ella no le gustaban. El ruso dormía en la misma pieza, pero no en la misma cama. Se arropaba en un silloncito y estiraba las piernas sobre un taburete de terciopelo.

De cuando en cuando se besaban. Ella tenía los labios secos y un aliento a formol. Se le alcanzaban las fuerzas, le gustaba impresionar a Salzman con historias relacionadas con el poder de su belleza. Cuando se dio cuenta de que nadie la llamaba, el ruso pidió a los del Satori que le hicieran sonar el teléfono tantas veces como pudieran. Ella no podía atender pero se le notaba el viejo orgullo de hembra invencible en las afectadas quejas que seguían a cada repique de la campanilla.

—Jamás me van a dejar tranquila.

Salzman tuvo que pedirle plata a Mansilla. Ya no podía atender a sus clientes de la quiniela clandestina ni organizar mesas de punto y banca en el colegio San Miguel cuando no había clases. Bella dejaba que él pagara todo.

Un día hicieron el amor cuando el sol empezaba a ocultarse. Ella, después de un furor sexual que era puro pensamiento, se abrazó a él con ternura hasta que la casa estuvo en tinieblas. Entonces, sin que nadie pudiera ver el llanto de sus ojos, dijo unas palabras temblorosas:

—Tengo miedo, ruso.

Los médicos fueron poniéndose más lúgubres. Los ojos de Bella perdieron la crueldad. Ya casi no conversaban porque sabían que aun las oraciones más banales iban a desembocar en un discurso trágico donde cualquier descuido, cualquier partícula traidora señalaría con letras rojas que la muerte andaba rondando.

Un día, cuando ella ya se había convertido en una sombra entre las sábanas, el ruso Salzman tuvo la idea de llamar a unos músicos para que tocaran bajo la ventana. Lo hizo en secreto, resuelto a negar su intervención en la gesta. No se trataba de un homenaje propio: él odiaba las serenatas y cualquier énfasis público de lo privado. Pero pensó que ella iba a sentir halagada su malevolencia al ver, una vez más, los esfuerzos ansiosos y superfluos que algunos hombres hacen para acostarse con mujeres que ellos consideran difíciles.

A eso de las once de la noche se instalaron en la vereda los guitarristas Zambrano, Pujol, Figueredo, Soria y Salmone. El joven cantor Heraldo Leiva se había instalado sobre el techo de la camioneta de Lamenta para estar más cerca de la ventana del segundo piso. Habían ensayado mucho sabiendo que la niebla les iba a impedir entenderse con gestos y movimientos de cabeza. Zambrano arrancó solo y los demás se fueron acoplando. Salzman abrió la ventana al tiempo para que Leiva acertara justo la difícil primera nota de «Luna de arrabal».

Muchachos hoy, qué noche clara y estival…

—La puta que los parió —murmuró Bella en la oscuridad.

Invito a todos la barriada recorrer
Hay mucha luz y es que la luna de arrabal

Nos acompaña con sus luces como ayer.

Bella en su propia niebla, recordó una noche del tiempo en que aún se veían las estrellas. Su novio, el doctor Poniatowsky, había llegado bajo la ventana de su cuarto de soltera en la calle Morón con tres guitarristas de mala muerte y un cantor que nadie conocía. No había sido una buena idea: aquella misma noche ella estaba revolcándose con el lungo Sosa, un jugador de básquet del club Villa Crespo.

Es medianoche, ella duerme y su balcón
Entornado me espera que llegue…

Salzman permaneció inmóvil, sentado en un banquito de la cocina. Bella se entregó voluntariamente a un sueño febril cuyas imágenes le ahorraban el trabajo de la memoria.

Muchachos, vamos que la luna quiere oír
La serenata pintoresca de arrabal…
La noche es tibia, duerme el barrio y es zafir
El cielo lleno de estrellitas de cristal…

Ella se libró de los abrazos del lungo y tapándose las tetas con un almohadón, abrió un poco los postigos y se puso de pie sobre las cobijas para que Poniatowsky la viera y se dejara de joder. El lungo Sosa, agachado detrás de ella, gruñía y le mordía las piernas.

Su pecho de emoción ha de latir
Sus ojos de otro azul se vestirán.

Poniatowsky, desde la vereda, veía la emoción de su novia que parecía estar a punto de desmayarse. De pronto, ella desapareció, como si efectivamente se hubiera desplomado.

Y se pondrá la noche
Sus galas embrujadas
Y tú, mi dulce amada,
Temblarás…

La niebla los cubrió a todos. Bella se quedó sola en su cama, riéndose hasta que la risa fue tos y la tos fue llanto.

Ella no murió en ese momento sino tres noches después, sin poder decir una palabra memorable, sin encontrar la mano del ruso Salzman que dormía en el sillón.

4 ♦

Capítulo 100

La última noche

Jorge Allen volvió a su casa después de una aburrida jornada de oficina. Había pasado largas horas sentado en su escritorio mirando fijamente un almanaque que tenía colgado en la pared. Ahora, cansado de no hacer nada, se arrastraba entre la niebla, ansioso por llegar a su casa. Tenía pensado tirarse en la cama y dejar pasar las horas. Cuando ya estaba en el pasillo se le apareció Alicia, la colorada, vestida de fiesta y sitiada por ejércitos de *Quartz pour Femme de Molyneux*.

El poeta trató de escapar, pero poco a poco las caricias y los suspiros desaforados de la muchacha lo fueron encendiendo. Al rato estaban abrazados en la oscuridad.

—Júrame que te vas a quedar conmigo para siempre —dijo ella.

Jorge Allen salteó horas de lujuria y de peligro y apareció, serio y compungido en el velorio de Bella Poniatowsky.

No había mucha gente. El ruso Salzman hablaba por lo bajo con Ludovico Fatorusso. En un rincón Manuel Mandeb y Marco Ferenzky discutían con la cantante Karina Warren. Allen se acercó a ellos. Hablaban de la finada.

—Era pura apariencia —dijo Karina en voz demasiado alta—, con tal de impresionar era capaz de cualquier mentira. No entiendo eso. Yo exijo que me quieran por lo que soy.

—¿Y cómo lo hace? —rugió Mandeb—. ¿En pleno acto amoroso pregunta a sus amantes por qué la quieren? ¿Qué pasa si responden equivocadamente? ¿Los obliga a desmontar? ¡Desatino! ¡Desatino!

Ferenzky empezó a reírse y a moquear. Cuando pudo hablar puso su mano sobre el hombro de Karina y le dijo:

—¿Cómo sabe uno lo que realmente es? Las virtudes van y vienen de sujeto a sujeto… El amor, como la plata, no tiene nombre. Hay que aceptarlo con humildad. Y si el otro cree que somos Maia Plisétskaya, no lo defraudemos y bailemos para él.

Allen tomó la mano de Karina y le dijo que estaba dispuesto a amarla por las razones que ella estableciera, preferentemente por escrito. Después sintió un tedio doloroso y, alejándose del grupo recorrió toda la casa. Vio que había unas pocas flores para una enorme corona que cubría toda una pared. En una cinta violeta se leía: *Tuyo para siempre. Silvano*.

Miró a Bella en el ataúd y recordó que jamás había hablado con ella. Se metió por íntimos pasillos y llegó a la habitación principal que estaba en penumbras. Allí vio a una mujer revisando los cajones. Ella se dio vuelta y mostró sus manos colmadas de joyas y adornos brillantes.

—Soy la hermana.

Él considero oportuno darle un abrazo de velorio que muy pronto cambió de rumbo y pasó a un territorio incierto del que la chica salió con la blusa desprendida. Ambos cayeron sobre la cama y se amaron con cierta solemnidad, acaso por respeto. Al rato oyeron que alguien se acercaba y volaron a esconderse detrás de las cortinas. Desde allí vieron entrar a un hombre de traje negro y moñito. Era Mansilla.

El mozo abrió un ropero y acarició los vestidos de Bella. Después, como ya lo había echo la noche del crimen de Poniatowsky, se acostó en la cama y abrazó las almohadas. Se escuchó algo parecido a un llanto. Al levantarse, Mansilla vio los pantalones de Allen que habían quedado en el piso. Revisó los bolsillos y sacó algún dinero. Después metió las manos en un cajón y sacó un calzón rojo que se guardó en el bolsillo. Se miró en el espejo, se alisó el peinado y se fue.

Pasaron las horas. Salzman tenía hambre pero en la casa no había nada. Además, el ruso había gastado hasta su última moneda en los honorarios de Fatorusso. Por suerte, Pablito estaba enfrente, bien cuidado por las muchachas del Satori.

En la madrugada llegó una señora muy elegante que permaneció en un rincón sin presentarse. Enseguida aparecieron más hermanas de Bella hasta completar cuatro. No saludaron a nadie y se encerraron en el escritorio de Poniatowsky. Para desesperación de Salzman, pidieron pizza y no la compartieron.

En un momento en que todos estaban silenciosos, si es que no dormidos, la dama elegante, con gran disimulo, empezó a guardar unas bandejas de plata en su enorme cartera. El ruso la vio, pero no dijo nada y se hizo el dormido. Un poco más tarde decidió mostrar que despertaba. Casi todos se habían ido. De pronto una turba indignada subió por la escalera. Vestían trajes grises bien cortados.

—¡Destrucción! ¡Destrucción!

—¡Venimos a reventar este velorio!

—¡Castigo indiscriminado!

—¡Atropello liso y llano!

Los intrusos rompieron vidrios, copas y sillas. Quemaron libros y leyeron proclamas en contra de la Ilustración. Uno de ellos guardó en su bolsillo toda una colección de pequeños adornos de cristal.

Una vieja que los acompañaba abrió un armario y descubrió a Manuel Mandeb escondido detrás de un tapado verde.

—¡Un pobre! ¡Un pobre!

—¡Muerte a los míseros! ¡Démosle su merecido!

—Creo que es lo mismo menesteroso de la otra vez…

—Esta gente nunca escarmienta…

—¡Danos toda la plata!

El viejo Ferenzky salió del baño con un revólver en cada mano y disparó al aire dos veces. Cayeron unos trozos de cielo raso. Los Destructores se retiraron pero siguieron gritando consignas en la calle hasta que la niebla se los tragó.

Las hermanas de Bella informaron a todos que habían resuelto cerrar la casa y que debían irse cuanto antes.

Una de ellas se acercó a Salzman.

—Esto va para usted también. Por favor, llévese sus cosas y entrégueme las llaves.

Los visitantes se marcharon en silencio. La señora elegante pasó por la cocina y manoteó una tostadora. Manuel Mandeb se llevó el primer tomo del *Diccionario Filosófico* de Voltaire que los Destructores habían dejado en el piso. El ruso entró en la habitación de Bella y junto sus pertenencias: dos camisetas, un sobretodo viejo y un mazo de cartas. Se agachó para buscar unas medias bajo la cama y se encontró con el diario de Bella. Lo escondió entre sus ropas y se fue, sin saludar, sin mirar a la muerta por última vez para no rubricar, para no enfatizar, para dejar que los malos recuerdos quedaran sueltos, confundidos con otros, listos para perderse, para transformarse, para morirse.

Al llegar a su rincón del Satori escondió el diario bajo los almohadones de un sillón con la idea de quemarlo luego. No quería leerlo. Sin embargo, arrancó la última hoja y la conservó con él.

Mucho después, cuando ya no significaba nada, Salzman vio las palabras de Bella Poniatowsky, escritas con letra temblorosa en su última noche.

A veces comprendo a las que me envidian. Tengo todo lo que ellas desean. Que revienten, que pierdan su tiempo en codiciar lo ajeno. Mientras tanto, yo me dedico a vivir.

Capítulo 101

Otra visita en Chantilly

Una tarde, un automóvil negro se detuvo frente a la casa de los Stéfano en Chantilly. Bajaron varios hombres y uno de ellos anunció al mayordomo que el cardenal Moreau quería conversar con los dueños de casa.

Al rato lo recibió Kristine.

—Mi esposo y mi hija están en el extranjero. Soy la única persona de la familia que puede atenderlo. Espero serle útil.

—Hija mía, en realidad sólo estaba interesado en hablar contigo.

Kristine lo invitó a sentarse en uno de los bancos del parque situado junto a un pino cuyas ramas —según se decía— se agitaban violentamente cuando alguien mentía.

—He conocido a tu madre —dijo el cardenal—. Como bien sabrás ella tomó los hábitos en un momento de su vida. Después, un depravado la raptó del colegio donde ella enseñaba. Fue un episodio horrible para mí. Yo era su consejero y me sentía responsable por la suerte de su alma joven. Sé que ella ha muerto hace muchos años, pero yo no la olvidé jamás.

Kristine escuchaba en silencio.

—En aquella época tuve el privilegio de asistir a un milagro que aún se recuerda en toda la región de Marsella. El Cristo de la capilla del colegio lloró sangre. Dios quiso que yo fuera el principal testigo y quiso también que ese fuera el punto inicial de mi humilde paso por la política eclesiástica. Ahora bien, hace algún tiempo pude leer unos textos infames que circulan en las redes en los que se afirma que aquel milagro fue un fraude y que mi relación con tu madre escondía propósitos impuros de mi parte. Los pasquines están redactados en un tono soez, propio de un alma pervertida. Yo he llegado a sospechar que el autor no es otro que aquel hombre que corrompió la fe de tu madre. Yo creía que él había muerto muchos años atrás. Pero parece que este ser maligno aún permanece en este mundo. Hija mía… Todos en Marsella saben que aquel hombre frecuentaba esta casa. No quisiera repetir los rumores que han circulado durante años.

—Conozco esas murmuraciones, padre. Usted se refiere a Marcel Artola. Hay quienes dicen que yo lo maté.

—Si tú lo quieres, gustoso te escucharé en confesión.

—Tal cosa no será posible, padre.

—Sin embargo, puedo preguntarte si has vuelto a saber de ese delincuente y si acaso conoces a un señor llamado Scholl o quizás Schultz.

—No, jamás tuve noticias de Artola y tampoco conozco a ningún señor Schwartz.

Las ramas del pino se agitaron suavemente.

—Voy a ser sincero contigo. Ya soy un anciano y he llegado a la cúspide de la dignidad eclesiástica. Si el milagro de las carmelitas es cuestionado, mi influencia en otros asuntos del Vaticano se destruiría inmediatamente. Podrían acusarme de fraude y —Dios no lo permita— de acoso sexual, como le dicen ahora. No puedo permitir tal cosa. Necesito encontrar a ese hombre. O al otro que, según creo, también anda detrás de Artola.

—Lamento no poder hacer nada por usted. Eso sí, ya que le interesan las murmuraciones, mi madre me contó algunas cosas que se parecen bastante al texto de los libelos que usted dice haber visto.

El cardenal se levantó de un salto.

—¡Ella se comportó como una prostituta! Profanó la capilla y se entregó a aquel hombre como lo hacen las mujeres de la calle.

—¡Bien que le hubiera gustado ser usted el beneficiario de aquellas abominaciones!

—¿Te contó algo acerca del milagro?

—No. Jamás me contó nada.

Una rama del pino se quebró en las alturas.

Capítulo 102

Sueña Salzman
Asesinato de un jugador afortunado

Bernardo Salzman, arrastrado por los vientos inconstantes de su propia indolencia, se vio una noche jugando al pase inglés en un galpón cercano a las vías del ferrocarril.

Tal vez había llegado acompañado a alguien, o quizás huyendo de una horrorosa tormenta que derribaba árboles y fulminaba ratas con rayos olímpicos.

Permaneció un buen rato como mirón, sin hablar, como indica el protocolo. Su experiencia de jugador le hizo notar muy pronto que aquella mesa era peligrosa, no sólo por las apuestas fuertes sino también por la presencia de jugadores violentos, tramposos y desconfiados que rastreaban el mínimo indicio de controversia para sacar el cuchillo o el revólver.

El ruso, para no despreciar, hizo algunos tiros discretos apostando cantidades razonables que no llamaran la atención ni por mezquinas ni por pretenciosas.

Pasaron horas. Salzman quería irse pero el vendaval no aflojaba. Millones de gotas de lluvia enloquecidas golpeaban sobre el tambor de la chapa. Es estruendo dificultaba las apuestas, que debían formularse a los gritos.

Algunas piernas de rango inferior se emborrachaban o se drogaban poniendo en evidencia su condición de aficionados. El tahúr sagaz no deja que un vicio lo perjudique en el ejercicio de otro.

Hubo un poco de tensión cuando el tuerto Páez y uno de los mellizos Dellepiane discutieron por un dado cuya arista hacía equilibrio sobre una pila de billetes. Cuando todavía no se habían pronunciado palabras irreparables intervino Muzzio, el viejo guardaespaldas, al que llamaban Caballo Ensillado. Llegó desde la puerta que vigilaba, chorreando agua y empuñando el seis luces. El conflicto se resolvió pero el aire quedó cargado y todos se pusieron más quisquillosos.

Ya era tarde cuando el bicicletero Oscar Piluso empezó a tirar la serie de su vida. Clavó tres sietes seguidos, todos con un cuatro y un tres.

El Nene Canalla, en el fondo de su odio, razonó que aquella buena suerte era ofensiva y apostó en contra.

Piluso hizo un cuarto y un quinto siete. El Nene permaneció en silencio pero la piel de su cara se enrojeció un poco.

El bicicletero clavó dos veces más con un cuatro y un tres. El Nene Canalla tomó los dados y los hizo rodar varias veces sobre la mesa. Siempre aparecían un cuatro y un tres. Hubo un largo silencio.

—Son los mismos dados con los que hemos jugado toda la noche —dijo Piluso.

El Nene apostó todo lo que le quedaba. El bicicletero hizo un tiro largo. Los huesos bailaron durante largos segundos hasta que se aquietaron mostrando un cuatro y un tres.

Piluso extendió la mano para tomar el dinero. El Nene lo bajó de un tiro. Dos pesados auxiliares sacaron el cuerpo a la lluvia y no regresaron. El asesino guardó la plata en el bolsillo y preguntó con impaciencia quién era el tirador siguiente.

Le tocaba a Salzman. Su primer pensamiento fue retirarse, pero prefirió no correr el riesgo de enojar de nuevo a aquella bestia.

—¿Cambiamos los dados? —preguntó.

—No —contesto el Nene—, juegue nomás.

El ruso puso su dinero sobre la mesa.

—Hay doscientos.

El tiro demostró tardíamente la inocencia de Piluso. No salió un siete, pero sí un once, que también es ganador.

—Dejo todo —murmuró el ruso.

El Nene copó.

—Vamos a ver si usted también tiene tanta suerte.

Salzman clavó otro once.

—Dejo todo.

—Tomo.

El ruso acarició los dados, los sopló y les habló como hacen los principiantes.

—¡Vamos! ¡Vamos, chicos!…

En verdad estaba rezando para perder, rogando un tiro adverso que lo sacara para siempre de aquel lugar.

Pero ganó de nuevo.

—Dejo todo.

—Tomo.

Otro once. Salzman, con aparente serenidad, llamó al morocho Diéguez, un psicópata gigantesco, antiguo cliente de sus tiempos de quinielero.

—Morocho… Tire por mí, por favor… Voy a mear y vengo. Dejo todo.

El ruso salió apurado del galpón para mear en la calle, bajo la lluvia. Pero al pisar la vereda arrancó a toda velocidad rumbo al sur, mientras los truenos y centellas le explotaban entre las patas.

Dos cuadras más adelante, mojado enteramente, se detuvo a tomar aliento bajo un toldo. El Tallador apareció de pronto.

—No puedo creerlo… ¿Dejó todo su dinero en esa mesa? Era plata bien ganada.

—A veces conviene perder.

—Lo felicito, Salzman. Por fin empieza a entender cómo es este juego.

Capítulo 103

Beatriz Velarde

No pasaba una noche sin que Manuel Mandeb pensara siquiera por un instante en su antigua novia, Beatriz Velarde. Ella lo había abandonado hacía tanto tiempo que el hombre confundía los detalles con otros abandonos de otras mujeres, en otras vidas.

El recuerdo llegaba en forma súbita, como una puntada de dolor, como el despertar amargo después de un sueño venturoso. Se escondía detrás de las palabras de los libros o se apoderaba de las voces ~~de un universo~~ de otras personas para gritar su mensaje de siempre: *Nunca serás feliz*.

Mandeb no conservaba ninguna carta de Beatriz. No las había quemado ni las había devuelto. Las había perdido de a poco, del mismo modo misterioso que perdía todo. Cada tantos meses, o quizá cada tantos años, rastreaba sus cajones para ver si encontraba algún viejo mensaje de amor o algún objeto personal para poder reverenciarlo. Sus manos atropellaban una y otra vez papeles, servilletas, hebillas y fotografías de otras novias. Ella sólo se revelaba en el dudoso archivo de los sueños, siempre silenciosa, muchas veces apoderándose del aspecto de gentes extrañas o dándose aires de difunta. Jamás condescendía a la imagen erotizante ni a la palabra amorosa.

Con mucho esfuerzo, el hombre de Flores se construía unas evocaciones tan imperfectas que ni siquiera conseguían entristecerlo: la sombra de un beso, una mirada sin ojos, la locura del sexo embalsamada en un instante único y por lo tanto ineficaz, sin antes ni después.

Sus amigos no la recordaban mucho, pero disimulaban su olvido ante Mandeb. A veces le daban la razón cuando él mencionaba episodios del pasado o frases que ella solía decir o antiguas fiestas de cumpleaños. Habían aceptado un credo modesto pero riguroso donde cualquier duda implicaba una blasfemia.

Allen tenía la vaga idea de que ella era taciturna y hostil. Con toda frecuencia le atribuía episodios que en realidad pertenecían a la épica de Eugenia, otra novia de Mandeb acaso más reciente.

Salzman estaba seguro de no haberla visto nunca pero, para evitar explicaciones tediosas, hacía gestos de confirmación ante cualquier cosa que decía de ella.

Cuando escuchaba valses de Héctor Pedro Blomberg, Mandeb comprendía que el mundo estaba lleno de extraños que, como si fueran individuos de otra especie, tenían los resortes de la emoción armados al revés, insensibles ante los estímulos clásicos y listos para dispararse ante la mínima

concordancia de los sucesos cotidianos. Por eso lo hacía llorar la voz de Corsini: porque estaba solo. Sus lágrimas por Beatriz eran de la misma naturaleza: una belleza perdida que no significaba nada para los demás.

Al menos una vez por semana, Manuel Mandeb tomaba en pleno insomnio la decisión de llamarla por teléfono al día siguiente. Después, al salir al sol, el protocolo del olvido imponía sus rigores. Los años pasaban y él no la llamaba. Ella tampoco.

¿Cuál sería su rutina inconcebible? ¿Cómo atendería sus asuntos sin que el nombre de pensador de Flores apareciera tartamudeándole el discurso? ¿Con qué cara se revolcaría en la cama de los recién llegados?

Una tarde el viejo Ferenzky respondió a preguntas parecidas a estas negando determinantemente la continuidad de los sujetos:

—No hacemos más que sustituirnos a nosotros mismos. Las deudas y las promesas son abusos de los seres que fuimos en el pasado. La ley nos impone una fe burocrática, conforme a la cual un escolar de 1956 y el carpintero calvo de la esquina son la misma persona, tan sólo por llevar el mismo nombre y el mismo número de documento. ¡Patrañas!… No hay un único sol sino uno nuevo cada mañana.

Mandeb aceptaba estas razones, pero el ventrículo oscuro de su corazón le amargaba la sangre y le infundía calores de resentimiento.

Muy de vez en cuando, por lo general en Noviembre, Mandeb visitaba algunos de los lugares donde había estado con Beatriz. No eran muchos: la mayoría de aquellos foros habían desaparecido. Los bares habían cambiado de dueño o de nombre y en verdad ellos solían moverse al acaso, sin rutinas y sin sacralizar mesas, árboles, bancos o canciones. Como exponente máximo de su audacia, él pasó tres veces en muchos años frente a la casa de los Velarde. Lo hizo a paso vivo, sin mirar la casa, afectando seguir un rumbo ajeno a sus recuerdos y con el temor de ser increpado por familiares hostiles.

Una noche sintió que la puntada de angustia no era tan intensa. Alarmado al descubrir que su pena tampoco era constante, corrió al teléfono y —sobreponiéndose a taquicardias y sudores— marcó el número prohibido.

—Quiero hablar con Beatriz.

Hubo un breve silencio y luego se oyeron las siguientes palabras:

—La doctora Velarde murió hace dos años.

7
♣

Capítulo 104

Ferenzky el día del Juicio Final
Capítulo falso

Después del fin del mundo, Marco Ferenzky se encontró en pleno estado de conciencia, rodeado de una muchedumbre desconcertada. El planeta había sido arrasado. El cielo, ya sin estrellas, era tal vez rojizo o negro. Todo parecía calmo. Nada fluía.

Ferenzky buscó inútilmente su pulso y su ansiedad. Sólo encontró una amargura inmóvil y definitiva que había reemplazado al miedo.

Sin embargo, su pensamiento seguía ardiendo, quemando combustibles últimos, conciente de su precariedad y abrumado por su propia impertinencia ante la aniquilación general.

Trató de establecer comunicación con otras sombras. Nadie le respondía. Creyó reconocer a algunas personas que habían muerto hacía muchos años. Las evitó para no incomodarlas con escenas de reencuentro.

Caminó en dirección de un sector que parecía más concurrido y luminoso. Notó que todas las personas parecían extraviadas. Calculó que su muerte había ocurrido unos diez minutos atrás. Sin embargo, de poco valían semejantes mediciones cuando la sucesión había sido detenida y los segundos flotaban congelados en el aire.

Evidentemente había otra vida. Aquel lugar inhóspito debía ser el más allá.

El alquimista sintió que se apagaba. Entonces vio una figura familiar que se acercaba corriendo. Se trataba de un ser sorprendente que al mismo tiempo era Manuel Mandeb, Jorge Allen y el ruso Salzman.

—Ferenzky… Lo hemos estado buscando.

—Disculpen la observación, pero no me sorprende que ustedes tres sean uno.

—Todas las personas se parecen, todos los lugares son iguales, todos los libros son el mismo libro, si un es suficientemente estúpido.

—Un pensamiento muy agudo, digno de cualquiera de ustedes tres.

—Tenemos malas noticias, Ferenzky.

—Hemos muerto… ¿Qué otra cosa peor nos podría suceder?

—No queremos alarmarlo, pero según andan diciendo la religión verdadera resultó ser una de las

peores, si es que no la peor de todas.

—Siempre ocurre lo peor, estoy acostumbrado. ¿De qué religión se trata?

—No sabemos… Pero da lo mismo. Todos los que no pertenecen a ella recibirán un castigo espantoso. Es decir, la creación es un asunto de los malvados.

—¡Maldición! ¡Siempre lo sospeché! Con razón cuando era niño tenía miedo de entrar a cualquier templo… ¿Y qué harán con los sabios, con los artistas, con los justos, con los santos?

La trinidad permaneció en silencio. Desde el fondo de la planicie surgió una profesión de fanáticos optimistas que entonaban himnos de júbilo.

La muerte ha venido a liberarnos
De las cadenas del cuerpo y el deseo. ¡Aleluya! ¡Aleluya!
Marchemos, la luz nos espera.
Gracias, gracias, gracias
Al Ser Superior.

Una grieta se abrió al piso y los fanáticos se precipitaron en un fuego eterno, sin dejar de cantar. La tierra volvió a cerrarse y enseguida vieron a Bella Poniatowsky perseguida por un grupo de seres sombríos que le reprochaban sus iniquidades mientras le tocaban el culo.

—¿Cuándo empieza el juicio? —preguntó Ferenzky.

—Ya nos juzgaron. No se preocupe, nosotros iremos directamente al infierno.

—Ya lo sabía. El paraíso no es posible. Sólo puede ocurrir antes, no después. Cuando uno ha vivido, cualquier destino es el infierno.

Una muchedumbre fervorosa llegó agitando banderas, estandartes y oriflamas. Cada tanto, entonaban consignas pertinaces.

—Dios, Dios, Dios
Dios hay uno solo
Dios el de nosotros
Que les rompe el culo a todos.

—¿Estos son los que acertaron?

—No —contestó el ser triple—, sucede que los fieles de las otras religiones prefieren seguir creyendo en sus dioses por más falsos que sean. No les importa la verdad, ni tampoco el poder. Se emperraron.

—Lo viste,
Creíste,
No importa si no existe.

—Esa es la verdadera fe —dijo Ferenzky—, creer no sólo sin pruebas, sino con pruebas en contra.

Un pregón familiar se oyó a sus espaldas.

—¿Qué les dije?… Ahora no vengan a joder con arrepentimientos. El mundo terminó. A otra cosa, mariposa. Las colaboraciones son a voluntad.

—El ciego… Pensar que no lo tomamos en serio.

—Hicieron bien —dijo Fineo—, la verdad es que todo esto es un quilombo. ¿Quiénes son los

condenados? Misterio… ¿Dónde están los desventurados? Vaya uno a saber. No hay a quién preguntar. Por allá al fondo encontré a uno que se daba aires de ángel y al final sabía menos que yo.

—Yo calculo que los que estamos aquí es porque vamos al infierno. Eso explica lo mal que nos tratan.

El ciego cedió la mitad de su ser a Hades Pérez.

—Yo por mi trabajo en las cloacas conocí algunas dependencias subalternas del infierno. Nunca había nadie.

Ferenzky vio venir a Nadine Stéfano, alumbrada por los últimos restos de claridad que quedaban después de la catástrofe. Era la única persona bien vestida y flotaba en el aire. Jorge Allen se separó de sus amigos y constituyó un ser independiente sólo para llorar por ella. Ferenzky, con acento criollo, le dijo un piropo.

—Ahí va… Ahí va el paraíso.

Ella no dijo nada y desapareció en las alturas.

Al rato reconocieron a Enrique Argenti.

ARGENTI: Salud, turros de Balvanera.

FERENZKY: Salud.

MANDEB Y SALZMAN: ¿Se sabe algo?

ARGENTI: Parece que algo salió mal. Lo más probable es que decreten la nada.

MANDEB Y SALZMAN (*Allen se les va reincorporando*): ¿Tanto teatro, tantas amenazas y al final para qué?

ARGENTI (*se toca alarmado*): Algo me sucede. (*Empieza a desaparecer*) Me apago, amigos, me apago.

FERENZKY: Respire hondo, Argenti.

ARGENTI: Ya no respiramos. Adiós. (*Se esfuma*)

Marco Ferenzky advirtió que todos se iban afantasmando. Cuando ya estaban transparentes, se les apareció un personaje celestial blandiendo una espada flamígera.

—Breve enumeración de símbolos… Trompetas celestiales, cuerno de Gjallarhon, colapso del puente Bifrost. Consideraciones sobre la perplejidad de las penas infernales, etcétera.

—¡Boceto! ¿Qué hace usted aquí?

—Situación de emergencia, carencia de ángeles, prestigio de los Brujos de Chiclana en el más allá, y todo por el estilo.

Ferenzky empezó a sospechar algo más siniestro que el infierno. Salzman, Mandeb y Allen desaparecieron por completo. De pronto, vio a su madre, negada, inconcebible, casi imposible de reconocer ya que se había puesto muchas máscaras, una sobre la otra.

El alquimista ~~que es~~ huyó a través del inmenso campo. Su madre lo persiguió durante el primer tramo. Luego, fueron tomando su lugar otras mujeres enmascaradas que eran su tía, o una bailarina de

tangos, o las prostitutas de Saint Germain.

Ferenzky se detuvo agitado. Estaba solo. Enseguida comprendió que no había otra vida. Que su percepción, por inercia, le estaba otorgando estas postreras sensaciones de muerto. Unos últimos amigos ilusorios se presentaron desprolijos e incompletos. Ferenzky los mandó a la puta que los parió y se arrojó a un abismo ardiente que de pronto se abría a sus pies. La tierra se cerró sobre él, y lo apretó tanto que ya no tuvo lugar no para el más mínimo vislumbre de consciencia.

Capítulo 105

La Colina del Error

Marcos Ferenzky y Manuel Mandeb se encontraron con el hombre alto en la plaza de Flores. Caminaron entre los árboles y oyeron el aletear de gigantescos pájaros nocturnos que se ocultan en la espesura de las ramas y las sombras.

—Ate es el error —dijo Ferenzky—. A los griegos no les gustaba mucho estas personificaciones.

—A mí tampoco —dijo Mandeb.

—Ninguna de estas divinidades de mierda tiene leyenda propia. Se sabe que Némesis es la venganza, que Eros es el amor o que Hypno es el sueño, pero en verdad no son dioses personales.

El hombre alto recita:

—Mucho signo y poca cosa. Señalar semejanzas con la Fe, la Eperanza y la Caridad vestidas de seda. Idea inevitable acerca de la sustitución: cuanto más perfecta más inútil. Intentar maniobras para cambiar de tema.

Ferenzky se rascó contra un árbol.

—Ate fue expulsado del Olimpo por conspirador y por alcahuete. Zeus descubrió que se había puesto de acuerdo con Hera para retrasar el nacimiento del hijo que iba a tener con Alcmena: aquel niño postergado que luego sería el más grande de todos los seres… En fin, todos conocemos aquellos puteríos. Zeus lo precipitó desde las alturas y Ate vino a caer en una Colina de Frigia que ahora se llama Colina del Error.

—Tentación de un ocioso sistema legendario: lo locación señala el destino. El que sube a la colina de Error se equivoca. El que bebe en la Fuente del Olvido no se acuerda de nada, etcétera.

Mandeb opinó que la ~~ausencia~~ historia debía ser más ineficaz en griego ya que Ate y Error son la misma palabra. La diosa de la venganza se llama Venganza y el dios del amor Amor.

—Otra tentación: el nombre del personaje teatral relata su destino. Dar varios ejemplos.

—Ya existe tal cosa en la *Comedia del arte*: el marido carnudo, la ingenua, el médico ineficaz.

Ferenzky se sacó un zapato y lo olió.

—Ate vive en su colina pero todos los días vuela invisible entre los humanos y pone sus pies sobre la cabeza de las personas. De allí provienen las equivocaciones, por muy macho que se crea Sigmund Freud. Ahora escuchen bien… El error considerado en sí propio es invisible, y por eso

mismo eterno. Nadie ha sentido jamás el efecto sustantivo de un error. El inciso *estoy equivocado* es una paradoja.

—Objeción: el tiempo transcurre, el hombre muta, etcétera.

—Entonces el error no existe. Si nuestra convicción es volátil y perspectivista Ate es un capricho óptico. No es posible estar equivocado.

—Eso lo resolvía muy bien el finado Platón —dijo Mandeb—. En el *topos ouranos* estaba la verdad envuelta en papel manteca. Allí no hay niebla ni metáfora. Es el paraíso de los locos. Pero creo que nuestro insigne pulastro[8] esta diciendo algo que puede enunciarse de un modo más elemental: uno no se da cuenta de que marcha por territorios erróneos y por lo tanto no puede abandonarlos. Tal vez vivimos convencidos de cosas que son absolutamente falsas.

—Idea que me parece genial pero es inevitable: mientras hablamos del error tal vez cometemos otro error, etcétera.

—¡Es verdad! —gritó Mandeb—. Y hay algo todavía peor… Estamos acostumbrados en la literatura y en el teatro a un final en el que se atan todos los nudos y se demuestran todos los teoremas. Siempre hay una aracnórisis, un reconocimiento, una revelación. Al menos el público o los lectores se enteran de las falsas convicciones que han venido sosteniéndose. Pero en la novela de la vida o de la historia universal no es indispensable que un error se registre como tal. Pues bien, ¿qué podemos hacer ante esa duda, ante la posibilidad cierta de que estemos toda la vida bajo los pies roñosos de Ates?

—La respuesta es sencilla —dijo Ferenzky—. Tratar de que las consecuencias de nuestros actos sean lo más livianas que se pueda. Rodearnos de una red de tolerancia y cautela de una naturaleza tal que si es verdad que estamos cometiendo errores al menos estos no tengan consecuencias trágicas.

Al terminar la frase, el viejo Ferenzky empezó a reír y a toser mientras se sostenía en pie abrazando un enorme Jacarandá. Cuando el viejo recuperó la calma pudo oírse desde las ramas del árbol un silbido nítido y afinado. Todos estuvieron de acuerdo en que se trataba del vals «Santiago del Estero».

—El árbol silbador —murmuró Mandeb.

Ferenzky se demoró en refutar la leyenda que aseguraba que el silbido solo podían oírlo las almas nobles.

—Son todas mentiras. O hay un silbador en las ramas que se burla de nosotros o nosotros mismos fingimos oír valsecitos para no poner en evidencia nuestra falta de fe poética.

El árbol silbó enterito el arduo tango «Ahí va el dulce» sin eludir la demoníaca variación. Los hombres siguieron caminando. Ferenzky despilfarró sus últimas energías mentales denostando a Platón, defendiendo la sombra por encima de los objetos, cagándose en el mundo de las ideas y señalando a los poetas como soporte especial de cualquier comunidad organizada. Al atravesar las vías, decidió encarar el asunto que lo había llevado hasta Flores.

—Cambio de tema por modulación cromática: poeta, poetas, reunión de poetas, reunión de artistas, reunión de inadaptados, reunión de libertinos, orgía. Alternativa: cambio de tema por el círculo de quinta… Poetas prosaicos, iletrados, notarios, convictos, carceleros, libres, prejuiciosos, desprejuiciados.

—Ya llegamos —dice Ferenzky—. Hablemos, si usted quiere, de la orgía.

—Sobre con instrucciones. Despedida.

Boceto desapareció en la niebla. Mandeb y Ferenzky siguieron su marcha hasta la puerta del Satori. Allí estaban Petrone, el desmemoriado, Jorge Allen, el ruso Salzman, Pablito, el poseído Basaldúa y Silvano Mansilla. El alquimista mostró el sobre y anunció.

—Hay una orgía el 24 de Junio. Pongan el culo en remojo.

Todos se quedaron en la vereda sin hacer nada. Tal vez gravitaban sobre sus testas los pies del infidente Ate pero, en tal casi, ellos no se dieron cuenta.

Capítulo 106

Consecuencias positivas de la destrucción del mundo
Fragmento del *Libro de Raziel* salvado del incendio

El fin del mundo implica, para algunos cristianos y judíos, la restauración del Paraíso. El cosmos será renovado: habrá un cielo nuevo y una tierra nueva. Habrá abundancia y felicidad. Las fieras vivirán en paz unas con otras. Las enfermedades desaparecerán para siempre; el rengo saltará como ciervo, lo oídos del sordo se abrirán y no habrá llantos ni lágrimas, ni muerte, ni pena.

Capítulo 107

La orgía del fin del mundo

Toda la casa estaba en penumbras y un vapor de efectos alucinantes salía del culo de los querubines de bronce que adornaban los rincones. La música no sonaba aún. Cada recién llegado se despojaba de sus ropas y se cubría con un hábito de franciscano sin olvidar la capucha. Algunos usaban también un antifaz. Las afroditas de Ferenzky, medio desnudas, ofrecían a los invitados unos hongos mágicos llegados de México que agudizaban la percepción hasta volver innecesaria la conjetura: todo se volvía claro y evidente.

Hombres y mujeres se paseaban serenos pero atentos, esperando la primera señal de la lujuria. Los colosos morenos de Singapur nadaban en las aguas calientes de la piscina invernal preparándose para una noche larga. Era el principio de la orgía, el preludio de la saturnalia cuya potencia podía torcer el eje de los implacables rumbos del universo.

Salzman acostó a Pablito en la buhardilla y le dijo que no saliera de allí y que durmiera tranquilo. La habitación estaba lejos de los tumultos de aquel festín. El niño no aceptó las condiciones y reclamó que al menos se le refirieran unas historias graciosas.

El ruso eligió la del pedo que chocó contra un árbol y la que todos conocen como *Los perros del Curro*.

Cuando pudo bajar, los salones ya estaban colmados. Reconoció a pesar de las máscaras a algunos vecinos de cartel. Pero la mayoría de los asistentes eran personas desconocidas. En verdad, los dueños de la fiesta eran los miembros de la más alta jerarquía de los Brujos de Chiclana, los poderosos, los que manejaban las palancas secretas de la comunidad, merced a una fuerza que —según ellos mismos creían— provenía de la ~~pura~~ magia.

Al principio, Salzman pensó que la reunión era tan aburrida como cualquier otra. Muy pronto los vapores infernales y el antiguo vino de Salerno lo pusieron en condiciones de sobrepasar cualquier escrúpulo. Navegó a merced de mareas de caricias y vientos de carcajadas. Tembló de miedo cuando vio algunos muertos entre la muchedumbre del salón: el herrero Luchesi, la señora de Nucillo, José Stalin y el bicicletero Piluso, todavía llevando en la frente la marca del balazo del Nene Canalla. En los pasillos del primer piso, Salzman se detuvo a escuchar unas voces que llegaban desde el interior de un reservado.

—¡Loca!… ¡Loca de remate!…

Estallaron unas risas femeninas muy agudas. Una voz de terciopelo empezó a cantar:

Por tu boca roja que me ha fascinado
La vida en un trago yo quiero beber…

Unos tipos que venían por el pasillo se detuvieron a escuchar.

—¡Qué bien que canta este coso, que voz que tiene!

Salzman los hizo callar.

Qué importa la muerte en un desafío
Si el sueño que ansío es tu hondo querer.
Por tu boca roja que me ha fascinado
La vida en un trago yo quiero beber.

El ruso abrió la puerta del reservado. Adentro no había nadie.

En el centro del salón principal hervía el mágico caldero de Cerridwen. Un sujeto vestido de traje ritual que lucía en el ápice de su cabeza calva un mechón fálico tomó el micrófono y se dirigió a la muchedumbre:

—¡Haz lo que quieras, esta es la única ley!

Unos músicos con los ojos vendados hicieron sonar instrumentos exóticos. Baphomet recitó:

Ven, oh ven
Con la lujuria solitaria del demonio
Hunde la espada mortificante ligadura,
Tú, devorador y gestador universal.
Dame el signo del Ojo Abierto
Y la señal del muslo espino erecto
Y el mundo de misterio y la locura.

Baphomet cambió el tono trágico de su voz por uno autoritario y burocrático. Hizo aparecer unas planillas amenazadoras y dijo:

—Para entrar en intercambios sexuales sin reprimirse o avergonzarse suelen utilizarse juegos que instalan la culpa en el azar. La actividad lúdica que nos abrirá esta noche las puertas de la impudicia es la siguiente. Presten atención… A cada uno de los presentes se lo ha calificado con una carta de la baraja francesa. Esa carta representa su exacto valor como objeto de deseo. La más alta es el as y es la que corresponde a las personas más deseables. Luego vienen el rey, la reina, el valet, el diez y así hasta llegar al dos que pertenece a los más miserables de la noche.

Esta evaluación es inapelable y ha sido realizada en estado de éxtasis por las más altas jerarquías de sabios y maestros de lo secreto. Estas voluntades superiores poseen información completa acerca de cada uno de los presentes. Conocen su peso, su talla, su edad, sus medidas, su temperamento, su

coeficiente intelectual, su energía genital, su refinamiento erótico, su coraje, su imaginación, su perversidad, su grado de insujeción…

Por otra parte, en esta canasta hay papelitos con los nombres de todos los presentes y se usará para establecer el orden de jugadores, que será el mismo que nuestro escribano vaya extrayendo los papeles de la cesta.

Y aquí viene lo bueno. A su turno cada jugador elegirá para su primera copula a la persona que le viene en gana. Ahora bien… El encuentro se producirá solamente si la persona elegida tiene una carta igual o inferior a la del elector. Si en cambio se elige a alguien con una carta mayor, el castigo es quedar fuera del juego o ser expulsado de la orgía y hasta en casos extremos la muerte por estrangulación.

Salzman se preguntó si en este juego era más importante el azar o la destreza del participante. Calculó que la canasta de papelitos no era secundaria y decidió que en ella residía en único aspecto aleatorio del asunto, salvo que ser un imbécil fuera cosa de mala fortuna. Después pensó cuál sería la mejor de las suertes posibles y casi murmuró la respuesta: ser elegido por la más bella. Oyó entonces la voz del escribano pronunciar su nombre.

Corrió hacia el escenario. Alguien señaló a la concurrencia y le ordenó:

—Elija.

El ruso comprendió, como en una revelación, que el verdadero premio estaba en conocer su número, pero también se le hizo patente que aquella jugada era imposible. Entonces buscó a la más hermosa, a una de cuyo as no pudiera dudarse. Se trataba quizá de la más hermosa de las afroditas de Ferenzky. La tomó de la mano y gritó:

—¡Esta es la carta que yo elijo!

Manuel Mandeb aplaudió desde un rincón.

—¡Bien dicho, mierda! Es preferible perder con la reina del corso antes que voltearse a la tía.

Salzman sonrió y se dirigió a la multitud.

—El señor Mandeb sabe de amores, pero yo sé algo de juegos.

El escribano pidió el nombre de la elegida, examinó la lista y anunció:

—La elección es válida, su carta es suficiente, puede culeársela.

El petiso Rebecca planteó una objeción.

—¿Y que pasa si a uno no le gusta la persona que lo elige?

El Baphomet tomó el micrófono y respondió:

—Estamos en una orgía, pelotudo de mierda, no en el Registro Civil.

El juego continuó hasta que la lentitud del escribano precipitó a todos fuera de las reglas y las uniones se establecieron de forma casual y desordenada.

Unos de los hombres de cobre tomó a una dama enmascarada y ambos copularon brutalmente justo frente a las narices del escribano. La concurrencia no tardó en perder toda compostura. Sin embargo, la música, el boato y la ritualidad prevalecían sobre cualquier tentación de risotada. Baphomet habló en tono de advertencia.

—Ay del que tome a burla la degradación y la infamia pura. La orgía es como la vida: parece casual y caótica pero el sabio alcanza a intuir su propósito o su dirección.

Jorge Allen, sin perder la agudeza de sus sentidos, buscaba entre los cuerpos que emergían de la sombra de Nadine Stéfano. Sentía que al hacerlo vulneraba los códigos orgiásticos del modo más

vulgar. El que se aniquila en la pluralidad de la degradación no traza planes, ni busca novia: se deja poseer por la diosa e ingresa a estados superiores —o inferiores— de conciencia, donde no existen proyectos ni recuerdos y sólo es posible experimentar el presente en llamas. Sin embargo, el poeta, excluido de cualquier milagro por la desgracia del amor, vagaba en la muchedumbre lujuriosa más solo que nunca, con la secreta esperanza de cruzarse con la más linda de todas y descubrir —¡oh desmesura de prodigios cúbicos!— que ella también lo estaba buscando.

De pronto todos se dieron la mano y empezaron a danzar alrededor del caldero. Unos músicos asiáticos entre los que figuraba Ives Castagnino hicieron sonar instrumentos blasfemos. El coro invisible murmuró el verso único que solían recitar los discípulos de Rasputín.

Solo pecamos para arrepentirnos,
Pecado de arrepentimiento, oh Dios.

La danza se fue haciendo más veloz y en el ápice del desenfreno el Baphomet exclamó:

—Probad vuestras carnes.

Todos se desparramaron por el suelo en una confusión desvergonzada. Allen fue arrastrado por dos brujas casi albinas pero no pudo liberarse de sus pensamientos cotidianos. En los bordes del tumulto alcanzó a ver a Manuel Mandeb corriendo tras una morena que, despojada de su túnica, saltaba de sillón en sillón.

Silvanos Mansilla, son su traje de siempre, caminaba entre los cuerpos desnudos tratando de entablar conversaciones o acercándose a las mujeres con palabras respetuosas y con frases de doble sentido. Siempre lo rechazaban, a veces del modo más directo y humillante.

En la barra, Petrone bebía ajenjo junto a Ferenzky. Frente a ellos pasó una mulata de ojos claros que, de pronto, dejó caer su túnica.

El desmemoriado la miró con asombro.

—*Mon Dieu!... Je n'aijamais vu un cul si beau…*

Ferenzky se sobresalto

—*Mon Dieu!... Je n'ai jamais vu un cul si Beau…*

—*Bien sûr! En quelle langue ovules vous que je parle*?

De pronto, el caldero se agitó con hervores luminosos. Por la puerta del fondo apareció un carro tirado por panteras y adornado con hiedra. Una cohorte de sátiros, bacantes y silenos danzaba a su alrededor con pasos de murga. En el pescante lucía su esplendor un ser hermoso, viril y borracho.

—Soy el que ha nacido dos veces. Soy el conquistador de la India, el que venció a los piratas convirtiéndolos en delfines, el que rescató a su madre del infierno, el que descubrió el secreto de la vid.

Los ayudantes del dios obligaron a todos a comer ritualmente la *amanita muscaria*, una seta moteada que crece bajo los abedules y confiere fortaleza muscular, vigor venéreo, alucinaciones y berretines proféticos. También repartían el *panaeolis papilionaceus* que crece en el estiércol y cuyo efecto, según el viejo Graves, se parece al que produce el aguardiente de mezcal.

Al rato los convidados enloquecieron. Hasta los más viejos y débiles daban saltos de murga y gritaban el nombre del dios o cualquier otro nombre con voces que más parecían rugidos.

Allen se sentía un poco avergonzado por permanecer sereno y dueño de sus actos. Temía que

alguien descubriera su lucidez y lo denunciara. Buscó a sus amigos calculando que acaso ellos también mantuvieran la cordura. Se asustó bastante cuando vio al ruso Salzman en calzoncillos bailando sobre el mostrador con una antorcha en la mano. Enseguida el terror vino a completarse al ver su propia imagen en un espejo, apenas cubierto por un taparrabos que era un racimo de uvas, los brazos en alto y los ojos inundados en lágrimas de vino.

El dios y sus ménades se esfumaron en el aire, pero enseguida otro carro, ahora arrastrado por leones, se presentó a toda velocidad. Una figura femenina con la cabeza coronada de torres y vestida de blanco castigaba a los animales con unos flagelos empedrados de rubíes. Los gritos se acallaron. La muchedumbre se apaciguó y escuchó el mensaje del a diosa.

—¡Autoflagelación! ¡Autoflagelación!

Docenas de eunucos irrumpieron en el salón y repartieron unos cilicios baratos. Los más obedientes se surtieron unos latigazos livianos.

—¡Más fuerte carajo! Es necesario expiar las culpas de nuestra voluptuosidad. ¡A sangrar y a sufrir! Lo pasivo es bueno, lo agresivo es el mal. ¡La masculinidad debe ser sacrificada! ¡Sigamos el ejemplo de mi amado Atis que cercenó su hombría y se deshizo del miembro que lo volvió perjuro!

Los eunucos aclamaron a la diosa y comenzaron a repartir unas hoces pequeñas y filosas.

—¡Castraos todos! ¡Que no quede ningún rastro de vuestra virilidad!

El hombre llamado Baphomet reapareció y espantó a todo el cortejo.

—¡Alto! Que nadie cometa un desatino. Si acaso es indispensable una castración cortaremos las partes de un macho cabrío después de hacerlo copular con algunas damas voluntarias. Esa sangre bastará para alcanzar nuestros fines. Esta noche daremos al mundo un nuevo impulso para que siga girando. El deseo es nuestra fuerza.

Del caldero surgió la figura de una adolescente. Sus contornos eran confusos y los costados de su cuerpo parecían incompletos, como si las nubes de las que parecía estar hecho no hubieran alcanzado a modelarse del todo.

—Soy Michael, el Bebé Espiritual, el hijo de Alex Sanders, el rey de los Brujos. Nací de un acto sagrado de masturbación. Mi misión esta noche es generar unos momentos de violencia a partir del insulto ritual, de la injuria como energía mágica, del improperio como fuego en el que arden nuestras pasiones más sacrílegas. ¡Insultaos, oh devotos de Horus y Pan! ¡Dejad que las palabras viles broten desde el fondo de vuestras almas rebeldes!

La muchedumbre permaneció dubitativa unos instantes hasta que se oyó la voz decidida de Marco Ferenzky.

—¡Andá a la puta que te parió!

Todos saludaron estas palabras con una ovación hecha también de ofensas infames. Enfrentándose unos a otros, los orgiastas fueron gritando cada vez más fuerte hasta llegar a un paroxismo de maldiciones. Los rugidos, la proximidad, el furor, las bocas abiertas y la referencia erótica de casi todas las frases condujeron muy pronto a la cópula indiscriminada.

El Bebé Espiritual lanzaba cada tanto sus propias fórmulas de escarnio para animar a los presentes. Un encapuchado alto vestido de rojo se acercó al micrófono y gritó:

—Objeciones acerca de la virtud materna. Mención de los atributos viriles. Degradación del participante pasivo de una relación venérea. Énfasis de la hospitalidad del culo, etcétera.

Afuera, en el barrio desierto, brillaban como nunca las estrellas. Un viento con ínfulas de

Pampero había disipado la niebla por completo. El ciego Fineo recitaba sus últimas advertencias.

—Llegó el momento… Cuando amanezca ya será tarde. O mejor dicho, ya es tarde… Siempre fue tarde. Se viene el fin del mundo, patrona. Colaboren con el ciego.

En los rincones más profundos del Satori, arrastrándose entre insultos, Jorge Allen, con un miedo más fuerte que las drogas, los hongos y los vinos, se aferraba a las maderas flotantes de su conciencia para no caer del todo en el abismo aniquilador del goce plural.

Pero tal vez esa aparente resistencia de su razón era también alucinada. Quizás eran los vapores de los brujos los que le hacían pensar que estaba en peligro y que sólo una cadena impecable de silogismos podría mantenerlo a salvo.

Ya casi todos estaban desnudos o peor aún, semidesnudos. Sin embargo, la mayoría de los presentes conservaban sus máscaras o antifaces. Allen buscaba a Nadine mirando los cuerpos, sabiendo que el discurso de sus formas iba a revelarla sin lugar a dudas. La música sonó con estridencia y acalló las voces de los injuriantes. El poeta sintió la llegada de un nuevo temor: se le hizo evidente que Nadine estaba en peligro y que su búsqueda no era impulsada por el mero deseo de estar con ella sino más bien para salvarla en cuerpo y alma.

En medio de una ronda encontró la mano de Ferenzky. Con ojos enloquecidos empezó a interrogarlo.

—Por favor, Ferenzky, dígame qué está pasando aquí.

—Ya lo ve… Un puterío.

—No es verdad. ¿Usted hizo la lista de invitados?

—No recuerdo. Tal vez fueron los Brujos de Chiclana.

—Estoy buscando a una chica y quiero saber si está aquí. Ya le hablé de ella… Nadine Stéfano.

El viejo Ferenzky dio tres pasos de vals en brazos de uno de los hombres de cobre de Singapur.

—No puedo saberlo. Hay muchos colados. ¿Qué le hace pensar que ella fue invitada?

—No lo sé. Tengo miedo, Ferenzky.

—Entonces no confíe en mí. En la orgía me olvido de quién soy y de quienes son mis amigos. Disfrute, disfrute de su carne y déjeme de joder.

A instancias de Baphomet hubo un largo rato de coitos entreverados. Allen sintió celos y buscó entre las parejas para ver si Nadine estaba con otro hombre. Una circasiana ardiente lo arrastró al piso y lo obligó a saciarla. Entre beso y beso vio pasar a Mansilla que le guiñó el ojo y le gritó:

—¡Adentro que llueve!

A esa misma hora, en el caserón de la calle Cachimayo, Nadine Stéfano terminaba de arreglarse frente al espejo. Madame la había convencido de que la acompañara a una reunión de sus amistades. Ella había aceptado, un poco para sacársela de encima y otro poco al enterarse de que la fiesta tenía un propósito orgiástico. Le costaba, sin embargo, imaginar a una mujer como Madame, rodeada de personas de su edad, saltando en los vaivenes de la cópula colectiva.

Tomaron un taxi y durante todo el camino la señora abrumó a Nadine con indicaciones y consejos sobre la forma más conveniente de comportarse en la inminente saturnalia. Prometió también presentarle a algunos de sus familiares. La muchacha tuvo miedo de estar cayendo en alguna clase de trampa. Pero no dijo nada y dejó que Madame la condujera. Gracias a la falta de niebla, bajaron del taxi en la puerta misma del Satori.

—Es aquí —dijo la vieja—, parece que ya empezó la joda.

Cuando Nadine y Madame pasaron al salón, una mujer deslumbrante daba instrucciones a la concurrencia parada junto al caldero de Cerridwen.

—Presten atención… Miren mi cuerpo: es hermoso y firme. Sin embargo, ha nacido hace más de mil años. El secreto está en este caldero que no sólo confiere la inspiración poética sino también el poder de restituir la juventud y la fortaleza. Ahora, que ya hemos recorrido los primeros pasos de este encuentro, los invito a todos a mojar sus manos en el líquido hirviente de esta olla mágica para recobrar al instante nuestra energía erótica.

Enseguida todos corrieron al borde del caldero y se mojaron un poco.

—Cuidado que está como para pelar chanchos… Bien, esto lo haremos varias veces en la noche. Después de cada mojada, demostraremos la eficacia del guiso estimulante con una estampida sexual en la que unos perseguirán a otros por todos los salones, mientras suenan trompetas y sirenas. Esta carrera terminará, como es razonable, con un violentísimo choque de Venus. Todo habrá de hacerse con rapidez y con furia. ¿Están listos? ¡A la voz de aura: Aura!

Sonó una música daban gritos de furor y de lascivia. Los asistentes activos se convirtieron en persecutores y los pasivos se dejaron perseguir, aunque había zonas de indecisión. Madame y Nadine no habían terminado de abandonar el guardarropa cuando ya tuvieron que galopar por los pasillos huyendo de un grupo de señores maduros completamente desnudos.

—¡No me dan tiempo para calentarme, carajo! —gritó Madame mientras subía escalones de cuatro en cuatro.

Fueron unos breves minutos de lujuria animal. Por todas partes se oían gritos, maldiciones y ruidos indecentes.

El ruso Salzman le hizo una zancadilla a una rubia pero cuando se arrojó sobre ella percibió que no le gustaba tanto. Trató entonces de renunciar al abrazo. La mujer se lo impidió con una toma perfecta y luego lo sometió a todos sus caprichos, o mejor dicho a algunos de ellos.

Un golpe de gong indicó la finalización de la estampida. Poco a poco todos fueron recobrando cierta compostura. Madame encontró a Nadine escondida detrás de unas cortinas.

—No te asustes, niña. Aspira los vapores que las estatuas expelen por el ojete y tus temores desaparecerán. Aprende de esta anciana. No hace cinco minutos que he llegado y ya me la dieron caldosa.

Dos mujeres mayores se acercaron corriendo. Madame saludó e hizo las presentaciones.

—Esta muchacha tan hermosa es Nadine Stéfano… Ellas son mis hermanas: Mirtha y Mabel Bevilacqua.

Nadine sonrió en silencio. En el escenario, el Baphomet habló otra vez.

—Soy la Bestia, señores. Soy el que ordenó el sacrificio de la hermana Sibilina en Cefalú. Soy el que bebió la sangre del gato que vino a reemplazarla en el cáliz de la abominación. Soy el hombre más malo del mundo. Exhibo mis títulos para presentar sin reclamos a nuestro jefe. El señor Francoise Boileau.

Hubo una moderada ovación. Las hermanas gritaron de espanto.

—¡Es papá!…

En el otro extremo del salón, Marco Ferenzky observó con asombro al hombre de aspecto insignificante que se iba acercando al escenario.

—¡El diablo! ¡Ese hombre es el diablo!

Manuel Mandeb tomó del brazo al alquimista y le pidió explicaciones mientras se persignaba.

—¿Qué pasa? ¡Vade retro, hijo de mil putas!

—No se alarme. Es inofensivo. Yo lo conocí hace mucho tiempo.

—Tiene sentido —dijo Mandeb—, se llama Boileau y los familiares del diablo siempre tienen apellidos que aluden al agua: Waters, Wasserman, Bevilacqua.

El diablo tomó el micrófono y después de acoples y carrasperas habló con voz más bien aguda.

—Bueno… Simplemente quiero saludar a todos y que se diviertan… Esteeee. Recuerden que esta noche tenemos que encontrar a la prostituta cósmica que será violada ceremonialmente para salvar al mundo. Y ahora… ¡Hagan lo que quieran! Nada más.

Todos aplaudieron y pudo sentirse un frío súbito que duró algunos segundos.

—El frío del diablo —murmuró Ferenzky.

Apareció la orquesta de Ives Castagnino y muchas parejas bailaron con gran entusiasmo. La mayoría de los danzarines estaban desnudos. Silvano Mansilla, de traje y moñito, daba pasos de bolero con una brasileña sin calzones.

—Algunos ritmos no son para bailar en cuero, qué quiere que le diga. Si uno tiene que moverse mucho puede llegar a perjudicarse para siempre. En fin… Qué se le va a hacer.

Sintió que una mano en el hombro le solicitaba un cambio de pareja. Al darse vuelta vio al payaso Nicoleta, desnudo, enarbolando su masculinidad.

—Después te enseñaré un baile nuevo.

Los enanos de circo se colgaron de sus pantalones.

—Mostranos el culo, Mansilla.

Por suerte se fueron enseguida. Era un instante flojo de la fiesta. Una señora rubia entró al Satori y se dirigió al mostrador. Allí permaneció un rato observando. Alguien le ofreció una bebida dulce y fuerte. Ella manifestó su desagrado en voz alta justo cuando Jorge Allen pasaba a su lado:

—Si no fuera por la gente desnuda, nadie diría que esto es una orgía.

—Sucede siempre cuando uno llega tarde. Aspire el vapor que sale de las estatuas o cómase un hongo… O venga conmigo a dar un paseo por los salones.

Allen la tomó del brazo y ambos caminaron entre los cuerpos que en aquel momento perpetraban sus aberraciones con lentitud y mansedumbre. Al rato la dama se acercó a una pared, sacó tiza azul de su cartera y escribió: *LUJURIA*.

Allen la besó en la boca. Ambos se acariciaron con sabiduría pero de pronto el poeta contuvo sus avances para hacer una declaración.

—Discúlpeme señora. Es usted muy hermosa pero yo soy el hombre menos apropiado de la noche. No he venido aquí en busca de placeres colectivos, sino a buscar la mujer que amo. Algo me dice que ella está aquí.

—No se disculpe. Yo también vine en busca del hombre de mi vida… De todos modos, usted me ha gustado. Si la ocasión fuera más propicia seguiría adelante con mucho gusto.

—Otra vez será. Ojalá tenga suerte.

Volvieron a besarse y se separaron. En ese mismo instante la orquesta hizo sonar parte de la obertura del Fausto de Gounod. Enseguida, el viejo Ferenzky apareció en el escenario y anunció que, como alquimista, estaba orgulloso de presentar una de sus creaciones más divertidas. Sacó del bolsillo un frasco de vidrio dentro del cual se movía una especie de llama que por momentos alcanzaba la

forma de un ser humano pequeñísimo.

—Les presento a Homúnculo, una conciencia de fuego, una mente no encarnada del todo. Él me ha pedido que lo trajera esta noche aquí porque está enamorado y presiente que su amada ha de acercarse a esta humilde reunión. Quiero decirles que no he tenido necesidad de hallar la piedra filosofal para crearlo. Me limité a seguir la receta clásica: una bolsa de carbón, un poco de mercurio y fragmentos de piel y de pelo humano. Después enterré estos elementos durante cuarenta días y listo el pollo.

Homúnculo se asomó por el borde del frasco y dejó oír una voz de vicetiple.

—Otros alquimistas utilizan la mandrágora. Como ustedes saben esta planta crece allí donde los ahorcados eyaculan su semen durante las últimas convulsiones antes de morir. Luego basta con tomar la raíz (de cuya forma no hablaremos) y alimentarla durante un cierto tiempo con leche, miel o sangre. Les contaré una historia graciosa, amigas y amigos… Los primeros microscopios tenían una resolución muy escasa. Cuando los científicos examinaron la simiente humana, les pareció que cada espermatozoide era un hombre completo en miniatura. Enseguida prosperó la teoría que afirmaba que el esperma era un hombre pequeño que se colocaba dentro de una mujer para que creciera hasta convertirse en un niño. Más tarde alguien afirmó con astucia que si el semen se componía de homúnculos idénticos a los adultos salvo en el tamaño, entonces el homúnculo debía tener su propio esperma, y ese esperma otros homúnculos más pequeños y así *ad ínfinitum*.

Francois Boileau tomó la palabra para hacer notar que él mismo había aportado la energía infernal que era indispensable para darle vida a una llama. Homúnculo se sorprendió al verlo.

—¡Mefisto! ¿Usted aquí? Entre tanto paganismo no creo que se encuentre a gusto.

—No… No me gustan las esfinges, los grifos y toda esta desnudez.

La orquesta volvió a sonar y hubo algo parecido a una orgía musical: las notas uniéndose son reglas y con intervalos incestuosos, los timbres haciendo vibrar las partes venéreas mucho más que las regiones del oído, los cantantes interrumpiendo sus arias para demorarse en piruetas obscenas, los músicos utilizando sus instrumentos como juguetes de lupanar. En medio del caos apareció Galatea, la doncella blanca de los mares en calma, la criatura que Homúnculo ama sin esperanza. Ella ha llegado de la mano de su amante, el hermoso Acis. Galatea empieza a cantar canciones del viejo repertorio, de cuando las sirenas todavía eran pájaros. Las verdaderas sirenas, que son muy parecidas a putas de provincia, tratan de hacer un coro pero fracasan vergonzosamente. Apenas si saben cantar y sus melodías dejan indiferentes a los pocos merineros que asisten a la reunión del Satori.

Después, una de las estatuas del salón cobró vida y se movió con lentitud de monumento pero indicando sin lugar a dudas su exigencia de invasiones indecorosas.

El ruso Salzman, alarmado, percibió que las facultades de su mente lo estaban abandonando. Trató de recitar la lista de números primos y no consiguió pasar del 7.

La pareció que unos cupidos armados con flechas no metafóricas, con puntas del más literal acero Solingen, ensartaban sin piedad a quienes se les ponían adelante. El ruso escondió debajo de una mesa. Desde allí pudo ver cómo Homúnculo, loco de amor y de celos, salía de su frasco y se precipitaba entre las tetas de la segunda y recién nacida Galatea para morir aplastado en un suicidio onanístico.

Como tantas otras veces, Salzman se sintió abandonado por él mismo. La dotación oficial de su persona se ocupaba indiferente de asuntos visibles para todos, mientras el ruso Verdadero, que acaso

no tenía más de diez años, quedaba solo en las mazmorras de su ser temblando de frío y de miedo. Por fin soltó el ancla y dejó que las alucinaciones lo pasearan por el cielo raso del Satori y le mostraran sus fantasmas desvergonzadamente.

En su vuelo le pareció que el cabaret era el infierno y que los cuerpos se retorcían como en un nido de serpientes no eran otra cosa que una multitud de condenados por pecados de concupiscencia. Los muertos de amor, víctimas de las flechas de los cupidos plurales, se arrodillaron para escuchar la misma voz de terciopelo que el ruso había oído en los reservados del primer piso.

Desdeñé mi vida entera
En la hoguera de tu amor
Esperando lo que fuera
Sin decirte ni siquiera
De mi pena y mi dolor.

Sin embargo, ante el eterno
Será el mismo mi desdén
Y en mi amor profundo y tierno
Por seguirte hasta el infierno
Yo despreciaré el edén.

Salzman resistió la tentación de pedirle «Mano a mano» o «Una lágrima» y voló a esconderse entre los caireles de una araña de cristal robada muchos años atrás en la intendencia de La Plata.

Es que las Lamias estaban recorriendo los salones y atrapando a las personas más jóvenes para sorberles la sangre.

El ruso vio correr a Boileau fastidiado por aquellos monstruos tortuosos. Voló sobre su cabeza y lo siguió hasta que llegó junto a sus hijas, que estaban con Nadine Stéfano.

—¿Quién es esta joven? —preguntó el jefe.

—Se llama Nadine.

—Bueno, ella será la prostituta sacrificial, la hembra que será violada del modo más solemne para demostrar que sólo el pecado salvará al mundo. Ella recibirá la simiente de nuestros siervos más viriles y luego engendrará un hijo… En fin, no recuerdo muy bien cuál era la idea. Encárguense ustedes.

Nadine quiso huir, pero las viejas la detuvieron y la encerraron en un armario. Mientras lo hacían la muchacha pudo ver cómo se transformaban en las horribles Forquíadas, es decir, las Grayas, aquellas tres ancianas repulsivas que encontró Perseo y que sólo tenían un diente y un ojo para compartir entre las tres. Boileau las miró y se estremeció.

Comprendió que en realidad no eran sus hijas sino sus hermanas engendradas por él por la Noche y el Caos.

Sonaron las sirenas y hubo una nueva estampida de amor violento previa remojada en el caldero de Cerridwen. Cuando la cabalgata llegaba al grado de galope tendido, entró en el Satori el cardenal Moreau, que enseguida disimuló las dignidades de su ropa publicaba bajo una túnica que recogió del suelo. Rechazó el abrazo lúbrico de las trillizas Garcerón y, estupefacto ante los pecados infames que

veía, se arrodilló detrás de unas cortinas para rezar unos cuantos padrenuestros.

Ya había completado cinco rosarios cuando los Destructores, armados con palos y horquillas, se presentaron en el salón con todo el furor de su odio.

—¡Destrucción, destrucción!

—¡Un nido de hetairas y mansfloras!

—¡Escarmiento, escarmiento!

Los forajidos calvos rompieron algunos vidrios y castigaron con ferocidad a quienes parecían más débiles. Al ver a Manuel Mandeb, uno de los intrusos gritó con voz de vigía:

—¡Un pobre! ¡Un pobre!… ¡Démosle su merecido!

—Creo que se trata del mismo de siempre. ¡Esta vez no escaparás!

Mandeb huyó a toda velocidad y consiguió esconderse en el interior de una enorme vasija que había pertenecido a los aceiteros de Damasco.

La pandilla encendió unas antorchas e hizo una pequeña gira incendiaria de la cual resultaron principales damnificados un telón de brocato, una *chaise longue* confiscada a la Mata Hari y una pareja de amantes que fueron rociados previamente con caña y que tuvieron que apagarse por dentro y por fuera en la pileta del fondo.

Muy pronto los orgiastas más pesados los cagaron a trompadas. Antes de ser expulsados, los Destructores recibieron grandes amonestaciones y tuvieron que pedir disculpas cuando el directorio en pleno del Chase Maniatan Bank se presentó ante ellos en pelotas.

—Se supone que ustedes defienden nuestros intereses.

—¡Váyanse! Ya saben lo que les ocurre a quienes no ven el culo.

Los hombres calvos se excusaron con la mayor formalidad y se marcharon.

Mandeb salió de su escondite y aprovechó el incidente para ingresar a los pasillos más privados en busca del despacho de Ferenzky. Después de tantear dos o tres puertas entró sin dificultad a la oficina y empezó a revisar los cajones. Aparecieron ante su vista objetos antiguos y maravillosos. Cajas de música de Bizancio, muñequitos parlantes de la China, astrolabios portugueses, enormes armónicas de acompañamiento, una linterna mágica y dinero, mucho dinero, miles y miles de billetes de cincuenta dólares atestando todos los armarios.

Vio también monitores que mostraban lo que estaba ocurriendo en cada rincón del Satori.

Algunos cajones estaban cerrados con llave. También se veían dos cajas fuertes de gran tamaño. Manuel calculó que el *Libro de Raziel* no estaba a su alcance. Buscó en su túnica un bolsillo para guardar una brújula holandesa de 1820 y se encaminó a la puerta.

Tuvo que volver sobre sus pasos porque alguien se acercaba. Era Ferenzky. Mandeb pudo esconderse en un bargueño acomodándose entre fajos de dólares. Enseguida se piso a espiar a través de los adornos enrejados en la puerta. Ferenzky oprimió un botón secreto y un estante de biblioteca giró en redondo. Apareció una nueva caja de seguridad que el alquimista abrió después de marcar una clave. Sacó del interior una valija negra y de la valija unos carretones de papeles y pergaminos. Los puso sobre el escritorio, buscó un rato entre los folios y luego empezó a escribir en los márgenes con una pluma Eterbrook gris. El alto respaldo de la silla de Ferenzky obstruía por momentos la visión de Mandeb. En el salón un acordeonista empezó a tocar antiguas canciones. Justo al terminar «Parlez moi d'amour», el viejo Ferenzky se tiró un pedo formidable. Mandeb hizo fuerza para contener la risa. Sintió que los músculos de su estómago se desgarraban y que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Una mujer rubia vestida con sus ropas de calle entró en la habitación. Ferenzky ocultó lo que estaba escribiendo y recién entró en la habitación. Ferenzky ocultó lo que estaba escribiendo y recién entonces pareció reconocer a la visitante.

Ella, sin hacer gestos de saludo, le habló en francés.

—Te hacía muerto. El barco voló en mil pedazos.

—Morí y volví a nacer… Murió Artola… Nació Ferenzky. ¿Por qué me mataste? Yo te quise bien.

En el monitor el acordeonista arrancó con un vals.

—Asesinaste a mi papá, te acostabas con mi madre, abusaste de mí y violaste a mi marido.

—Tu padre era un imbécil, pero yo quise mucho a todos ustedes. Los protegí, los cuidé.

—¿Dónde está el *Libro*, Marcel?

—El *Libro* no es nada. Una reliquia falsa que se disputan los falsos magos.

—Era de mi padre y yo creo que lo tienes tú.

—Si, lo tengo yo, Kristine… Te lo hubiera dado, pero tuve miedo de ponerte en peligro. Muchos creen que el *Libro* da poder… Por eso es peligroso para quien lo tiene.

Kristine sonrió y miró al monitor. Una cerrazón, que más parecía una nube derrumbada, lo ocultaba todo. El acordeón se oía despejado y brillante con un nuevo vals.

—Siempre interrumpo tus orgías.

—¿Cómo llegaste hasta aquí?

—Buscando a Román y a mi hija. ¿La has visto? Es la mujer más bella del mundo. Lo digo del modo más literal. Además produce hechos extraños. Cosa de los brujos.

—O del demonio. Yo vendí mi alma para que ella fuera hermosa…

El viejo empezó una risa que se hizo suspiro y luego tos.

—El diablo es un viejo que se hace pagar copetines en la rue de la Contrascarpe… Hoy volví a verlo después de muchos años. Sigue siendo un imbécil… Cuéntame más de tu hija.

—Se llama Nadine. Los hombres se matan por ella.

—Algo así me habían dicho… ¿Es feliz?

—No lo sé. No habla nunca. Pero es maravillosa… Las luces se encienden a su paso… Es tu hija, Marcel.

—No puede ser.

—Los cálculos son irrefutables. Fue concebida aquella noche en el *Cotê d'Ivore* cuando me drogaste o me emborrachaste.

—O cuando te seduje… O me sedujiste… ¿Quién sabe? Abre ese baúl, Kristine. Está lleno de billetes de cincuenta dólares. Toma lo que quieras.

—Ya tenemos fortuna, Artola. En verdad vengo a matarte otra vez. Estamos en deuda con el Círculo del Trébol. Mi padre prometió matarte y nosotros heredamos la obligación.

Se oyó una canción y una voz sufrida canturreó sin apuro.

Oh, je voudrais tant que tu te souviennes
des tours heureux oú nous étions amis…

—El Círculo ya no existe —gritó Ferenzky—. Falta poco para el fin del mundo y todos los

nudos se desatan. No hay contratos ni vínculos.

—Entonces te mataré por puro gusto… ¿Has visto a Román?

—Estás aquí. Llegó por casualidad. Perdió la memoria. Yo le di alojamiento y amistad. Pero no le dije quién era para no tener que matarlo.

—Lo que le hiciste no tiene perdón.

—¿Le contaste que soy el padre de Nadine?

—No. Nadie lo sabe. Ella tampoco.

—Ese muchacho no volverá a ser el mismo, Kristine. Lo molieron a golpes y su mente no está del todo bien.

Kristine tomó un lápiz labial y escribió en la pared algo que Mandeb no pudo leer completamente. Lo estorbaban toda clase de obstáculos. Con esfuerzo logró ver que eran dos palabras, aunque no consiguió registrar todas las letras: *TU .IJA*.

La dama extrajo un revólver de la cartera. Mandeb se dispuso a intervenir, pero cuando apenas había sacado un pie del armario se abrió la puerta y entró Petrone, el desmemoriado, con rigurosa túnica, también empuñando un arma. Mandeb volvió a encerrarse. Ferenzky no perdió la calma y empezó a hablar en castellano.

—¿Qué le pasa, Petrone? ¿Está loco o comió mierda?

Kristine, sin soltar el revólver, abrazó a su marido.

—Román, amor mío. Soy yo… Kristine.

—Ya lo sé, mi vida, ya lo sé.

—Este hombre dice que perdiste la memoria.

—La recuperé hace varios días pero seguí fingiendo. ¿Qué estás haciendo aquí? Te dije que no me buscaras.

—No teníamos noticias de ti. Primero vino Nadine y ahora yo.

—¿Nadine? ¿Dónde está esa chica?

—No lo sé. Pero me han dicho que la vieron por aquí. Me temo que está en la orgía.

—Todo esto es culpa suya, Artola. Usted traicionó mi amistad, me humilló del modo más obsceno.

Ferenzky extendió el brazo para enfatizar una objeción.

—Tuvimos sexo, Román. Yo te aprecio.

El acordeonista tocaba notas sueltas que no significaban nada. Desde el bargueño, Mandeb espiaba aterrorizado. En uno de los monitores se veía la imagen borrosa del caldero mágico. En otro, el Baphomet ordenó el comienzo de una nueva estampida rejuvenecedora. Sonaron pitos, matracas, sirenas y trompetas.

—Ahora vas a morir de verdad, hijo de puta —dijo Román.

La puerta se abrió violentamente y aparecieron siete señoras del barrio de Recoleta perseguidas por los gigantes de Singapur. Uno de ellos se abalanzó sobre Kristine, le quitó la pistola y se la llevó a la rastra por un pasillo. Dos de las señoras pudientes resolvieron ultrajar a Román.

—¡Qué hombre tan hermoso! ¡Tiene una pistola!

Hubo un forcejeo, ya que uno de los gigantes de cobre también se sintió fascinado por la legendaria postura de monsieur Stéfano.

En ese momento, Mandeb salió de su escondite. Ferenzky, con oportunas patadas, terminó de

desalojar su despacho justo cuando la música callaba indicando el fin de la cabalgata.

—Disculpe —dijo Mandeb—. Me gustaría ofrecerle una explicación de mi presencia en su armario, pero estoy tan confundido por los vapores afrodisíacos que no se me ocurre ninguna. Sepa que escuché todo. Lo felicito por su hija. Nadine Stéfano es una muchacha muy hermosa.

—En verdad yo quería hablar con usted. La noche se ha puesto peligrosa.

—¿Como para que llegue el fin del mundo?

—Todos los días termina el mundo. El universo es un festival de extinciones. Mi temor no está relacionado con las payasadas que los brujos han organizado en mi casa. Mi vida corre peligro, Mandeb, por eso quiero pedirle un favor. ¿Oyó hablar alguna vez del *Libro de Raziel*?

—El tesoro de los mil sabios, claro que sí. Tal vez fue usted mismo el que me contó que los brujos de Chiclana andan detrás de este libro.

—Lo tengo yo.

—Supongo que se tratará de una metáfora. Cada vez que alguien está a punto de mostrarme un milagro me desengaña al minuto siguiente con alguna mísera poética. El infierno está dentro de uno, la piedra filosofal es el alma del alquimista, la vida eterna son los hijos y todo es así.

—Tiene razón, pero en este caso el *Libro* es un libro. Mírelo, es ese que está allí sobre el escritorio. Por lo demás, es la razón de su presencia en este despacho. Confiéselo, Mandeb: usted me andaba revisando los cajones para ver si encontraba una alegoría.

Mandeb empezó a examinar los ilustres folios con manos torpes.

—El *Libro* revela unos pocos secretos y tal vez es cierto que da poder. No por un atributo propio sino más bien por la superstición ajena. Por cierto, vale una fortuna. Si me llega a ocurrir algo esta noche… Quiero decir, si me matan, no si me cago encima… Bueno, en ese caso, es mi deseo que usted se quede con el libro. Y más aún: que lo continúe. Yo he escrito algunas reflexiones en los márgenes y en páginas nuevas. Acaso también taché. Usted debe anotar lo suyo.

—¿Qué podría escribir?

—Escriba todo lo que suceda esta noche. Y algunas cosas que voy a contarle ahora. ¿Sabe una cosa? Yo no soy el que todos creen. En verdad soy un criminal. Siéntese y escuche.

La facultad de volar, cuya reciente adquisición había entusiasmado bastante al ruso Salzman, empezaba a perder el encanto de la novedad. Se sentó en un sillón y disfrutó con secreta vanidad de la austera compadrada del dandy que, pudiendo ejercer un privilegio, se abstiene de hacerlo. Alguien posee un secreto y no lo revela, o títulos de nobleza que no muestra jamás, o tiene el poder de volar y se acuesta en el piso.

Cuando calculó que el horror de lucirse quedaba suficientemente demostrado ante su propia consideración, se alzó con elegancia hasta la claraboya más encumbrada y meó con desprecio.

La voz del Baphomet, demasiado amplificada, hizo temblar los parlantes.

—Silencio, mierda. Ahora iremos hasta el fondo de nuestra ignominia. Causaremos dolor. Violaremos y mataremos para que el universo cumpla sus fines.

Se oyó un acople del micrófono y Salzman cayó a tierra, humillado porque el derrumbe sobrevino en el instante más dramático de su meada.

Boileau ocupó el estrado de los oradores. Los vapores mefíticos se hicieron más densos y el caldero empezó a largar chispas como tormentas solares. Unos ayudantes instalaron una cama que cumplía con todos los tópicos de la estética prostibularia.

—A continuación se procederá a interrumpir el fin del mundo. Gracias.

Volvió a sonar la obertura del Fausto, contaminada con las más soeces usurpaciones.

Un fantasma se deslizó sobre la escena. Poco a poco fue encarnándose hasta convertirse en la mujer más hermosa que existió jamás.

—¡Helena! ¡Es Helena de Troya!

Baphomet se prosternó ante ella.

—Es Helena, la hija del cisne y la venganza, la hermana de los Dióscuros. Es la misma que fue raptada por Teseo y Piritoo cuando todavía era una niña. Fue la mujer de Menelao y fue también una nube que se acostó fingiendo ser humana en el lecho de París en Troya. Es Helena, la que detuvo la espada mostrando el seno, la que encegueció a sus calumniadores, la que sabía imitar las voces de todas las mujeres aqueas, la que hacía caer las piedras fatales de la mano de sus verdugos. ¡Oh dulce Helena!… Ven entrégate a nuestros faunos como te entregaste a Aquiles y a tu cuñado Deifobo. Ven, dulce Helena, a hacernos inmortales con un beso.

Jorge Allen vio que Helena de Troya no era otra que Nadine Stéfano, más bella que las tres diosas del juicio de París, más peligrosa que su hermana Clitemnestra, más lejana que el espectro que Zeus envió a Egipto para engañar al rey Proteo.

Ella marchaba con lentitud. En sus ojos luminosos se adivinaba la pasividad maligna de las drogas mágicas. Las Grayas, Mirtha, Marta y Mabel Boileau, la desnudaron y la ungieron con aceites de Ophir, al tiempo que la orquesta se arrojó por unas escalas de flautas trepadoras.

El Baphomet volvió a recitar.

—Ahora Helena probará las virilidades de los sátiros insaciables que han llegado desde la procesión de los Lupercos. Después de la humillación sexual pondremos en tus manos la daga de tu madre para que tú misma te des muerte como ya lo hiciste en Rodas, cuando tus criadas, disfrazadas de Erinias, te arrastraron al suicidio.

Unos jóvenes peludos vestidos con breves taparrabos de piel de cabra se acercaron a la muchacha y empezaron a acariciarla del modo grosero y procaz que es propio de las tradiciones fáunicas.

Jorge Allen vio que muchos de los asistentes tenían en sus manos copias de la llave que Mefistófeles le dio a Fausto. Estas llaves crecían en sus manos, se inflamaban y emitían torrentes de chispas. El poeta, desesperado, protestó a los gritos.

—¡Ella no es Helena! ¡Es Nadine Stéfano, una muchacha de París! Deténgase.

Un personaje inesperado rugió en un idioma desconocido y produjo unos sonidos que parecían corroborar las afirmaciones del poeta. Luego empujó a los faunos y se acercó a Nadine exigiendo ser reconocido. Los hombres de cobre de Singapur lo echaron a patadas.

El pianista de la orquesta, que no era otro que Ives Castagnino, dejó el instrumento y habló al oído de Allen:

—Hagamos algo… Se la van coger.

Los dos amigos tomaron unas sillas y atacaron a los faunos. El ruso Salzman y Mansilla trataron de ayudar. Pelearon como leones, pero fueron vencidos. Cuando los sátiros se aprestaban a volver sobre el cuerpo reluciente de Helena, unos tiros al aire los pararon en seco.

—Terminó la vuelta, prontito la salida…

El viejo Totó, acompañado por algunos de sus antiguos pistoleros, puso en fuga a todos los espantajos, incluido el mismo Boileau. Un fauno pertinaz ensayó una última pirueta de domador

sobre Nadine. Totó lo desmayó de un culatazo.

—*Excuzes moi, monsieur, et s'il vous plaît, gardez votre arme.*

Jorge Allen mojó a Nadine con el jugo del caldero. La muchacha sonrió. Él la besó en los labios y le dijo que la amaba. Ella no pudo oírlo. Castagnino fue hasta el piano y comenzó a tocar aquella melodía del palacio Bender.

Horacio Ferrer apareció debajo de una enorme gorra y recitó sobre la melodía:

[...] Y todos contra Dios Altísimo, Omnipotente
Que al final de los tiempos nos aguarda
Para la definitiva aurora incandescente.

Al terminar el vals los demonios regresaron con sus antiguas armas de la guerra mágica: talismanes inversos portadores del mal de ojo, filtros y gualichos que condenan a metejones perdedores, venenos lentos o urgentes y las varitas de mago que matan con su brillo. Pero Nadine pudo escapar. Ferrer le prestó su túnica y su gorra y la guió a través de un laberinto de cuerpos inflamados.

Totó y sus amigos vieron la conveniencia de empezar una pelea general para que la confusión ayudara a Nadine en su fuga. Hubo unos cuantos sillazos pero enseguida la lucha se mezcló con lujuria. Personas que combatían entre sí, pasaban, de un momento para el otro, a copular. Y quienes copulaban, del mismo modo súbito se trenzaban a golpes.

Allen, mormoso por los golpes y la droga, interrumpió su registro perceptivo y jamás pudo saber lo que le ocurrió en los minutos siguientes.

Ajenos a lo que sucedía en los salones, Ferenzky y Mandeb seguían su conversación en la oficina del primer piso. El alquimista trataba de contar la historia de su vida pero, a cada momento, se desmentía a sí mismo y refería versiones nuevas que contradecían las anteriores.

Mandeb le hizo notar este detalle y el anciano se molestó un poco.

—Le estoy legando el libro y le estoy encargando su continuidad porque he pensado que usted era la única persona que podía comprender que la exactitud histórica es un escrúpulo vano. Tal vez me maten hoy de un tiro. ¿Qué importa si me llamo Ferenzky o Artola, o Benito Cámelas? Todo da lo mismo. Las estrellas son indiferentes y eso debería enseñarnos algo. Los horarios, los nombres de las montañas, la temperatura de la superficie del sol, la edad de la reina de Inglaterra son cuestiones secundarias en la novela de la vida. ¿A quién le puede interesar lo que comen los personajes de Balzac? ¿Guiso de conejo? Por qué no sopa y días esperando la resolución de un conflicto binario. La moneda está en el aire y la cara o la cruz no cambian ningún discurso. ¿Usted me preguntará, y entonces qué quiere que escriba? Escriba lo que hay detrás, lo que siempre es verdad, el sostén poético. Bajo la insípida sucesión de hechos de un relato hay una conexión de almas: el que cuenta y el que oye, el que escribe y el que lee pueden encontrarse allí donde hay un juicio sobre la condición humana. Lo demás es hojarasca. Ni siquiera estoy seguro, como ya le debo haber dicho, de que existan los hechos como tales. Tal vez sólo existe el subrayado del narrador. Así que, si es por mí, escriba lo que le dé la gana. Remítase a lo que le dicta el culo, porque no tenemos otro cielo ni otro infierno. Los brujos, como usted ya sospechará, son un fraude. Se acercan a los poderosos y les hacen creer que lo son tan sólo por la virtud de de esa cercanía. Yo entré al Coven de los Brujos de Chiclana para sembrar la mala hierba de la duda. No me fue bien. Un brujo es siempre irrefutable,

pero esto recién lo comprendo ahora.

—En otros tiempos existió en este barrio una comparsa racionalista que se empeñaba en demostrar, con enorme despliegue de instrumentos probatorios, que los fantasmas no existen. Les llamábamos los Refutadores de Leyendas. Entonces yo los detestaba porque estaba esperando milagros. Ahora los detesto porque ni siquiera creo en la ciencia.

—Sin embargo —dijo Ferenzky—, uno debe estar preparado para todo, incluso para un milagro. No se sorprenda si esta noche termina el mundo. Contémplelo como una posibilidad. Por las dudas apague las luces.

Abajo, en la recalentada piscina de invierno, tenía lugar un pequeño espectáculo de pornografía acuática: los mozos se arrojaban desde trampolines y caían sobre unas bañistas desnudas que hacían la plancha formando figuras geométricas hasta que eran ensartadas por las virilidades voladoras. Repitieron el esquema dos o tres veces con ligeras variantes, la más notable de las cuales consistía en invertir los roles, de suerte que fueran los quienes esperaran en la pileta la llegada de las entrañas voraces de las clavadistas.

Un rato después hubo un episodio desagradable justo frente al mostrador principal. Un hombre encapuchado amenazó con un arma al escribano Pedralba, uno de los adeptos más fieles y generosos del Coven de Chiclana.

El delincuente lo despojó de todo su dinero y luego, viendo que el escribano todavía no se había quitado las ropas, lo obligó a desnudarse. El ruso Salzman lo reconoció enseguida.

—¡Es la Máscara! ¡A él! ¡Hace años que nos tiene aterrorizados!

Los hombres de cobre de Singapur cayeron sobre el delincuente y lo redujeron sin esfuerzo. No obstante, cuando se disponían a levantar la capucha, el hombre se colgó de una soga y se refugió en lo más alto del salón, cabalgando sobre una gárgola luminosa, imitación japonesa de las de Notre Dame de París.

—*Salgo airoso de la tempestad de Espadas*
Elevándome por la casa de los pájaros.
La pierna del omóplato me sostiene bien firme.
La manzana del pecho aún canta su balada.

Y me crecerá el bosque blanco de la quijada
Antes de que oiga al gallo sangriento de los muertos.
Y con la húmeda espada que se agita en mi boca
Yo los maldigo a todos, cisnes ensangrentados.
¡Marchad hacia la cueva que alumbra el primer soplo!
¡Que os visiten mil torres en la casa del pedo!

La Máscara soltó una carcajada justo cuando la gárgola se desprendía de la pared y lo precipitaba para dejarlo en manos de sus enemigos.

—Cagaste mierda —dijo Mansilla—. Ahora vamos a ver quién es la famosa Máscara.

Un comedido le arrancó la capucha y quedó a la vista una careta de zorro. Al caer la careta apareció un antifaz y más abajo un rostro armónico, corriente y desconocido. Mansilla objetó:

—¿Para qué se pone la máscara si nadie lo conoce?

Salzman estuvo de acuerdo.

—Podría decirse que es el rostro perfecto para un desconocido.

—Eso no es nada —compadreó la Máscara—. Miren esto.

Con la mayor delicadeza quitó la piel de la cara y apareció otra, aún más anónima que la primera.

El pesado Scarlatti perdió la paciencia.

—Basta de payasadas. Muéstrenos la cara que usa en su casa o le rompo el culo a patadas.

El asaltante admitió su derrota y se arrancó las tres o cuatro caras que todavía le quedaban para dejar a la vista el rostro familiar del cirujano Rilli.

—¡Rilli! ¡Era tan obvio! —Salzman lamentaba la revelación.

Una voz se escuchó detrás del caldero.

—Un momento… Nada es tan obvio. La Máscara soy yo.

Hubo un murmullo de sorpresa cuando el verdulero Lamensa ocupó el centro de la escena.

—Lo lamento, amigos. Ya no puedo continuar engañándolos. Todas las noches camino entre la niebla y hago desnudar a las mujeres con las que me cruzo.

Salzman desconfió.

—¿Ustéd versifica con metáforas nórdicas?

—No, no soy capaz de inventar un solo verso.

—Pues la Máscara que me asaltó a mí no se privaba de una kenningard, tal como hemos visto que lo hace Rilli.

El petiso Rebecca intervino en la conversación.

—Yo también soy la Máscara. Me gusta ver mujeres desnudas y cuando empezaron a contar las historias de este señor, se me ocurrió hacerme pasar por él.

Muy pronto se presentaron otras personas que también se adjudicaban los asaltos en la niebla. Salzman declaró que era evidente que había muchos sujetos que se hacían pasar por uno solo. Pidió entonces que levantaran la mano aquellos que eran o habían sido la Máscara en algún momento.

Hubo unanimidad. Todos confesaron. Algunos porque realmente habían echo desnudar a las personas. Otros porque estaban obnubilados por la droga y contestaban afirmativamente a cualquier pregunta. Y también hubo algunos que no habían oído hablar jamás de la Máscara pero que se complacían en aniquilar sus características diferenciales en la muchedumbre unívoca del festín. Todos cantaron con alegría y luego echaron a volar las campanas de sus instintos. Aparecieron unos japoneses tatuados que armados con espadas de samurai se arrojaron sobre el vecino del fondo, el señor Maghetti y lo liquidaron sin darle tiempo a pestañar. La mujer abandonó la fornicación que estaba sosteniendo con otro señor y corrió a asistir a su marido. Cuando vio que el hombre ya era finado se plantó ante los agresores y les pidió explicaciones.

—Venganza. Lamentamos molestar a la señora pero este hombre estaba sentenciado desde hacía muchos años. Él causó la muerte de nuestro jefe. Ahora todos estamos en paz. El señor Artola ha muerto.

—Mi marido se llama Maghetti. No sé quien será ese tal Artola, ni qué crímenes habrá cometido, pero este hombre que acaban de matar fue empleado del ferrocarril durante treinta años y yo soy su esposa.

La señora de Maghetti se desmayó a causa del dolor, el cansancio, las drogas, el alcohol y los hongos alucinógenos.

—Nos hemos equivocado —dijo el jefe de los japoneses.

—No debió decir nada, señora. Ahora conocemos nuestro error y debemos seguir arrastrando la

misma antigua deshonra.

—Matemos también a la vieja —propuso un tercer nipón.

La señora Maghetti salió como alma que la lleva el diablo y, según dicen, volvió a su casa por un agujero que había en el alambrado del fondo.

Ferenzky sirvió unos tragos de Pernod.

—El poder del mal rige las leyes del universo. El destino siniestro de cada hombre es la demostración cabal de lo que acabo de afirmar. Ahí tiene a las religiones, castigando a los pecadores, alegrándose por sus tormentos en el infierno, prohibiendo todos los paraísos posibles. Yo soy un malvado, lo admito, pero no tanto como los pilares de la moral de Occidente.

Mandeb le dio la razón desde el piso, un momento antes de desmayarse. De pronto sus ojos se posaron en la inscripción de Kristine, ahora completamente visible: TU HIJA. Unas risas incontenibles le sacudieron todo el cuerpo.

En ese instante la puerta se abrió y entró al recinto del cardenal Moreau con una pistola Luger en la mano.

—Por fin lo encuentro, Artola. Encargué su muerte a otras personas. Pero el Círculo del Trébol parece haberse disuelto sin cumplir con sus promesas. Ahora pagará todo el daño que ha hecho.

Sin sacar la mano del bolsillo, Ferenzky lo bajó de un balazo en el entrecejo.

—Ya lo ve. Este hombre que dice hacer el bien es un mentiroso contumaz y estuvo a punto de arruinarle la vida a la mujer que yo más he amado.

—¿Dónde está ella? —preguntó Mandeb desde la inconsciencia.

—Falleció hace muchos años, pero si hubiera sido por el miserable que yace junto a usted, ahora estaría viva y sería monja. Por suerte pude evitarlo: ella tuvo una vida llena de vicios y murió joven.

Mandeb empezó a soñar con lo que estaba sucediendo. Por momentos, como suele ocurrir, el sueño se independizaba de la realidad o la iluminaba con significados diferentes o la borraba sin piedad con la tinta negra de los desmayados. Ferenzky empezó a leer algunos fragmentos del *Libro de Raziel*.

—Un enamorado busca a la mujer amada durante largos años. Enfrenta toda clase de adversidades. Participa en guerras y viajes caprichosos impuestos por sus enemigos. Cuando consigue hallar a la dama choca contra la oposición cerril de su familia. Vencidas estas obstinaciones consigue salvar este último y decisivo escollo apelando a todas sus artes de seducción. Ella lo ama bajo la luz de las estrellas pero al amanecer lo abandona. El hombre busca la muerte y la encuentra después de innumerables aventuras. La historia ocupa setenta folios pero puede resumirse en una sola frase: El deseo alcanzado es la muerte.

Mandeb vio que el alquimista se había vendado los ojos para leer mejor.

—El miedo sólo puede entenderse como parte de un proceso. En la eternidad no hay miedo porque no hay tiempo. El miedo es tiempo, como la música. En el infierno todo es definitivo, tampoco hay miedo. El miedo señala una inminencia, una modificación. Es el aviso de que nuestra adaptación a un sistema no está funcionando. Es decir, es cosa de inadaptados.

Mandeb oyó ruidos en la puerta, quiso esconderse otra vez en el bargueño, pero descubrió que el muerto se le había anticipado. El cardenal Moreau ocupaba todo el lugar y lo manchaba de sangre. El pensador de Flores se metió entonces en un viejo baúl carente de rendijas y hecho con una madera tan gruesa que casi no dejaba oír los sonidos del exterior. Tenía, por suerte, un agujero tal vez

correspondiente a una cerradura fugitiva que le permitía ver una porción pequeñísima de la habitación. Abajo el acordeonista comenzó a tocar antiguas canciones. Alguien entró en la oficina. Mandeb trató de espiar pero sólo consiguió ver parte de uno de los monitores cuya imagen mostraba a una cantante que entonaba su copla mientras recibía satisfacción carnal.

Oh, je voudrais tant que tu te souviennes
Des jours heureux oú nous étions amis…

Mandeb levantó un poco la tapa del baúl pero antes de que pudiera tener alguna visión se asustó y volvió a cerrarla. Se durmió durante seis respiraciones. Al despertar le pareció que Ferenzky hablaba con alguien en francés pero acaso no era sino una impresión inducida por las coplas del cantante. El ojo del tuerto de la ausente llave tampoco ayudaba mucho. Mostraba nieblas, lunas, multitudes lujuriosas y peleas feroces que suelen ocurrir sobre el final de las orgías, cuando el deseo declina para dar paso a los celos, el ansia de posesión y al honor de los borrachos.

El acordeón desalojó a la cantante y encaró unos valses.

Jorge Allen regresó a sus percepciones. El primer hecho que alcanzó a registrar fue su caída a la tibia piscina del jardín, en medio de un cardumen de fornicadores acuáticos. Trató de ganar la orilla con brazadas de distintos estilos pero fue interceptado por un batallón de mujeres que empezaron a arrojarse al agua para saludarlo. Eran sus antiguas novias. Cada una le dejó una caricia. Él trató de nombrarlas y se equivocó muchas veces. Las muchachas sonreían ante los errores del poeta. Después todas cantaron una canción obscena. Aparecieron otros grupos de muchachas que se quedaron fuera de la pileta arrojando al agua manojos de flores. En el fondo de la escena Allen creyó ver a Nadine. Amelia Duval, la más persistente de sus novias, le habló al oído.

—Tenga cuidado, mi negro. Esa mujer es la muerte.

Allen salió del agua, se extendió en el piso y descansó de unas agitaciones cuyo origen él mismo desconocía. Pasó un largo rato. El poeta oyó los valses del acordeonista y también un disparo en el piso de arriba.

Manuel Mandeb abandonó el baúl justo cuando la puerta de la oficina se cerraba. Vio a Ferenzky en el piso herido de muerte. Oyó pasos asesinos que se alejaban por el pasillo.

—¡Ferenzky! ¡Ferenzky! Contésteme, por favor.

—Me han matado. Tome el libro y váyase.

—¿Quién fue? ¿Quién le disparó?

Ferenzky empleó todas sus fuerzas para completar una carcajada.

—¡Pudo ser cualquiera!… ¡Noventa personas querían matarme!… Y sin embargo, se dio la peor carta. ¿No pudo ver lo que pasó?

—No vi nada y no escuché nada. Estuve dentro de un baúl de madera muy gruesa.

—No hay ningún baúl en esta oficina.

—No importa, yo no pude ver ni escuchar.

—Escriba porque le voy a dictar las palabras terribles que escuché antes de que me hicieran cagar de un balazo.

Mandeb eligió un folio casi desierto del *Sefer Raziel* y anotó:

Esa insoportable sensación de ajenidad, como una sucia y permanente sospecha de vivir atrapado en el cuerpo de otro, en la casa de otro, en la vida de otro, cualquier ser extraño nacido de un mal sueño y aterradoramente capaz de medrar en mi propio cuerpo, relegándome insensiblemente a una especie de estado de no existencia que apenas me consentía contemplarme desde una perspectiva cada vez más lejana, se convirtió en la herencia póstuma de mi malhado amor, en el último dolor, la última ofensa.

—Entonces fue ella.

—Sí, fue Nadine. Llegó vestida como para irse. Me apuntó con un chumbo del tiempo de la inundación y tardó como un minuto en apretar el gatillo.

—Usted se dejó matar. ¿Por qué no le dijo la verdad?

—¿Qué verdad?

—¡Que usted es su padre!

—Bueno, esa chica acababa de amasijarme. No me gusta arruinar la vida de las personas. Imagínese, pobre muchacha, arrastrando la culpa de haber liquidado a su padre… En cambio ahora, ella apenas si ha matado al asesino de su abuelo.

—¡Antes! ¿Por qué no se lo dijo antes de que ella lo matara?

—Déjeme de hinchar las pelotas, Mandeb.

Abajo, junto al caldero aparecieron tres mujeres feas, con unas alas grises y con un pelo de serpientes que les llegaba hasta la cintura. Uno podría reconocer en ellas a las hermanas Bevilacqua o también a las Grayas o —peor todavía— a aquellas cuyo nombre verdadero no puede pronunciarse y que son llamadas Euménides por los temerosos y obsecuentes. Estaban armadas con látigos, lloraban sangre e iban vestidas de negro. Los vapores afrodisíacos dieron paso a unos gases infernales que enloquecían a quien los respiraba. Las afroditas repartieron unos hongos que, lejos de producir alucinaciones venturosas, envenenaban la sangre y provocaban la muerte.

—El fin de toda orgía es la extinción plural —dijo Mirtha, que también era la implacable Alecto.

—¡Nuestros propósitos se han cumplido enteramente! Hemos pagado un precio muy alto. El más alto en verdad —gritó Tisífone, la vengadora, que también era Marta.

Mabel Bevilacqua besó en el culo del Baphomet y recitó:

—Soy Megera, la seductora.
Soy hija de la sangre de Cronos,
Pero también de la noche y el caos.
Y de Froncois Boileau, que es también mi hermano.
Como no podemos reconocer a los culpables,
Castigamos a todos con la locura y la muerte.

Kristine Stéfano, Nadine y Román llegaron cerca de la puerta huyendo de las trampas de las furias. Kristine tomó una tiza azul y escribió en la pared: *FUEGO*. Enseguida sacó de su cartera unas bombas incendiarias, tal vez de la misma marca y procedencia que aquellas que habían hecho volar por los aires al *Coite d'Ivore*. Las arrojó hacia el centro del salón y junto con su familia ganó la calle antes de que estallaran.

Hubo varias explosiones. El fuego se extendió por todas partes. Marco Ferenzky, todavía

agonizante, quedó atrapado por una enorme viga ardiente. Mandeb apagaba lo que podía con sifones y trataba infructuosamente de liberar al viejo alquimista.

—No pierda tiempo, por más que consiga sacarme me voy a morir igual. Tengo un balazo en medio del pecho. Tome el *Libro* y váyase. O haga lo que quiera. Estoy de muy al humor. He muerto al pedo.

Mandeb trató de juntar los folios pero las llamas ya habían alcanzado la mayor parte del *Libro*. Pudo apenas rociar lo que quedaba con los estertores del último sifón. Luego envolvió los restos del *Sefer Raziel* con una alfombrita persa y enseguida encaró al alquimista con palabras de solemne despedida.

—El mundo no puede pasar a la inexistencia absoluta. A lo sumo se pondrá frío e inmóvil. O se contraerá. Le digo todo esto para que sepa que yo también sé que hablar del fin del mundo es hablar de otra cosa equivocada y falaz.

—Váyase a la mierda —dijo Ferenzky y murió.

Mandeb huyó entre las llamas y encontró en los salones de abajo a la mayoría de los orgiastas envenenados o ardientes. Algunos habían conseguido huir por las altas claraboyas. Todas las puertas estaban trabadas y el fuego se multiplicaba con explosiones cada vez más violentas. Allen y Castagnino, ya casi asfixiados, trabajaban las cerraduras con una navaja sevillana. Todo era inútil. De pronto, detrás del mostrador bajo la pileta en la que se lavaban las copas, el piso se abrió y una figura oscura emergió de las profundidades.

—Por aquí, por aquí —gritó Hades Pérez—. Cuando el cielo arde, el infierno siempre ofrece una esperanza.

Todos bajaron por una escalera hasta lo más profundo de las cloacas. Alumbrados por la linterna sorda de Hades recorrieron un laberinto de caños, túneles y catacumbas. Pasaron por el legendario Rincón de Objetos Perdidos y vieron llaves, juguetes viejos, libros, fotos, zapatos impares, armónicas, cencerros y banderitas de países lejanos. Cada tanto se cruzaban con hombres encorvados y siniestros que ocultaban su rostro bajo enormes cascos negros. A veces los oían emitir una especie de gruñido. Pérez les dijo que no hablaran con ellos. Eran integrantes de una enorme familia de piel blanca que habían renunciado al sol hacía muchísimo tiempo.

Cuando ya estaban empezando a cansarse, subieron por una precaria escalera de metal. Mandeb calculó que ya debían estar por lo menos en Floresta. Sin embargo, al asomar sus cabezas pudieron ver los fierros de la alcantarilla que está en Artigas y Avellaneda, a una cuadra del Satori.

En la superficie había una extraña quietud. No había niebla pero tampoco viento. Las gotas de una garúa permanecían suspendidas en el aire. Nada fluía.

Mandeb, con un gran esfuerzo para pasar de una palabra a otra, alcanzó a decir:

—Hojas quietas, aves inmóviles… Frases sin verbo. Tal vez sea el equilibrio último. O a lo mejor es simplemente la mentira… Después de todo, mentir es un procedimiento penoso para mantener las cosas tal como están. El cambio se evita con falsedades, negando los gradientes. Por el contrario, la verdad precipita los acontecimientos, levanta ventarrones. El que está quieto miente… El que está muerto también.

Pero la quietud duró poco. Se oyó una explosión y vieron las llamas que provenían del Satori. Volvió a soplar un viento frío. Las hermosas paredes del caserón se derrumbaron arrastrando para siempre toda su cadena de metáforas. Hasta el último ladrillo voló por los aires.

—Ya está —murmuró Salzman—, el mundo se ha salvado.

Capítulo 108

Un rato después del fin del mundo

Las estrellas empezaron a desaparecer en el cielo. El viento se llevó consigo las nubes y la llovizna. Los muchachos se acercaron caminando a los restos del Satori. No había nadie. Los escombros parecían más bien ruinas antiguas. No se veía humo, no ardía un rescoldo, no se levantaba ni la más mínima polvareda. El solar del Satori estaba desierto y no había ni un solo indicio de que alguien hubiera andado por allí.

Nadie hizo ningún comentario. Todos guardaron su perplejidad ante la posibilidad de que no fuera compartida. En la vereda de enfrente, el verdulero Lamensa, imperturbable, hizo arrancar su camioneta. El hombre saludó apenas, sin gestos de complicidad.

Al rato vieron pasar a Karina Warren taconeando hacia la avenida, con aires de recién levantada. Las viejas Carranza ya estaban baldeando la vereda.

De repente, marchando por el medio de la calle, apareció el poseído Basaldúa, dando saltos, cambiando de dirección a cada paso y haciendo piruetas inesperadas.

—¿Qué le pasa, Basaldúa?

—Estoy poniendo a prueba mi soberanía. Creo que Igalfagor me ha abandonado. ¡Por fin soy libre! Puedo sentarme si quiero, o ponerme de pie, o caminar hacia atrás cuando me viene en gana. Es la libertad.

—No parece gran cosa —opinó Mandeb.

—¿Se enteraron? Recién escuché por la radio que ya no habrá más niebla. No pude reconocer las razones porque se me cortó la transmisión.

Mandeb se tomó la cabeza.

—Veo que Igalfagor ha dejado un gran vacío.

Basaldúa abandonó el grupo solo para demostrar que podía hacerlo. Un hombre alto con un

sobretodo azul se acercó a ellos.

—Palabras suspicaces e irónicas. Sugerir que se pertenece a un grupo que los sigue controlando todo. Señalar la inutilidad de guardar secretos. Risas de superioridad entre frase y frase.

Mandeb apretó contra su pecho la alfombrita persa. Pasó un adolescente en bicicleta. El hombre alto le dio un empujón y lo dejó de a pie.

—Expresiones de alegría cerril que enmascaran la miseria del robo, etcétera —gritó mientras se alejaba pedaleando hacia la avenida Juan B. Justo.

Los amigos caminaron por Artigas hacia el sur. Unos vecinos nuevos reabrían las puertas de una de las casas clausuradas y cambiaban los vidrios rotos de una ventana. Al llegar a la cornisa de la avenida Avellaneda todos miraron hacia arriba. El suicida no estaba allí.

—Se tiró —dijo Salzman.

—O resolvió seguir viviendo: da lo mismo.

Unas colegialas surgieron frente a ellos. Jorge Allen sintió que la vieja llama empezaba a calentarle el pecho. Ninguna lo miró. Las chicas siguieron su marcha y pasaron a través de él, hablando un lenguaje de risas y gritos agudos que resultaba incomprensible para todos.

—El fin del mundo llegó —dijo el poeta.

—Llegó hace mucho —corrigió Mandeb—. Los grandes dioses ya están muertos. Nosotros somos apenas lo poco que ha sobrado del Ragnarok.

—No lo creo —objetó Salzman—, sobrevivir no es lo nuestro. Tal vez fuimos los primeros en morir y ni cuenta nos dimos.

El ruso estaba cansado y tenía sueño. Escondido tras el último rincón dudoso de la noche apareció el Tallador. Salzman corrió hacia él.

—Juguemos, maestro… Déme cartas. Me parece que hoy va a cambiar mi suerte.

—Va a cambiar para peor. Su última baraja ya fue jugada… Por un momento llegué a pensar en darle la mano ganadora. Me gustaba su estilo. Usted no se hubiera conformado con vivir la euforia del ganador. Llegado el caso hubiera deseado ser todos los jugadores de la mesa: el que estuvo a punto de llevarse el pozo, el que achicó su parada para perder un poco, el que no supo esperar, el que esperó demasiado… En resumen: usted quiere recibir todas las manos al mismo tiempo, vivir todas las vidas. El que juega de este modo siempre pierde pero no le importa, porque adivina que en el revés del naipe o en una pinta secreta que está en las entrañas de los cartones, el que gana pierde y el que pierde gana.

—Eso lo sabe cualquiera —dijo Salzman—, está en todos los tangos. Déjeme jugar.

—Ya no hay más cartas para usted. Ahora usted es la carta. Una figura mediocre en manos de un jugador que perderá por su culpa.

El ruso se miró y vio un garrote entre sus manos. Se había convertido en el rey de bastos.

Aplastado en dos dimensiones Salzman voló de panza sobre la carpeta hacia las manos trémulas de Pablito, que jugaba en una mesa de niños más poderosos y más grandes, que traían, ya de familia, ases machos y sietes bravos.

—¡Truco! —gritó Pablito y puso a Salzman de espalda sobre la mesa.

El niño pudiente sentado a su derecha jugó un cinco y se hizo una escoba. El ruso quedó de muestra con su manto verde hasta que Mandeb vino a despertarlo.

—Arriba ruso. Todavía no es tiempo de dormir.

El Tallador tuvo tiempo para una última compadrada.

—Mala suerte, Salzman. El juego ha terminado.

Silvano Mansilla salió desde el fondo de un zaguán ajeno.

—Esperen, esperen… ¿Dónde van?

—No lo sabemos —contestó Mandeb—. Tal vez muy lejos, donde nadie nos conozca.

Allen sintió que su mente estaba limpia de cualquier neblina, lista para recibir una angustia sin disfraz, más pavorosa e implacable cuando más ordinaria en su aspecto.

—No será necesario avanzar mucho. Aquí mismo nadie nos conoce.

A cien metros de distancia vieron aparecer a Nadine Stéfano, alumbrada por faroles ambulantes que la seguían penosamente, arrastrando sus obscenas raíces oxidadas.

—Es ella —gritó Allen y empezó a perseguirla.

Enseguida se hizo evidente que no podría alcanzarla jamás. Ella caminaba serena pero se alejaba a cada paso aunque el poeta corriera más rápido que Aquiles.

A medida que se agrandaba la distancia, Allen comprendía que allí estaba el amor que siempre había soñado.

—Nadine, Nadine, mi vida…

Un auto desconocido apareció por una calle lateral y se detuvo junto a la muchacha. Adentro esperaba un hombre. Nadine abrió la puerta y se arrojó de cabeza entre las sombras del asiento. Lo último que pudo verse de su figura milagrosa fue un zapato. El auto se fue para siempre.

Allen se quedó en la esquina. Al rato llegaron sus compañeros, que venían agitándose en un trote de cortesía.

—Se fue, se fue…

—¿Quién era el hombre? —preguntó Mansilla.

—No era nadie —dijo Allen—. Algunas personas no necesitan ser nadie.[9]

Pablito, sentado sobre los hombros del ruso Salzman, preguntó.

—¿Cuándo vuelve mi mamá, ruso?

—No lo sé… La esperaremos juntos.

Enseguida empezó a contarle la historia del médico que extravía el termómetro en el culo de su joven paciente. Al rato todos cantaron para saludar la mañana.

Un cura fue a mear
Atrás de un convento
Salió una gata peluda
Y se le prendió del instrumento.

Las últimas palabras fueron interrumpidas por unos cuchillos agudos.

—¡Mozo! ¡Mozo! ¡Marche un matambre a la portuguesa!

Eran los loros de Mansilla que caminando, saltando y volando rodeaban a su dueño y lo acompañaban con la clásica fidelidad de las cotorras. Después los bicharracos se incorporaron al coro para cantar el estribillo.

La gata tira que tira, el cura llora que llora:

¡Ay, San Antonio bendito, que me quedo sin pistola!

Llegaron a la vía a tiempo para reír y comprender que aquellas alegrías señalaban el límite de la dicha posible. Entonces caminaron por los durmientes, tratando de no saltear ninguno, en la misma dirección de un sol en el horizonte. Tal vez era el sol del amanecer que lo saludaba desde Liniers. O tal vez era el sol del ocaso que se despedía en Caballito.

Bibliografía

- Barthes, Roland (1977-1978) *Lo neutro*.
- Beyle, Henri-Marie (Stendhal) (1822) *Sobre el amor*.
- Cadícamo, Enrique (1934) *Luna de arrabal.*
- Crowley, Edgard Alexander (Aleister Crowley) *Cocaína* y (1985) *El libro de Thot.*
- Ferrer, Horacio (1991) *Moriré en Buenos Aires. Antología*.
- Goethe, Johann Wolfgang (1832) *Fausto*.
- Grandes, Almudena (1998) *Atlas de geografía humana*.
- Graves, Robert (1948) *La diosa blanca*.
- Gurganus, Allan (1984) *La última viuda de la confederación lo cuenta todo*.
- Hegel, Georg Wilhem Friedrich (1821) *Diálogo sobre la poesía*.
- Hume, David (1745) *Ensayos morales, políticos y literarios*.
- La Pera, Alfredo (1933) *Desdén* y (1934) *Brindis*.
- Meaños, Manuel A. (1929) *Por qué soy reo*.
- Partridge, Burgo (2004) *Historia de las orgías*.
- Prévert, Jacques (1945) *Les feuilles mortes*.
- Popper, Kart Raimund (1963) *Conjeturas y refutaciones: el crecimiento del conocimiento científico*.
- Shakespeare, William (1601) *Hamlet* y *Noche de reyes*.

Agradecimientos

Florencia Martori
Maica Iglesias
Ale Dolina
Fernando Marzán

ALEJANDRO DOLINA. Nació en Morse, cerca de Baigorrita en la provincia de Buenos Aires, y pasó su primera infancia en la localidad bonaerense de Caseros. Su madre, Delfa Virginia Colombo (1922-1994), era maestra. Su padre era contador, ejecutivo de Plavinil Argentina.

Estudió música y literatura desde la juventud. Aunque siempre ha evitado comentarios sobre su vida privada, a menudo comparte anécdotas relativas a su juventud en compañía de músicos y juerguistas profesionales. Tuvo diversos empleos. Se sabe que fue operario de ENTEL y estudiante de Derecho. Cuando tenía 22 años, había abandonado la carrera de Derecho y estaba desempleado. En una fiesta, conoció a Manuel Evequoz, quien interesado por la fina inteligencia y el humor de Dolina, trabó amistad y le consiguió trabajo en una agencia publicitaria. Esto supuso su introducción en los medios de comunicación y el descubrimiento de su vocación. Dolina fue un gran amigo de Evequoz y en él inspiró su personaje de Manuel Mandeb. Evequoz pertenecía a Montoneros y desapareció durante la dictadura de 1976. El personaje fue creado mientras Evequoz vivía. No obstante, sus textos serían publicados en la década siguiente.

Desde su juventud fue aficionado al tango, a la filosofía y la literatura. La mujer tiene un rol fundamental en su discurso, y aún en sus motivaciones, cuando afirma que «todo lo que hago lo hago para levantar minas». Esa cita es erróneamente atribuida a Dolina, pero en verdad pertenece al humorista Caloi, que lo puso en boca del personaje Alexis Dolinades, inspirado en él. Dolina retoma esta afirmación en su obra Lo que me costó el amor de Laura (1998): «Se ha dicho que el hombre hace todo lo que hace con el único fin de enamorar mujeres».

Publicidad y gráfica

A principios de la década de 1970, Dolina inició su carrera en publicidad y escribió artículos para *Satiricón*, una revista que, por medio del humor, comentaba temas de la política, sociedad y estilo de vida del momento. Durante este período trabajó con Carlos Trillo, quien también se dedicaba a la publicidad y se convertiría luego en un exitoso guionista de historietas.

En 1978, después de que la revista *Satiricón* fuese clausurada por la Junta Militar que gobernaba el país, Dolina comenzó a escribir para la revista *Humor*. Durante esos años, Dolina se dedicó a escribir sobre el honor, el amor, la amistad, y hasta creó cierta mitología centrada en personajes como el Ángel Gris de Flores, el escritor ficticio Manuel Mandeb y otros. Esas historias fueron publicadas en el libro *Crónicas del Ángel Gris* en 1987 y más tarde transformadas en un musical. Estos personajes aparecerían en todos sus libros posteriores.

Radio

En 1975 hizo sus primeras participaciones radiales en *Mañanitas nocturnas*, programa de Carlos Ulanovsky y Mario Mactas, por Radio Argentina. Interpretaba a un periodista llamado Gómez. Allí apareció por primera vez el Sordo Gancé, músico improvisado, presente hasta hoy en las emisiones de La venganza será terrible.

> «Hacía el equipo inmóvil, un periodista que andaba por el mundo cubriendo noticias, muy mal». En aquel ciclo, surgió el personaje del sordo Gancé. «Siempre tocaba la misma canción: Milonga sentimental —recuerda Dolina— y lo echaban a patadas».

El 2 de abril de 1985, Dolina debutó en radio al conducir un programa que se emitía por Radio El Mundo, *Demasiado tarde para lágrimas*, junto a Adolfo Castelo. Bajo el mismo nombre, el programa se trasladó en 1989 a Radio Rivadavia y, brevemente durante 1991 (apenas un mes) a LRA Radio Nacional. Luego pasó a la radio Viva FM, cambiando su nombre por *El ombligo del mundo*. Durante 1993 continuó en FM Tango, bautizado, por motivos contractuales como *La venganza será terrible*, llegando a Radio Continental (1994-2000 y 2002-2006), y Radio Del Plata, donde se transmitió solamente durante 2001 mientras, a la misma hora, Radio Continental emitía programas grabados de temporadas anteriores. A finales de 2006, el programa se trasladó a Radio 10, donde permanecería hasta fines de 2009. Desde febrero de 2010 a diciembre de 2011 se emitió por LRA Radio Nacional, con Patricio Barton todas las noches, y Gabriel Schultz y Jorge Dorio, en forma alternada. A partir de enero de 2012, el programa se emite, ya sin Schultz, por Radio del Plata en dúplex con 360 TV. Por su trabajo en este programa, Dolina ganó, en 1991, el Premio Konex al mejor conductor.

Su programa de radio fue líder en su franja horaria desde el primer año de emisiones, con un encendido superior al 50% de los receptores. Considerado ya un clásico de la radiofonía del Río de la Plata, cuando sale de Buenos Aires llena todos los auditorios donde se presenta. Según dice el mismo Dolina «es extraño cómo se sostiene una audiencia numéricamente tan grande en un país donde se supone que no se lee, cuando para entender mi programa al menos hay que haber ojeado dos libros». Su labor diaria es tanto una invitación a la historia y la literatura como al surrealismo. Logra hacer prosa tanto de un fragmento de *La Odisea* como de un decálogo de consejos para quitar mejor las manchas de la ropa. Su capacidad de improvisación como narrador, actor y músico asombra día a día.

Literatura

Luego de *Crónicas del Ángel Gris* (1987), su libro más exitoso hasta el momento, publicó *El libro del Fantasma* (1999), *Bar del Infierno* (2005) (colecciones de cuentos) y su primera novela, *Cartas marcadas* (2012). Aborda temas históricos, filosóficos y costumbristas en torno a los Hombres

Sensibles de Flores, sus personajes recurrentes. De clara influencia borgeana, alterna la literatura fantástica (historias de ángeles, demonios, metamorfosis y milagros), el ensayo («Bovarismo descendente» en El libro...; «El otro infierno» en El bar..., entre otros) y el relato histórico («Elisa Brown», «Saint Germain», etc.).

Música

Dolina es cantor y compositor. En sus programas de radio y televisión siempre incluyó segmentos musicales. En 1990 adaptó las Crónicas y presentó la comedia musical *El barrio del Ángel Gris*. Recibió por ella el premio Argentores. En 1998, grabó su opereta *Lo que me costó el amor de Laura* junto a Mercedes Sosa, Sandro, Joan Manuel Serrat y Ernesto Sabato, entre otros. En 2002, adaptó algunos de sus viejos radioteatros y grabó Radiocine. En 2004 editó el CD *Tangos del Bar del Infierno*.

Televisión

Hizo dos programas de corta duración en la TV Pública: *La barra de Dolina* (1990) y *Bar del Infierno* (2003). Se emitió en 2011 por la señal del Canal Encuentro y luego por la Televisión Pública el documental ficticio *Recordando el show de Alejandro Molina*, escrito y protagonizado por Dolina bajo de la dirección de Juan José Campanella. Esta serie de trece capítulos de media hora contó con la participación de Ale y Martín Dolina, Patricio Barton, Gillespi, Coco Silly, Gabriel Rolón, entre otros.

Notas

[1] Marco Ferenzky sostenía que el Creador del universo, harto de tomar decisiones en asuntos que le daban lo mismo, dejaba que los elementos se arreglaran solos sin órdenes ni recomendaciones. A decir verdad, Ferenzky creía que todos, incluido Dios, eran como él. <<

[2] En realidad, esa tarea de degradación del texto se extiende también a esta novela (nota de los conspiradores). <<

[3] Algunas de las películas y canciones ante las cuales Ferenzky no pudo resistirse.
Detrás de un muro largo - Sé lo que hicieron el verano pasado - Siempre - Sucedió en Buenos Aires - Ayer - Nunca digas que no - Solo los valientes - Una vez en la vida - Mientras dormías - Los siete Samurai - Doce a media noche - A la hora señalada - Amablemente - Ya estamos iguales - Nunca más - Solamente una vez - Quien hubiera dicho - En un bosque en la China - Que nadie se entere - En las sombras - Como si fuera la primera vez - Antes de partir - Justo a tiempo - A puertas cerradas - De hombre a hombre - Bajo amenaza - Los unos y los otros - Con todo - En nombre del honor - Con vista al río - Entre los muros - Prueba de amor - Algunas veces en abril - Sin escándalo - Un domingo cualquiera - Mientras dormías - Después de la boda - Una noche en el Roxbury - El último verano - Los tres mosqueteros - Sin vergüenza - Algo para recordar - Veinte años después - Anoche a las dos - Quizás, quizás, quizás. <<

[4] Durante la dinastía Hang, que prevaleció en China después del siglo III, se estableció una secretaria burocrática cuyo fin era registrar y archivar todo suceso prodigioso. La oficina se denominaba Departamento de Historia Imperial. Su primer secretario fue un funcionario llamado Gan Bao <<

[5]*Cuando escribió su Diario de un drogadicto, Crowley se incorporaba dosis prodigiosas de droga sin que su salud se viera afectada. Ese libro lo dictó a su «mujer escarlata de la prostitución» a razón de cinco mil palabras por día. Allí puede leerse: «No sabréis lo que es un beso hasta que no tengáis la boca llena de cocaína.»*

pos de los ideales que ya han sido alcanzados y que son ahora banderas de las clases dominantes. [...] <<

[6] Fuentes agregadas por Gilbert Meaux:

- Gerald B. Gardner: *Brujería hoy*
- Reumond Buckland: *Rituales prácticos con velas, La verdad sobre la comunicación con los espíritus*
- Starhawk: *La danza en espiral*.
- Scott Cunningham: *Una guía para el practicante solitario*.
- Ed Fitch: *Rites of Odin*.
- Raven Grimassi: *Los secretos de la brujería hereditaria*.
- Dion Fortune: *A través de las puertas de la muerte, La cábala mística*.
- Israel Regardie: *El árbol de la vida, La piedra del filósofo, El pilar medio*.
- Margaret A. Murray: *La brujería en Europa occidental*. <<

[7] La siguiente es una traducción no oficial del capítulo 92 (N. del E.D.)

En la cama con Nadin

Lamentablemente no puedo decirles en donde pase mi infancia. No porque lo olvidé o porque prefiero mantenerlo en secreto. El asunto es, que mi aldea no tenía nombre y los habitantes tampoco tenían nombres. Recién a los veinte años me empezaron llamar como me llaman ahora, cuando yo viajé a Moscú me tuvieron que dar un nombre para ser miembro del partido.

Mi vida no fue fácil. Llegué a Paris cuando tenía cuarenta. Nunca tuve sexo con nadie. Quise hablar con mujeres pero descubrí que mi dialecto ruso no lo entendía nadie porque nunca fui al colegio y como consecuencia no hablaba ruso habitual ni otros idiomas.

Tuve suerte al conocer a Nadin. Ella no me entendía pero a ella le daba igual. Yo prefería adivinar en sus palabras las que me parecían.

Ahora no puedo vivir sin ella, a pesar de que ella se queda indiferente. Uno de mis paisanos, no me acuerdo quien, una vez me dijo «Mata pero consigue lo tuyo». Pienso que él tenía razón. La indiferencia de Nadin puede darme tanta rabia que no excluyo la posibilidad de matarla.

Juro que la voy a castigar. Me parece que vi la foto de sus padres con una bandera. Yo entiendo de esto. A mi me gustan las banderas. Si no me equivoco, en la foto era la bandera de El Salvador. Yo la voy a castigar, lo juro. <<

[8] En lunfardo, homosexual. Del genovés *pollastro*, voz que se aplica a los pollos crecidos de andar meneante. También se utiliza la deformación *culantro*, con sus variantes *culastrín y culastrón*, que arrastran consigo una etimología errónea pero más directa. <<

[9] Los conspiradores habían añadido aquí mismo el siguiente párrafo: *Un minuto después la calle volvió a iluminarse y se oyeron los pasos musicales de Nadine y la marcha torpe de los faroles de hierro que la seguían en formación cerrada. Se besaron en el medio de la calle y en el pelo de la chica hicieron nido mil rayos misteriosos*. Descubierta la impostura del inciso se consideró prudente eliminarlo. (Nota de los editores) <<